MUERTO HASTA EL ANOCHECER
CHARLAINE HARRIS



1

Cuando el vampiro entró en el bar, yo llevaba años esperándolo.

Desde que los vampiros habían empezado a salir del ataúd (como se suele decir medio en broma) cuatro años atrás, había estado deseando que uno viniera a Bon Temps. Si en nuestro pequeño pueblo ya teníamos a todas las demás minorías, ¿por qué no la más nueva, los muertos vivientes reconocidos por la ley? Pero, al parecer, el norte rural de Luisiana no resultaba demasiado atrayente para los vampiros. Por el contrario, Nueva Orleáns era un auténtico punto focal para ellos: todo por Anne Rice, ¿verdad?

No hay tanta distancia en coche desde Bon Temps a Nueva Orleáns, y todos los que venían al bar decían que, en aquella ciudad, si tirabas una pedrada a una esquina acertarías a un vampiro. Solo que era mejor no hacerlo.

Pero yo estaba esperando mi propio vampiro.

Se puede decir, sin miedo a equivocarse, que no salgo mucho. Y no es porque no sea guapa. Lo soy: rubia, de ojos azules y veinticinco años, y mis piernas son firmes, mis pechos apreciables y tengo una cintura de avispa. Tengo muy buen aspecto con el uniforme de camarera de verano que nos dio Sam: pantaloncitos negros, camiseta y calcetines blancos y unas Nike negras.

Pero tengo una discapacidad. O al menos yo trato de considerarla así. Los clientes del bar simplemente dicen que estoy loca.

En cualquier caso, el resultado es que casi nunca tengo una cita. Así que cualquier detalle es muy importante para mí. Y él se sentó en una de mis mesas: el vampiro.

Supe de inmediato lo que era. Me sorprendió que nadie más se girara para contemplarlo. ¡No se daban cuenta! Pero vi que su piel resplandecía levemente y estuve segura.

Podría haber bailado de alegría, y de hecho me marqué unos pasos junto a la barra. Sam Merlotte, mi jefe, alzó la mirada del cóctel que estaba mezclando y me dedicó una leve sonrisa. Cogí una bandeja y el bloc y me dirigí a la mesa del vampiro. Confié en que mi pintalabios se mantuviera todavía en su sitio y que la coleta estuviera bien puesta. Soy bastante nerviosa, y noté que una sonrisa me tiraba hacia arriba de las comisuras de los labios.

Él parecía perdido en sus pensamientos, así que pude echarle un buen vistazo antes de que alzara la mirada. Calculé que rondaba el metro ochenta. Tenía el pelo castaño y largo, peinado recto hacia atrás; le llegaba hasta el cuello y sus largas patillas parecían de alguna manera anticuadas. Era pálido, por supuesto; de hecho estaba muerto, si haces caso a las viejas leyendas. La teoría políticamente correcta, la que los propios vampiros respaldan en público, afirma que aquel chico fue víctima de un virus que lo dejó en apariencia muerto durante un par de días y, a partir de ese momento, alérgico a la luz del sol, a la plata y al ajo. Los detalles dependían

del periódico que escogieras: en aquellos días, estaban llenos de artículos sobre vampiros.

El caso es que tenía unos labios adorables, esculpidos con delicadeza, y cejas oscuras y arqueadas. Su nariz surgía de forma súbita justo entre los arcos, como la de un príncipe de un mosaico bizantino. Cuando al fin alzó la vista, descubrí que sus iris eran incluso más oscuros que su pelo, y la córnea de los ojos extraordinariamente blanca.

–¿En qué puedo servirle? –le pregunté, feliz casi más allá de las palabras. Él alzó las cejas.

–¿Tenéis sangre sintética embotellada? –preguntó.

–¡No, lo siento! Sam encargó algunas botellas, deberían llegar la semana que viene.

–Entonces vino tinto, por favor –dijo con una voz fina y clara, como un riachuelo sobre piedras alisadas. Me reí en voz alta, pues era demasiado perfecta.

–No se enfade con Sookie, señor, está loca–intervino una voz familiar desde el reservado que había junto a la pared. Toda mi alegría se desinfló, aunque pude notar que la sonrisa aún tensaba mis labios. El vampiro me miraba fijamente, contemplando la vida que desaparecía de mi cara.

–Le traeré su vino de inmediato –dije, y me alejé con grandes zancadas, sin mirar siquiera el rostro engreído de Mack Rattray. Iba al bar casi cada noche; él y su esposa Denise. Yo los llamaba la Pareja Rata. Habían hecho todo lo posible por hacerme la vida miserable desde que se trasladaron a la caravana de alquiler en Four Tracks Corner. Por aquel entonces abrigaba la esperanza de que se largaran de Bon Temps tan de improviso como habían venido.

La primera vez que entraron en Merlotte's, escuché sus pensamientos sin ninguna discreción. Lo sé, es algo muy ordinario por mi parte, pero estaba aburrida de todos los demás, y aunque me paso la mayor parte del tiempo bloqueando los pensamientos de la gente que tratan de colarse en mi cerebro, a veces me rindo. Así que conocía algunas cosas de los Rattray que tal vez nadie más supiera. Para empezar, sabía que habían estado en la cárcel, aunque no por qué. Además, había leído los sucios pensamientos a los que se entregaba Mack Rattray sobre una servidora. Y después escuché en la mente de Denise que había abandonado a un bebé que tuvo dos años antes, un niño que no era de Mack.

Y encima no dejaban propina.

Sam llenó un vaso con el tinto de la casa y lo puso encima de la bandeja mientras observaba de reojo la mesa del vampiro. Cuando me devolvió la mirada, tuve claro que él también sabía que nuestro nuevo cliente era un no–muerto. Los ojos de Sam también son azules, pero de un azul a lo Paul Newman, mientras que los míos son de un azul grisáceo, neblinoso. Sam también es rubio, pero con el pelo áspero, y de hecho no es del todo rubio, sino de una especie de dorado al rojo vivo. Siempre está algo quemado por el sol y, aunque parece enjuto con esas ropas, lo he visto descargar camiones con el pecho descubierto y tiene fuerza de sobra en el torso. Nunca escucho sus pensamientos; es mi jefe, y en el pasado ya he tenido que dejar más de un trabajo por descubrir cosas de mis jefes que hubiera preferido no conocer.

Pero Sam no hizo ningún comentario, se limitó a entregarme el vino. Miré el vaso para asegurarme de que estuviera bien limpio y regresé a la mesa del vampiro.

–Su vino, señor–dije ceremoniosamente, antes de colocarlo con cuidado sobre la mesa, justo delante de él. Me volvió a mirar y yo contemplé todo lo que pude sus adorables ojos–. Que le aproveche –añadí con satisfacción. Detrás, Mack Rattray gritó.

–¡Eh, Sookie, aquí necesitamos otra jarra de cerveza!

Suspiré y me volví para cogerla jarra vacía de la mesa de los Ratas. Me fijé en que Denise estaba en buena forma esa noche: vestía un top sin mangas y unos pantalones muy cortos, y su mata de pelo castaño formaba una maraña a la moda. Denise no era realmente guapa, pero sí tan ostentosa y segura de sí misma que uno tardaba un tiempo en darse cuenta de lo escaso de su belleza.

Un ratito después, observé para mi decepción que los Rattray se habían trasladado a la mesa del vampiro y estaban charlando con él. Pude comprobar que él no respondía demasiado a menudo, pero tampoco se marchaba.

–¡Mira eso! –comenté disgustada a Arlene, mi compañera camarera. Arlene es pelirroja, pecosa y diez años mayor que yo. Ha estado casada cuatro veces, tiene dos hijos y, de vez en cuando, creo que me considera el tercero.

–Un nuevo chico, ¿eh?–respondió, con poco interés. Arlene sale ahora con Rene Lenier, y aunque no soy capaz de detectar atracción entre ellos, parece bastante satisfecha. Creo que Rene fue su segundo marido.

–Bueno, es un vampiro –añadí, solo para compartir mi interés con alguien.

–¿En serio? ¿Aquí? Vaya, fíjate–dijo, sonriendo un poco para demostrar que comprendía mi alegría–. Aunque no puede ser demasiado listo, dulzura, si está con los Ratas. Por otro lado, lo cierto es que Denise está dedicándole todo un espectáculo.

Me di cuenta de ello después de que Arlene me lo señalara. Ella es mucho mejor que yo valorando las situaciones sexuales, gracias a su experiencia y a mi falta de la misma.

El vampiro estaba hambriento. He oído muchas veces que la sangre sintética que desarrollaron los japoneses bastaba para la nutrición de los vampiros, pero que no llegaba a satisfacer verdaderamente su hambre, por lo que de vez en cuando ocurrían "desafortunados incidentes" (ese era el eufemismo vampírico para el asesinato de un ser humano por su sangre). Y allí estaba Denise Rattray, acariciándose la garganta, girando el cuello de lado a lado... Qué zorra.

Mi hermano, Jason, entró justo entonces en el bar y se acercó para darme un abrazo. Sabe que a las mujeres les gustan los hombres cariñosos con su familia y amables con los discapacitados, así que abrazarme es para él como una carta de recomendación. No es que Jason necesite muchos más alicientes de los que ya tiene de por sí. Es atractivo, y aunque también puede portarse mal, la mayoría de las chicas parecen dispuestas a pasar eso por alto.

–Hola, hermanita, ¿cómo está la abuela?

–Está bien, más o menos como siempre. Pásate a verla.

–Lo haré. ¿Quién está a tiro esta noche?

–Míralo tú mismo. –Observé que cuando Jason comenzó a pasear la mirada, hubo un aleteo de manos femeninas que iban al pelo, a la blusa o a los labios.

–Eh, veo a DeeAnne. ¿Está libre?

–Está aquí con un camionero de Hammond, que ha ido ahora al servicio. Ten cuidado.

Jason me sonrió, y me sorprendí una vez más de que las demás mujeres no vieran el egoísmo que había en esa sonrisa. Incluso Arlene se remangó la blusa al entrar Jason, y ella, después de cuatro matrimonios, ya debería haber aprendido a evaluar a los hombres. La otra camarera que trabajaba allí, Dawn, hizo ondear su pelo y se enderezó para que se le marcaran las tetas. Jason le dedicó un gesto afable y ella simuló bufar. Había discutido con él, pero aun así quería que se fijara en ella.

Estuve muy ocupada (todo el mundo viene a Merlotte's el sábado, en un momento u otro de la tarde–noche), así que durante un tiempo le perdí el rastro a mi vampiro. Cuando tuve un momento para echarle un vistazo, vi que estaba hablando con Denise. Mack lo miraba con una expresión tan ávida que me preocupó.

Me acerqué más a su mesa, sin perder de vista a Mack. Al fin dejé que cayeran mis defensas y escuché: Mack y Denise habían estado en la cárcel por desangrar a un vampiro.

Aunque me afectó profundamente, logré servir por puros reflejos la jarra de cerveza y los vasos que llevaba en la mano a una ruidosa mesa de cuatro personas. Se suponía que la sangre de vampiro aliviaba de forma temporal los síntomas de las enfermedades y aumentaba el vigor sexual, una especie de cortisona y viagra todo en uno, y había un enorme mercado negro para la sangre vampírica genuina y sin diluir. Llevaba un par de años siendo la droga de moda, y aunque algunos consumidores se volvían locos después de beber sangre pura de vampiro, eso no frenaba el mercado. Y donde hay mercado, hay proveedores; en este caso, como acababa de descubrir, la repugnante Pareja Rata. Ya habían atrapado antes a otros vampiros y los habían drenado, vendiendo las pequeñas redomas de sangre hasta por doscientos dólares cada una.

Como regla general, un vampiro desangrado no dura mucho. Los drenadores abandonan a los no–muertos atravesados con una estaca, o simplemente los tiran al aire libre. Cuando sale el sol, se acabó. De vez en cuando se leen historias de un vampiro que ha logrado volver las tornas, y entonces se obtienen unos drenadores muertos.

Y en ese momento mi vampiro se levantó y se marchó con los Ratas. Mack cruzó su mirada conmigo y comprobé que se sorprendía ante la expresión de mi rostro. Pero de inmediato se alejó, pasando de mí como todo el mundo.

Eso me enfureció, me enfureció mucho.

¿Qué debía hacer? Mientras luchaba conmigo misma, salieron por la puerta. ¿Me creería el vampiro si corría detrás de ellos y se lo contaba? Desde luego, nadie más lo haría, y aunque me creyeran, también me odiarían y me tendrían miedo por leer los pensamientos encerrados en el

cerebro de los demás. Arlene me había rogado que leyera la mente de su cuarto marido cuando vino a recogerla una noche, porque estaba casi segura de que planeaba abandonarlos a ella y a los críos, pero no lo hice porque quería conservar la única amiga que tenía. Y ni siquiera Arlene se había atrevido a pedírmelo directamente, porque eso supondría admitir que yo poseía este don, esta maldición. La gente no puede admitirlo. Prefieren creer que estoy loca, ¡lo que en ocasiones casi es cierto!

Así que vacilé, confusa, asustada y furiosa, y entonces supe que ante todo tenía que actuar. Me empujó a ello la mirada que me había dedicado Mack, como si yo fuera insignificante.

Crucé el bar hasta llegar junto a Jason, que estaba seduciendo a DeeAnne. Claro que eso no resultaba muy difícil, según afirmaba la opinión popular. El camionero de Hammond lo miraba con el ceño fruncido, desde el otro costado de la chica.

–Jason–dije con tono imperioso. Se volvió para echarme una mirada de advertencia–. Escucha, ¿sigues llevando esa cadena en la caja de la camioneta?

–Nunca salgo de casa sin ella–dijo con lentitud, mirándome a la cara en busca de señales de problemas–. ¿Vas a pelearte, Sookie?

Le sonreí, lo que me resultó fácil por la costumbre.

–Desde luego, espero que no–dije alegremente.

–Eh, ¿necesitas ayuda? –al fin y al cabo, era mi hermano.

–No, gracias –respondí, tratando de sonar confiada. Y entonces me dirigí a Arlene–. Escucha, tengo que salir un poco antes. Mis mesas están bastante tranquilas, ¿puedes cubrirme? –No creo haberle pedido nunca antes una cosa así a Arlene, aunque yo la había cubierto muchas veces. Ella también me ofreció su ayuda–. No pasa nada –dije–, volveré antes de cerrar si me es posible. Si limpias mi zona me encargaré de tu caravana.

Arlene asintió y su melena rojiza siguió el movimiento con entusiasmo.

Señalé a la puerta de empleados para mí misma e hice con los dedos un gesto de caminar, para que Sam supiera que me iba. Él asintió, aunque no parecía contento.

Así que salí por la puerta de atrás, tratando de que mis pies no hicieran ruido sobre la gravilla. El estacionamiento para empleados está detrás del bar, accesible a través de una puerta que lleva al almacén. Allí estaba el coche del cocinero, así como el de Arlene, el de Dawn y el mío. A mi derecha, que quedaba al este, estaba la camioneta de Sam y detrás su caravana.

Me alejé del estacionamiento de grava para empleados hacia el asfalto que cubría el de clientes, mucho más grande y situado al oeste del bar. Los árboles rodeaban el claro en el que se alzaba Merlotte's, y las lindes del lugar eran sobre todo arenisca. Sam lo mantenía bien iluminado, y el resplandor surrealista de las altas farolas hacía que todo cobrara un aire extraño.

Descubrí el abollado deportivo rojo de la Pareja Rata, así que supe que andaban cerca. Al fin encontré la camioneta de Jason: negra, con unos remolinos de colores rosa y celeste dibujados en los laterales. Sin duda, adoraba llamar la atención. Me impulsé hacia arriba por la parte trasera y rebusqué por el piso hasta encontrar su cadena, una serie de eslabones gruesos que siempre llevaba por si había pelea. La enrollé y me la llevé pegada al cuerpo, de modo que no tintineara.

Medité durante un segundo. El único lugar mínimamente privado al que podrían haber atraído al vampiro los Rattray era el fondo del estacionamiento, donde los árboles llegan a taparlos coches. Así que me arrastré en esa dirección, tratando de moverme con rapidez pero sin que me vieran.

Me detenía cada pocos segundos para escuchar. Pronto oí un gemido y el débil ruido de voces. Me deslicé entre los coches y los descubrí justo donde pensaba que estarían. El vampiro estaba tirado en el suelo, boca arriba, con el rostro contorsionado por el dolor. El brillo de las cadenas cruzaba sus muñecas y bajaba hasta sus tobillos: plata. Ya había dos frasquitos llenos de sangre en el suelo, junto a los pies de Denise, y mientras los miraba ella ajustó un nuevo tubo a la aguja. El torniquete que le habían colocado por encima del codo se clavaba profundamente en la piel de su víctima.

Tal como estábamos todos situados, ellos dos me daban la espalda y el vampiro todavía no me había visto. Solté la cadena enrollada hasta tener un metro colgando. ¿A quién debería atacar primero? Los dos eran pequeños y peligrosos.

Me acordé de la mirada despectiva de Mack y de que nunca dejaba propina. Él sería el primero.

Nunca antes me había visto metida en una verdadera pelea. De algún modo, tenía ganas de que ocurriera. Salté desde detrás de una camioneta y enarbolé la cadena. Impactó contra la espalda de Mack mientras este se arrodillaba delante del vampiro. Gritó y saltó de golpe. Tras echarme un vistazo, Denise se dispuso a insertar el tercer tubo. La mano de Mack bajó hacia su bota y reapareció acompañada de un brillo. Tragué saliva. Llevaba un cuchillo.

–Oh, oh–dije, dirigiéndole una mueca.

–¡Zorra estúpida! –gritó. Parecía tener ganas de usar el cuchillo. Yo estaba demasiado ocupada como para mantener mi barrera mental, así que obtuve una imagen bastante clara de lo que Mack quería hacerme. Me puso hecha una furia. Fui a por él con ganas de causarle el mayor daño posible. Pero él se esperaba mi movimiento y saltó hacia delante con el cuchillo mientras yo hacía girar la cadena. Arremetió contra mi brazo y falló por los pelos. La cadena, en su retroceso, rodeó su delgado cuello como una amante. El grito de triunfo de Mack se convirtió en un borboteo. Soltó el cuchillo y se aferró a los eslabones con ambas manos. Al quedarse sin aire, se dejó caer de rodillas sobre el duro pavimento, arrancándome la cadena de las manos.

Bueno, ahí se acabó el uso de la cadena de Jason. Me agaché para recoger el cuchillo de Mack y lo sostuve como si supiera usarlo. Denise había estado avanzando, con todo el aspecto de una bruja sureña bajo las líneas de luz y sombra que proyectaban las farolas del estacionamiento. Se detuvo en seco en cuanto vio que yo tenía el cuchillo. Soltó un taco, bramó y dijo cosas terribles. Esperé a que terminara y entonces dije:

–Largaos. Ya.

Denise me miró con ojos llenos de odio. Trató de llevarse los frascos de sangre, pero la obligué a dejarlos allí, así que ayudó a Mack a ponerse en pie. Él aún tosía y emitía sonidos borboteantes mientras agarraba la cadena.

Librodot

Denise lo arrastró prácticamente hasta el coche y lo introdujo por la puerta del copiloto. Rebuscó entonces algunas llaves en el bolsillo y se colocó en el asiento del conductor.

Al oír que el motor cobraba vida, de repente me di cuenta de que ahora los Ratas tenían otra arma. Con más velocidad de la que nunca he sido capaz, corrí hasta quedar junto a la cabeza del vampiro y le dije con voz entrecortada:

–¡Empuja con los pies!

Lo agarré por debajo de los brazos y tiré de él con todas mis fuerzas. Llegamos a la linde de los árboles justo cuando el coche se abalanzaba rugiendo hacia nosotros. Denise no nos dio por menos de un metro, yeso porque tuvo que girar para no chocarse contra un pino. Después escuché el potente motor del coche de los Ratas alejarse en la distancia.

–Oh, guau –dije con un suspiro. Me arrodillé junto al vampiro porque las piernas se negaban a sostenerme por más tiempo. Respiré con pesadez durante un minuto, tratando de recuperarme. El vampiro se agitó levemente y lo miré. Descubrí horrorizada que surgían volutas de humo de sus muñecas, en las zonas que entraban en contacto con la plata.

–Oh, pobrecito–dije, furiosa conmigo misma por no ocuparme de él cuanto antes. Aún esforzándome por recuperar el aliento, comencé a soltar las finas tiras de plata, que parecían pertenecer a una cadena muy larga–. Pobre pequeño–susurré, sin darme cuenta hasta mucho más tarde de lo incongruente que sonaba aquello. Poseo dedos ágiles, y muy pronto le liberé las muñecas. Me pregunté cómo habrían podido distraerlo los Ratas para colocarse en posición de atacarlo, y noté que me sonrojaba al imaginármelo.

El vampiro se llevó los brazos al pecho mientras yo me enfrascaba con la plata que le rodeaba las piernas. Sus tobillos lo habían pasado mejor, ya que los drenadores no se habían molestado en subirle las perneras de los vaqueros y, por lo tanto, la plata no apretaba la piel desnuda.

–Lamento no haber llegado antes–dije, disculpándome–. Te sentirás mejoren un minuto, ¿verdad? ¿Quieres queme vaya?

–No. –Eso me hizo sentirme muy a gusto hasta que añadió–: Podrían volver, y aún no puedo defenderme–su voz sonaba intranquila, pero no se puede decir que estuviera resollando.

Le puse mala cara, y mientras se recuperaba tomé algunas precauciones. Me senté dándole la espalda, para concederle algo de intimidad. Sé lo desagradable que es que te miren cuando estás herido. Me agaché sobre el pavimento, vigilando el estacionamiento. Varios coches se fueron y otros llegaron, pero ninguno se acercó hasta el extremo junto a los árboles, donde estábamos nosotros. Gracias al temblor de aire a mi alrededor, supe cuándo se levantó el vampiro.

No habló de inmediato. Giré la cara hacia la izquierda para mirarlo; estaba más cerca de lo que creía. Sus grandes ojos oscuros miraban al interior de los míos. Tenía los colmillos retraídos; me sentí un poco defraudada por ello.

–Gracias –dijo con rigidez.

Así que no le entusiasmaba que le hubiera rescatado una mujer. Qué típico en un hombre.

Como estaba siendo tan poco amable, pensé que yo también podía hacer algo grosero y lo escuché, abriendo mi mente por completo.

Y oí… nada.

–Oh –dije, notando yo misma la turbación de mi voz, sin saber bien lo que decía–. No puedo oírte.

–¡Gracias! –repitió el vampiro, moviendo los labios de modo exagerado.

–No, no… Puedo oírte hablar, pero… –y en mi agitación hice algo que normalmente nunca haría, porque resultaba muy agresivo y personal, y además revelaba que era una discapacitada. Me volví por completo hacia él y puse mis manos a ambos lados de su pálida cara, mirándolo con intensidad. Concentré toda mi energía. Nada. Era como tener que escuchar la radio sin parar, en emisoras que no necesitabas sintonizar, y de repente llegar a una longitud de onda en la que no podías recibir nada.

Era perfecto.

Sus ojos se abrían cada vez más al tiempo que se oscurecían, aunque siguió por completo inmóvil.

–Oh, discúlpame –dije, con un gemido de vergüenza. Aparté las manos y seguí estudiando el estacionamiento. Comencé a parlotear sobre Mack y Denise, pensando todo el tiempo lo maravilloso que sería tener un compañero al que no pudiera oír salvo cuando él quisiera hablar en voz alta. Qué hermoso era su, silencio.

–…así que pensé que era mejor salir fuera a ver qué tal estabas –dije por último, sin tener ni idea de lo que le había contado antes de eso.

–Has venido a salvarme. Eso ha sido muy valiente – respondió, con una voz tan seductora que haría que a DeeAnne se le cayeran sus bragas de nylon rojo.

–Oh, deja eso–dije con tono áspero, olvidándome de mis castillos en el aire.

Él pareció asombrado unos instantes, pero pronto su rostro recuperó su pálida homogeneidad.

–¿No te da miedo estar sola con un vampiro hambriento? – preguntó, con un tono travieso pero atemorizante bajo las palabras.

–Para nada.

–¿Estás suponiendo que, ya que has venido a mi rescate, estás a salvo? ¿Que después de todos estos años aún albergo una dosis de sentimentalismo? Los vampiros a menudo se vuelven contra los que confían en ellos. No tenemos los valores humanos, ya lo sabes.

–Un montón de humanos se vuelven contra los que confían en ellos –señalé; suelo ser práctica–. No soy una completa estúpida –alcé la mano y giré el cuello. Mientras él se recuperaba, yo me había rodeado garganta y brazos con las cadenas de los Ratas.

El vampiro tembló de manera visible.

–Pero también tienes una sabrosa arteria en la ingle–dijo tras una pausa cuando se recuperó, con la voz tan resbaladiza como una serpiente en un tobogán.

–No digas guarradas –le avisé–, no pienso escuchar cosas así.

Una vez más nos miramos el uno al otro en silencio. Tuve miedo de no volver a verlo nunca más. A1 fin y al cabo, su primera visita a Merlotte's no había sido todo un éxito, precisamente. Así que me esforcé por captar todos

los detalles que pudiera. Atesoraría este encuentro y lo rememoraría durante mucho, mucho tiempo. Era algo especial, un premio. Quería tocar de nuevo su piel, porque no lograba recordar cómo era el tacto. Pero eso iría más allá de cualquier norma de educación, y además era posible que ante algo así le diera por empezar de nuevo con esa basura seductora.

–¿Quieres beberte la sangre que han cogido?–me preguntó de manera inesperada–. Sería para mí un modo de mostrarte mi gratitud –hizo un gesto hacia los frasquitos bien tapados que habían quedado sobre el asfalto–. Se supone que mi sangre mejora vuestra vida sexual y vuestra salud.

–Estoy tan sana como un caballo –le respondí con sinceridad–, y no tengo vida sexual que mejorar. Haz lo que quieras con ella.

–Podrías venderla–sugirió, pero pensé que era solo por ver lo que le respondía a eso.

–No la tocaría ni loca –dije, sintiéndome insultada.

–Eres distinta–dijo–, ¿qué eres? –Por el modo en que me miraba, parecía estar repasando en su cabeza una lista de posibilidades. Para mi alivio, no pude oír ni una sola.

–Bueno, soy Sookie Stackhouse, y soy camarera–le respondí–. ¿Cuál es tu nombre?–pensé que al menos podía preguntarle eso sin parecer atrevida.

–Bill–dijo él.

Antes de poder evitarlo me eché a reír hasta doblarme por la mitad.

–¡El vampiro Bill! –dije–. ¡Pensé que sería Antoine, o Basil, o Langford! ¡Pero Bill! –hacía tiempo que no me reía con tantas ganas–. Bueno, ya nos veremos, Bill, tengo que volver al trabajo. –Noté que la mueca tensa volvía a apoderarse de mi rostro al pensar en Merlotte's. Puse la mano sobre el hombro de Bill para apoyarme en él y poder levantarme. Era duro como la roca. Estuve de pie tan rápido que tuve que detenerme para no tropezar. Me miré los calcetines para asegurarme de que las vueltas estuvieran bien emparejadas, repasé mi uniforme en busca de algún roto provocado por la pelea con los Ratas y finalmente me sacudí el trasero, ya que había estado sentada sobre el sucio pavimento. Hice un gesto hacia Bill y comencé a cruzar el estacionamiento.

Había sido una noche estimulante, que dejaba tras de sí muchas cosas en las que pensar. Al pensar en ello casi me sentía tan alegre como indicaba mi sonrisa.

Pero Jason iba a enfadarse mucho con lo de la cadena.

Aquella noche, después de terminar el turno, volví en coche a casa, que solo está a unos seis kilómetros y medio al sur del bar. A1 regresar del estacionamiento, Jason ya se había ido (y también DeeAnne), y eso también había supuesto una buena noticia. Repasaba la noche mientras me acercaba a la casa de mi abuela, donde yo vivía. Estaba situada justo antes de llegar al cementerio de Tall Pines, del que sale una estrecha carretera comarcal de dos carriles. Mi retatarabuelo había construido la casa y tenía ideas muy firmes sobre la intimidad, así que para llegar a ella tenías que salir de la carretera comarcal a la altura de la entrada de la finca, atravesar una zona de bosque y entonces alcanzabas el claro donde estaba la casa.

Reconozco que no es ningún edificio histórico, ya que casi todas las partes antiguas han sido derribadas y reemplazadas a lo largo de los años, y desde luego tiene electricidad, sanitarios; aislamiento térmico y todas esas cosas modernas. Pero todavía conserva un tejado de estaño que brilla cegador los días de sol. Cuando hubo que reemplazar el tejado, yo quería ponerle tejas normales, pero mi abuela se negó. Y aunque yo pagaba la obra era su casa, así que naturalmente se puso estaño.

Histórica o no, yo llevaba viviendo en aquella casa desde los siete años, y la había visitado a menudo antes de eso, así que me era muy querida. Era tan solo una vieja y amplia casa familiar, demasiado grande para la abuela y para mí, me imagino. Tenía una amplia entrada cubierta por un porche enrejado y estaba pintada de blanco, porque la abuela era una tradicionalista de los pies a la cabeza. Anduve hasta la enorme sala de estar, llena de muebles deteriorados dispuestos como a nosotras más nos convenía, y crucé el pasillo hasta el primer dormitorio a la izquierda, el más grande.

Adele Hale Stackhouse, mi abuela, se recostaba en su alta cama, con un millón de almohadas rodeando sus flacos hombros. Vestía un camisón de algodón de largas mangas, a pesar del calor de aquella noche de primavera, y la lámpara de la mesita aún estaba encendida. Un libro descansaba sobre su regazo.

–Hola–dije.

–Hola' cielo.

Mi abuela es muy pequeña y muy vieja, pero sigue conservando el pelo fuerte, tan blanco que casi muestra unos debilísimos matices verdes. Durante el día lo lleva recogido a la altura del cuello, pero de noche se lo deja suelto o en trenzas. Miré la portada del libro.

–¿Estás leyendo a Danielle Steele otra vez?

–Oh, esa mujer sí que sabe contar una historia. –Los grandes placeres de mi abuela eran leer a Danielle Steele, ver teleseries (que ella llamaba sus "historias") y asistir a las reuniones del millar de clubes a los que, al parecer, había pertenecido durante toda su vida adulta. Sus favoritos eran los Descendientes de los Muertos Gloriosos y la Sociedad Botánica de Bon Temps.

–Adivina lo que ha pasado esta noche –dije.

–¿El qué? ¿Has tenido una cita?

–No –respondí, tratando de mantener una sonrisa en la cara–. Un vampiro ha venido al bar.

–¡Ooh! ¿Tenía colmillos?

Había visto sus colmillos brillar bajo las luces del estacionamiento, mientras los Ratas lo desangraban, pero no había necesidad de explicarle eso a la abuela.

–Claro, pero estaban retraídos.

–Un vampiro aquí, en Bon Temps –la abuelita no estaba nada contenta con el asunto–. ¿Y ha mordido a alguien del bar?

–¡Oh, no, abuela! Simplemente se sentó y se tomó un vaso de vino tinto. Bueno, lo pidió, pero no se lo tomó. Creo que solo buscaba algo de compañía.

–Me pregunto dónde se refugia.

–No creo que vaya a contarle eso a nadie.

–No –dijo la abuela, pensando en ello por un instante–, supongo que no. ¿Te gusta?

Esa sí que era una pregunta difícil. Reflexioné un poco.

–No lo sé. Parecía bastante interesante–dije con cautela.

–Me encantaría conocerlo–no me sorprendió que la abuela dijera eso, porque las cosas nuevas le gustaban casi tanto como a mí. No era una de esas reaccionarias que piensan que todos los vampiros están malditos, sin conocerlos siquiera–. Pero será mejor que me duerma ya. Estaba esperando a que llegaras para apagar las luces.

Me incliné para darle un beso y dije:

–Buenas noches.

Entorné su puerta al salir y oí el clic de la lámpara al apagarse. Mi gata, Tina, llegó de donde hubiese estado durmiendo hasta ese momento para frotarse contra mis piernas; la cogí en brazos y la acaricié un rato antes de sacarla para que pasara la noche fuera. Miré el reloj: eran casi las dos de la mañana, y la cama me llamaba.

Mi cuarto estaba justo al otro lado del pasillo respecto al de la abuela. Cuando usé por primera vez esa habitación, después de que murieran mis padres, la abuela trasladó hasta ella los muebles de mi cuarto de la otra casa, para que me sintiera más a gusto. Y allí estaban todavía, la cama individual y el neceser de madera blanca, y la pequeña cómoda.

Encendí mi propia lámpara, cerré la puerta y empecé a desvestirme. Me quedaban al menos cinco pantaloncitos negros y muchas, muchas camisetas blancas, ya que tendían a mancharse con suma facilidad. Y ni siquiera merecía la pena contar todos los pares de calcetines blancos que había enrollados en el cajón, así que esa noche no era necesario hacer la colada. Y estaba demasiado cansada para ducharme. Me lavé los dientes y me desmaquillé, me puse un poco de crema hidratante y me quité la cinta de la cabeza.

Me metí en la cama con mi camisa de dormir de Mickey Mouse favorita, queme llega casi hasta las rodillas. Me tendí de lado, como siempre, y disfruté del silencio de la habitación. Casi todo el mundo tiene el cerebro apagado a esas horas de la madrugada, y las vibraciones desaparecen, no tengo que rechazar ninguna intrusión. Con una paz así, tuve tiempo de sobra para pensar en los oscuros ojos del vampiro y deslizarme entonces en el profundo sueño del agotamiento.

Al día siguiente, a la hora de comer, me encontraba sobre mi tumbona plegable de aluminio, en el patio delantero, poniéndome cada vez más morena. Llevaba puesto mi vestido de dos piezas preferido, sin tirantes, que por cierto me quedaba más holgado que el verano anterior, así que estaba más contenta que unas castañuelas.

Entonces oí que se acercaba un vehículo por el camino de entrada y la camioneta negra de Jason, con sus blasones rosas y celestes, se detuvo a menos de un metro de mis pies.

Jason descendió hasta el suelo (¿he mencionado que su camioneta luce esas ruedas enormes?) y se me acercó. Vestía sus ropas habituales de

trabajo: camisa y pantalones caquis, y llevaba un cuchillo de monte encajado en el cinturón, como casi todos los trabajadores de carreteras del condado. Por el modo en que andaba, supe que estaba cabreado.

Me puse las gafas de sol.

–¿Por qué no me has dicho que les diste una paliza a los Rattray anoche? –Mi hermano se dejó caer en la silla de aluminio para exteriores que había junto a mi tumbona–. ¿Dónde está la abuela? –añadió con retraso.

–Colgando la colada–respondí. La abuela usaba la secadora cuando era necesario, pero adoraba tender la ropa mojada al sol. Y desde luego, la cuerda para tender estaba en el patio trasero, como debe ser–. Está preparando bistec al estilo campero, boniatos y habichuelas que recogió el año pasado, para la comida –dije, sabiendo que eso distraería un poco a Jason. Confié en que la abuela siguiera en la parte de atrás, no quería que escuchara aquella conversación–. Mantén la voz baja –le recordé.

–Rene Lenier estaba impaciente esta mañana por contármelo todo, en cuanto he entrado a trabajar. Se pasó por la caravana de los Rattray anoche para comprarles un poco de hierba, y Denise apareció con el coche como si quisiera asesinar a alguien. Rene dice que lo podría haber matado de lo furiosa que estaba. Entre los dos pudieron subir a Mack a la caravana, y después lo llevaron al hospital de Monroe –Jason me lanzó una mirada acusadora.

–¿Y te ha contado Rene que Mack me atacó con un cuchillo? –pregunté, decidiendo que el mejor modo de enfrentarme a aquello era pasar a la ofensiva. Sabía que el enfado de Jason se debía en gran medida al hecho de haberse enterado por una tercera persona.

–Pues si Denise se lo dijo a Rene, él no me lo ha contado – respondió jason lentamente, y vi que su atractivo rostro enrojecía por la furia–. ¿Te atacó con un cuchillo?

–Sí, así que tuve que defenderme–dije, como si fuera algo obvio–. Y se llevó tu cadena–todo era cierto, aunque un poco sesgado–. Volví para contártelo, pero cuando regresé al bar ya te habías marchado con DeeAnne –proseguí–, y como yo estaba bien, no me pareció que mereciera la pena salir a buscarte. Sabía que te sentirías obligado a ir a por él si te contaba lo del cuchillo –añadí de manera diplomática. Aquello tenía un mayor porcentaje de verdad, ya que Jason adora las peleas.

–¿Pero qué demonios estabas haciendo allí? –me preguntó, aunque mucho más relajado. Supe que estaba empezando a asumirlo.

–¿Sabías que, además de vender drogas, los Ratas son desangradores de vampiros?

Ahora se lo veía fascinado.

–No… ¿y?

–Bueno, uno de mis clientes de anoche era un vampiro, y estaban dejándolo seco en el estacionamiento de Merlotte's. ¡No podía permitirlo!

–¿Hay un vampiro en Bon Temps?

–Sí. Y aunque no quieras tener a uno como mejor amigo, no puedes dejar que una escoria como los Ratas lo drenen. No es como robar gasolina del depósito de un coche. Y lo habrían dejado entre los árboles para que muriera. –Aunque los Ratas no me habían revelado sus intenciones, eso era lo que yo suponía. Incluso aunque le hubieran puesto a cubierto para que

pudiera sobrevivir al sol, un vampiro drenado tarda más de veinte años en recuperarse, o al menos eso es lo que dijo uno de ellos en el programa de Oprah1. Y eso si otro vampiro puede encargarse de él.

–¿Y el vampiro estaba en el bar cuando yo me fui? – preguntó Jason asombrado.

–Ajá. El tipo de pelo oscuro que se sentaba con los Ratas.

Jason sonrió ante mi calificativo para los Rattray. Pero todavía no estaba dispuesto a dejar pasar lo de la noche anterior.

–¿Cómo supiste que era un vampiro? –me preguntó, pero al mirarme supe que hubiese preferido morderse la lengua.

–Simplemente lo supe–dije, con mi tono más anodino.

–Muy bien–y compartimos toda una muda conversación.

–Homulka no tiene un vampiro–dijo Jason mientras reflexionaba. Echó atrás la cara para que le diera el sol, y supe que habíamos dejado atrás el terreno peligroso.

–Cierto –reconocí. Homulka es el pueblo que Bon Temps adora odiar. Hemos sido rivales en fútbol americano, en baloncesto y en importancia histórica desde hace generaciones.

–Ni tampoco Roedale–dijo la abuela desde detrás nuestro, provocando que tanto Jason como yo nos levantáramos. He de reconocer que, siempre que ve a la abuela, Jason se pone en pie y le da un abrazo.

–Abuela, ¿tienes suficiente comida en el horno para mí?

–Para ti y para dos más –dijo la abuela mientras le sonreía. No ignoraba los defectos de Jason (ni los míos), pero lo quería–. Acaba de llamarme Everlee Mason, y me ha contado que anoche te liaste con DeeAnne.

–¡Oh, cielos! ¿Es que no puedes hacer nada en este pueblo sin que todo el mundo lo sepa? –respondió Jason, aunque no estaba realmente enfadado.

–Esa DeeAnne– añadió la abuela con tono de advertencia mientras entrábamos en la casa –ya ha estado embarazada una vez, que yo sepa. Tú ten cuidado y que no tenga uno tuyo, o estarás pasándole dinero el resto de tu vida. ¡Aunque claro, igual esa es la única manera de que yo tenga bisnietos algún día!– La abuela ya tenía la comida sobre la mesa, así que en cuanto Jason trajo su silla nos sentamos y bendijimos la mesa, tras lo cual la abuela y él comenzaron a compartir rumores (aunque ellos lo llaman "ponerse al día") sobre los habitantes de nuestro pequeño pueblo y su parroquia2. Mi hermano trabaja para el estado, supervisando los grupos de mantenimiento de carreteras. A mí me daba la impresión de que la jornada de trabajo de Jason consistía en ir de un lado para otro en una camioneta oficial, fichar a la salida, y entonces ir de un lado para otro con su propia camioneta. Rene estaba en uno de los grupos de trabajo que supervisaba Jason, y habían ido juntos al instituto. Salen bastante con Hoyt Fortenberry.

–Sookie, he tenido que sustituir el calentador de agua de casa –dijo Jason de modo repentino. Él vive en el viejo edificio de mis padres, en el que residíamos los cuatro cuando ellos murieron en la riada. Después de aquello nos trasladamos con la abuela, pero cuando Jason terminó sus dos años de colegio universitario y empezó a trabajar para el estado, volvió a aquella casa, que sobre el papel es mitad mía.

[1] Un reality show estadounidense muy popular, conducido por Oprah Winfrey.
[2] En Luisiana, los condados se llaman parroquias.

–¿Necesitas algo de dinero?–pregunté.

–Qué va, tengo suficiente.

Los dos contamos con nuestros salarios, pero además nos llegan pequeños beneficios de un fondo que se creó cuando abrieron un pozo de petróleo en las tierras de mis padres. El pozo se secó en unos pocos años, pero mis padres y después la abuela se aseguraron de invertir bien el dinero. Ese colchón nos había ahorrado a mí y a Jason un montón de problemas. No sé cómo hubiera podido mantenernos la abuela de no haber sido por aquel dinero. Ella estaba decidida a no vender ni una parcela de las tierras, pero sus ingresos se reducen a los de la seguridad social. Esa es una de las razones por las que no me he ido a un apartamento: si vivo con ella y traigo comida, le parece razonable; pero si compro la comida, la llevo a su casa y la dejo en la mesa, y después me vuelvo a mi casa, eso es caridad y la pone furiosa.

–¿Y de qué tipo lo has colocado? –le pregunté, solo para mostrar interés.

Estaba ansioso por contárnoslo. Jason es un fanático de los aparatos eléctricos y quería describirnos con detalle todas las comparaciones que había hecho antes de comprar el nuevo calentador. Lo escuché con toda la atención que pude reunir. Justo en ese momento se interrumpió y dijo:

–Ey, Sook, ¿te acuerdas de Maudette Pickens?

–Claro –respondí sorprendida–. Fuimos a la misma clase.

–Pues alguien la asesinó en su apartamento anoche.

La abuela y yo nos quedamos atónitas.

–¿Cuándo? –preguntó la abuela, asombrada por no haberse enterado antes.

–La han encontrado esta misma mañana en su dormitorio. Su jefe la llamó por teléfono para saber por qué no había ido a trabajar ni ayer ni hoy, y al no recibir respuesta fue hasta allí, convenció al portero y abrieron el cerrojo de la puerta. ¿Sabías que tenía el apartamento enfrente del de DeeAnne? –Bon Temps solo tiene un complejo legal de apartamentos de alquiler, un conjunto de tres edificios, cada uno de dos plantas en forma de U, así que sabíamos exactamente de qué lugar nos hablaba.

–¿La mataron allí? –Me sentí enferma. Recordaba con claridad a Maudette: tenía una mandíbula muy prominente y el culo cuadrado, un pelo negro muy bonito y hombros firmes. Era buena empleada, pero ni brillante ni ambiciosa. Me parecía recordar que trabajaba en el Grabbit Kwik, una gasolinera y cafetería, y así lo comenté.

–Sí, llevaba trabajando allí más o menos un año, calculo yo –confirmó Jason.

–¿Cómo lo hicieron?–Mi abuela puso esa mueca de "dímelo sin rodeos" que usa la gente amable cuando pregunta por las malas noticias.

–Tenía algunos mordiscos de vampiro en sus... eh... la cara interna de los muslos–dijo mi hermano, sin levantar los ojos del plato–. Pero no fue eso lo que la mató. Fue estrangulada. DeeAnne me contó que a Maudette le gustaba ir a ese bar de vampiros de Shreveport en cuanto tenía un par de días libres, así que puede que fuera allí donde la mordieron. Es posible que no fuera el vampiro de Sookie.

–¿Maudette era una colmillera? –sentí náuseas al imaginarme a la achaparrada y mentalmente cortita Maudette envuelta en los exóticos ropajes negros tan queridos por los colmilleros.

–¿Qué es eso? –preguntó la abuela. Debió de perderse Sally–Jessy3 el día que analizaron ese fenómeno.

–Son hombres y mujeres que salen con vampiros, les gusta que los muerdan. Son como fans de los vampiros. Pero me parece a mí que no duran mucho, porque quieren que los muerdan todo e1 rato, y antes o después reciben un mordisco de más.

–Pero no fue un mordisco lo que mató a Maudette –la abuela quería asegurarse de haber entendido eso.

–No, estrangulamiento. –Jason ya estaba terminando su comida.

–¿No pones siempre gasolina en el Grabbit?–le pregunté.

–Claro, como mucha gente.

–¿Y no salías de vez en cuando con Maudette? –preguntó la abuela.

–Bueno, hasta cierto punto–respondió Jason con cautela.

Me pareció que eso quería decir que se acostaba con Maudette cuando no podía conseguir a ninguna otra.

–Espero que el sheriff no quiera hablar contigo–añadió la abuela, sacudiendo la cabeza corno si ese gesto lo hiciera menos factible.

–¿Qué? –Jason estaba rojo, y se puso a la defensiva.

–Bueno, ves a Maudette en la tienda cada vez que pones gasolina, más o menos sales con ella, y acaba muerta en unos apartamentos con los que tienes familiaridad– resumí. No era mucho, pero sí algo, y hay tan pocos homicidios misteriosos en Bon Temps que estaba segura de que removerían cielo y tierra en la investigación de este.

–No soy el único que encaja en ese perfil. Muchísimos otros tíos ponen gasolina allí, y todos conocen a Maudette.

–Sí, ¿pero en qué sentido?–espetó la abuela–. No era una prostituta, ¿verdad? Así que le habrá comentado a alguien con quién salía.

–Simplemente le gustaba pasárselo bien, no era una profesional. –Fue bonito por su parte defender a Maudette, considerando lo que yo sabía del carácter egoísta de Jason. Empecé a tener mejor opinión de mi hermano mayor–. Y se sentía algo sola, supongo–añadió.

Jason nos miró a las dos entonces, y vio que estábamos sorprendidas y conmovidas.

–Hablando de prostitutas –prosiguió con rapidez–, hay una en Monroe especializada en vampiros. Siempre tiene cerca un tipo con una estaca por si alguno va demasiado lejos. Bebe sangre sintética para mantenerse con las reservas sanguíneas altas.

Era desde luego un cambio de tema bastante definitivo, así que la abuela y yo tratamos de pensar alguna pregunta que pudiéramos hacer sin resultar indecentes.

–Me pregunto cuánto cobra– aventuré a comentar, y cuando Jason nos dijo la cifra nos quedamos asombradas.

Una vez quedó atrás el asunto del asesinato de Maudette, la comida prosiguió como siempre, con Jason mirando su reloj y diciendo que tenía que irse justo cuando tocaba lavar los platos.

[3] Otro programa de televisión, este de Sally Jessy Raphael.

Pero descubrí que la abuela todavía le daba vueltas a lo de los vampiros. Un rato después vino a mi habitación, mientras me maquillaba para ir a trabajar.

–¿Qué edad crees que tiene el vampiro, el que conociste?

–No tengo ni idea, abuela –estaba aplicándome la máscara de pestañas, con los párpados muy abiertos y tratando de mantenerme inmóvil para no meterme el maquillaje en un ojo, así que mi voz tuvo un tono agudo, como si estuviera practicando para una película de terror.

–¿Crees que... podría recordar la Guerra?

No hizo falta preguntar qué guerra. Al fin y al cabo, la abuela era miembro fundador de los Descendientes de los Muertos Gloriosos.

–Podría ser–dije, moviendo la cara de lado a lado para asegurarme de que el colorete estaba bien repartido.

–¿Crees que podría venir para hablamos sobre ello? Podríamos tener una reunión especial.

–De noche–le recordé.

–Oh, sí, claro, tendría que ser de noche. –Los Descendientes suelen reunirse a mediodía en la biblioteca y llevarse la comida en una bolsa.

Pensé en ello. Sería muy grosero por mi parte acercarme al vampiro y sugerirle que debía dar una charla en el club de la abuela porque yo le había salvado de que los desangradores lo dejaran seco, pero quizá él se ofreciera si le daba una pista... No me apetecía, pero lo haría por la abuela.

–Se lo preguntaré la próxima vez que vaya–prometí.

–O al menos podría hablar conmigo y yo grabaría sus recuerdos– comentó ella. Casi pude oír cómo giraban los engranajes de su cabeza al pensar en el espaldarazo que supondría para ella algo así–. Sería tan interesante para los otros miembros del club... –dijo con modestia.

Contuve las ganas de reír.

–Se lo comentaré –repetí– Ya veremos.

Cuando me marché, la abuela ya estaba vendiendo la piel del oso.

No pensé que Rene Lenier fuera a irle a Sam con la historia de la pelea en el estacionamiento, pero parecía que Rene tenía mucho tiempo libre. Cuando entré a trabajar esa tarde, pensé que la agitación que se sentía en el ambiente se debía al asesinato de Maudette. Pronto descubrí lo contrario.

Sam me hizo pasar al almacén en cuanto llegué. Estaba botando de rabia, y me leyó la cartilla del derecho y del revés. Sam nunca se había enfadado conmigo, así que enseguida estuve a un pelo de llorar.

–Y si crees que un cliente no está a salvo, me lo dices y yo me encargaré de ello, no tú. –Lo estaba diciendo por sexta vez, y al fin me di cuenta de que había estado preocupado por mí. Lo capté en su mente, justo antes de reforzar mi negativa rotunda a "escucharlo". Escuchar a tu jefe lleva al desastre.

No se me había ocurrido en ningún momento pedir ayuda a Sam, o a cualquier otro.

–Y si crees que están haciendo daño a alguien en nuestro estacionamiento, lo que debes hacer es llamar a la policía, no lanzarte a la refriega como una patrulla ciudadana –añadió enojado. Su piel, siempre

rubicunda, estaba más roja que nunca, y su áspero pelo dorado tenía aspecto despeinado.

–De acuerdo–dije, tratando de mantener una voz serena y los ojos muy abiertos para que no cayeran las lágrimas–. ¿Vas a despedirme?

–¡No, no! –exclamó, al parecer aún más enfadado–. ¡No quiero perderte! –Me cogió por los hombros y me dio un pequeño achuchón. Entonces se quedó mirándome con sus ojos grandes y azules, y sentí una oleada de calor que emanaba de él. El contacto físico acelera mi discapacidad, hace imperativo que escuche a la persona que me toca. Lo miré fijamente a los ojos durante un largo instante; entonces recobré el control y me retiré al tiempo que sus brazos me soltaban. Me giré y salí del almacén, asustada.

Había aprendido un par de cosas desconcertantes: que Sam me deseaba y que no podía oír sus pensamientos con tanta claridad como los de otra gente. Sentí oleadas con impresiones de lo que él sentía, pero no pensamientos. Se parecía más a llevar un anillo anímico4 que a recibir un fax.

Así que, ¿qué haría con esas informaciones? Absolutamente nada.

Nunca antes había considerado a Sam un hombre con el que irse a la cama (o al menos con el que yo me iría a la cama) por muchos motivos. Pero el más sencillo es que nunca miraba a nadie así, no porque me faltaran hormonas (¡y tanto que las tenía!), sino porque siempre las estoy conteniendo, ya que para mí el sexo es un desastre. ¿Puede alguien imaginarse lo que significa saber todo lo que está pensando tu pareja sexual? Sí, cosas como "Dios, mira qué lunar... tiene el culo un poco gordo... me gustaría que se moviera un poco ala derecha... ¿por qué no capta la idea y...?". Ya sabéis de lo que hablo. Es como un jarro de agua fría para las emociones, creedme. Y durante el coito, no hay manera posible de mantener una barrera mental de ningún tipo.

Otra razón es que Sam me gusta como jefe, y también me gusta mi trabajo, porque me obliga a salir, me mantiene activa y gano algo de dinero, de modo que no me convierta en la especie de reclusa solitaria que mi abuela teme que acabe siendo. Trabajar en una oficia me resulta complicado, y me fue imposible acabar el colegio universitario por la espantosa concentración que debía mantener. Me dejaba agotada.

Así que, en aquel momento, tan solo quise meditar sobre la oleada de deseo que había sentido emanar de él. No era como si me hubiera hecho una proposición verbal o me hubiera arrojado sobre el suelo del almacén. Conocía sus sentimientos y podía ignorarlos si quería. Aprecié la delicadeza de la situación y me pregunté si Sam me había tocado a propósito, si realmente sabía lo que me pasaba.

Me cuidé de quedarme a solas con él, pero tengo que admitir que esa noche me sentí muy agitada.

Las siguientes dos noches fueron mejores. Retomamos nuestra confortable relación y me noté aliviada. Y disgustada. También estuve muy ocupada, ya que el asesinato de Maudette hizo que tuviéramos más

[4] Anillos de cuarzo que cambian de color con la temperatura corporal, y que supuestamente indican el estado de ánimo.

afluencia en Merlotte's. Por Bon Temps circulaba toda clase de rumores, y el programa de noticias de Shreveport hasta preparó un breve reportaje sobre la terrible muerte de Maudette Pickens. Yo no fui al funeral, pero la abuela sí y me contó que la iglesia estaba llena a rebosar. La pobre Maudette, esa zoquete de muslos mordidos, resultó más interesante muerta de lo que había sido nunca viva.

Pronto me tocarían dos días libres y tenía miedo de no poder contactar más con el vampiro, Bill. Tenía que transmitirle la petición de mi abuela, pero él no había vuelto al bar y empezaba a preguntarme si lo haría alguna vez.

Mack y Denise tampoco habían vuelto a Merlotte's, pero Rene Lenier y Hoyt Fortenberry se aseguraron de que supiera que habían amenazado con hacerme cosas horribles. No puedo decir que me sintiera muy asustada: la escoria criminal como los Ratas abunda en las autopistas y estacionamientos de caravanas de toda América, sin la inteligencia ni la moral necesarias para asentarse y dedicarse a una vida provechosa. Nunca dejarían una señal positiva en el mundo ni tendrían la menor relevancia, a mi modo de ver. Pasé de las advertencias de Rene.

Pero a él le encantaba comunicármelas. Rene Lenier era pequeño como Sam, pero así como Sam era rubicundo y rubio, Rene era moreno y tenía una pelambrera negra con algunas canas grises que le cubría toda la cabeza. Rene solía venir al bar y charlar con Arlene porque (como le gustaba contar a todo el mundo en el bar) ella era su ex–esposa favorita. Había tenido tres. Hoyt Fortenberry era un cero a la izquierda, aún más que Rene. No era ni moreno ni rubio, ni grande ni pequeño. Siempre parecía alegre y dejaba propinas decentes. Y admiraba a mi hermano Jason más de lo que este se merecía, en mi opinión.

Me alegró que ni Rene ni Hoyt estuvieran en el bar la noche que regresó el vampiro.

Se sentó en la misma mesa.

Ahora que de verdad lo tenía delante, me sentí un poco cortada. Descubrí que ya me había olvidado del casi imperceptible brillo de su piel, y había exagerado su altura y las líneas bien definidas de su boca.

–¿Qué puedo servirte?–le pregunté.

Me miró. También había olvidado lo profundos que eran sus ojos. No sonrió ni parpadeó, estaba completamente inmóvil. Por segunda vez, su silencio me relajó; cuando dejo caer mi guardia noto que se me relaja la cara, y es tan agradable como que te den un masaje (aunque eso es solo una conjetura).

–¿Qué eres? –me preguntó. Era la segunda vez que quería saberlo.

–Soy una camarera–dije, malinterpretándolo de nuevo a propósito. Pude notar que mi sonrisa volvía a su sitio; mi pequeño intervalo de paz había desaparecido.

–Vino tinto–pidió, y si estaba disgustado su voz no lo dejó entrever.

–Por supuesto –respondí–. La sangre sintética debería llegar en el camión de mañana. Escucha, ¿podría hablar contigo después del trabajo? Tengo que pedirte un favor.

–Desde luego. Estoy en deuda contigo –y no sonó nada contento por ello.

–¡No es para mí! –yo también me sentí algo ofendida–. Es para mi abuela. Si estás despierto... bueno, supongo que lo estarás. Cuando salga del trabajo a la una y media, ¿te importaría esperarme en la puerta de empleados, detrás del bar? –Señalé en esa dirección, y la coleta me bailó sobre los hombros. Sus ojos siguieron el movimiento de mi pelo.

–Será un placer.

No supe si estaba mostrando la cortesía que, según insistía la abuela, era la norma en tiempos pretéritos, o si simplemente se estaba burlando de mí. Resistí la tentación de sacarle la lengua o de hacerle una pedorreta. Di media vuelta y regresé a la barra. Cuando le traje el vino, me dejó una propina del veinte por ciento. Poco después miré a su mesa y me di cuenta de que había desaparecido. Me pregunté si mantendría su palabra.

Arlene y Dawn se marcharon antes de que yo terminara, por una razón o por otra, pero sobre todo porque todos los servilleteros de mi zona resultaron estar casi vacíos. Por último recogí mi bolso de la taquilla (con cerradura) del despacho de Sam, donde lo guardo mientras trabajo, y me despedí del jefe. Pude oírlo trastear en el lavabo de hombres, probablemente tratando de arreglar el váter que perdía agua. Me detuve un instante en el de mujeres para echarle un ojo a mi peinado y al maquillaje.

Cuando salí, observé que Sam ya había apagado las luces del estacionamiento para clientes. Solo la farola del poste del tendido eléctrico, junto a su caravana, iluminaba el de empleados. Pa ra deleite de Arlene y Dawn, Sam había puesto un jardincillo delante de la caravana y había plantado boj en él, y constantemente estaban tomándole el pelo con la pulcra línea de su seto. En mi opinión quedaba muy bonito.

Como siempre, el camión de Sam estaba aparcado delante de la caravana, así que mi coche era el único que quedaba en el estacionamiento.

Me estiré y miré a todos lados. Ni señal de Bill. Me sorprendió que aquello me disgustara tanto, había esperado de él que fuera cortés, aunque no le saliera del corazón (¿tenía corazón?).

Tal vez, pensé, saltaría desde un árbol o aparecería en medio d e una nube de humo delante de mí, envuelto con una capa negra de forro rojo. Pero nada de eso ocurrió, así que caminé hasta el coche.

Me esperaba una sorpresa, pero no la que me llevé.

Mack Rattray surgió desde detrás de mi coche y en una zancada se acercó lo suficiente para golpearme la mandíbula. No se contuvo lo mínimo, y caí sobre la grava como un saco de cemento. Dejé escapar un grito mientras caía, pero el golpe con el suelo me dejó sin aliento y sin algo de piel, y quedé en silencio, indefensa y sin poder respirar. Entonces vi a Denise, vi cómo balanceaba su pesada bota, y tuve la reacción justa para encogerme antes de que los Rattray comenzaran a darme patadas.

El dolor fue inmediato, intenso y despiadado. Me cubrí de modo instintivo la cara con los brazos, por lo que lo peor me lo llevé en los antebrazos, las piernas y la espalda.

Creo que al principio, durante los primeros golpes, estaba segura de que se detendrían, me escupirían sus amenazas y advertencias y se marcharían. Recuerdo el momento exacto en el que me di cuenta de que trataban de matarme. Podía quedarme allí quieta y soportar una simple paliza, pero no me iba a quedar in móvil para que me mataran.

En cuanto tuve cerca una pierna, me lancé a agarrarla y me a ferré a ella como si me fuera la vida en el intento. Traté de morder, al menos de dejarle una marca a uno de ellos. Ni siquiera sabía bien de quién era la pierna.

Entonces, desde atrás se oyó un gruñido. Oh, no, pensé, se han traído un perro. El gruñido era claramente hostil. Si hubiese tenido algún modo de expresar mis emociones, se me habría puesto el pelo de punta.

Recibí otra patada en la columna, y la paliza terminó.

La última patada me había hecho algo malo. Pude oír mi propia respiración, los estertores y un extraño sonido borboteante que parecía provenir de mis pulmones.

–¿Qué demonios es eso?–preguntó Mack Rattray, y sonaba asaz aterrado.

Volví a oír el gruñido, más cercano, justo detrás de mí. Y de otra dirección me llegó una especie de graznido. Denise comenzó a lamentarse, Mack soltaba tacos. Ella liberó su pierna de mi abrazo, que ya era muy débil. Mis brazos cayeron inertes al suelo; parecía que no obedecían mis órdenes. Aunque tenía la visión borrosa, pude ver que mi brazo derecho estaba roto. Notaba el rostro húmedo, y me dio miedo seguir evaluando mis heridas.

Mack comenzó a gritar y después también Denise, y de repente surgió a mi alrededor un revuelo de actividad, pero yo no podía moverme. Lo único que podía ver era mi brazo roto, mis rodillas magulladas y la zona oscura de debajo del coche.

Poco después se impuso el silencio. Detrás, el perro gimió. Una nariz fría me tocó la oreja y una lengua cálida la lamió. Traté de alzar la mano para acariciar al animal que, sin lugar a dudas, me había salvado la vida, pero no fui capaz. Me oí llorar, un sonido que parecía venir desde muy lejos.

Enfrentándome a los hechos, dije:

–Me muero. –Empezaba a parecerme cada vez más y más factible. Las ranas y los grillos que solían llenar de ruidos la noche habían callado al comenzar la pelea y el ruido en el estacionamiento, así que mi débil voz surgió clara y se derramó por la oscuridad. Aunque parezca extraño, poco después oídos voces.

Un par de rodillas, cubiertas por unos vaqueros manchados de sangre, entraron en mi campo de visión. El vampiro Bill se inclinó para que pudiera verle la cara. Tenía sangre alrededor de la boca y los colmillos desplegados, de un blanco reluciente que contrastaba sobre su labio inferior. Traté de sonreírle, pero mi rostro no acababa de funcionar bien.

–Voy a levantarte–dijo Bill. Parecía tranquilo.

–Moriré si lo haces –susurré.

Me estudió con mucha atención.

–Aún no–dijo después de evaluarme. Curiosamente, eso hizo que me sintiera mejor. La cantidad de heridas que habrá visto en su vida, pensé.

–Esto te va a doler–me previno. Era difícil imaginarse algo que no me fuera a doler.

Pasó los brazos por debajo de mi cuerpo antes de que me diera tiempo a asustarme. Grité, pero débilmente.

–Rápido –dijo otra voz con tono de urgencia.

–Vayamos a los árboles, donde no nos vean –dijo Bill, aupando mi cuerpo como si no pesara nada.

¿Iban a enterrarme allí atrás, donde no les viera nadie? ¿Justo después de rescatarme de los Ratas? Casi ni me importaba. Sentí un pequeño alivio cuando me dejó sobre un manto de agujas de pino en la oscuridad del bosque. En la distancia pude ver el resplandor de la luz del estacionamiento. Me di cuenta de que me goteaba sangre por el pelo, y noté el dolor del brazo roto y el padecimiento de las profundas magulladuras, pero lo peor era lo que no sentía.

No sentía las piernas.

Notaba el abdomen lleno y pesado. La expresión "hemorragia interna" se coló entre mis pensamientos, así de lúgubres eran.

–Morirás a no ser que hagas lo que te diga –me explicó Bill.

–Lo siento, no quiero ser una vampira–respondí, con voz frágil y temblorosa.

–No, no lo serás–me dijo con más amabilidad–. Sanarás rápidamente, tengo una cura. Pero debes estar dispuesta.

–Entonces úsala –susurré–. Me voy–pude notar que el peso de la desesperación tiraba de mí.

La pequeña parte de mi cerebro que aún recibía señales del inundo exterior oyó a Bill gruñir como si lo hubieran herido. Entonces me pusieron algo en la boca.

–Bebe–dijo.

Traté de sacar la lengua; lo logré. Bill estaba sangrando, apretándose la herida para que el flujo de sangre de su muñeca llegara hasta mi boca. Sentí arcadas, pero quería vivir. Me obligué a tragar, y a tragar una vez más.

De repente la sangre me supo bien, salada, el líquido de la vida. Alcé el brazo que no tenía roto y apreté la muñeca del vampiro contra mis labios. Me sentía mejor con cada trago. Y después de un minuto me venció el sueño.

Cuando me desperté, estaba todavía entre los árboles, tumbada sobre el suelo. Alguien estaba tumbado junto a mí; era el vampiro. Pude ver su resplandor, y noté que su lengua se movía sobre mi cabeza. Estaba lamiendo la herida de mi cuero cabelludo. Difícilmente podía echárselo en cara.

–¿Tengo un sabor distinto al de otra gente? –pregunté.

–Sí –dijo con voz espesa–. ¿Qué eres?

Era la tercera vez que me lo preguntaba. A la tercera va la vencida, como siempre dice la abuela.

–Oye, no soy una muerta–le dije. De repente recordé que ya debía de estar curada. Meneé el brazo, el que estaba roto. Tenía poca fuerza pero ya no colgaba inerte. También podía sentir las piernas y moverlas. Inspiré y respiré de modo experimental, y el leve dolor que sentí me alegró. Traté de sentarme. Demostró requerir todo un esfuerzo, pero no me fue imposible. Me recordó a cuando era niña, al primer día sin fiebre después de superar la neumonía: débil pero dichosa. Era consciente de haber sobrevivido a algo terrible.

Antes de que pudiera enderezarme del todo, puso sus brazos bajo mi cuerpo y me acercó a él. Se arrimó a un árbol y me sentí muy cómoda así apoyada, con la cabeza en su pecho.

–Lo que soy es telépata –le dije–. Puedo escuchar los pensamientos de la gente.

–¿Incluso los míos? –en su voz parecía haber solo curiosidad.

–No. Por eso me gustas tanto –respondí, flotando en un mar de bienestar rosado. No me preocupaba por disimular mis sentimientos.

Rió y sentí que su pecho retumbaba. La risa sonaba algo oxidada.

–No te puedo oír en absoluto–continué diciendo tonterías con voz somnolienta–. No tienes ni idea de lo agradable que es. Tras una vida de bla bla bla, no oír... nada.

–¿Cómo consigues salir con hombres? Con los chicos de tu edad, seguro que su única idea es cómo llevarte a la cama.

–Bueno, no lo consigo. Y francamente, a cualquier edad creo que su objetivo es llevarse a una mujer a la cama. No tengo citas. Todo el mundo piensa que estoy loca, ya lo sabes, porque no puedo decirles la verdad, que lo queme vuelve loca son todos sus pensamientos y todas esas mentes. Tuve unas pocas citas cuando comencé a trabajar en el bar, con chicos que no habían oído hablar de mí. Pero era lo mismo de siempre. No puedes concentrarte en estar a gusto con un chico, u olvidarte de las preocupaciones del día, cuando oyes que se preguntan si eres teñida o creen que no tienes un culo bonito, o se imaginan cómo serán tus tetas.

De repente me sentí más alerta, y me di cuenta de todo lo que le estaba revelando de mí misma a aquella criatura.

–Discúlpame –le dije–, no quería agobiarte con mis problemas. Gracias por salvarme de los Ratas.

–Si te han atacado es por mi culpa–respondió. Pude notar que por debajo de la tranquila superficie de su voz latía la furia–. Si hubiese tenido la cortesía de llegar a tiempo, esto no habría ocurrido. Así que te debía parte de mi sangre, te debía la curación.

–¿Están muertos? –para mi vergüenza, mi voz sonó chirriante.

–Y tanto.

Tragué saliva. No podía lamentar que el mundo se hubiera liberado de los Ratas. Pero tenía que enfrentarme a ello cara a cara, no debía olvidarme de que me sentaba en el regazo de un asesino. Aunque me sentía bastante feliz allí, rodeada por sus brazos.

–Eso debería preocuparme, pero no lo hace –exclamé, antes de darme cuenta de lo que decía. Sentí de nuevo esa risa vigorosa.

–Sookie, ¿de qué querías hablarme antes?

Tuve que esforzarme para poder recordarlo. Aunque físicamente me había recuperado de manera milagrosa de la paliza, mentalmente aún me sentía un poco confusa.

–Mi abuela tiene muchas ganas de saber cuántos años tienes–dije dubitativa. No sabía hasta qué punto era personal esa pregunta para un vampiro. Aquel en cuestión me acariciaba la espalda como si tratara de calmar a un gatito.

–Me convirtieron en vampiro en 1870, cuando tenía treinta años de edad. –Alcé la mirada; su rostro reluciente carecía de expresión, sus ojos eran pozos de negrura en la oscuridad del bosque.

–¿Luchaste en la Guerra?

–Sí.

–Tengo la sensación de que te vas a enfadar, pero los harías tan felices a ella y a los de su club si les cuentas un poco de la Guerra, de cómo fue en realidad…

–¿Su club?

–Pertenece a los Descendientes de los Muertos Gloriosos.

–Muertos Gloriosos… –la voz del vampiro resultaba indescifrable, pero yo estaba bastante segura de que no se sentía contento.

–Escucha, no tienes que contarles nada de los gusanos y las enfermedades y el hambre–le dije–. Tienen su propia idea de la Guerra, y aunque no son estúpidos (han vivido otras guerras) les gustaría más enterarse de cómo vivía entonces la gente, los uniformes y los movimientos de tropas.

–Cosas agradables.

Respiré profundamente.

–Sí.

–¿Te haría feliz si lo hago?

–¿Y qué importa eso? Haría feliz a la abuela, y como estás en Bon Temps y pareces querer vivir por aquí, sería un buen movimiento de relaciones públicas por tu parte.

–¿Te haría feliz?

No era un tipo al que pudieras despistar.

–Vale, sí.

–Entonces lo haré.

–La abuela dice que será mejor que comas antes de ir – añadí.

Escuché de nuevo esa risa retumbante, esta vez más profunda.

–Me encantará conocerla. ¿Puedo pasar a verte alguna noche?

–Ah, claro. Mañana por la noche me toca el último turno, y después tengo dos días libres, así que la del jueves sería una buena noche. –Alcé la muñeca para mirar el reloj. Todavía funcionaba, pero la esfera estaba cubierta de sangre seca– Arg, qué asco–dije, mojándome el dedo en la boca y limpiando el reloj con la saliva. Apreté el botón que iluminaba las manecillas y me sobresalté al ver la hora que era–. Oh, cielos, tengo que irme a casa. Espero que la abuela se haya ido a dormir.

–Debe de preocuparla que estés fuera y sola tan tarde por las noches –sonaba a reproche. ¿Estaría pensando en Maudette? Experimenté un momento de intranquilidad, preguntándome si realmente Bill la había conocido, si ella lo había invitado a su rasa. Pero rechacé la idea: estaba decidida a no sumergirme en la extraña y desagradable naturaleza de la vida y muerte de Maudette, no quería que esos horrores arrojaran sombras sobre mi pequeña isla de felicidad.

–Es parte de mi trabajo –respondí con aspereza–, no se puede evitar. Además, no siempre trabajo por las noches. Pero cuando puedo, lo hago.

–¿Por qué? –El vampiro me ayudó a incorporarme y después se levantó con agilidad.

–Mejores propinas, se trabaja más duro. No hay tiempo para pensar.

–Pero la noche es más peligrosa–dijo con desaprobación.

Él debía de saberlo bien.

–No hables como mi abuela –le reprendí con suavidad. Casi habíamos llegado ya al estacionamiento.

–Soy mayor que tu abuela–me dijo. Y eso puso punto final a la conversación.

Después de salir de los árboles me quedé observando el paisaje. El estacionamiento estaba tranquilo y desierto, como si no hubiera ocurrido nada, como si no hubieran estado a punto de matarme a patadas en ese trozo de grava; apenas una hora antes. Como si los Ratas no hubieran encontrado allí su sangriento final.

Las luces de la caravana de Sam estaban apagadas.

La gravilla parecía mojada, pero no se veía sangre. Encontré mi bolso sobre el capó del coche.

–¿Y el perro?–pregunté.

Me giré para contemplar a mi salvador.

No estaba allí.

2

Para mi alivio, la abuela ya estaba dormida cuando llegué a casa, y logré meterme en la cama sin despertarla. No fue de extrañar que a la mañana siguiente me levantara muy tarde.

Cuando sonó el teléfono, yo estaba tomando una taza de café en la mesa de la cocina y la abuela limpiaba la despensa. Apoyó el trasero en el taburete que había al lado de la encimera, su percha habitual para el parloteo, antes de descolgar.

–¿Quién es? –dijo. Por algún motivo siempre sonaba enojada, como si una llamada de teléfono fuera lo último que deseaba en ese momento. Pero yo sabía que nunca era así–. Hola, Everlee. No, estaba aquí sentada charlando con Sookie, que se acaba de levantar. No, todavía no he oído ninguna noticia hoy. No, nadie me ha llamado. ¿Qué, qué tornado? Anoche estaba despejado. ¿En Four Tracks Comer? ¿En serio? ¡No! ¡No me lo puedo creer! ¿En serio, los dos? Ajajá. ¿Y qué dice Mike Spencer?

Mike Spencer era el juez de instrucción de la parroquia. Empecé a tener un mal presentimiento. Terminé el café y me serví otra taza; me daba la impresión de que iba a necesitarla.

La abuela colgó un minuto después.

–¡Sookie, no te vas a creer lo que ha pasado!

Seguro que me lo creía.

–¿El qué?–pregunté, tratando de aparentar inocencia. –¡Pues que, aunque anoche pareciera que hacía buen tiempo, un tornado debe de haber azotado Four Tracks Comer! Volcó la caravana de alquiler que hay en aquel claro, y la pareja que estaba dentro... los dos han muerto, atrapados de algún modo debajo de la caravana y hechos papilla. Mike dice que nunca había visto algo parecido.

–¿Va a enviar los cuerpos para que les hagan la autopsia?

–Bueno, supongo que tendrá que hacerlo, aunque la causa de la muerte parece bastante clara, según Stella. La caravana está volcada, el coche medio subido encima, y los árboles alrededor del claro machacados.

–Cielo santo –musité, pensando en la fuerza necesaria para disponer un escenario así.

–Cariño, no me has dicho si tu amigo el vampiro volvió ayer.

Pegué un respingo de culpabilidad, pero me di cuenta de que la abuela había cambiado de tema. Me había estado preguntando cada día si había visto a Bill, y ahora al fin pude decirle que sí, aunque no con alegría.

Como era de prever, la abuela se entusiasmó como una niña. Revoloteó por la cocina como si el invitado que esperaba fuera el príncipe Carlos.

–¡Mañana por la noche! ¿Y a qué hora vendrá?–preguntó.

–Después del anochecer. Es lo antes que puede.

–Ya estamos con el horario de verano, así que eso será bastante tarde–reflexionó la abuela–. Bien, tendremos tiempo de tomar la cena y limpiarlo todo antes de que llegue. Y disponernos de todo el día de mañana para limpiar la casa. ¡Da la impresión de que no he limpiado esa alfombra desde hace un año!

–Abuela, estamos hablando de un tipo que duerme todo el día bajo tierra–le hice recordar–. No creo que se vaya a fijar en la alfombra.

–Bueno, pues si no es por él, lo haré por mí, para poder sentirme orgullosa–dijo la abuela categórica–. Además, jovencita, ¿cómo sabes tú dónde duerme?

–Buena pregunta, abuela. No lo sé. Pero tiene que mantenerse apartado de la luz y estar a salvo, así que me supongo eso.

Pronto comprendí que nada podía evitar que mi abuela entrara en un frenesí de orgullo casero. Mientras yo me arreglaba para ir al trabajo, ella fue a la tienda, alquiló un aspirador de alfombras y se puso a limpiarlo todo.

De camino a Merlotte's, me desvié un poco al norte y pasé por delante de Four Tracks Comer. Era un cruce de caminos tan antiguo como la presencia humana en el área, formalizado ahora por asfalto y señales de tráfico, pero de acuerdo con el folclore local fue la intersección de dos pistas de caza. Supongo que antes o después tendrá casas de estilo ranchero y calles comerciales a cada lado, pero por el momento era todo bosque y, según Jason, la caza seguía siendo abundante.

Como no había nada que me lo impidiera, conduje por el camino bacheado que llevaba hasta el claro donde se situaba la caravana alquilada de los Rattray. Paré el coche y miré a través del parabrisas, aterrada. La caravana, que era muy pequeña y vieja, yacía aplastada a tres metros de su posición original, arrugada como un acordeón. El abollado coche de los Rattray todavía se apoyaba sobre uno de los extremos de la roulotte. Por todo el claro se esparcían matorrales y escombros, y los árboles de detrás de la caravana mostraban signos de una gran violencia: tenían las ramas partidas y la copa de un pino colgaba solo de un hilo de corteza. Había ropa enganchada en las ramas, e incluso una bandeja para el horno.

Salí poco a poco del coche y miré a mi alrededor. Los daños eran sencillamente increíbles, en especial para mí, que sabía que no los había provocado un tornado. Bill el vampiro había montado esa escena para ocultar la muerte de los Rattray.

Un viejo todoterreno se acercó saltando sobre los baches hasta detenerse junto a mí.

–¡Vaya, Sookie Stackhouse! –exclamó Mike Spencer–. ¿Qué haces aquí, muchacha? ¿No tienes que ir al trabajo?

–Sí, señor. Conocía a los Ratas... a los Rattray. Es algo terrible –pensé que eso resultaba lo bastante ambiguo. En ese momento vi que junto a Mike estaba el sheriff.

–Una cosa terrible. Sí, bueno, he oído –dijo el sheriff Bud Dearborn mientras saltaba del todoterreno– que Mack, Denise y tú os llamasteis de todo menos guapos en el estacionamiento de Merlotte's, la semana pasada.

Sentí un escalofrío cerca de donde debe de estar el hígado, cuando los dos hombres se colocaron delante de mí. Mike Spencer era también director de una de las dos funerarias de Bon Temps. Como él siempre señalaba de manera seca y tajante, todo el que quisiera podía ser enterrado por la Firma Funeraria Spencer e Hijos, aunque parecía que solo los blancos querían. De manera similar, solo los negros decidían que los enterrara el Dulce Descanso. Mike era un hombre grueso de mediana edad, con el pelo y el bigote del color del té claro, y era aficionado a las botas de vaquero y a las corbatas de lazo, que lógicamente no podía ponerse cuando estaba de servicio en Spencer e Hijos. Ahora sí las llevaba.

El sheriff Dearborn, que tenía fama de ser buen hombre, era un poco mayor que Mike, pero estaba en buena forma y era duro desde su firme sombrero gris hasta la punta de sus zapatos. El sheriff tenía un rostro aplastado y vivaces ojos castaños. Mi padre y él habían sido buenos amigos.

–Sí, señor, tuvimos un altercado –dije con sinceridad, echando mano de mi mejor acento sureño.

–¿Quieres contármelo? –el sheriff sacó un Marlboro y lo encendió con un sencillo mechero de metal.

Y cometí un error. Debería habérselo contado. La gente pensaba que estaba loca, y algunos hasta que era retrasada. Pero por mi vida que no pude encontrar ninguna razón para explicárselo a Bud Dearborn. Ninguna, excepto el sentido común.

–¿Por qué? –pregunté.

Sus pequeños ojos castaños se pusieron de inmediato alerta, y se desvaneció el aire amigable.

–Sookie–dijo, con tono de sentirse muy defraudado. No me lo creí ni por un instante.

–Yo no he hecho esto–dije, barriendo la destrucción con un gesto de la mano.

–No, no lo has hecho –admitió– Pero de todas maneras, si alguien muere una semana después de tener una pelea con otra persona, creo que debo hacer algunas preguntas.

Me replanteé la idea de plantarle cara. Era divertido, pero no pensé que mereciera la pena. Resultaba evidente que mi reputación de simpleza podría serme útil. Puede que no tenga muchos estudios ni haya visto mundo, pero no soy estúpida ni inculta.

–Bueno, estaban haciendo daño a mi amigo –confesé, dejando caer la cabeza y mirándome los pies.

–¿Ese amigo es el vampiro que vive en la vieja casa Compton? –Mike Spencer y Bud Dearborn intercambiaron miradas.

–Sí, señor. –Me sorprendió enterarme de dónde vivía Bill, pero ellos no se dieron cuenta. Gracias a tantos años teniendo que contenerme para no reaccionar a las cosas que oigo pero no quiero saber, he adquirido un buen control facial. La vieja casa Compton estaba justo al otro extremo de los campos desde nuestra casa, al mismo lado de la carretera. Entre el hogar de Bill y el mío solo se alzaban la arboleda y el cementerio. Qué apropiado para Bill, pensé con una sonrisa.

–Sookie Stackhouse, ¿tu abuela te deja relacionarte con ese vampiro?– dijo Spencer, demostrando poca prudencia.

–Puede preguntárselo a ella –le sugerí maliciosa, con muchas ganas de ver lo que le respondería la abuela a quien sugiriera que no me estaba cuidando bien–. Ya sabe, los Rattray estaban tratando de desangrar a Bill.

–¿Así que el vampiro estaba siendo drenado por los Rattray? ¿Y tú los detuviste? –me interrumpió el sheriff.

–Sí–dije, tratando de parecer resuelta.

–Drenar a un vampiro es ilegal–musitó.

–¿No es asesinato matar a un vampiro que no te ha atacado? –pregunté.

Puede que estuviera abusando de mi ingenuidad.

–Sabes muy bien que así es, aunque no estoy de acuerdo con esa ley. Pero sigue siendo la ley y la aplicaré –dijo el sheriff envarándose.

–¿Y el vampiro los dejó irse, sin amenazarlos con vengarse? ¿No dijo nada como que le gustaría verlos muertos? –Mike Spencer se hacía el estúpido.

–Eso es –les sonreí a los dos y entonces miré mi reloj. Recordé la sangre en la esfera, mi propia sangre, derramada por la paliza de los Rattray. Tuve que apartar esa sangre de mi mente para poder ver la hora.

–Discúlpenme, pero debo ir a trabajar –dije–. Adiós, Sr. Spencer, sheriff.

–Adiós Sookie –respondió el sheriff Dearborn. Me miró como si tuviera más cosas que preguntarme, pero no sabía cómo plantearlas. Estaba claro que no se quedaba del todo satisfecho con la escena del crimen, y yo no creía posible que ningún radar hubiera detectado ese supuesto tornado. Sin embargo, estaban la caravana, el coche, los árboles y los Rattray muertos debajo. ¿Qué se podía decidir, salvo que un tornado los había matado? Me imaginé que habrían enviado los cuerpos para que les hicieran la autopsia, y me pregunté qué podría desvelar esta a tenor de las circunstancias.

El cerebro humano es una cosa sorprendente. El sheriff Dearborn tenía que saber que los vampiros son muy fuertes, pero no podía imaginarse cuánto: lo suficiente para volcar una caravana y aplastarla. Incluso a mí me costaba asumirlo, y eso que yo sabía con seguridad que ningún tornado había golpeado Four Comers.

El bar bullía con los cuchicheos sobre las muertes. El asesinato de Maudette había quedado en segundo plano ante el fallecimiento de Denise y Mack. Descubrí a Sam mirándome fijamente una o dos veces, lo que me hizo pensar en la noche anterior y plantearme cuánto sabría él de lo ocurrido. Pero me daba miedo preguntarle, por si no había visto nada. Tampoco yo podía explicarme algunas de las cosas sucedidas esa noche, pero estaba tan contenta por estar viva que no quería pensar en ello.

Nunca he sonreído tanto al servir las bebidas como aquella noche, ni he traído nunca el cambio con tal rapidez, ni tomado los encargos con tanta exactitud. Ni siquiera Rene, con su pelo alborotado, logró que perdiera el tiempo, a pesar de que en cuanto me acercaba a la mesa que compartía con Hoyt y otro par de colegas insistía en arrastrarme a sus interminables conversaciones.

Rene se hacía de vez en cuando el cajún loco, aunque todo acento cajún que pudiera poner era falso5, sus viejos habían dejado que se perdiera cualquier herencia. Todas las mujeres con las que se había casado eran duras y salvajes. Su breve matrimonio con Arlene fue cuando ella era joven y no tenía hijos, y esta me había contado que de vez en cuando habían hecho cosas que, al pensarlas ahora, le ponían los pelos de punta. Ella había madurado desde entonces, pero Rene no. Y para mi sorpresa, Arlene le tenía mucho cariño.

Todo el mundo en el bar aquella noche estaba excitado por los inusuales sucesos de Bon Temps. Una mujer había sido asesinada, y eso era un misterio; normalmente, los asesinatos de Bon Temps se resuelven con facilidad. Y una pareja había muerto de modo violento en un capricho de la naturaleza. En mi opinión, lo que sucedió a continuación se debió a esa excitación. Aquel era un bar para gente local, con algunos forasteros que se pasaban por él de manera habitual, y yo nunca había tenido serios problemas con atenciones no deseadas. Pero esa noche, un hombre que se sentaba en una mesa cerca de Rene y Hoyt, un rubio corpulento con la cara ancha y roja, metió una mano por la pernera de mis pantaloncitos cuando le llevé las cervezas.

Eso no estaba bien visto en Merlotte's.

Pensé en estamparle la bandeja en la cabeza, pero sentí que retiraban la mano y noté que había alguien de pie detrás de mí. Me giré y vi que era Rene, que se había levantado de la silla sin que yo me diera ni cuenta. Reseguí su brazo con la mirada y vi que su mano agarraba la del tipo rubio y la apretaba con fuerza. El rostro del rubio se estaba poniendo colorado.

–¡Eh, hombre, suéltame! –protestó–. No ha sido nada.

–No toques a nadie que trabaje aquí, esas son las normas. –Rene puede ser bajo y enjuto, pero todos en el bar hubieran apostado por nuestro chico local contra el corpulento visitante.

–Está bien, está bien.

–Discúlpate ante la señorita.

–¿Ante Sookie la Loca?–su voz sonaba incrédula. Debía de haber venido ya alguna vez. La mano de Rene debió de apretar con mayor fuerza, porque vi que las lágrimas asomaban a los ojos del tipo rubio–. Lo siento, Sookie, ¿de acuerdo?

Asentí con tanta majestuosidad como fui capaz. Rene soltó con brusquedad la mano del otro hombre e hizo un gesto con el pulgar para indicarle que se fuera a paseo. El rubio no tardó nada en salir por la puerta, y su acompañante lo siguió.

–Rene, deberías dejar que yo me encargara de estas cosas –le dije en voz baja cuando pareció que los demás clientes retomaban sus conversaciones. Habíamos dado a la máquina de los rumores combustible

[5] Los cajunes son los habitantes del sur de Luisiana, que aún hablan un dialecto francés.

suficiente al menos para un par de días–. Pero te agradezco que des la cara por mí.

–No quiero que nadie se meta con una amiga de Arleneme respondió de modo prosaico–. Merlotte's es un lugar agradable, y todos queremos que siga siéndolo. Además, a veces me recuerdas a Cindy, ¿lo sabías?

Cindy era la hermana de Rene, y se había trasladado a Baton Rouge uno o dos años atrás. Era rubia y de ojos azules, pero aparte de eso no fui capaz de encontrarle más similitudes conmigo. Pero no parecía educado señalarlo.

–¿Ves mucho a Cindy? –le pregunté. Hoyt y el otro hombre que estaba con ellos en la mesa discutían sobre puntuaciones y estadísticas de los Capitanes de Shreveport6.

–De vez en cuando–respondió Rene, ladeando la cabeza como para indicar que le gustaría verla más a menudo–. Trabaja en la cafetería de un hospital.

Le di una palmada en el hombro.

–Tengo que ir a trabajar.

Cuando llegué a la barra para recoger el siguiente pedido, Sam me miró con las cejas arqueadas. Abrí mucho los ojos para mostrarle lo sorprendida que estaba por la intervención de Rene, y Sam se encogió ligeramente de hombros, como si señalara que no hay modo de prever el comportamiento humano.

Pero cuando pasé al otro lado de la barra para coger unas cuantas servilletas, me fijé en que había sacado el bate de béisbol que guarda debajo de la caja registradora para los casos de emergencia.

La abuela me tuvo ocupada durante todo el día siguiente. Ella quitó el polvo, pasó la aspiradora y fregó, y yo limpié los baños. Mientras pasaba el estropajo del retrete por la taza, me pregunté si los vampiros necesitaban ir alguna vez al baño. La abuela me hizo aspirar el pelo de gato del sofá, y también vacié todas las papeleras. Abrillanté las mesas, y hasta limpié la lavadora y la secadora, por tonto que suene.

Cuando la abuela comenzó a meterme prisa para que me diera una ducha y me cambiara de ropa, comprendí que consideraba a Bill el vampiro como mi cita. Eso me hizo sentirme un poco rara. Primero, demostraba que la abuela estaba tan desesperada porque yo tuviera vida social que hasta un vampiro le resultaba aceptable; segundo, yo albergaba ciertos sentimientos que respaldaban esa idea; tercero, Bill podía interpretar correctamente todo aquello; y cuarto, ¿podía un humano llegar a gustarle a un vampiro?

Me duché, me maquillé y me puse un vestido, ya que sabía que de lo contrario la abuela se enfadaría. Se trataba de un pequeño vestido azul de algodón con pequeñas margaritas estampadas, y era más ajustado de lo que le gustaba a la abuela y más corto de lo que Jason consideraba apropiado para su hermana. Ya había oído todo aquello la primera vez que lo llevé. Escogí los pendientes pequeños de bolas amarillas y me eché el pelo hacia atrás, suelto pero sujeto con un pasador con forma de plátano amarillo.

[6] El equipo de béisbol de la ciudad.

La abuela puso una mirada rara que me costó interpretar. Podría haberlo descubierto con facilidad escuchándola, pero hacerle eso a la persona con quien convives es algo terrible, así que preferí permanecer en la ignorancia. Por su parte, ella vestía la falda y la blusa que suele llevar en las reuniones de los Descendientes de los Muertos Gloriosos, que no llegaba a ser un traje de domingo, pero estaba por encima de la ropa diaria.

Cuando él llegó, yo estaba barriendo el porche delantero, que se nos había olvidado. Hizo una entrada puramente vampírica, en un momento dado no estaba allí y al siguiente sí, esperando al pie de las escaleras y mirándome.

Le sonreí y le dije:

–No me has asustado.

Pareció un poco cohibido.

–Es por costumbre –dijo–, lo de aparecer así. No suelo hacer mucho ruido.

Abrí la puerta.

–Adelante –le invité, y él subió las escaleras mirando a su alrededor.

–Recuerdo esto –dijo–, aunque no era tan grande.

–¿Te acuerdas de esta casa? Eso le encantará a la abuela.– Lo precedí hasta llegar a la sala de estar mientras avisaba a la abuela.

Ella entró en la sala con mucha dignidad, y por primera vez me di cuenta del gran esmero que había puesto en su denso pelo blanco, que para variar llevaba suave y bien peinado, enrollado sobre la cabeza formando una complicada espiral. También se había puesto pintalabios.

Bill demostró estar tan curtido en las relaciones sociales como mi abuela. Se saludaron, se dieron las gracias el uno al otro, intercambiaron cumplidos y por último Bill se sentó en el sofá. Tras traernos una bandeja con tres vasos de té al melocotón, mi abuela se sentó en la butaca, dejando claro que yo debía ponerme junto a Bill. No había modo de salir de aquello sin quedar en evidencia, así que me senté a su lado pero cerca del borde, como si en cualquier momento pudiera levantarme para llenarle de nuevo el vaso de té helado, como es costumbre.

Bill posó educadamente los labios en el borde del vaso y después lo volvió a dejar. La abuela y yo dimos largos sorbos a los nuestros, con nerviosismo. Ella escogió un primer tema de conversación bastante desafortunado. Dijo:

–Supongo que habrá oído hablar del extraño tornado.

–No, cuénteme–respondió Bill, con una voz suave como la seda. No me atreví a mirarlo, sino que me senté con las manos juntas y los ojos fijos en ellas.

Así que la abuela le habló del extraño tornado y de las muertes de los Ratas. Le contó que era una cosa terrible, pero que estaba claro lo ocurrido, y creo que ante eso Bill se relajó una pizca.

–Yo pasé ayer por allí, de camino al trabajo–intervine, sin alzar la mirada–. Junto a la caravana.

–¿Y era como te esperabas? –preguntó Bill, con tan solo curiosidad en la voz.

–No –respondí–, no era como nada que pudiera prever. Me quedé de verdad… asombrada.

–Pero Sookie, si ya has visto otras veces los daños de un tornado– participó la abuela, sorprendida.

Cambié de tema.

–Bill, ¿dónde has conseguido esa camisa? Es muy bonita –vestía unos pantalones chinos caquis y un polo a rayas verdes y marrones, mocasines lustrosos y finos calcetines marrones.

–En Dilliard's–respondió, y traté de imaginármelo en la galería comercial de Monroe, tal vez, y al resto de la gente girándose para mirar a esa exótica criatura con su piel reluciente y sus preciosos ojos. ¿De dónde sacaba el dinero para pagar? ¿Cómo se lavaba la ropa? ¿Se metía desnudo en el ataúd? ¿Tenía coche o se limitaba a flotar hasta el lugar que necesitara?

La abuela se sintió complacida con lo normales que eran los hábitos de compra de Bill. Sentí otra punzada de dolor al comprobar lo contenta que estaba ella de ver a mi supuesto pretendiente en su sala de estar, a pesar de que (según la literatura popular) este era víctima de un virus que le hacía parecer muerto. Se lanzó a realizar preguntas a Bill, a las que él respondió con cortesía y de aparente buena gana. De acuerdo, se trataba de un muerto muy educado.

–¿Y tu familia era de esta zona? –indagó la abuela.

–La familia de mi padre era de los Compton, la de mi madre Loudermilk–dijo él con prontitud. Parecía muy relajado.

–Todavía quedan muchos Loudermilk –dijo la abuela contenta–. Pero me temo que el anciano Sr. Jessie Compton murió el año pasado.

–Lo sé–contestó Bill–. Por eso regresé. Las tierras volvieron a mi propiedad, y como las cosas están cambiando en la sociedad en favor de la gente como yo, decidí tomar posesión de ellas.

–¿Conoció a los Stackhouse? Sookie dice que usted posee una larga historia. –Pensé que la abuela había logrado plantearlo de manera elegante. Sonreí sin dejar de mirarme las manos.

–Recuerdo a Jonas Stackhouse–dijo Bill, para deleite de mi abuela–. Mis padres ya estaban aquí cuando Bon Temps no era más que un bache en el camino junto a la linde fronteriza. Jonas Stackhouse se trasladó aquí con su mujer y sus cuatro hijos cuando yo era un jovenzuelo de dieciséis años. ¿No es esta la casa que él construyó, al menos en parte?

Me fijé en que cuando Bill pensaba en tiempos pretéritos, su voz adquiría un vocabulario y una cadencia distintos. Me pregunté cuántos cambios de jerga y tono había tenido que adquirir su inglés durante el siglo anterior.

Ni que decir tiene que la abuela se sintió en el paraíso genealógico. Quería saberlo todo sobre Jonas, el bisabuelo de su marido.

–¿Poseía esclavos? –preguntó.

–Señora, si recuerdo bien tenía una esclava doméstica y otro esclavo para las tierras. La esclava era una mujer de mediana edad, y el de los campos un joven muy grande, muy fuerte, llamado Minas. Pero básicamente eran los Stackhouse los que trabajaban sus propias tierras, como mis padres.

–¡Oh, esa es la clase de cosas que mi pequeño club adoraría escuchar! ¿Le ha contado Sookie que…?

La abuela y Bill, tras muchos finos circunloquios, fijaron una fecha para que Bill diera su charla en una reunión nocturna de los Descendientes.

–Y ahora, si nos disculpa a Sookie y a mí, puede que demos u n paseo. Hace una noche preciosa. –Con lentitud, para que p udiera verlo venir, se inclinó y cogió mi mano. Se levantó a la vez que yo me ponía en pie. Su mano estaba fría, y su contacto era suave y firme. Bill no estaba pidiéndole permiso a la abuela, pero tampoco la ignoraba del todo.

–Oh, marchad tranquilos–dijo mi abuela feliz, haciendo un gesto con la mano–. Tengo tantas cosas que hacer… Tendrá usted que enumerarme todos los nombres de la zona que recuerde de cuando estaba… –y allí se detuvo, intentando no decir algo que pudiera molestarlo.

–Residiendo aquí en Bon Temps –sugerí yo.

–Por supuesto–respondió el vampiro, y por la presión de sus labios supe que estaba tratando de no sonreír.

De alguna manera ya nos encontrábamos en la puerta, y comprendí que Bill me había levantado y trasladado como el rayo. Sonreí de modo sincero; me gusta lo inesperado.

–Volveremos en un rato–le dije a la abuela. No creo que se apercibiera de nuestro extraño traslado, ya que estaba recogiendo los vasitos del té.

–Oh, no os preocupéis por mí–dijo–, estaré bien.

En el exterior, las ranas, los sapos y todos los demás bichos entonaban su ópera rural de cada noche. Bill sostuvo mi mano mientras paseábamos por el jardín, lleno del olor a hierba recién cortada y a plantas en flor. Mi gata, Tina, surgió de entre las sombras y pidió unas caricias, así que me agaché a rascarle la cabeza. Para mi sorpresa, la gata se frotó contra las piernas de Bill, una actitud que él no hizo nada por impedir.

–¿Te gusta este animal? –comentó, con voz neutra.

–Es mi gata –le dije–. Se llama Tina y, sí, me gusta mucho.

Sin hacer comentario alguno, Bill se quedó inmóvil y esperó hasta que Tina siguió su camino y desapareció en la oscuridad, más allá de la luz del porche.

–¿Te gustaría sentarte en el columpio o en las sillas del jardín, o prefieres dar un paseo?–le pregunté, ya que me parecía que ahora era yo la anfitriona.

–Oh, paseemos un poco. Necesito estirar las piernas.

Por algún motivo aquella frase me intranquilizó, pero comenzamos a avanzar por el largo camino de entrada, en dirección a la carretera comarcal de dos carriles que pasaba por delante tanto de nuestra casa como de la suya.

–¿Te ha preocupado lo de la caravana? –me preguntó.

Traté de pensar cómo explicarlo.

–Me siento muy… umm, frágil, cuando pienso en la caravana.

–Ya sabías que era fuerte.

Meneé la cabeza de un lado a otro, reflexionando.

–Sí, pero no me daba realmente cuenta de toda la magnitud de tu fuerza –le dije–. O de tu imaginación.

–Con los años, acabamos siendo buenos en ocultar lo que hacemos.

–Ya veo. Entonces, supongo que habrás matado a bastante gente.

–A algunos –su voz implicaba: "asúmelo".

Me apreté las manos tras la espalda.

–¿Estabas hambriento justo después de convertirte en vampiro? ¿Cómo es?

Él no se esperaba esa pregunta. Me miró, pude notar sus ojos sobre mí incluso aunque ahora estábamos a oscuras. El bosque nos rodeaba y nuestros pies crujían en la gravilla.

–En cuanto a cómo me convertí en vampiro, es una historia demasiado larga para este momento–me dijo–. Pero sí, cuando era joven, en alguna ocasión maté por accidente. Nunca estaba seguro de cuándo debía volver a alimentarme, ¿comprendes? Naturalmente, siempre éramos perseguidos, no había nada parecido a la sangre artificial. Y tampoco había tanta gente. Pero fui un buen hombre cuando estaba vivo... es decir, antes de pillar el virus. Así que traté de enfocarlo de manera civilizada, de elegir gente mala como mis víctimas y nunca alimentarme de niños. Al menos logré no matar nunca a un niño. Ahora es todo tan distinto... Puedo ir a una farmacia de guardia de cualquier ciudad y conseguir algo se sangre sintética, aunque tiene mal sabor. O puedo pagar a una puta y conseguir la sangre suficiente para subsistir un par de días. Puedo hechizar a alguien para que me deje morderlo por amor y después hacer que se olvide de todo. Y además ya no necesito tanta sangre.

–O puedes encontrar una chica que tenga una herida en la cabeza–dije.

–Oh, tú eras el postre. La comida fueron los Rattray.

Asúmelo.

–Guau–dije, sintiéndome sin aliento–. Dame un minuto.

Así lo hizo. Ni un hombre entre un millón me habría concedido ese tiempo sin hablar. Abrí mi mente, dejé caer por completo mis protecciones, me relajé. Su silencio se derramó sobre mí. Permanecí inmóvil, con los ojos cerrados, y respiré disfrutando de un alivio demasiado profundo para expresarlo con palabras.

–¿Ya eres feliz? –preguntó, como si pudiera verlo.

–Sí–musité. En ese momento sentí que no importaba nada codo lo que hubiera hecho la criatura que tenía al lado; aquella paz era algo inapreciable tras toda una vida de tener las quejas de los demás dentro de mi cabeza.

–Tú también me sientas bien–dijo, y me sorprendió.

–¿Y cómo es eso?–pregunté, con voz pausada y soñadora.

–No tienes miedo, ni prisas, ni me condenas. No tengo que usar mi glamour para que te quedes, para tener una conversación contigo.

–¿Glamour?

–Es como un hipnotismo–me explicó–. Todos los vampiros lo usan hasta cierto punto. Porque, antes de que se inventara la nueva sangre sintética, para alimentarnos teníamos que persuadir a la gente de que éramos inofensivos... o convencerlos de que ni siquiera nos habían visto... o engañarlos para que pensaran que habían visto otra cosa.

–¿Y funciona conmigo?

–Por supuesto–dijo, pareciendo sorprendido.

–De acuerdo, hazlo.

–Mírame.

–Está oscuro.

–Da igual, observa mi cara. –Se puso delante de mí, con las manos descansando con suavidad sobre mis hombros, y me miró fijamente. Pude atisbar el débil resplandor de su piel y de sus ojos, y lo contemplé, preguntándome si empezaría a cloquear como un pollo o a quitarme la ropa.

Pero lo que ocurrió fue... nada. Solo sentí la relajación narcótica que me producía su compañía.

–¿Puedes sentir mi influencia? –me preguntó con aliento entrecortado.

–Para nada, lo siento –dije con humildad–. Solo te veo brillar.

–¿Puedes ver eso? –le había vuelto a sorprender.

–Claro. ¿Acaso los demás no?

–No. Esto es muy extraño, Sookie.

–Si tú lo dices. ¿Puedo verte levitar?

–¿Ahora mismo? –Bill parecía divertido.

–Claro, ¿por qué no? Salvo que haya alguna razón...

–No, ninguna en absoluto. –Se dejó ir de mis brazos y empezó a elevarse.

Solté un jadeo de puro éxtasis. Flotó hacia arriba en la oscuridad, brillando como el mármol blanco a la luz de la luna. Cuando estaba a unos seis metros del suelo, comenzó a planear. Me pareció ver que me sonreía.

–¿Todos sabéis hacer eso?–le pregunté.

–¿Sabes cantar?

–No, nunca logro llevar la melodía.

–Bueno, tampoco todos nosotros sabemos hacer las mismas cosas –Bill descendió poco a poco y aterrizó en el suelo sin ningún ruido–. La mayoría de los humanos parecen mostrarse aprensivos con los vampiros. Pero tú no– comentó.

Me encogí de hombros. ¿Quién era yo para mostrarme aprensiva con algo extraordinario? Él pareció entenderlo porque, tras una pausa durante la que retomamos el paseo, me dijo:

–¿Siempre ha sido tan duro para ti?

–Sí, siempre–no podía responder otra cosa, aunque no era mi intención quejarme–. Cuando era muy pequeña resultaba peor, porque no sabía cómo levantar barreras y oía cosas que se suponía que no debería oír. Y por supuesto las repetía, como haría cualquier niño. Mis padres no sabían qué hacer conmigo. A mi padre, sobre todo, le avergonzaba mucho. Mi madre me llevó por último a una psicóloga infantil, que sabía exactamente lo que me ocurría, pero que no podía aceptarlo e insistía en decirles a mis padres que yo interpretaba su lenguaje corporal y que era muy observadora, así que se me daba bien imaginarme que oía los pensamientos de la gente. Desde luego, no era capaz de admitir que yo de verdad oía los pensamientos de la gente, porque eso no encajaba en su mundo. Y también se me dio mal la escuela, porque me era muy difícil concentrarme cuando casi todos los demás alumnos pensaban en sus cosas. Pero cuando había un examen sacaba muy buenas notas, porque los demás chicos se concentraban en sus propios ejercicios... Eso me daba algo de margen. A veces mis padres pensaban que era una vaga por no esforzarme con los deberes de cada día, y otras veces los profesores pensaban que tenía una discapacidad en el aprendizaje. Oh, no te creerías qué teorías manejaban. Deben de haberme revisado los ojos y los oídos cada dos meses, o al menos esa impresión me

daba. Y los escáneres cerebrales... Dios. Mis pobres padres se gastaron un dineral. Pero nunca lograron aceptar la sencilla realidad. Al menos abiertamente, ¿entiendes?

–Pero en su interior lo sabían.

–Sí. Una vez mi padre trataba de decidir si avalaba a un hombre que quería abrir una tienda de accesorios para automóviles, y cuando el hombre vino a casa me pidió que me sentara a su lado. Después de que se marchara, papá me llevó fuera y con la mirada en el horizonte me preguntó: "Sookie, ¿está diciendo la verdad?". Fue un momento muy extraño.

–¿Cuántos años tenías?

–Debía de tener menos de siete, porque ellos murieron cuando yo estaba en segundo.

–¿Cómo fue?

–Una riada. Los pilló en el puente, al oeste de aquí.

Bill no hizo ningún comentario. Desde luego, él había visto muertes a millares.

–¿Y mentía aquel hombre?–me preguntó cuando hubieron transcurrido unos segundos.

–Oh, sí. Planeaba coger el dinero de mi padre y desaparecer.

–Tienes un don.

–Un don. Claro. –Sentí que las comisuras de los labios se me torcían hacia abajo.

–Te hace distinta a los demás humanos.

–No me digas. –Caminamos un rato en silencio–. ¿Así que tú no te consideras en absoluto humano?

–No lo hago desde hace mucho.

–¿De verdad crees que has perdido tu alma?–Eso era lo que predicaba la Iglesia Católica sobre los vampiros.

–No tengo modo de saberlo –dijo Bill, casi de pasada. Estaba claro que había meditado sobre ello tan a menudo que ya era un tema corriente para él–. Personalmente, no lo creo. Queda algo en mí que no es cruel, que no es criminal después de todos estos años. Aunque a veces puedo comportarme de ambas maneras.

–No es tu culpa haberte infectado con un virus.

Bill bufó, aunque logró sonar casi elegante.

–Desde que existen los vampiros ha habido teorías sobre ellos. Puede que esa sea cierta. –Entonces me miró como si lamentara haberlo dicho–. Si lo que te convierte en vampiro es un virus–añadió, de modo más natural–, se trata de uno muy selectivo.

–¿Cómo te conviertes en vampiro? He leído toda clase de historias, pero tu palabra sería un testimonio de primera mano.

–Tendría que chuparte la sangre, de una vez o a lo largo de dos o tres días como mucho, hasta que estuvieras al borde de la muerte, y entonces darte mi sangre. Yacerías como un cadáver unas cuarenta y ocho horas, a veces hasta tres días, y después te alzarías y caminarías en la noche. Y estarías hambrienta.

El modo en que dijo "hambrienta" me hizo temblar.

–¿No hay otra manera?

–Bueno, otros vampiros me han contado que los humanos a los que muerden de manera habitual, día tras día, pueden convertirse en vampiros casi por sorpresa. Pero eso requiere mordiscos profundos y consecutivos. Otra gente, en las mismas condiciones, solo acaba anémica. Además, cuando la persona está a punto de morir por algún otro motivo, un accidente de coche o una sobredosis, por ejemplo, el proceso puede acabar... realmente mal.

Estaba empezando a sentir escalofríos.

–Es momento de cambiar de tema. ¿Qué planeas hacer con las tierras de los Compton?

–Quiero vivir allí mientras pueda. Estoy cansado de vagar de ciudad en ciudad. Crecí en el campo, y ahora que tengo derecho legal a existir y puedo ir a Monroe, o Shreveport o Nueva Orleáns para conseguir sangre sintética o prostitutas especializadas en nuestro estrato, quiero quedarme aquí. Al menos quiero ver si es posible. Llevo décadas vagabundeando.

–¿En qué estado está la casa?

–Bastante malo–admitió él–. He estado tratando de limpiarla, lo poco que puedo hacer de noche. Pero necesito obreros para hacer algunas reparaciones. No soy malo con la carpintería, pero no tengo ni idea de electricidad. –Por supuesto que no, pensé–. Me da la impresión de que la casa necesita ser recableada –prosiguió Bill, con un tono de preocupación idéntico al que usaría cualquier propietario.

–¿Tienes teléfono?

–Pues claro–dijo él, sorprendido.

–¿Y entonces cuál es el problema con los obreros?

–Es difícil contactar con ellos de noche, y más aún quedar para una reunión en la que pueda explicarles lo que hay que hacer. Se asustan, o se creen que es la llamada de un bromista–la frustración resultaba evidente en el rostro de Bill, aunque no le veía la cara.

Me reí.

–Si quieres, puedo llamarles yo –sugerí–. Me conocen, y aunque todos piensan que estoy loca saben que soy honrada.

–Eso sería un gran favor –dijo Bill, tras dudarlo unos instantes–. Podrían trabajar durante el día, después de que me reúna con ellos para discutir la faena y el presupuesto.

–Qué molestia no poder salir de día–dije con sinceridad. Nunca antes me lo había planteado.

–Y tanto que lo es –respondió Bill con voz áspera.

–Y tener que ocultar tu lugar de descanso –añadí sin pensarlo. Cuando noté el silencio de Bill, me disculpé–: Lo siento. –Si no hubiésemos estado tan a oscuras, me habría visto enrojecer.

–El lugar de descanso diurno de un vampiro es su secreto mejor guardado–comentó Bill secamente.

–Mis disculpas.

–Las acepto –dijo, tras un feo instante. Llegamos a la carretera y miramos a uno y otro lado, como si esperáramos un taxi. Ahora que habíamos salido de debajo de los árboles podía verlo con claridad a la luz de la luna. Él también a mí. Me miró de arriba abajo.

–Tu vestido es del color de tus ojos.

–Gracias –dije. Yo desde luego no podía verlo con tanta claridad.

–Aunque no hay mucho vestido.

–¿Perdón?

–Me cuesta acostumbrarme a las señoritas que llevan tan poca ropa encima–dijo Bill.

–Pues ya has tenido unas cuantas décadas para hacerte a la idea –respondí agriamente–. ¡Vamos, Bill, los vestidos llevan cuarenta años siendo cortos!

–Me gustaban las faldas largas–dijo con nostalgia–. Y me gustaba la ropa interior que llevaban las mujeres. Las enaguas.

Emití un sonido vulgar.

–¿Llevas al menos enaguas? –me preguntó.

–¡Llevo una preciosa braga de nylon beige con encaje! – repliqué indignada–. ¡Y si fueras un chico humano, diría que estás tratando de que te hable de mi ropa interior!

Se rió, con esa risa tan honda y poco gastada que me afectaba profundamente.

–¿De verdad llevas puestas unas bragas así, Sookie?

Le saqué la lengua porque sabía que podía verme. Me subí un poco el borde de la falda, revelando el encaje de las bragas y unos centímetros más de mi piel morena.

–¿Contento? –le espeté.

–Tienes unas piernas bonitas, pero me siguen gustando más los vestidos largos.

–Eres tozudo–le dije.

–Sí, eso es lo que mi mujer siempre me decía.

–Así que estuviste casado.

–Claro, me convertí en vampiro a los treinta, cuando ya tenía esposa y cinco niños vivos. Mi hermana, Sarah, también vivía con nosotros. Nunca se casó, su prometido murió en la guerra.

–La guerra civil.

–Sí. Yo pude regresar vivo del frente, fui de los afortunados. Al menos así lo pensé entonces.

–Luchaste por los Confederados–dije meditabunda–. Si todavía guardases tu uniforme y lo llevaras puesto al club, las damas se desmayarían de placer.

–Para cuando terminó la contienda apenas me quedaba uniforme–dijo con amargura–. Nos cubríamos con andrajos y nos moríamos de hambre. –Pareció hacer un esfuerzo por regresar al presente–. Después de convertirme en vampiro, ya no tenía significado para mí–explicó, de nuevo con una voz fría y distante.

–He mencionado un tema que te entristece –intervine–, lo siento. ¿De qué deberíamos hablar?–dimos la vuelta y comenzamos a dar el paseo de regreso hacia la casa.

–De tu vida –me dijo–. Dime lo que haces cuando te despiertas por las mañanas.

–Me levanto de la cama, y entonces la arreglo rápidamente. Tomo el desayuno: tostadas, a veces cereales y a veces huevos. Y café. Y después me lavo los dientes, me doy una ducha y me visto. Algunos días me toca

depilarme las piernas, ya sabes. Si es día de trabajo, allí voy; y sino entro hasta la noche, puede que vaya de compras, o lleve a la abuela a la tienda, o alquile una peli o tome el sol. Y leo mucho. Tengo suerte de que la abuela todavía sea una persona activa. Ella hace la colada, plancha la ropa y cocina casi todo.

–¿Y los hombres?

–Oh, ya te hablé de eso. Me resulta imposible.

–Entonces, ¿qué harás, Sookie?–me preguntó con amabilidad.

–Envejecer y morir–respondí con voz seca. Tocaba demasiado a menudo mi punto flaco.

Para mi sorpresa, Bill se adelantó y me cogió la mano. Ahora que los dos habíamos molestado un poco al otro, que habíamos tocado temas delicados, el ambiente parecía de algún modo más claro. La noche estaba serena, y una brisa hizo que el cabello me bailara por delante de la cara.

–¿Puedes quitarte el pasador? –pidió Bill.

No había motivo para negarse. Alcé la mano hasta alcanzar el pasador y abrirlo, y sacudí la cabeza para que el pelo se soltara. Lo guardé en un bolsillo de Bill, ya que mi vestido no tenía. Como si fuera la cosa más normal del mundo, Bill comenzó a pasar los dedos por mi pelo, desparramándolo sobre mis hombros. Como parecía que el contacto físico resultaba admisible, toqué sus patillas.

–Son largas –observé.

–Esa era la moda entonces –dijo–. Tengo suerte de no haber llevado barba como tantos hombres, ola tendría para toda la eternidad.

–¿Nunca tienes que afeitarte?

–No, por fortuna me acababa de afeitar. –Parecía fascinado con mi pelo–: A la luz de la luna, parece plateado–dijo en voz muy baja

–Ah. ¿Qué te gusta hacer?

Pude ver la sombra de una sonrisa en la oscuridad.

–También me gusta leer –dijo, pensando en ello–. Me gusta el cine... Obviamente, he vivido toda su evolución. Me gusta la compañía de gente que tiene vidas normales. A veces añoro la compañía de otros vampiros, aunque la mayoría lleva vidas muy distintas a la mía.

Caminamos en silencio durante unos momentos.

–¿Te gusta la televisión?

–A veces –confesó–. Durante una época grababa teleseries y las veía por la noche, cuando me daba la impresión de estar olvidando lo que suponía ser humano. Con el tiempo lo dejé, porque con los ejemplos que veía en esos programas olvidar mi humanidad parecía algo positivo. –Me reí.

Llegamos al círculo de luz que rodeaba la casa. Hasta cierto punto esperaba que la abuela estuviera en el columpio del porche esperándonos, pero no fue así. Y solo lucía una débil bombilla en la sala de estar. De verdad, abuela, pensé exasperada. Era como si mi nuevo chico me llevara a casa después de la primera cita. De hecho, llegué a plantearme si Bill trataría de besarme o no. Con sus ideas sobre los vestidos largos, probablemente creyera que resultaba inapropiado.

Pero por estúpido que pueda parecer besar a un vampiro, me di cuenta de que era lo que de verdad quería hacer, más que ninguna otra cosa. Sentí

un peso en el pecho, una amargura ante otra cosa que se me prohibía. Y pensé: ¿por qué no?

Lo detuve, tirando con suavidad de su mano. Me puse de puntillas y posé mis labios sobre su reluciente mejilla. Inhalé su olor, normal pero algo salado. Llevaba una pizca de colonia.

Sentí que Bill temblaba. Giró la cabeza de modo que sus labios tocaran los míos. Tras un instante, rodeé su cuello con mis brazos. Su beso se hizo más intenso y yo abrí los labios. Nunca me habían besado así. Siguió y siguió hasta que todo el universo quedó envuelto en ese beso de la boca del vampiro sobre lamía. Noté que se me aceleraba la respiración, y empecé a desear otras cosas.

De repente Bill se apartó. Parecía agitado, lo que me satisfizo en gran manera.

–Buenas noches, Sookie –dijo, acariciando mi pelo una última vez.

–Buenas noches, Bill–respondí. Yo también sonaba temblorosa–. Mañana trataré de llamar a algunos electricistas. Te haré saber su respuesta.

–Vente a casa mañana por la noche... Porque no tienes trabajo, ¿verdad?

–No –confirmé. Todavía estaba tratando de recomponerme.

–En ese caso te veré entonces. Gracias, Sookie. –Y se giró para atravesar a pie los bosques hacia su hogar. Una vez alcanzó la zona de oscuridad, desapareció.

Me quedé mirando como una boba, hasta que sacudí la cabeza y fui a mi propia casa, a acostarme.

Pasé una cantidad indecente de tiempo despierta en la cama, preguntándome si los muertos vivientes podrían de verdad hacer... eso. Además, me planteaba si sería posible mantener una discusión franca con Bill respecto a ese tema. A veces parecía muy chapado a la antigua, y otras tan normal como cualquier otro hombre. Bueno, no tanto, pero bastante normal.

Me parecía tan maravilloso como patético que la única criatura que conocía en muchos años con la que quería hacer el amor, en el fondo no fuera humana. Mi telepatía limitaba seriamente las opciones disponibles. Sí, sin duda podría tener sexo solo por placer, pero había esperado para poder disfrutar de verdad de una relación sexual.

¿Y si lo hacíamos, y después de todos aquellos años yo descubría que no tenía talento para ello? O puede que no sintiese placer. Puede que todos esos libros y películas exageraran, y también Arlene, quien nunca parecía entender que su vida sexual no era algo de lo que quisiera enterarme.

Al final me quedé dormida, y tuve largos y turbios sueños. A la mañana siguiente, mientras sorteaba las preguntas de la abuela sobre mi paseo con Bill y nuestros planes para el futuro, hice algunas llamadas. Localicé a dos electricistas, un fontanero y otra gente de servicios que me dieron números de teléfono para poder localizarlos de noche, y me aseguré de que comprendieran que, si recibían una llamada de Bill Compton, no era una broma.

Terminada esa tarea, estaba tendida al sol tostándome poco a poco cuando la abuela me trajo el teléfono.

–Es tu jefe–dijo. A la abuela le gustaba Sam, y él debía de haberle dicho algo agradable porque estaba sonriendo de oreja a oreja.

–Hola, Sam–saludé, aunque quizá no con un tono demasiado alegre, porque sabía que habría ocurrido algo en el trabajo.

–Dawn no ha venido, cariño –resumió.

–Oh… demonios –respondí, sabiendo que tendría que ir yo–. Tengo planes, Sam –eso era prioritario–. ¿Cuándo me necesitas?

–¿Podrías venir aunque fuera de cinco a nueve? Eso nos sería de mucha ayuda.

–¿Y conseguiré otro día libre?

–¿Qué tal si Dawn se reparte contigo un turno otra noche? –Hice un sonido vulgar y la abuela me puso mala cara. Seguro que después me echaba un sermón.

–¡Oh, está bien! –dije a regañadientes–. Te veré a las cinco.

–Gracias, Sookie –respondió–. Sabía que podía contar contigo.

Traté de alegrarme por ello, aunque parecía una virtud bastante aburrida. ¡Siempre puedes contar con Sookie para echar una mano y ayudar, porque no tiene vida propia! Al menos podría ir a casa de Bill después de las nueve. De todos modos, él iba a estar levantado toda la noche.

El trabajo nunca me había parecido tan lento. Me costaba concentrarme lo suficiente para mantener alzadas las barreras, porque estaba pensando todo el rato en Bill. Fue una suerte que no hubiera muchos clientes, o hubiera oído una riada de pensamientos indeseados. Precisamente así me enteré de que Arlene tenía un retraso en la regla y temía estar embarazada, y antes de poder contenerme le di un abrazo. Se quedó mirándome de manera inquisitiva y entonces se sonrojó.

–¿Me has leído la mente, Sookie? –me preguntó, con la amenaza escrita en la voz. Arlene era una de las pocas personas que se limitaban a aceptar mi aptitud sin tratar de explicarla o de clasificarme como monstruo por poseerla, aunque me había fijado en que tampoco hablaba a menudo de ello, y cuando lo hacía no usaba su voz natural.

–Lo siento, no quería–me disculpé–. Es que hoy no puedo concentrarme.

–Está bien, no pasa nada. Pero desde ahora manténte alejada de mí–dijo Arlene agitando un dedo delante de mi cara, con sus llameantes rizos cayéndole por las mejillas.

Sentí ganas de llorar.

–Lo siento–repetí, y me alejé a zancadas hacia el almacén para recuperarme. Tuve que taparme la cara y contener las lágrimas.

Oí que la puerta se abría detrás de mí.

–¡Vale, Arlene, ya te he dicho que lo siento! –espeté, porque quería que me dejaran a solas. A veces Arlene confundía la telepatía con un talento psíquico, y me daba miedo que me preguntara si de verdad estaba embarazada. Haría mejor en comprarse una prueba de embarazo casera.

–Sookie –era Sam. Me puso una mano en el hombro para que me girara hacia él–. ¿Ocurre algo malo?

Su voz era amable y me situó mucho más cerca del llanto de lo que ya estaba.

–¡Deberías parecer enfadado y así no lloraría! –le dije. Él se rió, no con una carcajada sino con una pequeña risa. Me rodeó con un brazo.

–¿Qué es lo que te pasa? –No iba a darse por vencido y marcharse.

–Oh, yo... –y me quedé paralizada. Nunca, nunca había discutido de manera explícita mi problema (así es como yo lo consideraba) con Sam u otra persona. Todos en Bon Temps habían oído los rumores de por qué era tan rara, pero nadie parecía darse cuenta de que tenía que oír continuamente su martilleo mental, tanto si quería como sino. Cada día ese parloteo constante y constante...

–¿Has escuchado algo que te ha preocupado? –su tono de voz era sereno y práctico. Me tocó en la mitad de la frente, para indicar que sabía con exactitud cómo podía "escuchar" yo esas cosas.

–Sí.

–No puedes evitarlo, ¿verdad?

–Para nada.

–Lo odias, ¿no es así, cariño?

–Y tanto.

–Pues entonces no es tu culpa, ¿no crees?

–Trato de no escuchar, pero no siempre puedo mantener alta la guardia. –Noté que una lágrima que no había sido capaz de contener empezaba a resbalar por mis mejillas.

–¿Es así como lo haces? ¿Mantienes alta la guardia, Sookie? Parecía de verdad interesado, no como si pensara que mi cabeza era una especie de papelera. Miré un poco, aunque tampoco demasiado, en los azules ojos, saltones y brillantes, de Sam.

–Yo solo... es difícil describirlo si la otra persona no puede hacerlo... Levanto una valla... no, no una valla, es como cerrar unas placas de acero, entre mi cerebro y los demás.

–¿Y tienes que mantener las placas apretadas?

–Sí, y precisa mucha concentración. Es como tener que dividir mi mente todo el rato, y por eso la gente se cree que estoy loca. La mitad de mi cerebro está tratando de sostener las placas de acero y la otra mitad puede estar apuntando pedidos, así que a veces no me queda gran cosa con la que mantener una conversación coherente. –Qué alivio sentí, solo por poder hablar de ello.

–¿Oyes palabras o solo recibes impresiones?

–Depende de a quién esté escuchando. Y de su estado. Si están borrachos, o muy trastornados, solo son imágenes, impresiones, intenciones. Si están sobrios y cuerdos, son palabras y algunas imágenes.

–El vampiro dice que a él no puedes oírlo.

La idea de que Bill y Sam hubieran tenido una conversación sobre mí hizo que me sintiera muy rara.

–Es cierto–reconocí.

–¿Y eso te resulta relajante?

–Oh, sí –y lo decía con todo el corazón.

–¿Puedes oírme a mí, Sookie?

–¡No quiero intentarlo! –dije con presteza. Fui hasta la puerta del almacén y permanecí con la mano en el pomo. Saqué un pañuelo del bolsillo de los pantaloncitos y me sequé el rastro de la lágrima de la mejilla–.

¡Tendría que irme si te leyera la mente, Sam! Me gustas, y me gusta estar aquí.

–Tú solo inténtalo de vez en cuando, Sookie–dijo de modo natural, girándose para abrir una caja de whisky con el cortador tan afilado que llevaba en el bolsillo–. No te preocupes por mí, tendrás un trabajo mientras quieras uno.

Limpié una mesa en la que Jason había tirado algo de sal. Había estado allí un rato antes, comiendo una hamburguesa y unas patatas fritas y tomándose un par de cervezas. En mi cabeza estaba dándole vueltas a la oferta de Sam.

No trataría de escucharlo ese día; estaba preparado para ello. Esperaría hasta que estuviera ocupado haciendo otra cosa. Me limitaría a colarme un poco y escuchar un rato. Me había invitado a ello, lo que resultaba algo por completo excepcional.

Era agradable que te invitaran.

Me arreglé el maquillaje y me recogí el pelo. Lo había llevado suelto hasta entonces, ya que a Bill parecía gustarle así, pero había supuesto una auténtica molestia durante toda la noche. Ya casi era hora de salir, así que cogí mi bolso de la taquilla, en el despacho de Sam.

La casa Compton, como la de la abuela, quedaba apartada de la carretera, aunque resultaba un poco más visible desde esta que la nuestra. Y a diferencia de la de la abuela, desde ella se veía el cementerio. Eso se debía, al menos en parte, a que la casa Compton estaba situada en un punto más elevado: estaba erigida encima de un montículo y todo el edificio tenía dos plantas. La de la abuela tenía un par de dormitorios vacíos arriba y un ático, pero se la podía considerar más bien de piso y medio.

En cierto momento de la historia familiar, los Compton poseyeron una casa muy bonita. Incluso bajo la oscuridad de la noche transmitía cierta delicadeza. Pero yo sabía que a la luz del sol uno podía ver que las columnas se estaban desconchando, que los paneles de madera estaban torcidos y que el jardín no era más que una selva. Con el clima húmedo y cálido de Luisiana, los jardines podían crecer fuera de control con bastante rapidez, y el viejo Sr. Compton no era de los que pagaban a otra persona para que le arreglara el jardín. Cuando quedó demasiado débil, ya nadie se había ocupado de ello.

El camino circular de entrada no había recibido grava nueva en muchos años, y mi coche fue dando tumbos hasta llegar a la puerta principal. Vi que toda la casa estaba iluminada, y comencé a darme cuenta de que esa noche no transcurriría como la anterior. Había otro coche estacionado delante de la casa, un Lincoln Continental, blanco con la capota de color azul oscuro. Una pegatina con texto azul sobre fondo blanco decía Los VAMPIROS ME La CHUPAN, y en otra roja y amarilla ponía ¡Toca EL CLAXON si ERES DONANTE DE SANGRE! La matrícula personalizada era simplemente COLMILLOS 1.

Si Bill ya tenía compañía, quizá lo mejor fuese irme a casa. Pero me había invitado y me esperaba. Aún dudando, levanté el puño y llamé a la puerta.

Me abrió una vampira.

Estaba radiante, en un sentido casi literal. Era negra y medía al menos uno ochenta, y vestía de licra. Un sujetador de deporte de color rosa flamenco y unas mallas hasta las pantorrillas del mismo tono, junto a una camisa blanca de traje de caballero puesta deprisa y sin abotonar, constituían toda su ropa.

Pensé que parecía vulgar como una furcia, y con toda probabilidad muy apetitosa desde un punto de vista masculino.

–Hola, pequeña humana –ronroneó la vampira.

Y de repente me di cuenta de que estaba en peligro. Bill ya me había advertido repetidas veces de que no todos los vampiros eran como él, y de que incluso él tenía momentos en los que no era tan amable. No me era posible leer la mente de aquella criatura, pero sí pude oír la crueldad de su voz. Puede que hubiese atacado a Bill, o tal vez fuese su amante.

Todo esto me pasó por la cabeza en un instante, pero no permití que mi rostro lo revelara. Tenía a mis espaldas años de experiencia en controlar mi expresión. Noté que mi sonrisa protectora volvía a su sitio, enderecé la columna y dije con despreocupación:

–¡Hola! Tenía que pasarme por aquí esta noche y darle a Bill una información. ¿Está disponible?

La vampira se rió de mí, lo cual no era algo a lo que yo estuviera acostumbrada. Mi sonrisa se hizo un grado más amplia. Aquel bicho irradiaba peligro del mismo modo que una bombilla irradia calor.

–¡Esta pequeña humana que tenemos aquí dice que tiene una información para ti, Bill! –gritó por encima de su (esbelto, moreno y precioso) hombro. Traté de no mostrar en modo alguno mi alivio–. ¿Quieres ver a esta cosita, o simplemente debo darle un mordisco amoroso?

Por encima de mi cadáver, pensé furiosa, y entonces me di cuenta de que así podría ser.

No oí la voz de Bill, pero la vampira se hizo a un lado y yo me adentré en la vieja casa. Correr no me serviría de nada, esa vampira sin duda me derribaría antes de poder dar cinco pasos. Y aún no había visto a Bill, y no podría estar segura de que se encontrara bien hasta que lo viese. Le eché valor al asunto y esperé lo mejor. Eso se me da bastante bien.

La gran sala delantera estaba llena de personas y muebles antiguos de color oscuro. No, no de personas, observé tras fijarme un poco más: dos personas y otros dos extraños vampiros.

Los dos eran hombres de raza blanca. Uno iba rapado y tenía tatuajes en cada centímetro visible de su piel. El otro era incluso más alto que la vampira: medía tal vez uno noventa y cinco. Llevaba una larga melena de pelo oscuro ondulado y era muy fornido.

Los humanos resultaban menos espectaculares. La mujer era rubia y rechoncha, de treinta y cinco años o más, y se había pasado como un kilo con el maquillaje. Parecía tan gastada como unas botas viejas. El hombre era bien distinto. Era adorable, el chico más guapo que jamás he visto; no podía tener más de veintiuno. Era moreno, quizá hispano, bajo y de estructura delicada. Llevaba puestos unos tejanos y nada más. Salvo el maquillaje, claro. Me sorprendió, pero no lo encontré atractivo.

En ese momento Bill se movió y pude verlo. Estaba entre las sombras del oscuro pasillo que conducía del salón a la parte posterior de la casa. Lo miré, tratando de mantener el porte en esa situación tan inesperada. Para mi consternación, su aspecto no resultaba nada tranquilizador. Tenía la cara muy seria, por completo impenetrable. Aunque no pude ni creer que yo pudiera pensar algo así, en ese momento hubiese sido estupendo poder echar un vistazo a su mente.

–Bueno, ahora podremos tener una estupenda velada – dijo el vampiro de pelo largo. Parecía encantado–. ¿Se trata de una amiguita tuya, Bill? Es tan refrescante...

Pensé en usar una de las palabras exquisitas que había aprendido de Jason.

–Si nos disculpáis a mí y a Bill durante un minuto... –dije con mucha educación, como si se tratase de una noche perfectamente normal–. He estado hablando con los obreros para la casa–traté de que sonara como si hablara de negocios, de modo impersonal, aunque llevar pantaloncitos, camiseta y unas Nike no inspira mucho respeto profesional. Pero aun así confié en transmitir la idea de que la gente con la que me encuentro durante mis tareas no puede suponer ninguna amenaza ni peligro.

–Y eso que habíamos oído que Bill se mantiene con una dieta exclusiva de sangre sintética –añadió el vampiro tatuado–. Debimos de oír mal, Diane.

La vampira ladeó la cabeza y me dirigió una prolongada mirada.

–No estoy tan segura. A mí me parece virgen.

No me pareció que Diane hablara de hímenes.

Di unos cuantos pasos hacia Bill, de modo natural, pero con la loca esperanza de que él me defendiera si las cosas iban a peor. No me sentía muy segura de ello. Yo aún sonreía, confiando en que él hablase, que hiciese algo. Y lo hizo.

–Sookie es mía –dijo, y su voz fue tan serena y suave que, de haber sido una piedra, no habría provocado ondas al caer en el agua.

Lo miré con brusquedad, pero tuve la inteligencia necesaria para mantener la boca cerrada.

–¿Qué tal has estado cuidando a nuestro Bill? –preguntó Diane.

–Eso no es de tu puta incumbencia–respondí, usando una de las palabras de Jason a la vez que sonreía. Ya he dicho que tengo mal carácter.

Hubo una breve pausa. Todos, humanos y vampiros, parecieron examinarme con tanto detenimiento como para poder contarme los pelos de los brazos. Entonces el vampiro alto comenzó a carcajearse y los demás siguieron su ejemplo. Mientras se distraían con las risas, me acerqué un poco más a Bill. Tenía sus oscuros ojos fijos en mí (él no reía) y obtuve la clara impresión de que él, igual que yo, deseaba que pudiera leerle la mente.

Estaba en peligro, eso me quedaba claro. Y si él lo estaba, yo también.

–Tiene una sonrisa graciosa –dijo pensativo el vampiro alto. Me gustaba más cuando se reía.

–Oh, Malcolm–dijo Diane–, todas las mujeres humanas te parecen graciosas.

Malcolm atrajo hacia sí al chico humano y le dio un largo beso. Empecé a sentirme un poco mal. Ese tipo de cosas son íntimas.

–Es cierto –reconoció Malcolm, apartándose un instante después para obvio disgusto del joven–. Pero hay algo raro en esta. Puede que tenga la sangre sabrosa.

–Bah –dijo la mujer rubia, con una voz que podía arrancar la pintura de la pared–, es solo esa loca de Sookie Stackhouse.

La miré con más atención y, tras eliminar mentalmente de su cara unos cuantos años de vida en la carretera y la mitad del maquillaje, logré reconocerla. Era Janella Lennox, que había trabajado en Merlotte's durante dos semanas hasta que Sam la despidió. Arlene me contó que se había mudado a Monroe.

El vampiro de los tatuajes rodeó con su brazo a Janella y le sobó las tetas. Pude sentir que mi cara palidecía; estaba muy asqueada. Y la cosa fue a peor: Janella, con la decencia tan perdida como el vampiro, le puso la mano en el paquete y comenzó a frotarlo.

Al menos me quedó claro que los vampiros sí que pueden tener relaciones sexuales. Pero en aquel momento no me sentí demasiado excitada por descubrirlo.

Malcolm me miraba, y le mostré mi asco.

–Es inocente –le dijo a Bill, con una sonrisa llena de expectativas.

–Es mía –repitió Bill. En esta ocasión, su voz fue más intensa. De haber sido una serpiente de cascabel, su advertencia no podría estar más clara.

–Bueno, Bill, no me digas que esa cosita te ha estado dando todo lo que necesitas–intervino Diane–. Tienes aspecto pálido y mustio. No te ha estado cuidando muy bien.

Me acerqué un centímetro más a Bill.

–Venga –le ofreció Diane, a la que yo estaba empezando a odiar–, toma un sorbo de la chica de Liam o del precioso muchachito de Malcolm, Jerry.

Janella no reaccionó mientras la ofrecían por ahí (tal vez porque estaba demasiado ocupada bajando la cremallera de los vaqueros de Malcolm), pero el hermoso novio de Malcolm, Jerry, se deslizó bien dispuesto hacia Bill. Sonreí como si se me fuera a partir la mandíbula al tiempo que él rodeaba a Bill con sus brazos, le acariciaba el cuello con la nariz y frotaba el pecho contra su camisa.

La tensión del rostro de mi vampiro resultaba terrible de contemplar. Surgieron sus colmillos, que por vez primera vi completamente desplegados. Era cierto, la sangre sintética no satisfacía todas las necesidades de Bill.

Jerry comenzó a lamer una zona de la base del cuello de Bill. Mantener alzadas las protecciones mentales me estaba resultando demasiado duro. Tres de los presentes eran vampiros, cuyos pensamientos no podría oír de todos modos, y Janella estaba muy ocupada, así que eso solo dejaba a Jerry. Escuché y sentí arcadas.

Bill, sudando por la tentación, estaba ya inclinando sus colmillos hacia el cuello de Jerry, cuando yo grité:

–¡No, tiene el sino–virus!

Como si se liberara de un embrujo, Bill me miró por encima del hombro de Jerry. Respiraba con pesadez, pero sus colmillos se retiraron. Aproveché la ocasión para dar unos pasos más hacia él. Ya estaba a menos de un metro de distancia.

–Sino–sida–dije.

Las víctimas ebrias o muy drogadas podían influir de manera temporal en el vampiro que chupara de ellas, y se decía que alguno incluso disfrutaba del viaje. Pero no les afectaba la sangre de un humano con el sida, por muy desarrollado que estuviera, ni las enfermedades de transmisión sexual o cualquier otra plaga que asolara a la humanidad.

Excepto el sino–sida. En el fondo, el sino–sida no mataba a un vampiro con la misma seguridad que mataba el sida a los humanos, pero los dejaba muy débiles durante casi un mes, durante el cual resultaba relativamente fácil atraparlos y aplicarles la estaca. Y en alguna ocasión, si el vampiro se alimentaba más de una vez de un humano infectado, acababa por morir de verdad (¿o era re–morir?) sin necesidad de la estaca. Aunque aún era poco habitual en los Estados Unidos, el sino–sida estaba haciéndose fuerte en ciudades portuarias como Nueva Orleáns, por las que estaban de paso marinos y otros viajeros de muchos países con ganas de divertirse.

Todos los vampiros se quedaron helados, mirando a Jerry como si fuera la muerte disfrazada. Y para ellos, en cierto sentido, podía serlo.

El hermoso joven me pilló totalmente por sorpresa. Se giró y me saltó encima. No era un vampiro pero era fuerte, y estaba claro que solo se encontraba en las primeras fases de la enfermedad. Me empujó contra la pared. Rodeó mi garganta con una mano y alzó la otra para pegarme en la cara. Yo aún estaba levantando las manos para defenderme cuando alguien retuvo el puño de Jerry y paró su movimiento.

–Suéltale la garganta–dijo Bill, con una voz tan aterradora que me asustó hasta a mí. A esas alturas, los distintos miedos se me acumulaban tan seguidos que no creía que pudiera volver a sentirme segura. Pero los dedos de Jerry no aflojaron su presa, y emití sin querer un pequeño ruido gimoteante. Miré de lado, y al ver la cara gris de Jerry comprendí que Bill sostenía sus manos, Malcolm lo agarraba por las piernas, y él estaba tan asustado que no podía comprender lo que le pedían.

La sala comenzó a parecerme muy confusa. La mente de Jerry golpeaba contra la mía, era incapaz de mantenerle a raya. Su cerebro estaba bloqueado con visiones del amante que le había pasado el virus, un amante que lo había dejado por un vampiro y al que el propio Jerry había asesinado en un ataque de celos homicidas. Jerry veía que la muerte se le acercaba en la forma de los mismos vampiros a los que había querido matar, y su venganza no se sentía lo bastante satisfecha con los vampiros a los que ya había infectado.

Pude ver el rostro de Diane por encima del hombro de Jerry, y estaba sonriendo.

Bill le rompió la muñeca a Jerry. Este gritó y cayó al suelo. La sangre volvió a llegarme a la cabeza y casi me desmayé. Malcolm recogió a Jerry y lo cargó hasta el sofá con total naturalidad, como si fuera una alfombra enrollada. Pero su expresión no tenía nada de natural; supe que Jerry tendría suerte si moría con rapidez. Bill se colocó delante de mí, ocupando el lugar de Jerry. Sus dedos, los mismos dedos que acababan de romper la muñeca de Jerry, masajearon mi cuello con tanta suavidad como habría hecho mi abuela. Me pasó una yema por los labios para que comprendiera que debía permanecer en silencio.

Entonces, rodeándome con el brazo, se giró para enfrentarse a los demás vampiros.

–Esto ha sido muy entretenido–dijo Liam. Su voz era tan tranquila como si Janella no le estuviera dando un masaje muy íntimo sobre el sofá. No se había molestado en mover ni un dedo durante todo el incidente, y ahora se le veían tatuajes que no hubiera podido imaginarme nunca en la vida. Hacían que se me revolviera el estómago–, pero creo que deberíamos coger el coche y volver a Monroe. Tendremos que tener una pequeña charla con Jerry cuando se despierte, ¿no te parece, Malcolm?

Malcolm cargó el cuerpo de Jerry, inconsciente, sobre el hombro, y asintió en respuesta a Liam. Diane parecía defraudada.

–Pero chicos –protestó–, no hemos descubierto aún cómo lo sabía esta muchachita.

Los dos vampiros masculinos dirigieron simultáneamente su mirada hacia mí. Liam aprovechó justo ese instante para llegar al orgasmo. Sí, los vampiros podían hacerlo, estaba claro. Tras un breve suspiro de consumación, dijo:

–Gracias, Janella. Esa es una buena pregunta, Malcolm. Como siempre, nuestra Diane ha ido directa a la yugular. –Y los tres vampiros visitantes se rieron como si aquel fuera un gran chiste, aunque yo pensé que daba miedo.

–No puedes hablar todavía, ¿verdad, dulzura? –Bill me apretó el hombro mientras lo decía, como si yo no hubiera captado ya la indirecta.

Sacudí la cabeza.

–Es probable que yo pueda hacerla hablar –se ofreció Diane.

–Diane, olvídalo– dijo Bill con amabilidad.

–Ah, sí. Es tuya –dijo la vampira, aunque no sonaba amedrentada ni convencida.

–Tendremos que proseguir la visita en algún otro momento –dijo Bill, y su tono dejaba claro que los demás tendrían que irse o luchar contra él.

Liam se levantó, se abrochó los pantalones y le hizo un gesto a su hembra humana.

–Vámonos, Janella, nos están desalojando– los tatuajes de sus potentes brazos ondularon al estirarse. Janella pasó las manos por sus costillas como si no tuviera bastante de él, que la apartó con tanta facilidad como si fuera una mosca. Ella pareció irritada, pero no tan molesta como hubiese estado yo. Estaba claro que ese tipo de tratamiento no era algo nuevo.

Malcolm recogió a Jerry y lo sacó a través de la puerta principal sin musitar palabra. Si beber de Jerry le había transmitido el virus, desde luego aún no estaba indefenso. Diane fue la última, echándose un bolso al hombro y lanzando una mirada de ojos brillantes hacia atrás.

–Entonces os dejaré solos, tortolitos. Ha sido divertido, cariño–dijo con suavidad, y cerró la puerta tras de sí con un portazo.

En cuando oí que el coche arrancaba fuera, me desmayé.

No me había sucedido en la vida, y confié en que no volviera a ocurrirme, pero me parecía que estaba justificado. Daba la impresión de que me pasaba un montón de tiempo inconsciente cerca de Bill. Era una idea crucial, y sabía que se merecía una reflexión seria, pero no en ese momento. Cuando recuperé la consciencia, todo lo que había visto y oído me volvió a la

mente y sentí verdaderas arcadas. De inmediato Bill me colocó sobre el borde del sofá, pero logré mantener la comida en mi estómago, tal vez porque había muy poco que mantener.

–¿Los vampiros actúan así? –susurré. Tenía la garganta dolorida y magullada en la zona donde había apretado jerry–. Son horribles.

–Traté de localizarte en el bar cuando descubrí que no estabas en casa –dijo Bill, con voz hueca–, pero ya habías salido.

Aunque era evidente que no serviría de nada, comencé a llorar. Estaba segura de que para entonces Jerry ya estaba muerto, y sabía que debería haber hecho algo al respecto, pero no podía callarme cuando estaba a punto de infectar a Bill. Había tantas cosas en aquella corta escena que me habían entristecido intensamente, que no sabía por dónde comenzar a deprimirme. En quizá menos de quince minutos había temido por mi vida, por la vida (bueno, por la existencia) de Bill, había tenido que contemplar actos sexuales que deberían ser estrictamente privados, había visto a mi posible amorcito caer en las garras del deseo de sangre (poner el énfasis en "deseo"), y casi había sido asfixiada por un chapero sidoso.

Tras pensarlo dos veces, me concedí permiso total para llorar. Me senté, sollocé y me enjuagué la cara con un pañuelo que me entregó Bill. Sentí curiosidad por enterarme de para qué necesitaba un pañuelo un vampiro, lo que probablemente constituyese un pequeño destello de serenidad, inundado por la marea de lágrimas y nervios.

Bill tuvo el sentido común necesario para no abrazarme. Se sentó en el suelo y mostró la delicadeza de mantener apartada la mirada mientras yo me secaba la cara.

–Cuando los vampiros viven en nidos–comenzó a explicar de manera repentina–suelen volverse más crueles porque se impulsan los unos a los otros: Siempre están tratando con otros vampiros como ellos, y así se convencen de lo lejos que se encuentran de la humanidad. Dictan sus propias leyes. Los vampiros como yo, que viven solos, recuerdan un poco mejor su antigua humanidad.

Escuché su dulce voz, que discurría junto a sus reflexiones mientras intentaba explicarme lo inexplicable.

–Sookie–prosiguió–, nuestra vida consiste en seducir y tomar, y para algunos ha sido así durante siglos. La sangre sintética y la reacia aceptación de los humanos no va a cambiar eso de la noche a la mañana, o de una década a la siguiente. Diane, Liam y Malcolm llevan juntos cincuenta años.

–Qué dulce –dije, con un tono impregnado de algo que nunca había oído antes en mí misma: rencor–, son sus bodas de oro.

–¿Podrás olvidar lo sucedido?–me pidió Bill. Sus grandes ojos oscuros se acercaban más y más. Su boca solo estaba a cinco centímetros de la mía.

–No lo sé –las palabras me salieron de manera espontánea–. ¿Sabías que no tenía claro si podrías hacerlo?

Sus cejas se arquearon de manera inquisitiva.

–¿Hacerlo…?

–Tener… –y me detuve, tratando de pensar en un modo agradable de plantearlo. Había presenciado más crudeza esa noche que en toda mi vida, y no quería añadir aún más–. Una erección–concluí, evitando su mirada.

–Pues ahora ya lo sabes–su voz sugería que trataba de no reírse–. Podemos tener relaciones sexuales, pero no tener hijos o dejar embarazada a una mujer. ¿No te hace sentir eso mejor, que Diane no pueda tener un hijo?

Me sacó de mis casillas. Abrí los ojos y lo miré muy fijamente.

–No te rías de mí.

–Oh, Sookie –dijo, y levantó la mano para acariciarme la mejilla.

Me aparté de su contacto y logré ponerme en pie. Él no me ayudó a conseguirlo, lo que fue positivo, aunque se quedó en el suelo observándome con un rostro inmóvil que no supe interpretar. Sus colmillos se habían retirado, pero yo sabía que aún sentía hambre. Allá él.

Mi bolso estaba en el suelo, junto a la puerta delantera. Las piernas no me respondían muy bien, pero al menos avanzaba. Saqué la lista de electricistas de un bolsillo y la puse sobre la mesa.

–Tengo que irme.

De repente estaba delante de mí. Había vuelto a hacer una de esas cosas de vampiros.

–¿Puedo darte un beso de despedida? –me pidió, con las manos en los costados, dejando muy claro que no me tocaría hasta que yo le diera luz verde.

–No –dije con vehemencia–, no podría soportarlo después de verlos.

–Iré a verte.

–Sí. Tal vez.

Se me adelantó para abrirme la puerta, pero yo creí que iba a por mí y me estremecí. Me giré con brusquedad y corrí hacia el coche, con las lágrimas casi cegando de nuevo mi vista. Me alegré de que el camino a casa fuera tan corto.

3

El teléfono empezó a sonar. Me tapé la cabeza con la almohada: sin duda la abuela podía cogerlo. Al persistir aquel irritante sonido comprendí que la abuela debía de haber salido a comprar o estaría fuera, trabajando en el jardín. Empecé a arrastrarme hacia la mesita de noche, no contenta pero al menos sí resignada. Con el dolor de cabeza y los remordimientos de quien tiene una resaca terrible (aunque la mía era emocional más que provocada por el alcohol), estiré una mano temblorosa y agarré el auricular.

–¿Sí? –pregunté. No me salió muy bien. Me aclaré la garganta y lo volvía intentar–. ¿Hola?

–¿Sookie?

–Ajá. ¿Sam?

–Sí. Escucha, cariño, ¿me puedes hacer un favor?

–¿Qué? –aquel día ya tenía que ir a trabajar, y no quería cargar con el turno de Dawn y encima el mío.

–Pásate por casa de Dawn y entérate de qué le pasa, por favor. No responde al teléfono y tampoco ha venido hoy. El camión de las entregas

acaba de llegar, y yo tengo que decirles a los chicos dónde deben dejar las cosas.

–¿Ahora? ¿Quieres que vaya ahora? –las viejas sábanas nunca se me habían pegado con tanta fuerza.

–¿Puedes? –al fin pareció darse cuenta de mi especial estado de humor. Nunca le había negado nada.

–Supongo que sí–dije, sintiéndome de nuevo agotada solo de pensarlo. No me gustaba demasiado Dawn, y yo a ella tampoco. Estaba convencida de que le había leído la mente y le había contado a Jason algo que ella había pensado sobre él, lo que había provocado que mi hermano la dejara. Si me tomara un interés así en los romances de Jason, no tendría tiempo de comer ni de dormir.

Me duché y me puse la ropa de trabajo, con movimientos torpes. Había perdido todo mi dinamismo, como una gaseosa destapada. Tomé unos cereales, me lavé los dientes y le conté a la abuela adónde iba cuando al fin logré localizarla: había estado todo el rato fuera, plantando petunias en un tiesto junto a la puerta de atrás. No pareció enterarse muy bien de lo que le expliqué, pero aun así sonrió y me hizo un gesto indicando que me fuera tranquila. La abuela se estaba quedando más sorda a cada semana que pasaba, pero no había de qué extrañarse, ya que tenía setenta y ocho años. Era maravilloso que aún siguiera tan fuerte y sana, y su cerebro todavía era sólido como una roca.

Mientras marchaba a cumplir ese recado indeseado, pensé en lo duro que debía de haber sido para la abuela criar a otros dos niños después de haberlo hecho ya con los suyos propios. Mi padre, su hijo, falleció cuando yo tenía siete años y Jason diez. Cuando yo tenía veintitrés, la hija de la abuela, mi tía Linda, murió de cáncer de útero. La hija de la tía Linda, Hadley, ya había desaparecido en la misma subcultura que había engendrado a los Rattray incluso antes de que su madre muriera, y de hecho hasta el día de hoy no sabemos si Hadley sabe que su madre ha muerto. Tuvo que ser muy triste para ella sobrellevarlo todo, pero la abuela siempre había sido fuerte por nosotros.

Divisé a través del parabrisas los tres pequeños adosados a un lado de la calle Berry, una o dos manzanas decrépitas que se hallaban junto a la parte más vieja de Bon Temps. Dawn vivía en una de ellas. Descubrí su coche, un compacto verde, junto a la entrada de una de las casas mejor conservadas, y estacioné detrás de él. Dawn ya había puesto una cesta colgante con begonias junto a su puerta, pero parecían secas. Llamé.

Esperé un minuto o dos, y volví a llamar.

–Sookie, ¿necesitas ayuda? –la voz parecía familiar. Me giré y tuve que taparme los ojos ante la fuerza del sol de la mañana. Rene Lenier estaba junto a su camioneta, estacionado al otro lado de la calle, en una de las pequeñas casas de madera que poblaban el resto del vecindario.

–Bueno –comencé a decir, no muy segura de si la necesitaba o no, o si de Rene podría echarme una mano–, ¿has visto a Dawn? No ha venido hoy a trabajar, y tampoco ayer. Sam me ha pedido que me pase a ver qué tal está.

–Sam debería ocuparse él mismo del trabajo sucio –dijo Rene, lo que me impulsó de modo perverso a defender a mi jefe.

–Ha llegado el camión, tiene que descargar.–Me volví para llamar de nuevo a la puerta–. ¡Dawn–grité–, vamos, déjame entrar! –Bajé la mirada al cemento del porche. El polen de pino había empezado a caer dos días antes, y el porche de Dawn estaba totalmente cubierto de amarillo. Las únicas pisadas eran las mías. Empecé a sentir un picor en el cuero cabelludo.

Apenas me di cuenta de que Rene seguía incómodo junto a la puerta de su camioneta, sin decidir si debía irse o no.

El adosado de Dawn era de una sola planta, bastante pequeño, y la puerta de al lado estaba a solo medio metro de la suya. La reducida entrada estaba vacía y no había cortinas en las ventanas. Parecía como si Dawn se hubiera quedado durante una temporada sin vecinos.

Dawn había tenido el decoro suficiente como para colgar cortinas en su casa, blancas con flores de color dorado oscuro. Estaban echadas, pero la tela era fina y no tenía forro, y además no había bajado las baratas y gruesas persianas de aluminio. Eché un vistazo al interior y descubrí que en la sala de estar solo había algunos muebles de baratillo. Un tazón de café descasaba sobre la mesa, cerca de una harapienta butaca, y contra la pared había un viejo sofá cubierto con una afgana de ganchillo.

–Creo que voy a darla vuelta por detrás–le dije en voz alta a Rene. Él, al otro lado de la calle, se sobresaltó como si le hubiera hecho una señal, y yo me aparté del porche delantero. Mis pies barrieron la mustia hierba, amarilla por el polen, y comprendí que tendría que limpiarme las zapatillas y quizá hasta cambiarme los calcetines antes de entrar a trabajar. Durante la temporada de polinización del pino, todo se vuelve amarillo. Los coches, las plantas, los tejados, las ventanas, todo se ve impregnado de un fulgor amarillo. Las fuentes y los charcos de lluvia tienen porquería amarilla en los bordes.

La ventana del baño de Dawn estaba tan alta, para preservar su intimidad, que no pude ver el interior. Había bajado las persianas del dormitorio, pero no las había cerrado del todo. Pude ver un poquito a través de las tablillas: Dawn estaba de espaldas sobre la cama. La ropa de cama estaba esparcida por todas partes, y ella tenía las piernas abiertas y la cara hinchada y descolorida. La lengua le sobresalía de la boca, por la que se arrastraban las moscas.

Pude oír que Rene se acercaba por detrás de mí.

–Ve a llamar a la policía–le dije.

–¿Pero qué dices, Sookie? ¿La ves?

–¡Ve y llama a la policía!

–¡De acuerdo, de acuerdo! –Rene emprendió una rápida retirada.

Cierta solidaridad femenina hizo que no quisiera que Rene viera así a Dawn, sin su consentimiento. Y mi compañera del bar no estaba para consentir nada.

Permanecí con la espalda contra la ventana, sintiendo grandes tentaciones de mirar de nuevo con la inútil esperanza de haber cometido un error la primera vez. Contemplé la puerta del adosado de al lado, que apenas estaba dos metros más allá, y me pregunté cómo sus inquilinos podían no haber oído su muerte, que sin duda había sido violenta.

Entonces regresó Rene. Su curtido rostro estaba fruncido por una expresión de profunda preocupación, y sus brillantes ojos marrones parecían extrañamente brillantes.

–¿Podrías llamar también a Sam? –le pedí. Sin musitar palabra, se dio la vuelta y se alejó de regreso a su casa. Estaba portándose muy bien. A pesar de su tendencia a cotillear demasiado, Rene siempre estaba dispuesto a ayudar cuando veía que era necesario. Me acordé de cuando había venido a casa a ayudar a Jason a colgar el columpio del jardín de la abuela, un recuerdo casual de un día muy distinto al presente.

El otro adosado era igual que el de Dawn, así que yo estaba justo delante de la ventana de su dormitorio. Apareció una cara y se abrió la ventana. Una cabeza despeinada asomó por ella.

–¿Qué estás haciendo, Sookie Stackhouse? –preguntó con lentitud una profunda voz masculina. Lo miré durante unos segundos hasta que logré al fin situarlo, al tiempo que trataba de no fijarme con excesivo descaro en su esbelto torso desnudo.

–¿JB?

–Claro.

Fui al instituto con JB du Rone. De hecho, algunas de mis escasas citas habían sido con JB, un chico adorable pero tan simple que no le preocupaba que le leyera la mente o no. Incluso en las circunstancias de aquel día, no pude sino apreciar su hermosura. Cuando tus hormonas han estado contenidas durante tanto tiempo como las mías, no hace falta mucho para ponerlas en marcha. Lancé un suspiro ante la imagen de los musculosos pectorales y tórax de JB.

–¿Qué estás haciendo aquí?–volvió a preguntarme.

–Parece que a Dawn le ha ocurrido algo malo –dije, sin saber si debía contárselo o no–. El jefe me ha enviado a buscarla al ver que no venía a trabajar.

–¿Está dentro? –JB se limitó a salir por la ventana. Tenía puestos unos pantalones cortos, unos tejanos cortados.

–Por favor, no mires–le pedí, interponiendo una mano, y sin aviso previo comencé a llorar. También eso me pasaba a menudo últimamente–. Es tan terrible, JB…

–Oh, cielo –dijo, y (bendito sea su corazón sureño) me rodeó con un brazo y me dio unos golpecitos en el hombro. Si había cerca una mujer que necesitara ser reconfortada, por Dios que eso sería lo prioritario para JB du Rone.

–A Dawn le gustaba duro –me dijo consolándome, como si eso lo explicase todo.

Puede que así fuera para algunos, pero no para mí, que tenía poco mundo.

–¿Cómo duro? –pregunté, rebuscando un pañuelo en el bolsillo de mis pantaloncitos.

Alcé la mirada y comprobé que JB se sonrojaba un poco.

–Bueno, cielo, le gustaba… uff, Sookie, no tienes por qué oírlo.

Tenía sobre mis hombros una extendida reputación de virtuosa, lo cual resultaba hasta cierto punto irónico. Y en ese momento, hasta poco conveniente.

–Puedes contármelo, trabajaba con ella–dije, y JB asintió con solemnidad, como si eso tuviera sentido.

–Bueno, cielo, le gustaba que los hombres... bueno, que la mordieran y la golpearan. –JB parecía muy extrañado por las preferencias de Dawn. Yo también debí de poner cara rara, porque añadió–: Lo sé, no se puede entender por qué a alguna gente le gustan esas cosas.

JB, nunca dispuesto a dejar pasar la oportunidad de sacar partido, me rodeó con sus dos brazos y prosiguió con las palmadas, pero pareció concentrarse en el punto central de mi espalda (para descubrir si llevaba sujetador) y después un poco más abajo. Recordé que a JB le gustaban los traseros firmes.

De la punta de la lengua me colgaban un montón de preguntas, pero se quedaron dentro de mi boca. La policía llegó, personificada por Kenya Jones y Kevin Prior. El jefe de policía había demostrado su sentido del humor al juntar a Kenya y Kevin, o al menos eso pensó todo el pueblo, puesto que Kenya medía uno ochenta por lo menos, era del color del chocolate amargo, y podía resistir un huracán de pie. Por su parte, Kevin puede que llegara al uno setenta, tenía pecas en cada centímetro visible de su pálido cuerpo, y la estructura delgada y sin nada de grasa de un corredor de fondo. Curiosamente, los dos Kas se llevaban bastante bien, aunque habían tenido algunas peleas memorables.

En aquel momento los dos parecían solo policías.

–¿A qué viene esto, señorita Stackhouse? –preguntó Kenya–. Rene dice que le ha sucedido algo a Dawn Green. – Mientras hablaba repasaba con la mirada a JB, y Kevin miraba el suelo a nuestro alrededor. Yo no tenía ni idea de por qué lo hacía, pero seguro que había una buena razón policial para ello.

–Mi jefe me ha enviado aquí a enterarme de porqué Dawn faltó ayer al trabajo y tampoco se ha presentado hoy –les conté–. He llamado a su puerta y no ha respondido, pero su coche está ahí. Como estaba preocupada por ella, he dado una vuelta alrededor de la casa mirando por las ventanas, y está dentro. –Señalé detrás de ellos, y los dos agentes se giraron para contemplar la ventana. Entonces se miraron el uno al otro y asintieron como si mantuvieran toda una conversación. Mientras Kenya se dirigía a la ventana, Kevin torció hacia la puerta trasera.

JB se había olvidado de sus palmaditas mientras observaba el trabajo policial. De hecho, su boca estaba un poco entreabierta, revelando una dentadura perfecta. Por encima de todo deseaba mirar por la ventana, pero no podía abrirse paso a través de Kenya, que había ocupado todo el espacio disponible.

Me cansé de mis propios pensamientos. Me relajé, dejé caer la guardia y escuché los de los demás. De entre todo el clamor, seleccioné un hilo y me concentré en él.

Kenya Jones se giró para contemplarnos sin fijarse realmente en nosotros. Estaba pensando en todo lo que Kevin y ella precisaban para mantener la investigación tan pulcra y clara como les fuera posible a unos agentes de Bon Temps. Estaba pensando que había oído cosas malas sobre Dawn y su interés en el sexo duro, aunque le daba pena cualquiera que acabara con moscas paseándose por su cara. Ahora lamentaba haber

comido ese último donut aquella mañana en el Nut Hut, porque podía vomitarlo, y eso la avergonzaría como agente de policía negra.

Cambié a otro canal.

JB estaba pensando que Dawn fue asesinada mientras follaba a lo loco, a solo unos metros de distancia de él, y que aunque eso era terrible también era algo excitante, y Sookie todavía tenía un tipazo. Deseaba poder tirársela ya mismo. Era tan dulce y bonita... Estaba apartando a un lado la humillación que sintió cuando Dawn le pidió que la pegara, y él no pudo; además era una humillación muy antigua.

Otro canal.

Kevin giró la esquina y se acercó pensando que él y Kenya tendrían que tener cuidado para no arruinar ninguna pista, y que por lo menos nadie sabía que él mismo se había acostado con Dawn Green. Estaba furioso porque alguien hubiera matado a una mujer a la que conocía y deseaba que no hubiese sido un negro, porque entonces su relación con Kenya se haría aún más tensa.

Otro canal.

Rene Lenier deseaba que alguien viniera y se llevara el cadáver de la casa. Confiaba en que nadie supiera que se había acostado con Dawn Green. No pude descifrar con exactitud sus pensamientos, eran muy tristes y enmarañados. De algunas personas no puedo obtener una lectura clara, y él estaba muy alterado.

Sam vino corriendo hacia mí, aflojando el ritmo cuando vio que JB me estaba tocando. No pude leer los pensamientos de Sam. Sí podía sentir sus emociones (ahora mismo eran una mezcla de preocupación, miedo y rabia), pero no pude obtener ni un solo pensamiento. Era algo tan fascinante e inesperado que me deshice del abrazo de JB y sentí ganas de ir hasta Sam, coger sus brazos y mirarlo a los ojos, de zambullirme de verdad en su cabeza. Recordé cuando me tocó y yo me aparté. Justo en ese momento me sintió dentro de su cabeza y, aunque siguió caminando hacia mí, su mente se apartó. A pesar de su invitación del otro día, no había previsto que yo fuese capaz de descubrir que su cerebro era distinto a los demás. Me fijé en ello hasta que me desconectó.

Nunca había sentido algo similar. Era como una puerta de hierro que se cerrara. En mi cara.

Estaba a punto de ir a tocarlo de manera instintiva, pero dejé caer la mano a mi lado. Sam miró a propósito a Kevin, y no a mí.

–¿Qué sucede, agente?–preguntó.

–Vamos a entrar en esta casa a la fuerza, Sr. Merlotte, a no ser que usted tenga una llave maestra.

¿Por qué iba Sam a tener una llave?

–Es mi casero –dijo JB en mi oído, haciéndome pegar un brinco.

–¿Lo es? –pregunté sin mucho sentido.

–Posee los tres adosados.

Sam había estado rebuscando en su bolsillo, y en ese momento sacó un manojo de llaves. Las pasó con pericia, hasta detenerse en una y separarla de las demás. La sacó del llavero y se la entregó a Kevin.

–¿Vale para la entrada principal y la trasera? –preguntó Kevin, y Sam asintió. Seguía sin mirarme.

Kevin regresó junto a la puerta trasera del adosado, donde no podíamos verlo. Pero estábamos todos tan inmóviles que se pudo oír la llave girar en el cerrojo. Después entró en el dormitorio, donde estaba la muerta, y pudimos ver que esbozó una mueca cuando lo golpeó el hedor. Cubriéndose la nariz y la boca con una mano, se inclinó sobre el cuerpo y le puso los dedos en el cuello. Miró a través de la ventana y agitó la cabeza en dirección a su compañera. Kenya asintió y se dirigió a la calle para usar la radio del coche patrulla.

–Escucha, Sookie, ¿qué te parece salir a cenar conmigo esta noche? –preguntó JB–. Esto ha sido muy duro para ti, y necesitas algo de distracción para superarlo.

–Gracias, JB –yo era muy consciente de que Sam nos escuchaba–, es muy amable por tu parte. Pero tengo la impresión de que hoy voy a tener que trabajar horas extra.

Durante un segundo se le quedó la expresión en blanco. Entonces la comprensión se filtró hasta su cerebro.

–Ah, sí, Sam tendrá que contratar a alguien más –observó–. Tengo una prima en Springhill que necesita trabajo. Puede que la llame. Ahora hasta podríamos vivir uno al lado del otro.

Le sonreí (aunque estoy segura de que fue una sonrisa muy tenue) mientras me situaba junto al hombre para el que llevaba dos años trabajando.

–Lo siento, Sookie –dijo en voz baja.

–¿El qué?–yo también bajé la voz. ¿Iba a reconocer Sam lo que había sucedido entre nosotros dos, o más bien lo que había dejado de suceder?

–Enviarte a buscar a Dawn. Debería haber venido yo mismo. Estaba convencido de que simplemente se había arrejuntado con otro nuevo, y necesitaba un recordatorio de que tenía que ir a trabajar. Pero la última vez que vine a por ella me gritó tanto que no quería tener que volver a enfrentarme a algo así. Y como un cobarde, te he enviado a ti y te ha tocado encontrarla así.

–Eres un saco de sorpresas, Sam.

No se giró para mirarme ni hizo ninguna réplica. Pero sus dedos envolvieron los míos. Durante un largo momento, estuvimos bajo el sol sosteniendo nuestras manos, con la gente revoloteando a nuestro alrededor. Su palma era caliente y seca, los dedos fuertes. Sentí que de verdad había conectado con otro humano. Pero entonces ese apretón se soltó y Sam avanzó unos pasos para hablar con el detective, que estaba saliendo de su coche. JB comenzó a preguntarme qué aspecto tenía el cadáver de Dawn, y el mundo regresó a la misma vieja rutina.

El contraste resultaba doloroso. Me volví a sentir muy cansada, y recordé la noche anterior con mucho más detalle de lo que deseaba. El mundo parecía un lugar malvado y terrible, todos sus habitantes eran sospechosos y yo era el corderito que vagaba por el valle de la muerte con un cencerro en el cuello. Me lancé a mi coche y abrí la puerta, sentándome de lado en el asiento. Ya había estado mucho de pie aquel día; me sentaría mientras pudiera.

JB me siguió. Ahora que me había redescubierto, no podría deshacerme de él. Me acordé de cuando la abuela había albergado serias esperanzas de

que se formara alguna especie de relación permanente entre nosotros, cuando estábamos en el instituto. Pero hablar con JB, o incluso leer su mente, era tan interesante como un librito de preescolar para un lector adulto. Que una mente tan boba hubiera acabado en un cuerpo tan elocuente debía de ser uno de los chistes de Dios.

Se arrodilló ante mí y me cogió la mano. Me entraron ganas de que en ese momento viniera alguna dama millonaria y astuta, se casara con JB, lo cuidara y disfrutara de lo que él podía ofrecer. Se estaría llevando una ganga.

–¿Dónde trabajas ahora? –le pregunté, para poder distraerme.

–En el almacén de mi padre–respondió.

Ese era el trabajo de último recurso, al que JB siempre regresaba cuando lo despedían de otros curros por hacer algo estúpido o por no ir a su hora, o por ofender de manera imperdonable a algún supervisor. El padre de JB tenía una tienda de accesorios para automóviles.

–¿Cómo están tus padres?

–Oh, bien. Sookie, deberíamos hacer algo juntos.

No me tientes, pensé.

Algún día mis hormonas tomarán el control y haré algo de lo que me arrepienta, y podría ser peor que hacerlo con JB. Pero decidí contenerme y esperar algo mejor.

–Gracias, cielo –le dije–, puede que lo hagamos. Pero ahora mismo estoy bastante triste.

–¿Estás enamorada de ese vampiro? –me preguntó a bocajarro.

–¿Dónde has oído eso?

–Dawn lo dijo. –El rostro de JB se ensombreció al recordar que Dawn estaba muerta. Al revisar su cerebro descubrí que lo que Dawn había dicho era: "Ese nuevo vampiro está interesado en Sookie Stackhouse. Yo le haría un mejor servicio; necesita una mujer que pueda soportar que la traten duro, y Sookie gritaría si la toca".

No tenía sentido ponerse furiosa con una muerta, pero por unos breves instantes me consolé haciendo precisamente eso. En ese momento el detective se acercó a nosotros y JB se puso en pie para alejarse.

El detective se colocó en la misma postura que JB, poniéndose de cuclillas delante de mí. Yo debía de tener mal aspecto.

–¿Señorita Stackhouse? –preguntó. Estaba usando esa voz serena y potente que muchos profesionales adoptan en los momentos de crisis–. Soy Andy Bellefleur. –Los Bellefleur llevaban por Bon Temps desde que existía el pueblo, así que no me hizo reír la idea de que un hombre fuera "flor hermosa". De hecho, al contemplar la masa de músculos que era el detective Bellefleur lo lamenté por cualquiera que lo encontrara gracioso.

Este miembro en particular de la familia se había graduado antes que Jason, y yo había estado un curso por detrás de su hermana Portia.

Él también me había estado situando.

–¿Qué tal está tu hermano? –me preguntó, con voz aún serena aunque no tan neutral. Sonaba como si hubiera tenido un encontronazo o dos con Jason.

–Por lo poco que lo veo, creo que le va bien –respondí.

–¿Y tu abuela?

Sonreí.

–Esta mañana la pasa en el jardín, plantando flores.

–Eso es estupendo –dijo, con esa sincera sacudida de cabeza que, se supone, debe indicar sorpresa y admiración–. Bien, por lo que me he enterado, trabajas en Merlotte's.

–Así es.

–¿Y también lo hacía Dawn Green?

–Sí.

–¿Cuándo viste por última vez a Dawn?

–Hace dos días, en el trabajo. –Ya me sentía agotada. Sin mover mis pies del suelo ni mi brazo del volante, eché la cabeza a un lado para apoyarla en el reposacabezas del asiento del conductor.

–¿Hablaste con ella en ese momento?

Traté de recordar.

–Me parece que no.

–¿Estabas muy unida a ella?

–No.

–¿Y por qué has venido aquí hoy?

Le expliqué que el día anterior cubrí el turno de Dawn, y que Sam me había llamado esa mañana.

–¿Te dijo el Sr. Merlotte por qué no quería venir él mismo hasta aquí?

–Sí, había llegado un camión con mercancía. Sam tenía que decirles a los chicos dónde poner las cajas. –Y Sam también había hecho él solo la mitad de la descarga, para acelerar el proceso.

–¿Crees que el Sr. Merlotte tenía alguna relación con Dawn?

–Era su jefe.

–No, fuera del trabajo.

–No.

–Pareces muy segura.

–Lo estoy.

–¿Tienes una relación con Sam?

–No.

–Entonces, ¿cómo estás tan segura?

Buena pregunta. ¿Porque de tanto en tanto había escuchado pensamientos que indicaban que, si Dawn no odiaba a Sam, al menos no se sentía nada atraída por él? No era lo más inteligente para decírselo al detective.

–Sam es muy profesional con los asuntos del bar –le dije. Me sonó ridículo hasta a mí. Pero era la verdad.

–¿Conocías algo de la vida personal de Dawn?

–No.

–¿Erais amigas?

–No especialmente. –Mis pensamientos divagaron mientras el detective ladeaba la cabeza, meditabundo. Al menos eso era lo que parecía.

–¿Y por qué?

–Supongo que no teníamos nada en común.

–¿Como qué? Dame un ejemplo.

Suspiré con fuerza, hinchando los labios exasperada. Si no teníamos nada en común, ¿cómo podía darle un ejemplo?

–Está bien –dije con lentitud–. Dawn tenía una vida social muy activa, y le gustaba estar con hombres. No le apetecía tanto pasar su tiempo con otras mujeres. Su familia es de Monroe, así que no tiene lazos familiares aquí. Bebía, y yo no. Yo leo un montón y ella no. ¿Basta con eso?

Andy Bellefleur observó mi expresión para comprobar si estaba adoptando una pose. Lo que vio debió de tranquilizarlo.

–Así que nunca os veíais después de las horas de trabajo.

–Correcto.

–¿Y en ese caso no te parece raro que Sam Merlotte te pidiera que le echaras un ojo a Dawn?

–No, en absoluto–respondí con tozudez. Al menos, no me parecía raro ahora, después de la descripción de Sam del berrinche de Dawn–. Me pilla de camino al bar, y yo no tengo hijos como Arlene, la otra camarera de nuestro turno. Así que me era más fácil a mí. –Pensé que parecía bien fundado. Si le contaba que Dawn le había gritado a Sam la última vez que estuvo por aquí, podría llevarse la impresión equivocada.

–¿Qué hiciste anteayer al salir del trabajo, Sookie?

–No vine a trabajar, era mi día libre.

–¿Y tu plan para ese día fue...?

–Tomé el sol y ayudé a la abuela a limpiar la casa, y después tuvimos compañía.

–¿Y quién podría ser?

–Podría ser Bill Compton.

–El vampiro.

–Correcto.

–¿Hasta qué hora estuvo el Sr. Compton en vuestra casa?

–No lo sé, puede que hasta medianoche o la una.

–¿Qué impresión te dio?

–Parecía estar muy bien.

–¿Crispado? ¿Irritado?

–No.

–Señorita Stackhouse, tendremos que seguir hablando en la comisaría. Esto de la casa nos va a llevar cierto tiempo, como puede ver.

–Está bien, supongo.

–¿Podría venir en un par de horas?

Miré el reloj de pulsera.

–Si Sam no me necesita para trabajar...

–Verá, señorita Stackhouse, esto tiene más prioridad que trabajar en un bar.

De acuerdo, eso me cabreó. No porque yo creyera que las investigaciones de un crimen estaban por encima de llegar a tiempo al trabajo; ahí estaba de acuerdo con él. Era por su desprecio implícito hacia mi oficio en particular.

–Puede que creas que mi trabajo no importa mucho, pero soy buena en él y me gusta. Merezco tanto respeto como tu hermana, la abogada, Andy Bellefleur, y no lo olvides. No soy idiota y tampoco una fulana.

El detective enrojeció, poco a poco y sin ningún atractivo.

–Mis disculpas –dijo envarado. Aún trataba de negar la antigua relación; el instituto que compartimos, los contactos entre ambas familias.

Pensaba que debería haber sido detective en otro pueblo, donde podría tratar a la gente de la manera que en su opinión debía hacerlo un agente de policía.

–No, serás mejor detective aquí si puedes superar esa actitud –le dije. Abrió mucho sus grises ojos, asombrado, y sentí una satisfacción infantil por haberlo dejado tan pasmado, aunque estaba segura de que antes o después me lo haría pagar. Siempre me pasaba cuando daba a la gente una muestra de mi discapacidad.

Normalmente la gente se alejaba de mí a toda prisa cuando les daba una dosis de lectura mental, pero Andy Bellefleur se sintió fascinado.

–Entonces, es cierto –dijo con voz entrecortada, como si estuviéramos solos en vez de sentados en la acera de unos adosados decrépitos en la Luisiana rural.

–No, olvídalo –dije con rapidez–. Es solo que a veces puedo saber por el aspecto de la gente lo que está pensando.

Pensó a propósito en desabotonarme la blusa, pero yo ya estaba prevenida y regresé a mi estado habitual de fortaleza asediada, y no hice nada más que sonreír de manera agradable. Aunque lo cierto es que no logré engañarlo–. Cuando estés listo, ven al bar. Podremos hablar en el almacén o en el despacho de Sam–añadí con firmeza mientras metía las piernas en el coche.

Cuando llegué allí, el bar estaba de bote en bote. Sam había avisado a Terry Bellefleur (primo segundo de Andy, si no recuerdo mal) para que vigilara el local mientras él hablaba con la policía en casa de Dawn. Terry tuvo un bar de campaña en Vietnam, y en la actualidad subsistía precariamente con la pensión gubernamental por alguna discapacidad. Había sido herido, capturado y mantenido prisionero durante dos años, y ahora sus pensamientos solían ser tan tenebrosos que yo ponía un cuidado especial cuando lo tenía cerca. Terry había tenido una vida dura, y actuar de modo natural le era incluso más difícil a él que a mí. Por suerte Terry no bebía, gracias a Dios.

Aquel día le di un suave beso en la mejilla mientras cogía la bandeja y me lavaba las manos. A través de la ventanilla pude ver en la pequeña cocina a Lafayette Reynold, el cocinero, que estaba volteando hamburguesas y sumergiendo una cesta de patatas fritas en aceite caliente. Aparte de esos platos, en Merlotte's se sirven también algunos bocadillos y nada más. Sam no quiere tener un restaurante, sino un bar donde se pueda comer un poco.

–¿Por qué ese beso? Aunque no es que me queje–dijo Terry. Había arqueado las cejas. Terry era pelirrojo, si bien cuando necesitaba un buen afeitado se podía ver que sus patillas eran grises. Se pasaba muchísimo tiempo al aire libre, pero nunca tenía la piel del todo morena, sino que adquiría un aspecto enrojecido que hacía que las cicatrices de la parte izquierda de su cara resultaran más visibles. Pero eso a él no parecía molestarlo. Arlene se había acostado una noche con él, después de beber bastante, y me dijo en confianza que Terry tenía muchas cicatrices incluso peores que las de su mejilla.

–Solo por estar aquí–le dije.

–¿Es cierto lo de Dawn?

Lafayette colocó dos platos en la ventanilla de servir, y me guiñó un ojo con un barrido de sus densas pestañas falsas. Lafayette lleva siempre un montón de maquillaje. Estoy tan acostumbrada que ya no me fijo nunca en ello, pero en ese momento su sombra de ojos me trajo a la memoria a aquel chico, Jerry. Permití que los otros tres vampiros se lo llevaran sin protestar. Era probable que aquello hubiera estado mal, pero fui realista: no podría haberlo impedido. Ni podría haber acudido a la policía a tiempo para que los pillaran con él. Además, se estaba muriendo de todos modos, y se llevaba consigo a la tumba a todos los vampiros y humanos que podía. Ya era un asesino de por sí. Le dije a mi conciencia que esa sería la última conversación que tendríamos sobre Jerry.

–Arlene, ya están las hamburguesas–avisó Terry, trayéndome de nuevo a la realidad. Arlene se acercó para recoger los platos, y me echó una mirada que indicaba que me iba a coser a preguntas en cuanto pudiera. También Charlsie Tooten estaba trabajando ese día en el bar. Llamaban a Charlsie cuando una de las chicas regulares se ponía enferma o directamente no aparecía. Confié en que Charlsie se quedara con el puesto de Dawn a tiempo completo; siempre me había caído bien.

–Sí, Dawn está muerta –contesté a Terry. No pareció importarle mi larga pausa previa.

–¿Qué le ha pasado?

–No lo sé, pero no fue de modo pacífico. –Había visto sangre en las sábanas. No mucha, pero sí algo.

–Maudette–dijo Terry, y lo comprendí de inmediato.

–Puede ser–respondí. Desde luego, era muy posible que la persona que le hizo aquello a Dawn fuese la misma que había asesinado a Maudette.

Por descontado, toda la gente de la Parroquia de Renard vino a Merlotte's aquella noche, si no para comer, sí al menos para tomarse una taza de café vespertina o una cerveza. Los que no podían adaptar su jornada de trabajo para acercarse al bar esperaron hasta la hora de salir y se pasaron por allí de camino a casa. ¿Dos mujeres muertas en nuestro pueblo en menos de un mes? Puedes apostar a que la gente quería rumores.

Sam regresó hacia las dos, irradiando calor y con el sudor cayéndole por la frente por permanecer tanto tiempo en el patio sin sombras delante de la escena del crimen. Me dijo que Andy Bellefleur le había dicho que volvería pronto para hablar conmigo..

–No sé por qué–dije, tal vez con algo de hosquedad–, yo nunca iba con Dawn. ¿Qué le ocurrió, te lo han dicho?

–La estrangularon después de darle una pequeña paliza –explicó Sam–. Pero también tenía viejas marcas de dientes. Como Maudette.

–Hay muchos vampiros, Sam –dije, respondiendo a su comentario sin necesidad de que lo planteara.

–Sookie–su tono era sereno y lleno de seriedad. Me hizo recordar el modo en que había sostenido mi mano en casa de Dawn, y entonces pensé en cómo me había expulsado de su mente al descubrir que lo estaba sondeando, sabía cómo mantenerme fuera–, cariño, Bill es un buen tipo para ser vampiro, pero sencillamente no es humano.

–Cielo, tú tampoco –le dije, en voz muy baja pero con claridad. Y le di la espalda, no queriendo admitir de modo exacto por qué estaba tan enfadada con él, pero deseando de todos modos que él lo supiera.

Trabajé como una negra. Fuesen cuales fuesen sus defectos, Dawn era una camarera eficiente y Charlsie no podía mantenerse a la altura. Ponía toda su voluntad, y yo estaba segura de que lograría hacerse con el ritmo del bar, pero durante aquella noche Arlene y yo tuvimos que cargar con parte de su trabajo. Aquella tarde y noche gané un montón de dinero en propinas, porque la gente se enteró de que había sido yo la que había descubierto el cuerpo. Mantuve una expresión solemne y seguí adelante, sin querer ofender a unos clientes que solo querían enterarse de algo, como todos los demás del pueblo.

De camino a casa, me permití un breve descanso. Estaba agotada, y lo último que esperaba ver, después de girar por la pequeña entrada y seguir por el caminillo entre los árboles que lleva a nuestra casa, era a Bill Compton. Se recostaba contra un pino, esperándome. Pasé junto a él, casi decidida a no detenerme. Pero al final me detuve un poco más lejos.

Me abrió la puerta. Sin mirarlo a los ojos, salí del coche. Parecía encontrarse cómodo en la noche, de una manera que yo nunca alcanzaría a compartir. Había demasiados tabúes infantiles sobre la noche, la oscuridad y las cosas que moraban en ella.

Y ahora que lo pensaba, Bill era una de esas cosas. No tenía nada de raro que él se sintiera tan cómodo.

–¿Vas a estar toda la noche mirándote los pies, o piensas hablarme?– dijo en una voz que era poco más que un susurro.

–Ha sucedido algo que deberías saber.

–Cuéntame. –Estaba tratando de hacerme algo, podía sentir su poder cerniéndose sobre mí, pero no le hice caso. Él suspiró.

–No puedo seguir de pie–dije con cansancio–. Sentémonos en el suelo o en cualquier parte. Tengo los pies destrozados. En respuesta, me cogió en brazos y me subió al techo del coche. Él se quedó de pie delante de mí, cruzado de brazos y aguardando de manera muy obvia.

–Cuéntame.

–Dawn ha sido asesinada. Igual que Maudette Pickens.

–¿Dawn?

De repente me sentí un poco mejor.

–La otra camarera del bar.

–¿La pelirroja, la que ha estado casada tantas veces?

Me sentí mucho mejor.

–No, la morena, la que no dejaba de chocar contra tu mesa con sus caderas para que te fijaras en ella.

–Ah, esa. Vino a mi casa.

–¿Dawn? ¿Cuándo?

–Después de que tú te fueras la otra noche, la misma que los otros vampiros estuvieron aquí. Tuvo suerte de que no la vieran, estaba muy segura de su capacidad para manejar cualquier situación.

Lo miré a la cara.

–¿Por qué tuvo suerte? ¿No la habrías protegido tú?

Los ojos de Bill resultaban del todo oscuros bajo la luz de la luna.

–No lo creo–dijo.

–Eres…

–Soy un vampiro, Sookie. No pienso como tú, no me preocupo de manera automática por la gente.

–Pero a mí sí me protegiste.

–Tú eres diferente.

–¿Sí? Soy una camarera, como Dawn. Vengo de una familia sencilla, como Maudette. ¿Qué es lo diferente?

Uno de sus gélidos dedos me tocó la frente.

–Diferente –dijo–. No eres como nosotros, pero tampoco como ellos.

Sentí una oleada tan intensa de ira que era casi divina. Lo empujé y lo pegué, una idea estúpida. Era como golpear un camión acorazado. En un abrir y cerrar de ojos me levantó del coche y me apretó contra su cuerpo, reteniéndome las manos en los costados con uno de sus brazos.

–¡No! –grité. Di patadas y me debatí, pero más me hubiera valido conservar la energía. Por último me dejé caer sobre él. Tenía el aliento agitado, igual que él, aunque no creo que por las mismas razones.

–¿Por qué crees que necesitaba saber lo de Dawn? –sonaba tan razonable que parecía como si la pelea no hubiera tenido lugar.

–Bueno, Sr. Amo de las Tinieblas–dije furiosa–, Maudette tenía marcas antiguas de mordiscos en sus muslos, y la policía le dijo a Sam que Dawn también tenía esas señales.

Si se puede calificar el silencio, aquel fue reflexivo. Mientras Bill meditaba, o lo que hagan los vampiros, su abrazo se aflojó. Empezó a acariciarme la espalda con una mano, de manera distraída, como si yo fuese un cachorrillo lloriqueante.

–Por lo que dices, parece que no han muerto por esos mordiscos.

–No, estranguladas.

–Entonces no ha sido un vampiro –su tono no dejaba lugar a dudas.

–¿Y por qué no?

–Si un vampiro se hubiera alimentado de esas mujeres, hubieran muerto por falta de sangre en vez de estranguladas. Ninguno hubiera dejado que se desperdiciase así su líquido.

Justo cuando empezaba a sentirme de nuevo cómoda con Bill, tenía que decir algo tan frío, tan vampírico, y volvía a enfurecerme.

–Entonces –dije con inquina–, o tenéis un vampiro ingenioso con gran autocontrol, o alguien está decidido a matar mujeres que han estado con vampiros.

–Umm.

Yo desde luego no me sentía muy tranquila con cualquiera de las posibilidades.

–¿Crees que lo he hecho yo? –preguntó Bill.

La pregunta me pilló por sorpresa. Me revolví en su abrazo inmovilizante para poder mirarlo a la cara.

–Te has tomado grandes molestias en señalar lo desalmado que eres en el fondo–le recordé–. ¿Qué quieres que crea?

Y era tan maravilloso no saberlo… Casi sonreí.

–Podría haberlas matado, pero no lo haría aquí ni ahora – dijo Bill. Bajo la luz de la luna su rostro no poseía color alguno, salvo los profundos pozos

oscuros de sus ojos y los arcos de sus cejas–. Quiero quedarme aquí, quiero una casa. –Un vampiro, añorando el hogar. Bill comprendió mi expresión–. No te compadezcas de mí, Sookie. Eso sería un error–parecía intentar que lo mirara a los ojos.

–Bill, no puedes usar el glamour o lo que quiera que sea conmigo. No puedes hechizarme para que me baje la camiseta y te deje morderme, no puedes convencerme de que nunca has estado aquí, no puedes hacer nada de lo que sueles hacer. Tendrás que ser natural conmigo, o forzarme.

–No –dijo, con su boca casi sobre la mía–, no te forzaré.

Luché contra el impulso de besarlo. Pero al menos sabía que era mi propio impulso, no uno artificial.

–Pues si no fuiste tú–dije, tratando de ceñirme al asunto–, entonces Maudette y Dawn conocían a otro vampiro. Maudette acudía a ese bar de vampiros de Shreveport. Puede que Dawn también. ¿Me llevarás allí?

–¿Por qué? –preguntó, con aparente curiosidad.

No podía explicarle lo que era sentirse en peligro a alguien tan acostumbrado a estar más allá de él. Al menos por la noche.

–No estoy segura de que Andy Bellefleur vaya hasta el final –mentí.

–Así que todavía quedan Bellefleur por aquí–dijo, y había algo nuevo en su voz. Sus brazos hicieron fuerza sobre mi cuerpo casi hasta hacerme daño.

–Sí –dije–, montones de ellos. Andy es detective de policía. Su hermana, Portia, es abogada. Su primo Terry es veterano de guerra y camarero. Sustituye a Sam. Hay muchos más.

–Bellefleur…

Me estaba aplastando.

–Bill–dije, con voz chirriante por el miedo. Soltó su presa de inmediato.

–Perdóname –dijo con formalidad.

–Tengo que irme a la cama –añadí–. Estoy realmente agotada, Bill.

Me dejó sobre la grava sin apenas una sacudida. Me miró.

–Les dijiste a todos esos vampiros que te pertenecía–dije.

–Sí.

–¿Qué significa eso exactamente?

–Significa que si tratan de alimentarse de ti, los mataré – explicó–, significa que eres mi humana.

–Debo decir que me alegra que lo hicieras, pero no estoy muy segura de lo que conlleva ser tu humana–dije con cautela–. Y no recuerdo que me preguntaran si me parecía bien.

–Sea como sea, es probable que sea mejor que ir de fiesta con Malcolm, Liam y Diane.

No estaba dispuesto a darme una respuesta directa.

–¿Vas a llevarme a ese bar?

–¿Cuándo es tu siguiente noche libre?

–Dentro de dos noches.

–Entonces al anochecer. Yo conduzco.

–¿Tienes coche?

–¿Cómo crees que llego a los sitios si no? –tal vez hubiese una sonrisa dibujada en su resplandeciente rostro. Se giró y se adentró en el bosque. Dijo por encima del hombro–: Sookie, déjame en buen lugar.

Me quedé allí con la boca abierta.

¡Que lo dejara en buen lugar!

4

La mitad de los clientes habituales de Merlotte's creían que Bill había tenido que ver con las marcas en los cuerpos de las fallecidas. El otro cincuenta por ciento pensaba que algunos de los vampiros de otro pueblo o ciudad más grande habían mordido a Maudette y a Dawn cuando iban de copeo, y que se merecían lo que les había pasado por querer irse a la cama con chupasangres. Algunos creían que las chicas habían sido estranguladas por un vampiro, y otros que simplemente habían proseguido su promiscua vida sexual hasta acabar de mala manera.

Pero aparte de eso, todos los que venían al bar estaban preocupados porque otra mujer pudiera ser asesinada. Perdí la cuenta de las veces que me dijeron que tuviera cuidado, que vigilara a mi amigo Bill Compton, que cerrara con llave la puerta y no dejara entrar a nadie en casa... Como si fueran cosas que no hiciera ya de por sí.

Jason se convirtió en blanco tanto de la conmiseración como de las sospechas, por haber tenido "citas" con ambas mujeres. Cierto día vino a nuestra casa y se lamentó largo y tendido, mientras la abuela y yo tratábamos de empujarlo a que prosiguiera –con su trabajo como haría un hombre inocente. Pero por primera vez (que yo recordara) mi atractivo hermano estaba de verdad preocupado. Por supuesto, no me alegraba que se viera en problemas, pero tampoco llegaba a lamentarlo del todo. Sé que eso fue mezquino y ruin por mi parte. No soy perfecta.

Soy tan imperfecta que, a pesar de la muerte de dos mujeres a las que conocía, me pasé una buena parte del tiempo preguntándome qué quería decir Bill con lo de que lo dejara en buen lugar. No tenía ni idea de lo que constituía el atuendo adecuado para visitar un bar de vampiros, y no estaba dispuesta a vestirme con una especie de disfraz estúpido, como se decía que hacían algunos asiduos a dichos bares. Y desde luego, no conocía a nadie a quien preguntar. Tampoco era lo bastante alta o esbelta como para ponerme un vestido de licra como el que había visto a la vampira Diane.

Al final saqué un vestido del fondo del armario, uno que había tenido pocas ocasiones de llevar. Era un atuendo para una cita especial, siempre que desearas conseguir la atención personal de tu acompañante. Tenía un corte bajo y cuadrado en el cuello y carecía de mangas. Estrecho y blanco, la tela tenía repartidas algunas brillantes flores rojas con largos tallos verdes. Así vestida, destacaba mi bronceado y me resaltaban las tetas. Me puse unos pendientes de esmalte rojo y zapatos de tacón alto muy sexys, a los que añadí un monedero rojo de paja. Me retoqué con maquillaje suave y dejé que mi largo pelo ondulado cayera por mi espalda.

La abuela se quedó asombrada cuando me vio salir del cuarto.

–Cariño, estás preciosa –dijo–. Pero, ¿no tendrás algo de frío con ese vestido?

Sonreí.

–No, señora, no creo. Hace bastante bueno al aire libre.

–¿Y no quieres ponerte un bonito suéter blanco encima de eso?

–No, me parece que no –respondí riéndome. Ya había apartado lo suficiente de mi cabeza a los otros vampiros y me parecía que tener aspecto sexy volvía a ser positivo. Me sentía bastante excitada ante la perspectiva de volver a tener una cita, aunque más o menos le había contado a Bill que se trataría de una especie de misión para descubrir lo ocurrido. También intenté olvidarme de eso, para poder disfrutar de la ocasión.

Sam me llamó para decirme que mi cheque estaba listo. Me preguntó si podía ir a recogerlo, que era lo que solíamos hacer cuando no me tocaba trabajar al día siguiente. Me acerqué con el coche hasta Merlotte's, un poco nerviosa por entrar en el bar tan arreglada.

Pero cuando crucé por la puerta, recibí el premio de un instante de asombrado silencio. Sam se encontraba de espaldas a mí, pero Lafayette estaba mirando a través de la ventanilla y Rene y JB estaban en el bar. Por desgracia también estaba mi hermano, Jason, que se quedó con los ojos como platos cuando se giró para ver qué estaba mirando Rene.

–¡Tienes buen aspecto, muchacha! –gritó Lafayette con entusiasmo–. ¿De dónde has sacado ese vestido?

–Oh, hace muchísimo que guardo esta cosa–dije bromeando. Él se rió.

Sam se giró para ver de qué hablaba Lafayette, y él también me miró con ojos atónitos.

–Cielo santo–dijo, soltando el aliento. Me acerqué a él para pedirle el cheque, sintiéndome bastante cohibida–. Pasa al despacho, Sookie–me indicó. Lo seguí hasta su pequeño cubículo en el almacén. Rene me dio un semiabrazo al pasar junto a él y JB me besó en la mejilla.

Sam revolvió los montones de papeles que tenía encima del escritorio, y al fin sacó mi cheque. Aunque no me lo entregó de inmediato.

–¿Vas a algún sitio en especial? –me preguntó, casi a regañadientes.

–Tengo una cita–dije, tratando de que sonara como si fuera de lo más normal.

–Estás magnífica–dijo Sam, y lo vi tragar saliva. Tenía los ojos ardientes.

–Gracias. Emm, Sam, ¿puedo coger mi cheque?

–Claro. –Me lo entregó y yo lo guardé en el bolso.

–Entonces adiós.

–Adiós. –Pero en vez de indicarme que me fuera, Sam se acercó a mí y me olfateó. Puso la cara cerca de mi cuello e inhaló. Sus brillantes ojos azules se cerraron brevemente, como si estuviera analizando mi olor. Exhaló con suavidad; sentí sobre mi piel su cálido aliento.

Salí por la puerta y dejé el bar, asombrada y llena de curiosidad por el comportamiento de Sam.

Cuando regresé a casa, había un coche que me resultaba desconocido estacionado delante, un Cadillac negro que brillaba como el cristal: el coche de Bill. ¿De dónde sacaban los vampiros el dinero para comprarse esos coches? Sacudí la cabeza y cubrí los escalones del porche hasta entrar en la casa.

Dentro, Bill se giraba expectante hacia la puerta, sentado en el sofá mientras charlaba con la abuela. Esta se acomodaba en el brazo de una vieja

silla llena de trastos. Cuando Bill me vio, supe que me había excedido, se puso muy enfadado. Su rostro permaneció bastante sereno, pero sus ojos despidieron llamas y torció los dedos como si estuviera recogiendo algo con ellos.

–¿Te parece bien? –le pregunté nerviosa. Sentí que la sangre se me subía a las mejillas.

–Sí –respondió él al fin. Pero su pausa había sido lo bastante larga como para enfurecer a mi abuela.

–Cualquiera con algo en la sesera tendrá que admitir que Sookie es una de las chicas más guapas que hay por aquí–dijo, con una voz en apariencia amable pero dura en el fondo.

–Oh, desde luego –reconoció Bill, pero su voz carecía de inflexión, lo cual resultaba significativo.

Bueno, que lo jodan. Yo había intentando hacerlo lo mejor posible. Me enderecé y dije:

–¿Vamos entonces?

–Sí–repitió él, y se puso en pie–. Adiós, Sra. Stackhouse. Ha sido un placer volver a verla.

–De acuerdo, os deseo que lo paséis bien–dijo ella, apaciguada–. Conduce con cuidado, Bill, y no bebas demasiado.

Él arqueó una ceja.

–No, señora.

La abuela lo dejó correr.

Bill me abrió la portezuela del coche para que entrara, parte de una calculada serie de maniobras destinadas a que no se me saliera nada del vestido. Cerró la puerta y se pasó al lado del conductor. Me pregunté quién le habría enseñado a conducir un coche. Henry Ford, probablemente.

–Lamento no estar vestida de modo correcto–dije, mirando justo al frente.

Nos alejábamos con lentitud por el bacheado camino de entrada, bajo los árboles. El coche se paró dando más tumbos.

–¿Quién ha dicho eso? –preguntó Bill con voz muy gentil.

–Me has mirado como si hubiera hecho algo malo –le espeté.

–Solo dudaba de mi capacidad para meterte allí y luego sacarte sin tener que matar a alguien que te deseara.

–Estás siendo sarcástico. –Seguí sin mirarlo.

Sus manos me agarraron el cuello por detrás, obligándome a girar la cara hacia él.

–¿Te parezco sarcástico?–preguntó.

Sus oscuros ojos estaban muy abiertos y no parpadeaban.

–Ah… no–admití.

–Entonces créete lo que te digo.

Hicimos el trayecto a Shreveport casi en silencio, pero no resultó incómodo. Bill puso cintas casi todo el rato. Sentía debilidad por Kenny G.

Fangtasía, el bar de los vampiros, estaba localizado en un área comercial suburbana de Shreveport, cerca de un Sam's[7] y de un Toys'R' Us. Se encontraba dentro de una galería comercial, que a esas horas estaba por completo cerrada salvo por el bar. El letrero con el nombre del local se

[7] Una cadena de economatos.

dibujaba con llamativo neón rojo encima de la entrada, y la fachada estaba pintada de gris acero, por lo que la puerta, roja, proporcionaba un buen contraste. El dueño del local debía de considerar que el gris resultaba menos opresivo que el negro, porque el interior estaba decorado con las mismas tonalidades.

A la entrada, una vampira me pidió la documentación. Ni que decir tiene que reconoció a Bill como uno de los suyos y le hizo un gesto de asentimiento, pero a mí me inspeccionó con atención. Pálida como la tiza, como todos los vampiros de raza blanca, resultaba misteriosamente imponente con su largo vestido negro de mangas colgantes. Me pregunté si su sobrecargado "look vampírico" obedecía a sus propios gustos o solo lo había adoptado porque los clientes humanos pensaban que era lo apropiado.

–No me han pedido el carné desde hace años–dije, rebuscando en mi bolso rojo el permiso de conducir. Nos encontrábamos en una pequeña sala de admisión, de planta cuadrada.

–Ya no logro deducir las edades de los humanos, y debemos tener mucho cuidado puesto que no servimos a menores. En ningún sentido –añadió con lo que debía de ser una sonrisa ingeniosa. Lanzó una mirada de soslayo hacia Bill, y sus ojos lo inspeccionaron de arriba abajo con interés ofensivo. Ofensivo para mí, al menos.

–Hace meses que no te veía –le dijo, y su voz no podía ser más atrevida y melosa.

–Estoy integrándome–explicó él, y ella asintió.

–¿Qué le has comentado?–le susurré mientras caminábamos a través del corto pasillo y cruzábamos las dobles puertas rojas que conducían a la sala principal.

–Que estoy tratando de vivir entre los humanos.

Me hubiera gustado enterarme de más, pero en ese momento contemplé en detalle por primera vez el interior de Fangtasía. Todo era gris, negro o rojo. Los muros estaban llenos de fotogramas pertenecientes a todos los vampiros de cine que habían mostrado colmillos en la gran pantalla, desde Bela Lugosi a George Hamilton o Gary Oldman, incluyendo los muy antiguos y los poco conocidos. La iluminación era tenue, por descontado; no había nada inusual en ello. Lo que era inusual era la clientela. Y los letreros.

El bar estaba lleno. Los clientes humanos se dividían en fans de los vampiros y turistas. Los fans ("colmilleros", como los llamaban) estaban vestidos con todo su esplendor. Entre sus atuendos abundaban las tradicionales capas y esmóquines para los hombres y muchos plagios de Morticia Adams para las damas. Se veían copias de las ropas usadas por Brad Pitt y Tom Cruise en Entrevista con el vampiro, y también algunos estilos modernos que me parecieron influencia de El ansia. Algunos de los colmilleros llevaban puestos colmillos falsos, otros se habían pintado hilillos de sangre cayéndoles de las comisuras de los labios o marcas de mordiscos en el cuello. Eran asombrosos, y también asombrosamente patéticos.

Los turistas tenían el aspecto que siempre tienen los turistas, aunque quizá estos fueran más valientes que la mayoría. Para congeniar con el espíritu del bar, casi todos estaban vestidos de negro como los colmilleros.

¿Es posible que el local estuviera incluido en un paquete turístico? "¡Traiga ropa negra para la excitante visita a un auténtico bar de vampiros! Siga las normas y estará a salvo, y podrá saborear ese exótico submundo".

Esparcidos entre la masa humana, como verdaderas joyas en un barril de bisutería, estaban los vampiros. Habría unos quince más o menos, y la mayoría también prefería los ropajes negros.

Me quedé en medio de la sala, mirando a mi alrededor con interés, asombro y algo de asco, y Bill me susurró:

–Pareces una vela blanca en una mina de carbón.

Reí y nos abrimos paso entre las mesas, distribuidas de modo irregular, hasta llegar a la barra. Era la única barra que he conocido que tuviera a la vista un mostrador con botellas de sangre caliente. Bill, como es natural, pidió una y yo respiré hondo y solicité un gin tonic. El camarero me sonrió, mostrándome que sus colmillos asomaban un poco ante el placer de servirme. Traté de devolverle la sonrisa y parecer modesta a la vez. Él era indio, de largo pelo negro como ala de cuervo y nariz aguileña, de boca recta y delgada y constitución ágil.

–¿Qué tal te va, Bill? –le preguntó el camarero–. Largo tiempo sin verte. ¿Esta es tu comida para la noche? –hizo un gesto hacia mí mientras colocaba nuestras bebidas sobre la barra.

–Es mi amiga Sookie. Tiene algunas preguntas.

–Lo que sea, mujer hermosa–dijo el camarero, sonriéndome de nuevo. Me gustaba más cuando su boca no era más que una línea recta.

–¿Has visto a esta mujer o a esta otra en el bar?–le pregunté, sacando del bolso las fotos de Maudette y Dawn aparecidas en el periódico–. ¿O a este hombre? –añadí con cierto recelo, echando mano de la imagen de mi hermano.

–Sí a las mujeres, no al hombre, aunque parece delicioso – dijo el camarero, sonriéndome una vez más–. ¿Tu hermano, tal vez?

–Sí.

–Menudo acierto–susurró.

Fue una suerte que yo tuviera tanta práctica en el control de mis músculos faciales.

–¿Recuerdas con quién solían ir las mujeres?

–Eso es algo que no sabría–replicó con rapidez, acercando su rostro al mío–. No nos fijamos en eso, aquí. Tú tampoco lo harás.

–Gracias –dije de manera educada, comprendiendo que había roto una norma del bar. Resultaba evidente que era peligroso preguntar quién había salido del bar con quién–. Te agradezco las molestias.

Me miró, reflexionando.

–Esa –dijo señalando con un dedo la imagen de Dawn –quería morir.

–¿Cómo lo sabes?

–Todos los que vienen aquí lo desean, en mayor o menor grado –dijo, como si fuera algo tan indiscutible que supe que para él estaba claro–. Eso es lo que todos somos. Muerte.

Sentí un escalofrío. La mano de Bill me condujo a un reservado que acababa de quedar vacante. Subrayando las advertencias del indio, a intervalos regulares las señales de las paredes proclamaban: "Prohibido morder en el bar", "No os retraséis en el estacionamiento", "Encargaos de

vuestros asuntos personales en otra parte", "Agradecemos su visita. Entre por su cuenta y riesgo".

Bill rodeó el cuello de la botella con un dedo y echó un trago. Traté de no mirar, pero no lo logré. Desde luego, él se fijó en la cara que puse y sacudió la cabeza.

–Esta es la realidad, Sookie–dijo–, necesito vivir.

Tenía restos rojos entre los dientes.

–Por supuesto–dije, tratando de reproducir el tono pragmático del camarero. Respiré hondo–. ¿Crees que quiero morir, ya que he venido aquí contigo?

–Creo que quieres descubrir por qué otras personas están muriendo –respondió, aunque no me quedó muy claro que fuera lo que de verdad pensaba.

Me parece que Bill aún no se había dado cuenta de que su propia situación personal era precaria. Di unos sorbos a mi bebida y sentí la reconfortante calidez de la ginebra recorrer mi cuerpo.

Una colmillera se acercó al reservado. He de reconocer que yo quedaba medio escondida tras el cuerpo de Bill, pero todos me habían visto entrar con él. La chica era delgada y de pelo ensortijado, y se guardó las gafas en el bolso mientras se aproximaba. Se inclinó sobre la mesa para situar su boca apenas a cinco centímetros de la de Bill.

–Hola, chico peligroso –dijo, tratando de imitar una voz seductora. Tapó la botella de sangre de Bill con una uña pintada de escarlata–, yo tengo el producto genuino. –Se acarició el cuello para asegurarse de que él lo pillaba.

Respiré muy hondo para controlar mi furia. Había sido yo la que había invitado a Bill a ir a aquel local, no al revés, así que no podía inmiscuirme en lo que él decidiera hacer allí, aunque me invadió una imagen mental sorprendentemente nítida en la que estampaba la huella de una bofetada en la pecosa cara de aquella fresca. Me quedé del todo inmóvil para no darle a Bill pistas de lo que me gustaría que hiciera.

–Tengo compañía –dijo Bill con educación.

–Ella no tiene marcas de mordiscos en el cuello–indicó la chica, reconociendo mi presencia con una mirada desdeñosa. Lo mismo podría haber dicho "¡Gallina!" y agitado los brazos como si fueran alas. Me pregunté si resultaría visible el vapor que me salía de las orejas.

–Tengo compañía–dijo Bill de nuevo, aunque su tono no fue esta vez tan educado.

–No sabes lo que te estás perdiendo–insistió ella, con sus grandes ojos claros resplandeciendo por la furia.

–Sí lo sé.

Se retiró con tanta precipitación como si se hubiera llevado de verdad la bofetada que deseaba darle, y marchó dando tumbos hasta su mesa.

Para mi disgusto, solo fue la primera de cuatro. Esas personas, hombres y mujeres, querían intimar con un vampiro y no les daba vergüenza demostrarlo. Bill los despachó a todos con sereno aplomo.

–No dices nada–comentó, después de que un hombre de cuarenta años se marchara llorando literalmente ante el rechazo de Bill.

–No tengo nada que decir–repliqué, con gran autocontrol.

–Podrías haberlos mandado a paseo. ¿Quieres que te deje sola? ¿Hay alguien más que te atraiga? A Sombra Larga, el de la barra, le encantaría pasar un rato contigo, te lo puedo asegurar.

–¡Oh, por el amor de Dios, no! –No me hubiese sentido a salvo con ninguno de los otros vampiros del bar, me aterraba que fueran como Liam o Diane. Bill había vuelto sus ojos oscuros hacia mí y parecía esperar que añadiera algo más–. Aunque tendré que preguntarles si vieron por aquí a Maudette o a Dawn.

–¿Quieres que te acompañe?

–Por favor–dije, y parecí más asustada de lo que pretendía. Hubiese preferido que sonara como si fuera un placer tenerle a mi lado.

–Ese vampiro de ahí es atractivo, y ya te ha mirado dos veces –dijo. Casi me pareció que él también se estaba mordiendo un poco la lengua.

–Estás burlándote de mí–respondí tras un instante, insegura.

El vampiro que me señalaba Bill era desde luego atractivo. De hecho era radiante: rubio, ojos azules, alto y de anchos hombros. Llevaba puestos unos vaqueros, un chaleco y botas, y nada más. Se parecía a los hombres de las portadas de las novelas rosas. Me dio miedo hasta el tuétano.

–Se llama Eric –dijo Bill.

–¿Cuántos años tiene?

–Muchos. Es el ser más anciano de este bar.

–¿Es malo?

–Todos somos malos, Sookie. Somos muy fuertes y muy violentos.

–Tú no –dije. Vi que hacía una mueca–. Quieres vivir integrado, no vas a hacer nada antisocial.

–Justo cuando pienso que eres demasiado ingenua para andar sola por la calle, dices algo sagaz –comentó, con una breve carcajada–. Muy bien, vayamos a ver a Eric.

Eric, que sí había mirado en mi dirección una o dos veces, se sentaba con una vampira tan hermosa como él. Ya habían rechazado varios intentos de acercamiento por parte de humanos. De hecho, un joven perdidamente enamorado se había arrastrado por el suelo y besado las botas de la vampira, la cual lo miró y le dio una patada en el hombro. Estaba claro que para ella había sido todo un esfuerzo no patearle la cara. Los turistas se estremecieron y una pareja se levantó y salió de modo apresurado, pero los colmilleros parecieron considerar la escena como algo normal.

Cuando nos acercamos, Eric alzó la mirada y frunció el ceño hasta que se dio cuenta de quiénes eran los nuevos intrusos.

–Bill–dijo con un asentimiento. Al parecer, los vampiros no se dan la mano:

En vez de dirigirnos directamente a su mesa, Bill permaneció a cierta distancia. Como me sujetaba el brazo por encima del codo, yo también tuve que detenerme. Parecía ser la distancia de cortesía entre aquella gente.

–¿Quién es tu amiga?–preguntó la vampira. Aunque Eric tenía un ligero acento, esta mujer hablaba americano puro, y su cara redonda y sus rasgos suaves hubieran sido el orgullo de una lechera. Sonrió y sus colmillos salieron al exterior, arruinando un tanto esa imagen.

–Hola, soy Sookie Stackhouse–respondí de manera educada.

–¿No es una dulzura?–señaló Eric, y confié en que hablara de mi carácter.

–No tanto–dije.

Eric me miró sorprendido durante un momento. Después se rió, y lo propio hizo la vampira.

–Sookie, esta es Pam y yo soy Eric –anunció el vampiro rubio. Bill y Pam se ofrendaron el uno al otro el asentimiento vampírico.

Hubo una pausa. Yo hubiera dicho algo, pero Bill me apretaba el brazo con fuerza.

–A mi amiga Sookie le gustaría haceros un par de preguntas –declaró.

La pareja de vampiros sentados intercambió miradas aburridas. Pam dijo:

–¿Como qué longitud tienen nuestros colmillos y en qué clase de ataúd dormimos? –Su tono se entremezclaba con el desdén. Seguro que esa era la clase de preguntas que les hacían los turistas.

–No, señora –respondí. Ojalá Bill no me pellizcara tanto. En mi opinión, estaba siendo serena y cortés.

La vampira me miró con curiosidad. ¿Qué era lo que resultaba tan interesante? Ya me empezaba a cansar de aquello. Antes de que Bill pudiera darme más indicaciones dolorosas abrí el bolso y saqué las fotos.

–Me gustaría saber si han visto a alguna de estas mujeres en este bar. –No iba a sacar la foto de Jason con esa vampira presente, sería como poner un cuenco de leche delante de un gato.

Miraron las fotos. A Bill se le quedó la cara blanca. Eric me miró.

–He estado con esta–dijo con tranquilidad, señalando la foto de Dawn–. Le gustaba el dolor.

Pam se sorprendió de que Eric me respondiera, lo deduje por el movimiento de sus cejas. De algún modo, se sintió obligada a seguir su ejemplo.

–Las he visto a las dos, aunque nunca he estado con ellas. Esta –movió su dedo sobre la imagen de Maudette– era una criatura patética.

–Muchísimas gracias, no les robaré más de su tiempo–dije. Traté de girarme para irme, pero Bill todavía sostenía mi brazo.

–Bill, ¿estás muy unido a tu amiga? –preguntó Eric.

El significado de la frase tardó un segundo en calarme. Eric el Cachas estaba preguntando si me podía tomar prestada.

–Es mía–dijo Bill, aunque no lo rugió como hizo ante los desagradables vampiros de Monroe. Aun así sonó bastante convincente.

Eric inclinó su dorada cabeza y me volvió a echar un vistazo. Al menos empezó por mi cara.

Bill pareció relajarse. Se inclinó ante Eric, logrando incluir de alguna manera también a Pam en el gesto, dio dos pasos hacia atrás, y por último me permitió darle la espalda a la pareja.

–Caramba, ¿de qué va todo esto? –le pregunté con un susurro furioso. Seguro que al día siguiente me salía un feo moretón.

–Son siglos mayores que yo–dijo Bill, con un aspecto muy vampírico.

–¿Así se decide la jerarquía? ¿Por la edad?

–Jerarquía –respondió Bill pensativo–. No es mala palabra para describirlo–casi se rió, o así lo indicaba el modo en que se le tensaron sus

labios–. Si tú hubieras estado interesada, tendría que haberte dejado ir con Eric –añadió, después de haber regresado a nuestros asientos y beber un poco de los vasos.

–No –dije con brusquedad.

–¿Por qué no has dicho nada cuando los colmilleros han venido a la mesa tratando de seducirme para alejarme de ti?

No estábamos funcionando en la misma longitud de onda. Puede que los vampiros no se preocuparan por los matices sociales. Tendría que explicarle algunas cosas que en el fondo no tenía mucho sentido explicar. Hice un sonido de pura exasperación muy poco apropiado para una dama.

–¡Muy bien –dije con brusquedad–, escúchame, Bill! Cuando viniste a mi casa, tuve que invitarte. Cuando decidimos venir aquí, yo tuve que invitarte. No me has sacado a ninguna parte: acechar en la entrada de mi casa no cuenta, y pedirme que me pase por tu casa y te deje una lista de obreros tampoco. Así que siempre soy yo la que te pide a ti salir. ¿Cómo puedo obligarte a estar a mi lado, si quieres irte? ¡Si esas chicas (o ese hombre, lo mismo da) te dejan chuparles la sangre, no creo que yo tenga derecho a entrometerme en tu camino!

–Eric es mucho más atractivo que yo–dijo Bill–. Es más poderoso, y tengo entendido que el sexo con él es inolvidable. Es tan viejo que solo necesita un sorbo para mantener su fuerza, ya casi nunca mata. Así que, para ser un vampiro, es un buen tipo. Todavía puedes ir con él, te sigue mirando. Probaría su glamour sobre ti si no estuvieras conmigo.

–Yo no quiero ir con Eric –dije con tenacidad.

–Yo no quiero ir con ninguna colmillera –respondió él. Permanecimos en silencio durante un minuto o dos.

–Así que estamos en paz–dije, de manera un tanto abstracta.

–Sí.

Nos tomamos unos minutos más, pensando en ello.

–¿Quieres otra copa?–me preguntó.

–Sí, a no ser que necesites volver.

–No, estamos bien.

Fue a la barra. Pam, la amiga de Eric, se marchó, y Eric parecía contarme las pestañas. Traté de mirarme las manos, para indicar modestia. Sentí una especie de pellizcos de poder que flotaban a mi alrededor, y la incómoda sensación de que Eric estaba tratando de influir en mí. Me arriesgué a lanzarle una mirad fugaz, y no me cupo duda de que me observaba expectante. ¿Se suponía que yo tendría que quitarme la ropa? ¿Ladrar como un perro? ¿Darle una patada en la espinilla? ¡Mierda!

Al fin regresó Bill con nuestras bebidas.

–Va a descubrir que no soy normal–le dije con amargura. No necesitó que le explicara de qué hablaba.

–Está rompiendo las normas solo por intentar aplicarte su glamour cuando yo ya le he dicho que eres mía –comentó Bill. Parecía bastante molesto. Su voz no se hacía cada vez más furiosa, como me hubiera pasado a mí, sino cada vez más fría.

–Pareces estar diciéndole eso a todo el mundo–murmuré. No hice nada al respecto, me limité a mencionarlo.

–Es una tradición vampírica–me explicó de nuevo–. Si te declaro mía, nadie más puede tratar de alimentarse de ti.

–Alimentarse de mí. Es una frase preciosa–intervine con hosquedad, y Bill llegó a poner cara de exasperación durante unos segundos.

–Te estoy protegiendo–dijo, y su tono no era tan neutral como siempre.

–¿Se te ha ocurrido pensar que yo...?

Y me detuve. Cerré los ojos y conté hasta diez. Cuando me atreví a mirar de nuevo a Bill, tenía sus ojos fijos sobre mí, sin parpadear. Casi podía oír rechinarlos mecanismos de su cabeza.

–¿Que tú... no necesitas protección? –sugirió en voz baja ¿Que me estás protegiendo... a mí?

No dije nada. Sé quedarme calladita.

Pero me cogió la parte posterior de la cabeza con la mano e hizo que girara el cuello como si fuera una marioneta. Aquello estaba empezando a ser un hábito muy molesto por su parte. Me miró a los ojos con tanta fuerza que me dio la impresión de que me estaba excavando túneles en el cerebro.

Fruncí los labios y soplé en su cara.

–Buu–dije. Me sentía muy incómoda. Contemplé a la gente del bar, y dejé caer mis protecciones. Escuché.

–Aburrida –le dije–, esta gente es muy aburrida.

–¿En serio, Sookie? ¿Qué están pensando? –fue un alivio oír su voz, aunque sonara algo forzada.

–Sexo, sexo, sexo. –Y era verdad. Todo el mundo de aquel bar tenía lo mismo en mente. Incluso los turistas, aunque la mayoría no pensaba en tener ellos sexo con los propios vampiros, sino en los colmilleros con los vampiros.

–¿En qué estás pensando tú, Sookie?

–No en sexo–respondí con rapidez. Y era cierto, acababa de recibir una impresión desagradable.

–¿Y entonces?

–Estaba pensando en qué posibilidades tenemos de salir de aquí sin meternos en problemas.

–¿Por qué estabas pensando en eso?

–Porque uno de los turistas es un policía disfrazado. Acaba de ir a los servicios y sabe que allí hay un vampiro chupando del cuello de una colmillera. Ya ha avisado a la comisaría con su mini–radio.

–Larguémonos –dijo en voz baja, y con presteza salimos del reservado y nos dirigimos a la puerta. Pam había desaparecido, pero al pasar junto a la mesa de Eric, Bill le hizo un signo. Con igual prontitud, Eric se levantó de su silla y se irguió en toda su magnífica estatura. Con su zancada, mucho más larga que la nuestra, atravesó la puerta el primero, cogió del brazo a la vampira de la entrada y la condujo hacia el exterior con nosotros.

Cuando estábamos a punto de cruzar la puerta, me acordé de que el camarero, Sombra Larga, había respondido con amabilidad a mis preguntas, así que me giré y apunté con el dedo en dirección a la puerta, indicándole sin posibilidad de error que se marchara. Me miró todo lo asustado que puede estar un vampiro, y mientras Bill me arrastraba a través de las puertas dobles, el indio tiraba al suelo su delantal.

En el exterior, Eric nos esperaba junto a su coche: un Corvette, por supuesto.

–Va a haber una redada –dijo Bill.

–¿Cómo lo sabes?

Bill se atascó con la respuesta.

–Por mí–dije, sacándolo del apuro.

Los amplios ojos azules de Eric brillaban incluso en la penumbra del estacionamiento. Iba a tener que explicarlo.

–He leído la mente de un policía –murmuré. Le lancé una mirada disimulada a Eric para ver qué tal se lo tomaba, y vi que me contemplaba del mismo modo que los vampiros de Monroe. Pensativo. Hambriento.

–Interesante –dijo–. Tuve un psíquico una vez. Era increíble.

–¿Pensaba eso el psíquico? –mi voz sonó más agria de lo que pretendía.

Pude oír que Bill contenía el aliento, pero Eric se rió.

–Por un tiempo–respondió, con ambigüedad.

Escuchamos sirenas a lo lejos, y sin más palabra Eric y la portera se metieron en su coche y desaparecieron en la noche. De algún modo, su vehículo parecía más silencioso de lo normal. Bill y yo nos pusimos veloces el cinturón de seguridad y abandonamos el estacionamiento por una salida, justo cuando la policía entraba por la otra. Traían con ellos el furgón para vampiros, un transporte especial de prisioneros con barrotes de plata. Era conducido por dos polis de la misma condición, que salieron del vehículo y llegaron a la puerta del club con una velocidad tal que para mi visión humana solo eran borrones.

Apenas nos habíamos alejado unas manzanas cuando Bill paró de repente en el estacionamiento de otra galería comercial a oscuras.

–¿Qué? –comencé a decir, pero no pude añadir más. Bill soltó mi cinturón, echó atrás el asiento y me agarró antes de que lograra terminar la frase. Temí que estuviera furioso, así que al principio luché contra él, pero era como empujar un árbol. Entonces su boca alcanzó la mía, y supe lo que pretendía.

Oh, y tanto que sabía besar. Puede que tuviéramos problemas de comunicación a algunos niveles, pero aquel no era uno de ellos. Pasamos un rato estupendo durante unos cinco minutos; pude sentir las oleadas de sensaciones que me atravesaban el cuerpo. A pesar de la incomodidad de estar en el asiento delantero de un coche, logré sentirme cómoda, principalmente porque él era muy fuerte y delicado. Le mordisqueé la piel con mis dientes, lo que le hizo soltar una especie de aullido.

–¡Sookie! –tenía la voz entrecortada. Me alejé de él, apenas un centímetro–. Si vuelves a hacerme eso te tomaré tanto si quieres como si no–me dijo, y no me cupo duda de que hablaba en serio.

–No quieres hacerlo –dije por último, tratando de no plantearlo como una pregunta.

–Oh, sí, sí quiero. –Arrastró mi mano y me lo demostró. De repente apareció una brillante luz rotatoria detrás de nosotros.

–La policía –dije. Observé una silueta que salía del coche patrulla y se dirigía hacia la ventana de Bill–. No les permitas descubrir que eres un vampiro, Bill–dije rauda, temiendo las repercusiones de la redada del Fangtasía. Aunque casi todos los cuerpos de policía estaban encantados de

Librodot

tener vampiros en nómina, tenían muchos prejuicios contra los vampiros de a pie, en especial con una pareja interracial.

La pesada mano del policía repiqueteó contra la ventanilla. Bill encendió el motor y pulsó el botón para bajarla, pero no dijo nada y me di cuenta de que no había podido retraer los colmillos. Si abría la boca, resultaría muy obvio que era un vampiro.

–Hola, agente–dije.

–Buenas noches–dijo el hombre con corrección. Se inclinó para mirar por la ventanilla–. Ya sabéis que todas las tiendas están cerradas, ¿verdad?

–Sí, señor.

–Bien, ya veo que estáis retozando un poco, y no tengo nada en contra de ello, pero debéis iros a casa a hacer estas cosas. –Lo haremos –asentí con efusión, y Bill logró inclinar también la cabeza.

–Hemos hecho una redada en un bar a algunas manzanas de aquí–dijo distraídamente el agente. Solo podía verle parte de la cara, pero me pareció fornido y de mediana edad–. ¿Por casualidad venís de allí?

–No –dije yo.

–Un bar de vampiros–remarcó el policía.

–No, nosotros no.

–Déjeme iluminarle el cuello, señorita, si no le importa.

–Por supuesto.

Y vaya si no apuntó con su vieja linterna a mi cuello, y después al de Bill.

–Muy bien, solo era una comprobación. Marchaos ya.

–De acuerdo.

El asentimiento de Bill fue incluso más seco. Mientras el policía aguardaba, me recliné en mi asiento y me puse el cinturón de seguridad. Bill arrancó el coche y dio marcha atrás.

Estaba furioso. Durante todo el trayecto a casa mantuvo un silencio huraño (o eso me pareció), pero yo me sentía más inclinada a considerar gracioso todo lo ocurrido.

Me alegraba haber descubierto que Bill no era indiferente a mis atractivos personales, por escasos que fueran. Comencé a desear que algún día quisiera besarme de nuevo, puede que con más pasión y durante más tiempo, y tal vez incluso... ¿podríamos ir más allá? Traté de no elevar demasiado mis esperanzas. De hecho, había un par de cosas que Bill todavía no conocía de mí, que nadie conocía, por lo que me esforcé por mantener expectativas modestas.

Cuando llegamos a casa de la abuela, Bill rodeó el coche y me abrió la puerta. Eso me hizo arquear las cejas, pero no iba a oponerme a una acción tan cortés. Supuse que Bill se daba cuenta de que mis brazos funcionaban bien y tenía la capacidad mental necesaria para imaginarme cómo funcionaba el mecanismo de apertura. Cuando salí, él se apartó.

Me sentí herida. No quería volver a besarme, lamentaba el episodio anterior. Seguramente languidecía por esa maldita Pam. O tal vez incluso por Sombra Larga. Empezaba a darme cuenta de que la posibilidad de mantener relaciones sexuales durante varios siglos proporcionaba oportunidades de sobra para experimentar largo y tendido. ¿Tan malo sería añadir una telépata a su lista?

Encogí los hombros y me rodeé el pecho con los brazos.

–¿Tienes frío? –me preguntó al instante, poniendo su brazo sobre mis hombros. Pero no era más que el equivalente físico de un abrigo; parecía tratar de mantenerse todo lo alejado de mí que le permitía la longitud de su extremidad.

–Lamento haberte molestado. No te volveré a pedir una cita –le dije, manteniendo la voz serena. Mientras hablábamos me di cuenta de que la abuela aún no había fijado una fecha definitiva para que Bill diera la conferencia ante los Descendientes, pero tendrían que arreglarlo entre los dos.

Se quedó inmóvil. Por último dijo:

–Eres increíblemente ingenua –y ni siquiera añadió esa coletilla sobre mi sagacidad, como la vez anterior.

–Vaya –dije sin comprender–, ¿de verdad?

–O puede que seas uno de los inocentes de Dios–añadió, y eso sonó mucho menos agradable, como si yo fuera Quasimodo o algo así.

–Supongo –dije con amargura–que eso tendrás que descubrirlo.

–Mejor que sea yo quien lo descubra–dijo de modo misterioso, y entendí aún menos. Me acompañó hasta la puerta, y yo ansiaba otro beso, pero solo me dio un besito en la frente–. Buenas noches, Sookie–susurró.

Dejé mi mejilla contra la suya por un instante.

–Gracias por sacarme–dije. Me alejé con rapidez antes de que pensara que le pedía otra cosa–. No te volveré a llamar.– Antes de que mi determinación flaqueara, me introduje en la oscura casa y cerré la puerta delante de sus narices.

5

Durante el siguiente par de días me sobraron cosas en las que pensar. Para ser alguien que siempre ansiaba lo nuevo para no aburrirse, ya había tenido suficientes novedades en mi vida para unas cuantas semanas. Solo con la gente del Fangtasía tenía material de análisis de sobra, y eso por no hablar de los vampiros. De soñar con conocer a un vampiro había pasado a alternar con más de los que desearía.

Muchos hombres de Bon Temps y de las cercanías habían tenido que acudir a la comisaría de policía para responder algunas preguntas sobre Dawn Green y sus hábitos. Además, el detective Bellefleur solía pasarse por el bar en su tiempo libre, sin beber más alcohol que el de una cerveza, pero observando con detenimiento todo lo que tenía lugar a su alrededor. Resultó embarazoso, pero como Merlotte's no era de ningún modo un centro de actividad ilegal, a nadie le preocupó mucho una vez todos se acostumbraron a la presencia de Andy.

Él siempre parecía escoger una mesa de mi zona, y comenzó a entablar un juego silencioso conmigo. Cuando iba a su mesa, pensaba algo provocador para tratar de que yo dijera algo; no parecía comprender lo

indecente que resultaba aquello. La clave era la provocación, no el insulto: quería que volviera a leerle la mente, aunque no se me ocurría por qué.

Entonces, puede que la quinta o la sexta vez que le tuve que llevar algo (me parece que era una Coca–Cola Light) me representó en su cabeza retozando con mi hermano. Ya estaba tan nerviosa al ir a su mesa (sabiendo que me esperaría con algo, pero sin saber con exactitud el qué) que había dejado atrás la posibilidad de enfadarme y me encontraba ya en el terreno de las lágrimas. Me recordaba a los tormentos menos sofisticados que tuve que soportar en la escuela primaria.

Andy me observaba con rostro expectante, y cuando vio mis lágrimas un asombroso abanico de sentimientos cruzó su cara en rápida sucesión: triunfo, desazón y después una gran vergüenza.

Le volqué la maldita Coca–Cola encima de la camisa. Dejé atrás la barra y atravesé la puerta posterior.

–¿Qué es lo que ocurre? –me preguntó Sam de repente. Estaba justo detrás de mí.

Sacudí la cabeza, sin querer explicarlo, y saqué un ajado pañuelo del bolsillo de mis pantalones cortos, para secarme los ojos con él.

–¿Te ha estado diciendo cosas feas? –preguntó Sam, con tono más frío y furioso.

–Las ha estado pensando –dije sin poder contenerme–, para chincharme. Lo sabe.

–Hijo de puta–dijo Sam. Me asombró tanto que casi logró que me recuperara: Sam nunca suelta tacos. Pero una vez comencé a llorar, me resultó imposible contenerme. Estaba soltando lágrimas no solo por aquello, sino también por un amplio número de pequeñas infelicidades.

–Vuelve dentro–dije, avergonzada por mi llorera–. En un minuto estaré bien.

Oí que se abría y se cerraba la puerta trasera del bar. Supuse que Sam me había hecho caso. Pero en vez de eso, Andy Bellefleur dijo:

–Lo siento, Sookie.

–Señorita Stackhouse para ti, Andy Bellefleur –respondí–. Me parece que harías mejor en descubrir quién mató a Maudette y a Dawn en vez de practicar sucios juegos mentales conmigo.

Me giré y miré al policía. Estaba terriblemente avergonzado. Su turbación parecía sincera.

Sam balanceaba las manos, repletas de la energía que da la furia.

–Bellefleur, si vuelves siéntate en la zona de otra camarera –dijo, pero su voz envolvía un montón de violencia contenida.

Andy lo miró. Era el doble de ancho y cinco centímetros más alto que Sam, pero en ese momento hubiera apostado mi dinero por mi jefe, y parecía que Andy tampoco quería afrontar el riesgo, aunque solo fuera por sentido común. Se limitó a asentir y cruzó el estacionamiento hasta llegar a su coche. El sol arrancó destellos de las canas rubias que colonizaban su pelo castaño.

–Sookie, lo siento –se disculpó Sam.

–No es culpa tuya.

–¿Quieres tomarte algo de tiempo libre? Hoy no estamos muy liados.

Librodot

–No hace falta, terminaré mi turno. –Charlsie Tooten estaba acostumbrándose al ritmo de trabajo, pero no me sentiría cómoda si la dejaba sola. Era el día libre de Arlene.

Volvimos a entrar en el bar y, aunque algunas personas nos miraron con curiosidad, nadie preguntó por lo sucedido. En mi zona solo había sentada una pareja; los dos estaban ocupados comiendo y sus vasos aún llenos, así que por ahora no me necesitaban. Empecé a ordenar los vasos de vino. Sam se recostaba contra la barra, detrás de mí.

–¿Es cierto que Bill Compton va a dar una charla esta noche a los Descendientes de los Muertos Gloriosos?

–Eso dice mi abuela.

–¿Vas a ir?

–No lo tengo decidido. –No quería ver a Bill hasta que él me llamara y me pidiera una cita.

Sam no dijo nada en ese momento. Pero a la tarde, mientras yo recogía mi bolso de su despacho, se acercó y rebuscó algunos papeles. Saqué mi cepillo y traté de desenredarme la coleta. Por el modo en que Sam vacilaba a mi alrededor parecía evidente que quería hablar conmigo, y sentí una oleada de exasperación ante los rodeos que parecían tomar siempre los hombres.

Como Andy Bellefleur. Podía haberme preguntado por mi discapacidad en vez de probar sus jueguecitos conmigo.

Como Bill. Podía haber dejado claras sus intenciones, en vez de dedicarse a esas extrañas adivinanzas.

–¿Qué? –dije, con más brusquedad de la que pretendía. Sam se sonrojó ante mi mirada.

–Me preguntaba si te gustaría ir conmigo a la reunión de los Descendientes y tomar una taza de café después.

Me quedé atónita. Detuve el cepillo a mitad de movimiento. Una larga retahíla de ideas me pasó por la cabeza: el tacto de su mano cuando la sostuve enfrente del adosado de Dawn Green, el muro que había visto en su mente, lo poco inteligente que resulta salir con tu jefe…

–Claro –dije tras una larga pausa. Sam pareció respirar aliviado.

–Bien. Entonces te recogeré en tu casa a las siete y veinte o así. La reunión comienza a las siete y media.

–De acuerdo, te veré entonces.

Me dio miedo acabar haciendo algo raro si me quedaba más tiempo, así que agarré el bolso y me dirigí a grandes zancadas hasta mi coche. No sabía si soltar risitas de júbilo o refunfuñar por mi propia estupidez.

Cuando llegué a casa eran las cinco cuarenta y cinco. La abuela ya había puesto la cena en la mesa, ya que tenía que marcharse pronto para llevar los refrigerios a la reunión de los Descendientes, que tendría lugar en el Centro Social.

–Me pregunto si Bill también hubiera podido asistir a la conferencia de realizarse en la sala de reuniones de los Baptistas de la Buena Fe –dijo la abuela sin venir a cuento. Pero no me costó seguir su tren de razonamiento.

–Oh, supongo que sí –respondí–. Me parece que eso de que los vampiros se asustan ante los símbolos religiosos no es cierto. Pero no se lo he preguntado.

–Pues allí tienen colgada una cruz enorme –insistió la abuela.

–Al final sí voy a ir a la reunión –dije–. Estaré con Sam Merlotte.

–¿Tu jefe Sam? –la abuela estaba muy sorprendida.

–Sí, señora.

–Umm. Bien, bien. –Comenzó a sonreír mientras ponía los platos sobre la mesa. Yo traté de pensar qué ponerme al tiempo que tomaba los bocadillos y la macedonia de frutas. La abuela estaba emocionada por la reunión y por escuchar a Bill y presentárselo a sus amigas, y ahora ya estaba en el espacio exterior (con toda probabilidad cerca de Venus) porque encima yo tenía una cita. Y con un humano.

–Saldremos juntos cuando acabe –le expliqué–, así que me imagino que llegaré a casa como una hora después de que termine la conferencia. –No había muchos sitios donde tomar un café en Bon Temps, y esos pocos restaurantes no eran lugares donde a uno le apeteciera demorarse demasiado.

–De acuerdo, cariño. Tómate tu tiempo. –La abuela ya estaba arreglada, y después de la cena la ayudé a cargar las bandejas de pastas y la enorme cafetera que había comprado para ocasiones como aquella. Había estacionado su coche en la parte trasera, lo que nos ahorró bastante camino. Estaba tan feliz como era posible, y cotilleó y parloteó todo el rato que estuvimos cargando cosas. Era su noche.

Me despojé de mis ropas de camarera y me metí rauda y veloz en la ducha. Mientras me enjabonaba traté de decidir qué ponerme. Nada blanco y negro, eso desde luego; ya estaba bastante harta de los colores de las camareras de Merlotte's. Me volví a afeitar las piernas. No tenía tiempo de lavarme el pelo y secarlo, pero lo había hecho la noche anterior. Abrí de par en par mi armario y me quedé pensativa. Sam había visto el vestido blanco de flores, y la falda vaquera no estaba a la altura de los amigos de la abuela. A1 final descolgué unos pantalones caquis y una blusa de seda de color bronce de manga corta. Tenía unas sandalias de cuero marrón y un cinturón del mismo material que combinarían bien. Me puse una cadenilla en el cuello, unos grandes pendientes dorados, y ya estaba lista. Como si me hubiera cronometrado, Sam llamó al timbre.

Hubo un momento curioso cuando abrí la puerta:

–Bienvenido, puedes pasar, pero creo que tenemos el tiempo justo...

–Me encantaría sentarme y tomar algo, pero creo que tenemos el tiempo justo...

Los dos nos reímos. Eché el cerrojo y cerré la puerta, y Sam se apresuró a abrir la portezuela de la camioneta. Me alegré de haberme puesto pantalones, porque me imaginé tratando de subir a la elevada cabina con una de mis faldas cortas.

–¿Necesitas un empujón?–preguntó esperanzado.

–Creo que ya estoy–dije, tratando de no sonreír.

Permanecimos en silencio durante el trayecto hasta el Centro Social, que se encontraba en la parte más antigua de Bon Temps: la zona anterior a la guerra. La estructura en sí no era de esa época, pero sí que hubo allí un edificio que quedó destruido en el conflicto, aunque nadie parecía conservar ningún registro de su función original. Los Descendientes de los Muertos Gloriosos constituían un grupo variopinto: había algunos miembros muy ancianos y frágiles, y otros no tan viejos y muy activos, e incluso había cierto

número de hombres y mujeres de mediana edad. Pero no había jóvenes, cosa que la abuela lamentaba a menudo, lanzándome significativas miradas.

El Sr. Sterling Norris, viejo amigo de mi abuela y alcalde de Bon Temps, era aquella noche el encargado de recibir a los asistentes, y permanecía en la puerta estrechando la mano de todos los que entraban y cruzando unas palabras con ellos.

–Señorita Sookie, cada día está más guapa –dijo el Sr. Norris–. Y tú, Sam, hace una eternidad que no te vemos. Sookie, ¿es verdad que este vampiro es amigo tuyo?

–Sí, señor.

–¿Puedes asegurar que estaremos todos a salvo?

–Sí, estoy convencida de que sí. Es una... persona muy agradable. –¿Cómo decirlo si no? ¿Un ser? ¿Una entidad? ¿"Si te gustan los muertos vivientes te caerá bien"?

–Si tú lo dices–dijo el Sr. Norris con ciertas dudas–. En mis tiempos una cosa así no era más que un cuento de hadas.

–Oh, Sr. Norris, todavía son sus tiempos–dije con la alegre sonrisa que se esperaba de mí, y él rió y nos invitó a pasar, como se esperaba de él. Sam me cogió de la mano y prácticamente me condujo hasta la penúltima fila de sillas metálicas. Saludé a mi abuela mientras nos sentábamos. La reunión estaba a punto de empezar y puede que en la sala hubiera unas cuarenta personas, una congregación bastante considerable para Bon Temps. Pero Bill no se encontraba allí.

Justo entonces la presidenta de los Descendientes, una mujer grande y pesada llamada Maxine Fortenberry, subió al estrado.

–¡Buenas noches! ¡Buenas noches! –bramó–. Nuestro invitado de honor acaba de llamar para decir que ha tenido un problema con el coche y que llegará unos minutos tarde. Así que prosigamos y celebremos nuestra reunión habitual mientras lo esperamos.

La gente se sentó y tuvimos que soportar toda la parte aburrida. Sam estaba a mi lado con los brazos cruzados y la pierna derecha descansando sobre la izquierda a la altura del tobillo. Puse un cuidado especial en proteger mi mente y sonreír, y me sentí algo desalentada cuando Sam se inclinó con discreción hacia mí y susurró:

–Puedes relajarte.

–Pensé que ya lo estaba–respondí con otro susurro.

–No creo que sepas cómo hacerlo.

Lo miré arqueando las cejas. Tendría que decirle unas cuantas cosas al Sr. Merlotte después de la reunión.

Justo entonces llegó Bill, y durante unos instantes se extendió el silencio, mientras los que no lo habían visto con anterioridad se acostumbraban a su presencia. Si nunca has estado en compañía de un vampiro, es de verdad algo a lo que tienes que adaptarte. Bajo aquellas luces fluorescentes, Bill parecía mucho más inhumano que a la tenue luz de Merlotte's o la también débil iluminación de su propia casa. No había modo de que se lo confundiera con una persona normal. Su palidez resultaba muy marcada, por supuesto, y los profundos pozos de sus ojos tenían un aspecto oscuro y frío. Vestía un traje ligero azul, y estuve segura de que aquello obedecía a un consejo de la abuela. Tenía un gran aspecto. La marcada línea

de sus cejas, la curva de su ancha nariz, sus labios cincelados, aquellas manos blancas de largos dedos y uñas arregladas con esmero... Mantuvo unas palabras con la presidenta, y esta quedó hechizada hasta la faja por la media sonrisa de Bill.

No supe si Bill estaba lanzando glamour sobre toda la sala, o si era tan solo que aquella gente estaba predispuesta a sentirse interesada, pero todos los presentes guardaron un expectante silencio. En ese momento Bill me vio. Juraría que parpadeó. Me hizo una leve inclinación y yo le devolví el asentimiento, sin poder ofrecerle ninguna sonrisa. Incluso entre toda aquella multitud me quedé aislada por el profundo pozo de su silencio.

La Sra. Fortenberry presentó a Bill, pero no recuerdo con exactitud lo que dijo ni cómo soslayó el hecho de que Bill era una criatura diferente.

Entonces, Bill comenzó a hablar. Observé con cierta sorpresa que se había traído algunas notas. A mi lado, Sam se inclinó hacia delante, con los ojos fijos en el rostro de Bill.

–...no nos quedaban mantas y teníamos muy poca comida –dijo sosegadamente–. Hubo muchos desertores.

No era un dato muy del agrado de los Descendientes, pero unos pocos asintieron mostrando su acuerdo. Ese relato debía de encajar con lo que habían aprendido de sus estudios. Un hombre muy mayor de la primera fila levantó la mano.

–Señor, ¿por casualidad conoció a mi bisabuelo, Tolliver Humphries?

–Sí–confirmó Bill tras unos instantes. Su expresión resultaba impenetrable–. Tolliver era amigo mío.

Y justo por un momento, hubo algo tan trágico en su voz que tuve que cerrar los ojos.

–¿Cómo era?–preguntó el anciano con voz temblorosa.

–Bueno, era un temerario, lo que lo llevó a la muerte–dijo Bill con irónica sonrisa–. Era valiente. Nunca ganó un céntimo en su vida que no despilfarrara.

–¿Cómo murió? ¿Estaba usted allí?

–Sí, yo estaba allí–dijo Bill con desaliento–. Vi cómo lo alcanzaba un disparo de un francotirador del Norte en los bosques, a unos treinta kilómetros de aquí. Andaba con lentitud porque se moría de hambre. Todos nos moríamos de hambre. Más o menos a media mañana, una fría mañana, Tolliver vio a un chico de nuestra tropa recibir un disparo mientras yacía mal cubierto en medio de un campo. El chico no murió, pero estaba muy herido. Pudo llamarnos, y lo estuvo haciendo durante toda la mañana, nos llamaba para que lo ayudáramos. Sabía que moriría si nadie iba a por él.

La sala había quedado tan silenciosa que se podía oír el ruido de un alfiler al caer.

–Gritó y gimió. Casi le disparé yo mismo para hacerlo callar, porque sabía que aventurarse en su rescate sería suicida, pero no pude obligarme a matarlo. Me dije que eso sería un asesinato, no un combate. Pero después deseé haberlo hecho, puesto que Tolliver estaba menos dispuesto que yo a soportar las súplicas del chaval. Después de dos horas de aullidos, me dijo que planeaba rescatarlo. Discutí con él, pero me contó que Dios quería que lo intentara. Había estado rezando mientras permanecíamos en el bosque. Aunque le dije a Tolliver que Dios no quería que arriesgara estúpidamente su

vida, que tenía esposa e hijos en casa que rezaban por su regreso, Tolliver me pidió que distrajera al enemigo mientras él intentaba el rescate. Corrió hacia el campo como si fuese un día de primavera y él estuviera fresco como una rosa. Llegó a alcanzar al chico herido, pero entonces sonó un disparo y Tolliver cayó muerto. Un rato después el chico volvió a gritar pidiendo ayuda.

–¿Qué le ocurrió?–preguntó la Sra. Fortenberry, con la voz lo más serena que pudo componer.

–Sobrevivió –dijo Bill, con un tono que me hizo sentir escalofríos en la columna–. Logró resistir hasta que cayó el sol y pudimos recogerlo durante la noche.

De algún modo aquellas personas de antaño habían vuelto a la vida mientras Bill hablaba, y el anciano de la primera fila tenía ahora unos recuerdos que acunar, unos recuerdos que decían mucho del carácter de su ancestro. No creo que ninguno de los que fueron aquella noche a la reunión estuviera preparado para el impacto de oír testimonios de la guerra civil de mano de un superviviente. Estaban embelesados, abrumados.

Cuando Bill terminó de responder a la última pregunta, el aplauso fue atronador, o al menos todo lo atronador que puede ser un aplauso de cuarenta personas. Incluso Sam, que no era el mayor fan de Bill, por decirlo de algún modo, tuvo que dar palmadas.

Luego todos quisieron tener una charla personal con Bill excepto Sam y yo. Mientras el reluctante conferenciante invitado era rodeado por los Descendientes, nosotros dos nos escabullimos hasta la camioneta de Sam. Fuimos al Crawdad Diner, un auténtico garito que por casualidad servía comida muy buena. Yo no tenía mucha hambre, pero Sam tomó pastel de limón de los cayos con su café.

–Ha sido interesante–dijo Sam con cautela.

–¿La charla de Bill? Sí, lo ha sido –añadí, igual de cauta.

–¿Sientes algo por él?

Después de tantos rodeos, Sam había decidido lanzarse al asalto por la entrada principal.

–Sí–dije.

–Sookie–me respondió–, no tienes futuro a su lado.

–Pues él ya lleva bastante en este mundo. Confío en que esté por aquí unos cuantos cientos de años más.

–Nunca se sabe lo que le va a suceder a un vampiro.

Eso no se lo podía discutir. Pero, como le señalé, tampoco se sabía lo que me podía suceder a mí, una humana. Tiramos de la cuerda en uno y otro sentido durante demasiado rato. Al final, exasperada, le dije:

–¿Y qué más te da, Sam?

Su piel rubicunda se azoró. Me miró con sus brillantes ojos azules.

–Me gustas, Sookie. Como amigo, o puede que algo más en algún momento…

¿Cómo?

–…odiaría verte tomar una decisión equivocada.

Lo estudié. Noté que mi tradicional expresión de escepticismo tomaba posiciones: se me juntaban las cejas y las comisuras de los labios me tiraban hacia arriba.

–Claro —le dije, con un tono equiparable a mi expresión.

–Siempre me has gustado.

–¿Tanto que has tenido que esperar hasta que alguien más mostrara interés por mí para poder mencionármelo?

–Me lo merezco. –Parecía estar dándole vueltas a algo en su cabeza, algo que quería decir, pero no tenía la resolución necesaria. En apariencia, fuese lo que fuese no lograba soltarlo.

–Vayámonos –sugerí. Me imaginé que sería complicado volver a conducir la conversación a terreno neutral. Mejor me iba a casa.

Fue un trayecto de vuelta muy gracioso. Sam parecía estar todo el rato a punto de hablar, y entonces sacudía la cabeza y guardaba silencio. Me sacaba tanto de quicio que tenía ganas de patearlo.

Llegamos a casa más tarde de lo esperado. La luz de la abuela estaba encendida, pero el resto del edificio estaba a oscuras. No vi su coche, así que supuse que había aparcado en la parte de detrás para descargar las sobras directamente a la cocina. La luz del porche también estaba encendida, para mí.

Sam rodeó el coche para abrirme la puerta y bajé. Pero en la oscuridad mi pie falló el estribo y casi me caí. Sam me cogió. Primero me agarró por los brazos para estabilizarme, y luego me envolvió con los suyos. Y me besó.

Supuse que no se trataría más que de un pequeño pico de buenas noches, pero su boca se recreó. Fue muy agradable, pero de repente mi censor interno dijo: "Es el jefe".

Me solté con delicadeza. Él se dio cuenta de inmediato de que me retiraba y, gentil, dejó resbalar sus palmas por mis brazos hasta que solo nos cogimos de las manos. Nos dirigimos a la puerta sin mediar palabra.

–Me lo he pasado bien –le dije en voz baja. No quería despertar a la abuela, ni sonar demasiado exuberante.

–Yo también. ¿Volveremos a salir?

–Ya veremos–le dije. En realidad aún no sabía lo que sentía por Sam.

Esperé hasta oír que su camioneta se alejaba antes de apagar la luz del porche y entrar en casa. Mientras andaba me iba desabrochando la blusa, agotada y con ganas de meterme en la cama.

Algo iba mal.

Me detuve en medio del salón. Miré a mi alrededor.

Todo parecía como siempre, ¿no?

Sí. Todo estaba en su sitio.

Era el olor.

Era una especie de olor metálico.

Un olor a cobre, penetrante y salado.

El olor de la sangre.

Y me rodeaba, allí abajo, no arriba, donde los dormitorios de invitados se alzaban solitarios.

–¿Abuela?–llamé, odiando el temblor de mi voz.

Me obligué a avanzar, me obligué a ir hasta la puerta de su dormitorio. Estaba inmaculado. Comencé a encender las luces mientras recorría toda la casa.

Mi cuarto estaba como lo había dejado.

El baño estaba vacío.

El lavadero estaba vacío.

Encendí la última luz. La cocina estaba…

Grité, una y otra vez. Mis manos se agitaban inútilmente en el aire, temblando más con cada grito. Oí un crujido detrás de mí, pero no me preocupó. Entonces unas manos grandes me agarraron y me arrastraron, y un cuerpo se interpuso entre el mío y lo que había visto en el suelo de la cocina. No reconocí a Bill, pero él me alzó y me llevó hasta el salón, donde ya no pudiera ver aquello.

–¡Sookie –me dijo con dureza –, calla ya! ¡No sirve de nada! –Si me hubiera tratado con amabilidad, hubiera seguido gritando.

–Lo siento–dije, aún fuera de mí–. Estoy actuando como aquel chico.

Me miró sin comprender.

–El de tu historia –dije atontada.

–Tenemos que avisar a la policía.

–Claro.

–Tenemos que marcar su número.

–Espera. ¿Cómo has llegado aquí?

–Tu abuela se ofreció a llevarme a casa, pero insistí en que viniera primero aquí para ayudarla a descargar el coche.

–¿Y por qué sigues aquí?

–Te estaba esperando.

–¿Entonces has visto quién la ha matado?

–No. He ido a mi casa, cruzando el cementerio, para cambiarme.

Llevaba tejanos azules y una camiseta de los Grateful Dead, y comencé a soltar risitas.

–Es para morirse de risa–dije, doblándome de las carcajadas. Y de pronto me puse a llorar, de manera igual de repentina. Cogí el teléfono y marqué el 911.

Andy Bellefleur estuvo allí en cinco minutos.

Jason vino en cuanto lo localicé. Traté de llamarlo a cuatro o cinco sitios, y al final lo encontré en Merlotte's. Terry Bellefleur atendía el bar aquella noche en lugar de Sam, y cuando volvieron a pasármelo tras decirle a Jason que viniera a casa de la abuela, le pedí que llamara a Sam y le contara que tenía problemas y no podría ir a trabajar durante unos días.

Terry debió de llamarlo de inmediato, porque Sam estuvo en mi casa en menos de treinta minutos, aún con las ropas que había llevado en la conferencia de esa noche. Al verlo me miré, porque recordé que me había desabotonado la blusa mientras caminaba por el salón, un hecho del que me había olvidado por completo, pero comprobé que tenía un aspecto decente. Bill debía de haberme vuelto a poner presentable. Puede que después aquello me resultara embarazoso, pero en ese momento me sentí agradecida.

Así que Jason llegó, y cuando le dije que la abuela estaba muerta, asesinada, se me quedó mirando. Parecía que no había nada detrás de sus ojos, como si hubiera perdido la capacidad para asimilar nuevos datos. Entonces lo que había dicho le caló, y mi hermano cayó de rodillas allí mismo, y yo me arrodillé delante de él. Me rodeó con sus brazos y me puso la cabeza en el hombro, y así estuvimos durante un rato. De la familia solo quedábamos nosotros.

Librodot

Bill y Sam estaban en el patio delantero, sentados en unas sillas de jardín, para no interferir en el trabajo de la policía. Pronto nos pidieron a Jason y a mí que saliéramos al menos al porche, y también optamos por sentarnos fuera. Era una noche templada, y me senté de cara a la casa, con todas sus luces encendidas como una tarta de cumpleaños, y la gente que entraba y salía eran como hormigas que hubiesen sido invitadas a la fiesta. Toda aquella actividad rodeaba los restos de lo que había sido mi abuela.

–¿Qué ha ocurrido? –preguntó Jason por último.

–Regresé de la reunión–dije muy poco apoco–. Después de que Sam se marchara en su camión, supe que algo iba mal. Miré en todas las habitaciones–era la historia de Cómo Encontré a la Abuela Muerta, versión oficial–. Y cuando entré en la cocina la vi.

Jason giró la cabeza con gran lentitud hasta que sus ojos se encontraron con los míos.

–Cuéntamelo.

Sacudí la cabeza en silencio. Pero estaba en su derecho a saberlo.

–La habían golpeado, pero trató de defenderse, o eso creo. El que lo ha hecho le ha dejado algunos cortes. Y después la estranguló–no pude ni mirara mi hermano ala cara–. Ha sido culpa mía.

–¿Cómo puedes decir eso? –dijo él, sonando deprimido y anquilosado.

–Me imagino que alguien debió de venir a matarme como habían matado a Maudette y a Dawn, pero la abuela estaba aquí en mi lugar. –Pude observar que la idea se filtraba en la mente de Jason–. Se suponía que yo iba a quedarme aquí esta noche mientras ella iba a la reunión, pero Sam me pidió salir en el último momento. Mi coche seguía aquí, porque hemos ido en la camioneta de Sam, y la abuela había estacionado el suyo por detrás mientras descargaba, así que no parecía que ella estuviera en la casa, sino yo. La abuela trajo a Bill a casa, pero él la ayudó a descargar y después fue a cambiarse. Después de que se fuera, el que estuviera esperando... la atacó.

–¿Cómo sabemos que no fue Bill? –preguntó Jason, como si Bill no estuviera sentado justo a su lado.

–¿Cómo sabemos que no fue cualquiera?–dije, exasperada por las lentas entendederas de mi hermano–. Podría ser cualquiera, cualquiera que conozcamos. No creo que haya sido Bill. No creo que Bill matara a Maudette y a Dawn. Y creo que quien mató a Maudette y a Dawn ha matado a la abuela.

–¿Sabías –dijo Jason, con voz demasiado alta– que la abuela te ha dejado toda la casa a ti?

Era como si me tiraran un cubo de agua fría a la cara. Vi que Sam también parpadeaba. Los ojos de Bill se oscurecieron y se hicieron más fríos.

–No, siempre supuse que tú y yo la compartiríamos como hicimos con la otra –me refería a la casa de nuestros padres, en la que Jason vivía ahora.

–También te deja todas las tierras.

–¿Por qué dices esto? –Estaba a punto de volver a llorar, justo cuando me había convencido de que ya no me quedaban más lágrimas.

–¡No fue justa! –gritó–. ¡No fue justa y ahora no puede corregirlo!

Comencé a temblar. Bill me hizo levantar de la silla y comenzó a caminar a mi lado de un extremo a otro del jardín. Sam se sentó frente a Jason y comenzó a hablarle con tesón. Su voz era profunda e intensa.

Bill me rodeaba los hombros con su brazo, pero yo no podía dejar de temblar.

–¿De verdad quería decir eso? –pregunté, sin esperar ninguna respuesta de Bill.

–No –dijo. Alcé la mirada, sorprendida–. No ha podido ayudar a tu abuela, y no puede soportar la idea de que alguien te estuviera esperando y la matara a ella en tu lugar. Así que tiene que enfurecerse por algo, y en vez de enfadarse contigo por no haber muerto, se enfada por las cosas materiales. Yo no dejaría que me preocupase.

–Creo que es asombroso que tú me digas algo así –le respondí con franqueza.

–Oh, asistí a algunos cursos nocturnos de psicología–dijo Bill Compton, vampiro.

No pude evitar pensar que los depredadores siempre estudian a su presa.

–¿Por qué me iba a dejar la abuela todo a mí, y no a Jason?

–Puede que lo descubras más adelante –dijo, y eso me pareció muy adecuado.

En ese momento Andy Bellefleur salió de la casa y permaneció sobre los peldaños, mirando al cielo como si hubiera pistas escritas en él.

–Compton–dijo con brusquedad.

–No –dije, y mi voz surgió como un gruñido.

Sentí que Bill me miraba con un gesto de leve sorpresa. Toda una reacción, viniendo de él.

–Tenía que suceder–dije furiosa.

–Has estado protegiéndome –me dijo–. Pensaste que la policía sospecharía que yo había matado a esas dos mujeres. Por eso querías asegurarte de que otros vampiros habían alternado con ellas. Ahora crees que este Bellefleur tratará de cargar sobre mí la muerte de tu abuela.

–Sí.

Respiró hondo. Estábamos en la oscuridad, junto a los árboles que delimitaban eljardín. Andy volvió a gritar el nombre de Bill.

–Sookie–me dijo Bill con amabilidad–, estoy tan seguro como tú de que eras la víctima prevista –era muy chocante oírselo decir a otra persona–. Y yo no las maté. Así que si el asesino ha sido el mismo, entonces yo no he sido, y él lo comprenderá. Incluso para ser un Bellefleur.

Comenzamos a andar hacia la luz. No quería que sucediera nada de aquello, quería que la gente y las luces desaparecieran. Todos ellos, y Bill también. Quería estar sola en la casa con mi abuela, y quería que pareciera feliz, como la última vez que la vi.

Era fútil e infantil, pero aun así podía desearlo. Estaba perdida en ese sueño, tan perdida que no vi el peligro hasta que fue demasiado tarde. Jason, mi hermano, se puso delante de mí y me dio una bofetada en la cara.

Fue tan inesperado y tan doloroso que perdí el equilibrio y me tambaleé de lado, aterrizando sobre una rodilla.

Pareció que Jason volvía otra vez a por mí, pero de inmediato Bill estuvo delante, en cuclillas, con los colmillos desplegados. Daba mucho miedo. Sam se encaró a Jason y lo derribó, y quizá le diera un golpe fuerte contra el suelo por si acaso.

Andy Bellefleur se quedó asombrado ante aquella muestra repentina de violencia. Pero tras un instante se colocó entre los dos grupitos, sobre el césped. Miró a Bill y tragó saliva, pero dijo con voz firme:

–Compton, déjalo. No la volverá a golpear.

Bill respiraba con agitación, tratando de controlar su ansia por la sangre de Jason. No podía leer sus pensamientos, pero sí su lenguaje corporal.

No pude comprender del todo los pensamientos de Sam, pero me quedó claro que estaba muy furioso.

Jason estaba sollozando. Sus pensamientos eran un amasijo triste, confuso y entremezclado.

Y a Andy Bellefleur no le gustábamos ninguno y desearía poder encerrarnos a todos los monstruitos por uno u otro motivo.

Me puse en pie de modo inseguro y me toqué la zona donde me dolía la mejilla, aprovechando ese dolor para que me distrajera del de mi corazón, de la terrible pena que me invadía. Parecía como si la noche no acabase nunca.

Fue el mayor funeral realizado nunca en la Parroquia de Renard. Eso dijo el pastor. Bajo un brillante cielo de verano precoz, mi abuela fue enterrada junto a mi madre y mi padre en la fosa familiar del antiguo cementerio situado entre su casa y la de los Compton.

Jason estaba en lo cierto. Ahora era mi casa. Y también las ochocientas hectáreas que la rodeaban, así como los derechos de explotación mineral. El dinero de la abuela, eso sí, se había dividido en partes iguales entre nosotros dos, y la abuela había estipulado que le diera a Jason mi mitad de la casa en la que habían vivido nuestros padres, si quería quedarme con todos los derechos de la suya. Eso fue fácil de hacer, y no quise recibir de Jason ningún dinero por mi mitad, aunque mi abogado puso mala cara cuando se lo expliqué. Jasoñ se saldría de sus casillas si le mencionaba que tenía que pagarme algo por mi mitad; el hecho de que yo también fuese dueña en parte nunca había sido para él más que una fantasía, pero que la abuela me dejara toda su casa le había supuesto toda una conmoción. Ella lo había comprendido mejor que yo.

Era una suerte para mí tener otros ingresos aparte de los del bar, pensé para tratar de concentrarme en algo que no fuera su pérdida. Pagar los impuestos de las tierras y la casa, además de los gastos de mantenimiento de la misma, a los que la abuela siempre había contribuido al menos en parte, iba a reducir de manera considerable mis fondos.

–Supongo que querrás mudarte –me dijo Maxine Fortenberry mientras limpiaba la cocina. Maxine me había traído huevos rellenos y ensalada de jamón, y trataba de ser aún más servicial fregando un poco.

–No –respondí, sorprendida.

–Pero cielo, con lo que sucedió justo aquí... –el rostro de Maxine se arrugó por la preocupación.

–Tengo más recuerdos buenos que malos de esta cocina – le expliqué.

–Oh, qué buen modo de verlo–dijo, asombrada–. Sookie, eres sin duda mucho más lista de lo que la gente se cree.

Librodot

–Cielos, gracias, Sra. Fortenberry –respondí, y si notó mi tono seco no dio muestras de ello. Posiblemente fue lo más sabio.

–¿Va a venir tu amigo al funeral?–En la cocina hacía buena temperatura. La corpulenta y pesadota Maxine se secaba con un paño de cocina. El punto donde había caído la abuela había sido fregado por sus amigas, Dios las bendiga.

–¿Mi amigo? Ah, ¿Bill? No, no puede. –Me miró sin comprender–. Lo haremos de día, por supuesto.–Siguió sin entenderlo–. No puede salir.

–¡Ah, claro! –Se dio una palmadita en la sien para indicar que tenía que meterse sentido común en la cabeza–. Boba de mí. ¿De verdad se achicharraría?

–Bueno, él dice que sí.

–¿Sabes? Estoy tan contenta de que diera aquella charla en el club... Eso ha hecho mucho por convertirlo en parte de la comunidad.

Asentí distraída.

–Hay mucha preocupación por los asesinatos, Sookie. Se habla mucho de vampiros, de cómo son los responsables de estas muertes. –La miré con los ojos entrecerrados–. ¡No me pongas mala cara, Sookie Stackhouse! Como Bill fue tan amable contando aquellas historias fascinantes en la reunión de los Descendientes, casi todo el mundo cree que él no sería capaz de cosas tan terribles como las que les hicieron a esas mujeres. –Me pregunté que clase de historias circulaban en el pueblo, y me encogí de hombros–. Pero ha tenido algunos visitantes cuyo aspecto no ha gustado mucho a la gente.

Pensé si se refería a Malcolm, Liam y Diane. A mí tampoco me había gustado mucho su aspecto, y contuve el impulso automático de defenderlos.

–Los vampiros son tan distintos entre sí como los seres humanos–dije.

–Eso es lo que yo le conté a Andy Bellefleur –añadió, asintiendo con vehemencia–. Le dije: "Deberías ir detrás de alguno de esos otros, de los vampiros que no quieren aprender a vivir con nosotros, no como Bill Compton, que está haciendo un esfuerzo por integrarse". Me dijo en la funeraria que al fin había conseguido que le terminaran la cocina.

No pude sino quedarme mirándola fijamente. Traté de imaginarme qué podría hacer Bill en la cocina. ¿Para qué necesitaba una?

Pero no funcionó ninguna de las distracciones, y al final me di cuenta de que durante un tiempo iba a llorar cada dos por tres. Y lloré.

En el funeral, Jason se sentó a mi lado, superado en apariencia su ataque de rabia contra mí, de vuelta a su sano juicio. No me tocó ni me habló, pero tampoco me pegó. Me sentí muy sola. Pero entonces me di cuenta, al mirar hacia fuera, a la ladera de la colina, que todo el pueblo se apenaba conmigo. Había coches todo lo lejos que pude ver por las estrechas calles del cementerio, había cientos de personas vestidas de negro rodeando la carpa de la funeraria. Sam estaba allí, con un traje (tenía un aspecto poco habitual), y Arlene, junto a Rene, llevaba un floreado vestido de domingo. Lafayette estaba al fondo de la multitud, junto a Terry Bellefleur y a Charlsie Tooten; ¡debían de haber cerrado el bar! Y todos los amigos de la abuela, todos, al menos todos los que aún podían caminar. El Sr. Norris lloraba sin reservas, con un pañuelo blanco como la nieve sobre los ojos. El abultado rostro de Maxine estaba marcado por profundas líneas de pesar. Mientras el pastor decía lo que debía, mientras Jason y yo nos sentábamos solos en la

Librodot

zona destinada a la familia, en desparejadas sillas plegables, sentí que algo en mí se soltaba y volaba alto, hacia el brillante azul del cielo, y supe que, fuese lo que fuese lo que le había sucedido a mi abuela, ahora estaba en casa.

El resto del día se pasó volando, gracias a Dios. No quería recordarlo, no quería ni enterarme de lo que ocurría. Pero hubo un momento particular. Jason y yo estábamos junto ala mesa del comedor de la casa de la abuela, en una especie de tregua temporal entre ambos. Saludamos a los que venían a darnos el pésame, la mayoría de los cuales hicieron un esfuerzo por no mirarme demasiado el moratón de la mejilla.

Pasamos por ello, y Jason pensaba que después se iría a casa, bebería algo y no tendría que verme durante un tiempo, y que entonces todo volvería a estar bien, y yo pensaba casi exactamente lo mismo. Salvo lo de la bebida.

Una mujer bienintencionada se acercó a nosotros. Era el tipo de mujer que ha pensado hasta la última ramificación de una situación que, para empezar, no es en absoluto asunto suyo.

–Lo siento tanto por vosotros, chicos–dijo. Y entonces la miré. Por más que lo intentara no podía recordar su nombre. Era metodista, y tenía tres hijos ya mayores. Pero su nombre se escondía en el otro extremo de mi cabeza–. Ha sido tan triste veros allí hoy, a los dos solos, me recordabais tanto a vuestros padres –prosiguió. Su rostro formó una máscara de simpatía que supe que era automática. Miré un instante hacia Jason, volví a mirarla a ella y asentí.

–Sí–respondí. Pero escuché su pensamiento antes de que comenzara a hablar, y me quedé blanca.

–¿Pero dónde estaba hoy el hermano de Adele, vuestro tíoabuelo? Es de suponer que aún vive.

–No estamos en contacto–dije, y mi tono hubiera bastado para desalentar a cualquiera más perceptivo que aquella señora.

–¡Pero era su único hermano! Imagino que vosotros… –y su voz se apagó cuando nuestra mirada fija combinada logró hacer efecto al fin.

Varias otras personas habían comentado por encima la ausencia del tío Bartlett, pero les habíamos dado la señal de "esto es un asunto familiar" para pararles los pies. Esta mujer (¿cómo se llamaba?) no la había interpretado con tanta rapidez. Nos había traído una ensalada de tacos, y me dije que la tiraría a la basura en cuanto se fuera.

–Tenemos que decírselo–comentó Jason discretamente después de que la señora se alejara. Puse en guardia mis defensas, no tenía ningunas ganas de saber lo que estaba pensando él.

–Tú lo llamas–respondí.

–De acuerdo.

Y eso fue todo lo que nos dijimos el uno al otro durante el resto del día.

6

Después del funeral me quedé en casa tres días. Era demasiado tiempo, necesitaba regresar al trabajo. Pero seguía pensando en las cosas que tenía que hacer, o eso me dije a mí misma. Limpié el cuarto de la abuela. Arlene se pasó y le pedí ayuda, porque no podía estar allí sola con las cosas de mi abuela, tan familiares e imbuidas de su olor personal de talco para bebés de Johnson's y Campho–Phenique8.

Así que mi amiga Arlene me ayudó a empaquetarlo todo y llevarlo a la agencia de auxilio a víctimas de las catástrofes. Se habían producido tornados en el norte de Arkansas durante los últimos días, y era probable que alguna persona que lo hubiera perdido todo pudiera aprovechar aquella ropa. La abuela era más bajita y delgada que yo, y además sus gustos eran muy distintos, así que no quise nada suyo excepto las joyas. Casi nunca se ponía alhajas, pero las que tenía eran auténticas y, para mi gusto, preciosas.

Era increíble todo lo que había conseguido meter la abuela en su cuarto. No quise ni pensar en lo que debía de haber almacenado en el desván; ya me enfrentaría a ello más adelante, en otoño, cuando la temperatura del altillo fuera más fresca y tuviera tiempo para meditar.

Es probable que tirara más de lo que debía, pero así me sentí eficiente y enérgica, e hice un trabajo drástico. Arlene guardaba y empaquetaba, preservando solo papeles y fotografías, cartas, facturas y cheques cancelados. Mi abuela no había usado una tarjeta de crédito en su vida ni había comprado nada a plazos, Dios la bendiga, lo que hizo que la liquidación fuera mucho más sencilla.

Arlene me preguntó por el coche de la abuela. Tenía solo cinco años de antigüedad y muy pocos kilómetros.

–¿Venderás el tuyo y te quedarás con este? –dijo–. El tuyo es más nuevo, pero es pequeño.

–No lo había pensado–respondí. Y descubrí que tampoco en ese momento podía pensarlo; la limpieza del cuarto era todo el terreno que podía abarcar aquel día.

Para cuando cayó la tarde, la habitación había perdido todo rastro de la abuela. Arlene y yo sacudimos el colchón y volvimos a hacer la cama por pura costumbre. Era una vieja cama de columnas con dosel. Siempre había pensado que aquel cuarto era precioso, y se me ocurrió que ahora era mío. Podía trasladarme a la habitación más grande y tener un cuarto de baño particular, en vez de usar el del pasillo.

De repente me di cuenta de que eso era justo lo que quería hacer. Los muebles de mi cuarto se trasladaron allí desde la casa de mis padres cuando estos murieron, y era un mobiliario de niña; demasiado femenino, recordaba a Barbies y fiestas de pijamas.

Aunque yo nunca había organizado muchas fiestas de pijamas, ni tampoco ido a muchas.

No, no, no, no iba a caer en esa vieja trampa. Yo era lo que era, tenía una vida y podía disfrutar de las cosas, las pequeñas chucherías que me mantenían viva.

–Puede que me traslade aquí–le dije a Arlene mientras ella cerraba una caja con cinta de embalar.

[8] * Un medicamento analgésico, algo parecido al Vicks–Vaporub.

–¿No es un poco pronto? –respondió. Se sonrojó al darse cuenta de que había sonado muy crítica.

–Me será más fácil estar aquí que al otro lado del pasillo, pensando que este cuarto está vacío –dije. Arlene lo meditó, acuclillada junto a la caja de cartón con el rollo de cinta en las manos.

–Sí, lo comprendo –admitió, con un asentimiento de su cabellera llameante.

Cargamos las cajas en el coche de Arlene. Se ofreció amablemente a dejarlas en el centro de colectas de camino a casa, y yo acepté agradecida su propuesta. No quería que nadie me mirara con misericordia, sabiendo que entregaba las ropas, los zapatos y los camisones de la abuela. Cuando Arlene se marchaba la abracé y le di un beso en la mejilla, y ella se me quedó mirando. Eso estaba más allá de las limitaciones que había tenido nuestra amistad hasta aquel momento. Inclinó su cabeza hacia la mía y juntamos nuestras frentes con mucha suavidad.

–Muchacha alocada –me dijo, con voz emocionada–. Ven a vernos pronto. Lisa está deseando que vuelvas a hacerle de canguro.

–Dile que la tía Sookie le manda saludos, y también a Coby.

–Lo haré. –Arlene se metió sin prisas en el coche. Su roja melena formaba una masa ondulante encima de su cabeza, y todo su cuerpo hacía que el uniforme de camarera resultara muy prometedor.

Mis energías desaparecieron cuando el coche de Arlene se alejó dando botes por el camino de entrada, entre los árboles. Me sentí muy vieja, con un millón de años sobre los hombros, sola y solitaria. Era como me iba a sentir a partir de entonces.

No tenía hambre, pero el reloj indicaba que era la hora de comer. Fui hasta la cocina y saqué una de las fiambreras del frigorífico. Tenía ensalada de pavo y uvas, y me gustó, pero me la tomé en la mesa, comiéndola con un tenedor. La dejé y volví a meterla en la nevera, y fui al baño para darme la ducha que tanto necesitaba. Las esquinas de los cuartos de baño siempre tienen polvo, e incluso una ama de casa tan buena como mi abuela no había sido capaz de derrotar por completo al polvo.

La ducha me sentó de maravilla, el agua caliente pareció llevarse parte de mis penurias. Me puse champú en el pelo y me froté cada centímetro de piel, y de paso me afeité las piernas y las axilas. Después de salir de la bañera me depilé las cejas y me puse loción corporal, desodorante, un spray para desenredarme el pelo y casi cualquier cosa de la que pude echar mano. Con la melena cayéndome por la espalda en una cascada de mechones húmedos, me puse la camisa de dormir, blanca con la imagen de Piolín por delante, y cogí el peine. Me sentaría delante de la tele, para tener algo que mirar mientras me peinaba, que siempre es un proceso muy tedioso.

Mi pequeño brote de energía se extinguió, y me sentí casi alelada.

El timbre de la puerta sonó justo cuando me dirigía al salón con el peine en una mano y la toalla en otra. Eché un vistazo por la mirilla. Era Bill, que esperaba paciente en el porche. Lo hice pasar sin sentirme ni alegre ni triste por verlo.

Me recibió con cierta sorpresa: la camisa de dormir, el pelo húmedo, los pies descalzos. Nada de maquillaje.

–Adelante–dije.

–¿Estás segura?

–Sí.

Y entró, mirando a su alrededor como hacía siempre.

–¿Qué estabas haciendo?–me preguntó, contemplando el montón de cosas que había apartado tras pensar que los amigos de la abuela podían quererlas: por ejemplo, el Sr. Norris se sentiría entusiasmado por quedarse con la foto enmarcada de su madre y de la abuela juntas.

–Hoy he limpiado el dormitorio –respondí—, creo que me trasladaré a él. –No pude pensar nada más que decir. Se giró para estudiarme con detenimiento.

–Deja que te peine el pelo –dijo.

Asentí con indiferencia. Bill se sentó en el sofá de flores y me señaló la vieja otomana que había delante. Me senté obediente y él se inclinó un poco, rodeándome con sus muslos. Empezó por la coronilla y comenzó a deshacerme los nudos del pelo.

Como siempre, su silencio mental fue muy agradable. Para mí siempre era como introducir el primer pie en un estanque de fría agua tras haber dado una larga y dura caminata bajo un sol abrasador.

Y además, los largos dedos de Bill parecían ser muy hábiles con la enredada maraña de mi melena. Me senté con los ojos cerrados, relajándome poco a poco. Podía sentir hasta el menor movimiento de su cuerpo detrás de mí, mientras hacía moverse el peine. Creí que casi podía oír el latido de su corazón, y entonces me di cuenta de lo rara que era esa idea. Al fin y al cabo, su corazón no latía.

–Solía hacerle esto a mi hermana Sarah–murmuró suavemente, como si supiera lo relajada que estaba y no quisiera sacarme del ensueño–. Tenía el pelo más oscuro que tú, e incluso más largo. Nunca se lo cortó. Cuando éramos niños y nuestra madre estaba ocupada, me obligaba a encargarme del pelo de mi hermana.

–¿Sarah era más joven que tú o mayor? –le pregunté con voz lenta y anestesiada.

–Era más joven. Tenía tres años menos que yo.

–¿Tenías más hermanos o hermanas?

–Mi madre perdió dos en el parto–dijo con lentitud, como si apenas pudiera recordarlo–. Mi hermano Robert murió cuando él tenía doce años y yo once. Cogió unas fiebres que lo mataron. Ahora le pondrían penicilina y no le hubiera pasado nada, pero en aquel entonces no era posible. Sarah sobrevivió a la guerra, ella y mi madre, pero mi padre murió mientras yo estaba en el frente. Sufrió lo que después supe que era un infarto. Mi esposa estaba viviendo entonces con mi familia, y mis hijos…

–Oh, Bill –dije con tristeza, casi en un susurro, ante todo lo que había perdido.

–No te muevas, Sookie–respondió, y su voz había recobrado su serena claridad.

Siguió con su tarea, en silencio, durante un rato, hasta que pude notar que el peine recorría libremente mi cabellera. Recogió la toalla que yo había dejado en el brazo del sofá y comenzó a secarme el pelo, y mientras lo secaba pasó los dedos por él para darle consistencia.

–Mmmm–dije, y al oírme observé que mi voz ya no sonaba como la de alguien que está relajándose.

Sentí que sus fríos dedos apartaban el pelo de mi cuello y entonces noté sus labios justo en mi nuca. No podía moverme ni hablar. Solté al aliento con lentitud, tratando de no hacer ningún ruido. Sus labios avanzaron hasta la oreja, y me atrapó el lóbulo entre los dientes. Su lengua se adentró. Me rodeó con los brazos, cruzándolos sobre mi pecho, apretándome contra él.

Fue estupendo oír solo lo que decía su cuerpo, no esas quejas mentales tontas que solo servían para fastidiar momentos como aquel. Y su cuerpo me estaba diciendo algo muy sencillo.

Me levantó con tanta facilidad como yo daría la vuelta a un bebé. Me giró y quedé sobre su regazo, mirándolo, con una pierna a cada lado de su cuerpo. Pasé los brazos junto a su cuello y me incliné un poco para besarlo. Seguimos y seguimos, pero tras un rato Bill estableció un ritmo con la lengua, un ritmo que incluso alguien tan inexperto como yo podía identificar. La camisa de dormir se me subió hasta las caderas. Comencé a frotar sus músculos sin freno. Fue curioso, pero me vino a la memoria una sartén de caramelos que la abuela puso una vez en el horno para la receta de un dulce; pensé en aquella dulce masa derretida, dorada y caliente.

Se levantó, con mi cuerpo aún rodeando el suyo.

–¿Dónde? –preguntó. Le señalé el antiguo cuarto de mi abuela. Me llevó tal como estábamos, con mis piernas rodeándolo y mi cabeza sobre su hombro, y me depositó sobre la cama recién hecha. Él siguió de pie junto a la cama, y bajo la luz de la luna, que se colaba por las ventanas sin cortinas, lo vi desvestirse, con rapidez y habilidad. Sentí un gran placer contemplándolo. Sabía que yo tenía que hacer lo mismo, pero aún me quedaba algo de timidez. A1 fin me deshice de la camisa de dormir y la lancé al suelo.

Lo contemplé. Nunca en toda mi vida había visto algo tan hermoso ni tan aterrador.

–Oh, Bill–dije ansiosa cuando él se colocó junto a mí en la cama–, no quiero defraudarte.

–Eso no es posible–susurró. Sus ojos repasaron mi cuerpo como si fuera un vaso de agua en medio de las dunas del desierto.

–No sé gran cosa –confesé, con voz apenas audible.

–No te preocupes, yo sé mucho. –Sus manos comenzaron a vagar por mi piel. Me tocó zonas en las que nunca me habían tocado. Jadeé asombrada y me entregué a él.

–¿Será diferente a hacerlo con un chico normal? –pregunté.

–Y tanto que sí. –Lo miré interrogadora–. Será mejor–me murmuró al oído, y sentí una punzada de pura excitación. Con algo de vergüenza alargué la mano para tocarlo, y él emitió un sonido muy humano. Tras un instante, el sonido se hizo más profundo.

–¿Ahora? –pregunté, con voz temblorosa e insegura.

–Sí –respondió, y se puso encima de mí.

Un instante después descubrió la verdadera dimensión de mi inexperiencia.

–Deberías habérmelo dicho –me reprendió, aunque con mucha amabilidad. Se retuvo con esfuerzo casi palpable.

–¡Oh, por favor, no pares! –supliqué, y creí que me saltaría la cabeza en pedazos, que ocurriría algo drástico si no lo llevaba hasta el final.

–No tengo ninguna intención de pararme–prometió con decisión–. Sookie… esto te va a doler.

En respuesta elevé el cuerpo. Emitió un sonido incoherente, y entró en mí.

Contuve el aliento, me mordí el labio. Ay, ay, ay.

–Querida –dijo Bill. Nadie me había llamado nunca eso–, ¿cómo estás?– Vampiro o no, temblaba con el esfuerzo de contenerse.

–De acuerdo–dije sin mucho sentido. Estaba encima del aguijón, y perdería el valor si no seguíamos–. Ahora –dije, mordiéndole con fuerza el hombro.

Él gimió y jadeó, y comenzó a moverse con fervor. A1 principio estuve aturdida, pero comencé a pillarle el truco y colaborar. Él encontró mi reacción muy excitante, y empecé a sentir que nos esperaba algo a la vuelta de la esquina, por así decirlo, algo fuerte y placentero. Dije:

–¡Oh, por favor, Bill, por favor! –y le clavé las uñas en las caderas, casi ahí, casi ahí, y entonces un pequeño cambio de postura le permitió apretarse incluso más profundamente contra mí, y antes de poder controlarme estaba volando, volando, blanca con rayas doradas. Sentí que Bill apretaba sus dientes contra mi cuello, y dije: "¡Sí!". Noté que sus colmillos me perforaban, pero fue un dolor mínimo, un dolor excitante, y mientras se corría en mi interior le sentí lamer la pequeña herida.

Yacimos sobre la cama un largo tiempo, temblando de vez en cuando con pequeñas réplicas. Nunca olvidaré su sabor y su olor mientras viva, nunca olvidaré la sensación de tenerlo dentro aquella primera vez, mi primera vez, no olvidaré nunca el placer. A1 fin Bill se movió para situarse a mi lado, apoyado sobre un codo, y me puso la mano sobre el estómago.

–Soy el primero.

–Sí.

–Oh, Sookie. –Se inclinó para besarme, sus labios recorrieron la línea de mi garganta.

–Desde luego yo no tengo con qué comparar –dije con timidez–, pero ¿ha estado bien para ti? Quiero decir, ¿al menos a la altura de otras mujeres? Mejoraré.

–Podrás coger más experiencia, Sookie, pero no podrás ser mejor–me besó en la mejilla–. Eres maravillosa.

–¿Me quedará herida?

–Pensarás que es extraño, pero no me acuerdo. Hasta ahora, la única virgen con la que había estado era mi esposa, y eso fue hace siglo y medio… Sí, recuerdo que estarás dolorida. No podremos volver a hacer el amor durante uno o dos días.

–Tu sangre cura–observé tras una breve pausa, sintiendo que se me sonrojaban las mejillas.

Bajo la luz de la luna pude verle girarse, para mirarme de modo más directo.

–Así es –dijo–. ¿Te gustaría?

–Claro, ¿a ti no?

–Sí –respondió, y se mordió el brazo.

Fue tan repentino que solté un grito, pero él se pasó distraídamente un dedo por su propia sangre y antes de poder ponerme tensa deslizó el dedo hasta mi interior. Comenzó a moverlo con mucha suavidad, y en un instante, en efecto, el dolor desapareció.

–Gracias –dije–, ya estoy mejor.

Pero no sacó el dedo.

–Oh –dije–, ¿es que quieres repetir tan pronto? ¿Puedes hacerlo? –Y mientras su dedo proseguía el movimiento, comencé a desear que así fuera.

–Espera y verás–me indicó, con una pizca de diversión en su dulce y profunda voz.

Susurré, sin reconocerme a mí misma:

–Dime lo que quieres que haga.

Y me lo dijo.

Al día siguiente volvía trabajar. Independientemente de los poderes curativos de Bill me sentía un poco incómoda, pero oye, también poderosa. Era un sentimiento por completo nuevo para mí. Era imposible no sentirse... bueno, creída no es la palabra adecuada, más bien muy orgullosa.

Por supuesto, en el bar tuve los mismos viejos problemas: la cacofonía de voces, su zumbido, su persistencia. Pero de algún modo fui capaz de bajar su volumen, de guardarlas en un bolsillo. Me resultó más sencillo mantener alta la guardia, y en consecuencia me encontré más relajada. O puede que, como me notaba más relajada (y tanto que estaba más relajada), fuese más fácil mantener la guardia. No lo sé, pero me sentí mejor, y pude aceptar las condolencias de los clientes con serenidad en vez de con lágrimas.

Jason vino a comer y se tomó un par de cervezas con su hamburguesa, lo que no constituía su dieta habitual. Lo normal era que no bebiera durante la jornada laboral. Sabía que se pondría furioso si le decía algo de manera directa, así que me limité a preguntarle si todo iba bien.

–El jefe de policía me ha vuelto a llamar hoy –dijo en voz baja. Miró alrededor para asegurarse de que nadie nos escuchaba, aunque aquel día el bar estaba medio vacío, ya que el Club Rotario9 tenía reunión en el Centro Social.

–¿Qué te ha preguntado? –mi voz fue igual de baja.

–Que cada cuánto veía a Maudette, que si siempre ponía gasolina donde ella trabajaba... Una y otra y otra vez, como si no hubiera respondido ya setenta y cinco veces a esas mismas preguntas. Mi jefe está al límite de la paciencia, Sookie, y no lo culpo. He faltado al trabajo al menos dos días, puede que tres, con todas las visitas que he tenido que hacer a la comisaría.

–Tal vez lo mejor sea que te consigas un abogado –aconsejé, incómoda.

–Eso es lo que dice Rene.

Rene y yo cruzamos la mirada.

–¿Qué tal Sid Matt Lancaster?–Sidney Matthew Lancaster, hijo del sur y bebedor de whisky amargo, tenía reputación de ser el abogado criminalista más agresivo de la parroquia. Me gustaba porque siempre me trataba con respeto cuando le servía en el bar. –Podría ser mi mejor opción. –Jason

[9] Una asociación benéfica internacional.

parecía todo lo malhumorado y adusto que puede estar un hombre adorable. Intercambiamos una mirada. Ambos sabíamos que el abogado de la abuela era demasiado viejo para poder encargarse del caso si alguna vez, Dios no lo quisiera, Jason era arrestado.

Jason estaba demasiado preocupado por sus propios problemas como para notar nada diferente en mí, pero yo llevaba puesto un polo blanco (en vez de mi habitual camiseta de cuello redondeado) para taparme el cuello. Arlene no fue tan poco observadora como mi hermano. Me estuvo estudiando toda la mañana y, para cuando llegó la pausa de las tres de la tarde, ya estaba casi segura de que me había pillado.

–Muchacha –me dijo–, ¿te lo has estado pasando bien?

Me puse tan roja como una remolacha. "Pasárselo bien" convertía mi relación con Bill en más ligera de lo que era en realidad, pero también resultaba bastante preciso. No supe si tomar el toro por los cuernos y decir: "No, haciendo el amor", o mantener la boca cerrada, o decirle a Arlene que no era asunto suyo, o limitarme a gritar: "¡Sí!".

–Oh, Sookie, ¿quién es él?

Oh. Oh.

–Bueno, él no es…

–¿No es de aquí? ¿Estás citándote con uno de esos obreros de Bossier City?

–No –dije dubitativa.

–¿Sam entonces? He visto que te miraba.

–No.

–Entonces ¿quién?

Estaba actuando como si me avergonzara. Endereza la espalda, Sookie Stackhouse, me dije con firmeza. Imponte.

–Bill –dije, deseando contra toda esperanza que ella se limitara a decir: "Ah, claro".

–Bill–repitió Arlene sin comprender. Me fijé en que Sam se había acercado con discreción y nos escuchaba. Igual que Charlsie Tooten. Incluso Lafayette había sacado la oreja por la ventanilla.

–Bill–dije, tratando de sonar firme–. Ya sabes, Bill.

–¿Bill Auberjunois?

–No.

–¿Bill…?

–Bill Compton–intervino Sam con voz inexpresiva, justo cuando yo abría la boca para decir lo mismo: "Bill el vampiro".

Arlene se quedó pasmada. Charlsie Tooten soltó de inmediato un pequeño chillido y a Lafayette casi se le cae la mandíbula.

–Cielo, ¿no puedes salir con un chico humano normal? – me preguntó Arlene cuando recuperó la voz.

–Ningún chico humano normal me ha pedido salir. –Sentí que el color me encendía la cara. Permanecí allí, con la espalda bien tiesa, sintiéndome desafiante y también pareciéndolo. Y tanto que sí.

–Pero cariño –ululó Charlsie Tooten con su voz de cría–, cielo… Bill, eh, tiene ese virus.

–Ya lo sé–dije, apreciando la crispación de mi voz.

–Pensaba que ibas a decir que salías con un negro, pero has conseguido algo mejor, ¿eh, muchacha?–dijo Lafayette, jugueteando con su esmalte de uñas.

Sam no dijo nada. Se quedó de pie, apoyado en la barra, y se formaba una línea blanca alrededor de su boca como si se mordiera el labio por dentro.

Los miré uno a uno, obligándolos a aceptarlo o soltar lo que tuvieran que decir. Arlene fue la primera en superarlo:

–Qué se le va a hacer. ¡Será mejor que te trate bien o sacaremos las estacas!

Todos lograron reírse de ello, aunque fuera un poco.

–¡Y te ahorrarás un montón en comida! –señaló Lafayette. Pero entonces, con un solo gesto, Sam lo fastidió todo, aquellos primeros pasos de aceptación. Se movió de repente hasta quedar delante de mí y me bajó el cuello del polo.

El silencio de aquellas personas, mis amigos, se podía cortar con un cuchillo.

–Oh, mierda–dijo Lafayette, en voz muy baja.

Miré a Sam con firmeza a los ojos, pensando que nunca lo perdonaría por hacerme eso.

–No toques mi ropa–le dije, alejándome de él y volviendo a colocarme bien el cuello–. No te metas en mi vida personal.

–Tengo miedo por ti, me preocupas–dijo, mientras Arlene y Charlsie encontraban con prontitud otras cosas en las que enfrascarse.

–No, no es verdad, al menos no del todo. Estás completamente loco. Muy bien, pues escúchame, amigo: nunca has tenido la menor posibilidad.

Me alejé rauda para limpiar la formica de una de las mesas. Después recogí todos los saleros y los rellené. Y después comprobé los pimenteros y las botellas de pimentón picante de cada mesa y reservado, y también la salsa de tabasco. Me limité a seguir trabajando y mantener la vista concentrada en lo que hacía, y poco a poco el ambiente se relajó.

Sam estaba en su despacho, haciendo algún papeleo o lo que fuera; no me interesaba mientras se guardara sus opiniones para sí. Aún me sentía como si al descubrir mi cuello hubiera descorrido la cortina de una parte privada de mi vida, y no le había perdonado. Pero Arlene y Charlsie habían encontrado tareas en las que ocuparse, como yo, y para cuando la clientela que salía de sus trabajos comenzó a llegar al bar, ya volvíamos a estar bastante cómodas las unas con las otras.

Arlene me acompañó al cuarto de baño de las chicas:

–Escucha, Sookie, tengo que preguntártelo. ¿Los vampiros son como todo el mundo dice? Me refiero como amantes.

Me limité a sonreír.

Esa noche Bill vino al bar, justo después de que oscureciera. Me había quedado trabajando hasta tarde, puesto que una de las camareras del turno de noche tuvo un problema con el coche. En un instante dado no estaba allí, y al siguiente sí, avanzando lento para que pudiera verlo aproximarse. Si Bill tenía dudas acerca de revelar en público nuestra relación, desde luego no las

mostró. Me cogió la mano y la besó en un gesto que, de haberlo hecho cualquier otro, hubiera resultado demasiado falso. Sentí el contacto de sus labios sobre el dorso de mi mano y la sensación me recorrió todo el cuerpo hasta la punta de los pies. Y supe que él también se dio cuenta.

–¿Qué tal se te está dando la noche? –susurró. Me hizo temblar.

–Un poco… –descubrí que no me salían las palabras.

–Ya me lo dirás más tarde –sugirió–, ¿cuándo sales?

–En cuanto llegue Susie.

–Ven a mi casa.

–Vale –le sonreí, sintiéndome radiante y mareada.

Bill me devolvió la sonrisa. Mi proximidad también debió de afectarle, porque sus colmillos estaban al descubierto, y es de suponer que para todos los presentes salvo para mí el efecto fue un tanto… inquietante.

Se inclinó para besarme, apenas un leve toque en la mejilla, y se giró con la intención de marcharse. Pero justo en ese instante, todo se fue al infierno.

Malcolm y Diane entraron, abriendo la puerta de golpe como si realizaran una aparición majestuosa y, por supuesto, así era. Me pregunté dónde estaría Liam. Probablemente estacionando el coche. Era mucho pedir que lo hubieran dejado en casa.

La gente de Bon Temps estaba acostumbrándose poco a poco a Bill, y el llamativo Malcolm y la igual de llamativa Diane causaron bastante revuelo. Mi primer pensamiento fue que esto no iba a ayudar a que la gente se habituara a Bill y a mí.

Malcolm vestía pantalones de cuero y una especie de camisa de cota de malla. Parecía salido de la cubierta de un disco de rock. Diane llevaba un body de una pieza de color verde lima, hecho de licra o de algún otro tejido elástico muy fino. Seguro que, de haber sentido interés por ello, hubiera podido contarle los pelos del pubis. Los negros no solían ir mucho a Merlotte's, pero si había una negra que estuviera por completo segura allí, esa era Diane. Vi que Lafayette la miraba con ojos desorbitados a través de su ventanilla, con franca admiración regada con una rociada de miedo.

Los dos vampiros gritaron con fingida sorpresa al ver a Bill, como borrachos enloquecidos. Por lo que pude deducir, Bill no se sentía feliz con su presencia, pero pareció tomarse su invasión con calma, como hacía con casi todo.

Malcolm besó a Bill en la boca, igual que Diane. Era difícil decir qué saludo resultó más ofensivo para los clientes del bar. Bill haría mejor en mostrar desagrado, y cuanto antes, pensé, si quería seguir a buenas con los habitantes humanos de Bon Temps.

Bill, que no era ningún tonto, dio un paso atrás y me rodeó con su brazo, distanciándose de los vampiros y poniéndose del lado de los humanos.

–Así que tu pequeña camarera sigue viva –exclamó Diane. Su cristalina voz se pudo oír en todo el bar–. ¿No es sorprendente?

–Asesinaron a su abuela la semana pasada –dijo Bill con serenidad, tratando de torpedear la intención de Diane de montar una escena.

Sus preciosos ojos castaños de loca se centraron en mí, y sentí frío.

–¿Es cierto eso?–dijo, riéndose.

Hasta ahí podía llegar, ya nadie la perdonaría. Si Bill había estado buscando un modo de consolidarse, esa hubiera sido la escena que yo habría diseñado. Por otro lado, el disgusto que emanaba de los clientes del local podía provocar una reacción en contra que, además de a los renegados, también salpicara a Bill.

Aunque claro... para Diane y sus amigos, Bill era el renegado.

–¿Y cuándo te va a asesinar alguien a ti, preciosa? –Me pasó una uña por la barbilla, y aparté su mano de un golpe. Se hubiera lanzado sobre mí de no ser porque Malcolm agarró su muñeca con despreocupación y casi sin esfuerzo. Pero percibí su esfuerzo por el modo en que la sostenía.

–Bill–dijo de manera casual, como si no estuviera tensando todos los músculos de su cuerpo para mantener a Diane a raya–, he oído que este pueblo está perdiendo a sus trabajadoras no cualificadas a una velocidad terrible. Y un pajarito de Shreveport me ha contado que tú y tu amiguita estuvisteis en el Fangtasía preguntando con qué vampiro podrían haber estado las colmilleras asesinadas. Ya sabes que esas cosas deben quedar entre nosotros, no son para nadie más–prosiguió Malcolm. De repente su rostro se tornó tan serio que resultaba en verdad aterrador–. A algunos no nos gusta ir a los... partidos de béisbol ni... –ahí estaba rebuscando en sus recuerdos algo desagradablemente humano, no me cupo la menor duda– ¡a barbacoas! ¡Somos Vampiros! –pronunció la palabra con majestuosidad, con glamour, y vi que muchas de las personas del bar estaban cayendo bajo su hechizo. Malcolm era lo bastante inteligente como para desear borrar la mala impresión que había dejado Diane, sin dejar de derramar desdén encima de todos nosotros.

Le pisé el pie con todo el peso del que era capaz. Me mostró los colmillos. La gente del bar parpadeó y sacudió la cabeza.

–¿Que tal si se va de aquí, señor? –dijo Rene. Estaba inclinado sobre la barra, con una cerveza entre los codos.

Ese fue el momento en que todo bailó en la balanza, en el que el bar podría haberse convertido en un baño de sangre. Ninguno de mis compañeros humanos parecía comprender del todo lo fuertes o despiadados que podían ser los vampiros. Bill se puso delante de mí, un hecho registrado por todos los clientes de Merlotte's.

–Bien, si no somos queridos... –dijo Malcolm. Su virilidad de anchos músculos contrastó con la voz aflautada que puso–. Esta buena gente, Diane, querrá comer carne y hacer esas cosas humanas. Solos. O con nuestro antiguo amigo Bill.

–Creo que a la pequeña camarera le gustaría hacer una cosa muy humana con Bill –comenzó a decir Diane, pero en ese momento Malcolm la cogió del brazo y la empujó fuera del local antes de que pudiera causar más daño.

Todo el bar pareció soltar el aliento al unísono cuando desaparecieron por la puerta, y pensé que era mejor que me marchara ya, aunque Susie no hubiera aparecido. Bill me esperaba fuera; cuando le pregunté por qué, me dijo que quería asegurarse de que se habían marchado de verdad.

Seguí a Bill hasta su casa, pensando que habíamos salido relativamente indemnes de la visita de los vampiros. Me pregunté para qué habían venido Diane y Malcolm; me parecía raro que estuvieran tan lejos de

su hogar y decidieran por puro capricho pasarse por Merlotte's. Como no estaban haciendo ningún verdadero esfuerzo por integrarse, tal vez solo quisieran arruinar las perspectivas de Bill.

Saltaba a la vista que la casa Compton había cambiado desde la última vez que había estado en ella, aquella asquerosa noche en la que conocí a los otros vampiros. Los contratistas estaban trabajando bien para Bill, aunque no me quedaba claro si se debía a que tenían miedo de no hacerlo o porque les pagaba con generosidad. Era probable que por ambas cosas. En el salón estaban poniendo un nuevo techo y el reciente empapelado de la pared era blanco con un elegante diseño floreado. Habían limpiado los suelos de madera noble, y brillaban como antaño. Bill me condujo a la cocina. Tenía poca cosa, como es natural, pero era brillante y alegre, y tenía un frigorífico recién estrenado lleno de botellas con sangre sintética (puag).

El baño de la planta baja era opulento. Por lo que yo sabía, Bill nunca usaba el baño, al menos no para las funciones humanas básicas. Miré a mi alrededor asombrada. Habían conseguido dar más espacio al baño incluyendo lo que antes era la despensa y cerca de la mitad de la vieja cocina.

–Me gusta ducharme–me dijo, señalando una cristalina cabina de ducha en una esquina. Era lo bastante grande para una pareja de personas adultas y puede que un enano o dos–. Y me gusta relajarme en agua caliente–me indicó la pieza central del cuarto de baño, una enorme especie de bañera rodeada por una cubierta de cedro, con escalones a ambos lados. Había macetas con plantas dispuestas a su alrededor. El cuarto de baño era lo más próximo a estar en medio de una jungla lujuriosa que se puede conseguir en el norte de Luisiana.

–¿Qué es esto? –le pregunté, asombrada.

–Es un balneario portátil –dijo Bill con orgullo–. Tiene chorros que se pueden ajustar de manera individual para que cada persona reciba la fuerza deseada del agua. Es un jacuzzi –resumió.

–¡Tiene asientos! –dije, mirando dentro. El interior estaba decorado con baldosas azules y verdes. Por fuera había unos controles muy elaborados. Bill los manipuló y comenzó a salir agua.

–Tal vez quieras que nos bañemos juntos –sugirió Bill. Sentí que se me sonrojaban las mejillas y que el corazón me comenzaba a bombear más rápido–. ¿Tal vez ahora? –Sus dedos comenzaron a tirarme de la camiseta por la zona en la que desaparecía bajo mis pantaloncitos negros.

–Oh, bueno… tal vez. –No logré mirarle a la cara al pensar que aquel… bueno, hombre, había visto más de mi cuerpo de lo que le había permitido a cualquier otra persona, incluido mi médico.

–¿Me has echado de menos? –me preguntó, mientras sus manos me desabrochaban los pantaloncitos y me los bajaban.

–Sí –dije enseguida, porque no podía negarlo. Él se rió, mientras se arrodillaba para desatarme las Nike.

–¿Y qué es lo que más has echado de menos, Sookie?

–Tu silencio –dije sin pensar.

Alzó la mirada. Sus dedos se detuvieron en el momento de tirar del extremo del cordón para soltarlo.

–Mi silencio–repitió.

Librodot

–Sí, no ser capaz de escuchar tus sentimientos. Bill, no puedes imaginarte lo maravilloso que es eso.

–Pensaba que dirías otra cosa.

–Bueno, también he echado de menos eso.

–Háblame de ello –me pidió, sacándome los calcetines y recorriendo con sus dedos mis muslos, quitándome las braguitas y los pantaloncitos.

–¡Bill, me da corte! –protesté.

–Sookie, no tengas vergüenza conmigo. Conmigo menos que nadie. –Ahora estaba de pie, despojándome de la camiseta y pasando las manos por mi espalda para desabrocharme el sujetador. Sus dedos recorrieron las marcas que habían dejado las tiras sobre mi piel, y concentró su atención en mis pechos. En algún momento se había deshecho de sus sandalias.

–Lo intentaré–dije, mirándome la punta de los pies.

–Desnúdame.

Eso sí que sabía hacerlo. Le desabotoné con rapidez la camisa y se la saqué de los pantalones, deslizándola por los hombros. Le solté el cinturón y comencé a desabotonar sus pantalones. La tenía dura, así queme costó bastante. Pensé que me iba a echara llorar si el botón no se decidía a cooperar un poco. Me sentí torpe e inepta.

Me cogió de las manos y se las llevó hasta el tórax.

–Lento, Sookie, lento–dijo, con voz suave y estremecedora. Me relajé muy poco a poco, y comencé a acariciar su pecho mientras él hacía lo mismo con el mío; entrelacé su pelo ensortijado entre mis dedos y pellizqué con suavidad su plana tetilla. Apoyó la mano en mi cabeza y apretó despacio. No sabía que a los hombres les gustara eso, pero a Bill desde luego sí, así que presté igual atención a la otra. Mientras estaba en ello, retomé con las manos la tarea del maldito botón, y esta vez se soltó sin ningún problema. Comencé a bajarle los pantalones, deslizando los dedos dentro de sus calzoncillos.

Me guió al interior del jacuzzi, donde la espuma del agua rodeó nuestras piernas.

–¿Te baño yo primero?–preguntó.

–No –dije sin aliento–, pásame el jabón.

7

A la noche siguiente, Bill y yo mantuvimos una conversación preocupante. Estábamos en su cama, esa enorme cama con cabecera tallada y un colchón Restonic recién estrenado. Las sábanas tenían un estampado de flores como el papel de las paredes, y recuerdo queme pregunté si le gustaba tener flores impresas en sus cosas porque no podía verlas al natural, al menos tal como se suponía que debían apreciarse... a la luz del sol.

Bill estaba tumbado de costado, mirándome. Habíamos vuelto del cine; a él le volvían loco las películas de extraterrestres, tal vez una especie de sentimiento afín por las criaturas inhumanas. La que vimos era un auténtico

mata–mata en el que casi todos los extraterrestres eran horribles y escalofriantes, y disfrutaban de sus inclinaciones homicidas.

Bill estuvo echando pestes de ello mientras me invitaba a cenar y después de vuelta a su casa. Me gustó que sugiriera probar la nueva cama. Fui la primera en yacer en ella con él.

Me estaba mirando, y yo comenzaba a darme cuenta de que le gustaba hacerlo. Quizá estuviera escuchando los latidos de mi corazón, puesto que él podía oír cosas que yo no, o tal vez estuviera contemplando la vibración de mis arterias, porque también podía ver cosas que yo no. Nuestra conversación había derivado de la película que acabábamos de ver a las cercanas elecciones de la parroquia (Bill iba a tratar de registrarse para votar, voto por correo) y después a nuestras infancias. Notaba que Bill trataba desesperadamente de recordar cómo era ser una persona normal.

–¿Alguna vez jugaste a "los médicos" con tu hermano? – me preguntó–. Ahora dicen que es normal, pero nunca olvidaré cuando mi madre molió a palos a mi hermano Robert tras encontrarlo entre las matas con Sarah.

–No –respondí, tratando de sonar natural, pero se me tensó el rostro y pude notar que se me hacía un nudo en el estómago.

–No estás diciendo la verdad.

–Sí que lo estoy. –Concentré la mirada en su barbilla, tratando de hallar algún modo de cambiar de tema, pero Bill era muy persistente.

–Entonces no con tu hermano. ¿Con quién?

–No quiero hablar de ello. –Cerré los puños y comencé a notar que me bloqueaba.

Pero Bill odiaba que lo evitaran. Estaba acostumbrado a que la gente le dijera todo lo que quería saber, porque siempre utilizaba el glamour para salirse con la suya.

–Cuéntame, Sookie–su voz trataba de engatusarme, sus ojos eran enormes estanques de curiosidad. Me pasó el pulgar por el estómago y me recorrió un escalofrío.

–Tuve un... tío cariñoso–dije, notando la familiar sonrisa tensa que se apoderaba de mis labios. Él arqueó sus oscuras cejas. No conocía la expresión. Expliqué, lo más distante que pude:

–Es un familiar adulto que abusa de sus... de los niños de la familia.

Sus ojos comenzaron a llamear. Tragó saliva; vi que se le agitaba la nuez. Le sonreí. Me aparté varias veces el pelo de la cara. No podía evitarlo.

–¿Y alguien te hizo eso? ¿Cuántos años tenías?

–Oh, comenzó cuando yo era muy pequeña. –Mi respiración comenzó a acelerarse y mi corazón latió más rápido, las reacciones motivadas por el pánico que siempre regresaban al recordar. Subí las rodillas y las apreté una contra otra–. Tendría unos cinco años –balbucí, hablando cada vez más rápido–. Ya sé que puedes deducir que nunca me llegó a, eh... follar, pero hizo otras cosas. –Vi que mis manos temblaban delante de mis ojos, donde las había puesto para resguardarme de la mirada de Bill–. ¡Y lo peor, Bill, lo peor–añadí, incapaz de detenerme– es que cada vez que venía de visita, yo sabía lo que planeaba hacerme porque podía leerle la mente! ¡Y no había nada que pudiera hacer para evitarlo! –Me llevé las manos a la boca para obligarme a callar. No debía hablar de ello. Me tumbé boca abajo para esconderme, y me quedé rígida por completo.

Largo rato después, noté la gélida mano de Bill en mi hombro. La dejó ahí, reconfortándome.

–¿Esto fue antes de que murieran tus padres? –dijo con su siempre tranquila voz. Aún no podía mirarlo.

–Sí.

–¿Se lo contaste a tu mamá? ¿No hizo nada?

–No. Pensó que tenía pensamientos sucios, o que había encontrado algún libro en la biblioteca con cosas que, según ella, yo aún no estaba preparada para saber. –Aún podía recordar su cara, enmarcada por una cabellera dos pizcas más oscura que mi tono de rubio. Su rostro estaba torcido por la repugnancia. Provenía de una familia muy conservadora, y rechazaba de plano cualquier muestra pública de afecto o cualquier mención de un tema que ella considerara indecente–. Me sorprende que ella y mi padre parecieran ser felices juntos –le expliqué a mi vampiro–. Eran tan distintos… –entonces comprendí lo ridícula que resultaba la frase. Me giré de lado–. Como si nosotros no lo fuéramos –le dije, tratando de sonreír. Su rostro seguía bastante rígido, pero vi que le temblaba un músculo del cuello.

–¿Se lo contaste a tu padre?

–Sí, justo antes de que muriera. Cuando era más pequeña me daba demasiada vergüenza hablarle de eso, y mamá no me creía. Pero ya no podía soportarlo más, sabía que tendría que ver a mi tío abuelo Bartlett al menos dos fines de semana de cada mes cuando se pasara a visitarnos.

–¿Todavía vive?

–¿El tío Bartlett? Oh, claro. Es el hermano de la abuela, y la abuela era la madre de mi padre. El tío vive en Slireveport. Pero cuando Jason y yo nos trasladamos con la abuela, después de que murieran mis padres, la primera vez que vino el tío Bartlett a la casa me escondí. Cuando la abuela me encontró y me preguntó por qué lo hacía, se lo conté. Y me creyó.– Volví a sentir el alivio de aquel día, el hermoso sonido de la voz de mi abuela al prometerme que no tendría que ver nunca más a su hermano, y que nunca jamás vendría a casa.

–Y así fue. Cortó las relaciones con su propio hermano para protegerme. Ya había intentado lo mismo con la hija de la abuela, Linda, cuando era una niña, pero mi abuela había enterrado en su interior el incidente, despachándolo como un malentendido. Me contó que después de aquello nunca había permitido que su hermano se quedara a solas con Linda, y casi había dejado de invitarlo a su casa, aunque ella misma no había llegado a creerse que hubiera toqueteado las partes íntimas de su pequeña.

–¿Así que también él es un Stackhouse?

–Oh, no. Verás, la abuela se convirtió en una Stackhouse cuando se casó, pero antes era una Hale –me sorprendió tener que explicarle eso a Bill. Era lo bastante sureño, a pesar de ser un vampiro, como para enterarse de una relación familiar sencilla como aquella. Bill parecía distante, a kilómetros de distancia. Le había desconcentrado con mi pequeña y sucia historia y, desde luego, también me había helado la sangre a mí misma–. Y ahora me marcho –dije, saliendo de la cama y tratando de recuperar mi ropa. Con tanta velocidad que ni pude verlo, él saltó del lecho y me arrancó la ropa de las manos.

–No me dejes ahora –dijo–. Quédate.

–Esta noche no soy más que una vieja llorona. –Dos lágrimas recorrieron mis mejillas mientras le sonreía. Sus dedos apartaron las gotas de mi rostro y su lengua limpió su rastro.

–Quédate conmigo hasta la aurora –dijo.

–Pero para entonces tendrás que meterte en tu escondrijo.

–¿Mi qué?

–Donde sea que pasas el día. ¡No quiero saber dónde es! – alcé las manos para enfatizarlo–. Pero, ¿no tienes que meterte en él antes de que empiece a haber algo de luz?

–Oh–dijo–, me dará tiempo. Puedo sentir su proximidad.

–¿Así que no se te puede olvidar?

–No.

–De acuerdo. ¿Me dejarás dormir un poco?

–Por supuesto, dentro de un rato –dijo, arrodillándose como un caballero, un gesto un poco fuera de lugar puesto que estaba desnudo. Mientras yo me tendía en la cama y alargaba mis brazos hacia él, añadió–: Al final.

Por supuesto, a la mañana me desperté sola en la cama. Permanecí allí un ratito, reflexionando. Ya había tenido pensamientos incómodos de vez en cuando, pero por primera vez los problemas de mi relación con el vampiro abandonaron su propio escondrijo e invadieron mi cerebro.

Nunca vería a Bill a la luz del día. Nunca le prepararía el desayuno, ni quedaría con él para comer (Bill llegaba a soportar verme ingerir comida, aunque no se puede decir que el espectáculo le entusiasmara; siempre me obligaba a lavarme los dientes a fondo justo después de comer, lo que no dejaba de ser una sana costumbre).

Nunca tendría un hijo suyo, lo que por un lado era agradable si pensabas que no hacía falta practicar ningún método anticonceptivo, pero…

Nunca le llamaría a la oficina para pedirle que de camino a casa comprara algo de leche. Nunca se uniría a los Rotarios, ni daría una charla en el instituto, ni sería entrenador de la Liga Infantil de Béisbol.

Nunca iría a la iglesia conmigo.

Y sabía que justo en aquel momento, mientras yo estaba allí tumbada despierta, escuchando los trinos matinales de los pájaros y los camiones que comenzaban a recorrer la carretera, mientras todas las gentes de Bon Temps se levantaban, hacían el café, hojeaban el periódico y organizaban su jornada, la criatura a la que amaba estaba en alguna parte, en un agujero bajo tierra, a todos los propósitos muerta hasta el anochecer.

Me sentía tan hundida que necesité pensar en algo positivo, mientras me limpiaba un poco en el baño y me vestía. Bill parecía preocuparse sinceramente por mí. Era algo bonito, aunque inquietante, no sabría decir hasta qué punto cuánto.

El sexo con él no se podía calificar menos que de magnífico. Nunca había pensado que pudiera ser tan maravilloso. Y nadie se metería conmigo mientras fuera la novia de Bill. Todas las manos que me habían dado caricias sin que yo lo quisiera ahora permanecían en los bolsillos de sus

dueños. Y si la persona que había matado a mi abuela lo había hecho porque ella se lo encontró mientras esperaba a que yo viniera, ya no volvería a intentarlo conmigo.

Y con Bill podía relajarme, un lujo tan estupendo que era incapaz de ponerle precio. Mi cerebro podía vagar a voluntad, y no descubriría nada que él no quisiera contarme.

Eso era todo.

Me encontraba en esa especie de estado contemplativo cuando bajé los escalones de la casa de Bill hacia mi coche.

No me esperaba encontrar allí a Jason sentado en su camioneta. No fue lo que se dice una situación agradable. Caminé con lentitud hasta su ventanilla.

–Así que es cierto –dijo. Me pasó un café en vaso de espuma de poliestireno del Grabbit Kwik–. Sube al camión conmigo.

Me subí, agradecida por el café pero todavía cautelosa. Alcé la guardia de inmediato; regresó a su posición con lentitud y dolor, fue como tener que volver a ponerse una faja que ya era demasiado prieta.

–No soy quién para decir nada–me dijo–, no después de la vida que he llevado en estos últimos años. Por lo que yo sé, es el primero, ¿no es verdad? –Asentí–. ¿Te trata bien?–Asentí de nuevo–. Tengo algo que contarte.

–De acuerdo.

–Anoche mataron al tío Bartlett.

Me quedé mirándolo. El vapor del café se elevaba entre nosotros dos mientras le quitaba la tapa a la taza.

–Está muerto –repetí, tratando de asimilarlo. Me había esforzado mucho en no pensar nunca en él, y he aquí que hablaba de él y lo siguiente que oía es que estaba muerto.

–Sí.

–Guau. –Miré por la ventanilla hacia la luz rosada del horizonte. Sentí una oleada de... libertad. La única persona que recordaba lo ocurrido además de mí, la única que lo había disfrutado, que había insistido hasta el final en que yo había iniciado y proseguido las asquerosas actividades que él encontraba tan gratificantes... estaba muerto. Respiré hondo.

–Espero que esté en el infierno –dije–. Espero que cada vez que piense en lo que me hizo, un demonio le pinche el culo con un tridente.

–¡Cielo santo, Sookie!

–Nunca se metió contigo.

–¡Pues claro que no!

–¿Qué insinúas?

–¡Nada, Sookie! ¡Pero que yo sepa nunca molestó a nadie aparte de ti!

–Y una mierda. También abusó de la tía Linda.

El rostro de Jason se quedó blanco de la impresión. A1 fin había logrado hacer que mi hermano comprendiera.

–¿La abuela te lo contó?

–Sí.

–A mí nunca me dijo nada.

–La abuela sabía que era duro para ti no poder verlo de nuevo, cuando estaba claro que lo querías. Pero no podía dejarte solo con él, porque no le era posible estar al cien por cien segura de que solo le interesaran las niñas.

–Lo he visto algunas veces desde hace un par de años, más o menos.

–¿En serio? –eso sí que no lo sabía. Tampoco debía de saberlo la abuela.

–Sookie, era un anciano. Estaba muy enfermo. Tenía problemas de próstata y se encontraba muy débil, y tenía que usar un andador.

–Eso habrá tenido que serle toda una molestia a la hora de perseguir niñas de cinco años.

–¡Déjalo!

–¡Sí, claro! ¡Como si pudiera! –Nos miramos el uno al otro desde ambos lados del asiento del camión–. Entonces, ¿qué le ha pasado? –pregunté por último, reluctante.

–Un ladrón entró anoche en su casa.

–¿Sí? ¿Y?

–Y le rompió el cuello. Lo tiró por las escaleras.

–Vale, ahora ya lo sé. Me voy a casa. Tengo que ducharme y prepararme para el trabajo.

–¿Eso es todo lo que tienes que decir?

–¿Y qué más puedo decir?

–¿No quieres saber nada del funeral?

–No.

–¿Ni de su testamento?

–No.

Levantó las manos.

–De acuerdo–dijo, como si hubiera estado discutiendo de algún asunto muy serio conmigo y se diera cuenta de que yo era intratable.

–¿Qué más? ¿Hay algo?

–No, solo que tu tío abuelo se ha muerto. Pensé que era suficiente.

–Y tienes razón –dije, abriendo la puerta del camión y bajándome de él–, es suficiente–le pasé el vaso–. Gracias por el café, hermano.

Hasta que llegué al trabajo no caí en la cuenta.

Estaba secando unos vasos, sin pensar conscientemente en el tío Bartlett, y de repente se me fue toda la fuerza de los dedos.

–Jesucristo y todos los apóstoles–susurré, contemplando las astillas de vidrio junto a mis pies–. Bill ha hecho que lo maten.

No sé cómo estaba tan segura, pero el caso es que lo estaba, desde el mismo instante en que la idea se me había cruzado por la cabeza. Puede que oyera a Bill marcar el teléfono mientras estaba medio dormida. O puede que la expresión del rostro de Bill cuando terminé de contarle lo del tío Bartlett dispararse una alarma silenciosa en mi interior.

Me pregunté si Bill pagaría al otro vampiro con dinero o le compensaría en especie.

Realicé mi jornada laboral estupefacta. No podía hablar con nadie de lo que estaba pensando, no podía ni decir que estaba enferma sin que nadie me preguntara qué me ocurría, así que no dije nada, me limité a trabajar. Desconecté de todo excepto del siguiente pedido que tenía que servir.

Conduje hasta casa tratando de estar igual de aislada, pero cuando estuve sola tuve que enfrentarme a los hechos.

Me quedé helada.

Ya sabía, en el fondo lo sabía, que Bill había matado a un humano o dos durante su larga, larga vida. Cuando era un vampiro joven, cuando necesitaba mucha cantidad de sangre, antes de que tuviera el control necesario de sus impulsos para sobrevivir con un trago aquí, un sorbo allá, sin llegar a matar a las personas de las que bebía. Él mismo me había dicho que había dejado algún cadáver a su paso. Y había matado a los Rattray. Pero ellos hubieran acabado conmigo aquella noche detrás de Merlotte's, sin lugar a dudas, si Bill no hubiera intervenido. Me sentía inclinada de manera natural a perdonarle aquellas muertes.

¿En qué era diferente el asesinato del tío Bartlett? También me había hecho daño, de un modo terrible; había convertido mi infancia, ya de por sí difícil, en una auténtica pesadilla. ¿Acaso no me había sentido aliviada, incluso contenta, de enterarme de que habían encontrado su cadáver? ¿No se debía mi horror ante la intervención de Bill a una hipocresía de la peor especie?

Sí. ¿No? Agotada e increíblemente confundida, me senté en los escalones de mi casa y esperé en medio de la oscuridad, abrazándome las rodillas. Los grillos cantaban entre las altas hierbas cuando él llegó, como siempre con tanta rapidez y silencio que no pude oírle. En un momento dado estaba sola en la noche, y al instante siguiente Bill se sentaba en los escalones junto a mí.

–¿Qué quieres hacer esta noche, Sookie? –Su brazo me rodeó.

–Oh, Bill–mi voz estaba cargada de tristeza. Dejó caer el brazo. No lo miré a la cara, y de todos modos no podría haber visto nada en la oscuridad–. No deberías haberlo hecho.

Al menos no trató de negarlo.

–Me alegro de que esté muerto, Bill –añadí–. Pero no puedo…

–¿Crees que podría hacerte daño, Sookie? –su voz era serena y crujiente, como unos pies que caminaran sobre hierba seca.

–No, aunque suene extraño no creo que me llegaras a hacer daño, incluso aunque te pusieras de verdad furioso conmigo.

–¿Entonces…?

–Es como salir con el Padrino, Bill. Ahora me da miedo decir cualquier cosa delante de ti. No estoy acostumbrada a que mis problemas se resuelvan de esa manera.

–Te amo.

Nunca antes me lo había dicho, y casi podría haber sido solo mi imaginación, de lo baja y susurrante que fue su voz.

–¿De veras, Bill? –No alcé la mirada, mantuve mi frente apretada contra las rodillas.

–Sí, de veras.

–Entonces tienes que dejar que viva mi vida, Bill, no puedes cambiarla por mí.

–Pero sí que querías que la cambiara cuando los Rattray te estaban dando una paliza.

–De acuerdo. Pero no puedo permitir que trates de arreglar mi vida diaria. En algún momento me enfadaré con alguien, o alguien se enfadará conmigo. No puedo pensar que quizá acaben muertos. No quiero vivir así, cariño. ¿Comprendes lo que quiero decir?

–¿Cariño?–repitió.

–Te amo –dije–. No sé por qué, pero te amo. Quiero llamarte todas esas palabras cursis que se usan cuando amas a alguien, sin importar lo estúpidas que suenen porque se las diga a un vampiro. Quiero decirte que eres mi cariñín, que te amaré hasta que seamos ancianos y canosos, aunque eso no va a suceder. Decirte que sé que siempre me serás fiel, y oye, eso tampoco va a suceder. Cuando trato de decirte que te amo, Bill, me choco contra un muro de piedra. –Quedé en silencio. Ya lo había soltado todo.

–Esta crisis llega antes de lo que yo pensaba –dijo Bill en la oscuridad. Los grillos habían reanudado su coro, y los escuché durante un largo instante.

–Eso parece.

–¿Y ahora qué, Sookie?

–Necesito un poco de tiempo.

–¿Antes de...?

–Antes de decidir si el amor merece todo el sufrimiento.

–Sookie, si supieras lo especial que eres, hasta qué punto quiero protegerte...

Por el tono que puso tuve claro que aquellos eran sentimientos muy íntimos que compartía conmigo.

–Aunque parezca raro –dije–, eso es también lo que yo siento por ti. Pero tengo que seguir aquí y he de vivir conmigo misma, así que necesito pensar algunas reglas que tendremos que dejar claras entre los dos.

–Entonces, ¿qué hacemos ahora?

–Yo, pensar. Tú sigue con lo que fuera que estuvieras haciendo antes de vernos.

–Tratar de descubrir si puedo vivir integrado. Tratar de pensar de quién podría alimentarme, de si podría dejar de beber esa asquerosa sangre sintética.

–Ya sé que te... alimentas de alguien además de mí–traté con todas mis fuerzas de mantener un tono sereno–. Pero por favor, que no sea nadie de aquí, nadie a quien tenga que ver. No podría soportarlo. Sé que no es justo por mi parte pedírtelo, pero te lo pido.

–Solo si no sales con nadie más, si no te acuestas con nadie más.

–No lo haré –parecía una promesa realmente fácil de rnantener.

–¿Te importa si voy al bar?

–No. No le diré a nadie que estamos separados, no pienso hablar del tema. –Se recostó hacia mí. Sentí la presión en mi brazo cuando su cuerpo se apretó contra el mío.

–Bésame–dijo.

Levanté la cabeza y me giré, y nuestros labios se encontraron. Era un fuego azul; no llamas rojas y naranjas, no esa clase de calor, sino fuego azul. Tras un segundo sus brazos me rodearon. Otro segundo más y los míos le rodearon a él. Comencé a sentirme débil, fláccida. Me aparté con un jadeo.

–¡Oh, Bill, no podemos!

Le escuché coger aire.

–Por supuesto que no, si nos estamos separando –dijo en voz baja. Pero no sonaba como si pensara que yo lo decía en serio–. Es evidente que no deberíamos besarnos. Y aún menos debería arrojarte sobre el porche y follarte hasta que te desmayes.

Me temblaban las piernas. Sus palabras, vulgares a propósito, transportadas por esa dulce y fría voz, hicieron que el anhelo de mi interior se hiciera aún más irresistible. Me hizo falta toda mi voluntad, hasta la última pizca de autocontrol para obligarme a levantarme y entrar en la casa.

Pero lo conseguí.

Durante la semana siguiente comencé a montar mi día a día sin la abuela y sin Bill. Trabajé de noche y trabajé duro. Por primera vez en mi vida tuve un cuidado especial con los cerrojos y la seguridad. Ahí fuera había un asesino, y ya no disponía de mi poderoso protector. Me planteé comprar un perro, pero no pude decidir de qué raza lo quería. Mi gata, Tina, solo suponía una protección en el sentido de que siempre reaccionaba cuando alguien se acercaba demasiado a la casa.

De vez en cuando me llamaba el abogado de la abuela, informándome de los progresos en la liquidación de la herencia. También me llamó el abogado de Bartlett. Mi tío abuelo me había dejado veinte mil dólares, una gran suma para él. Casi rechacé la herencia, pero me lo pensé mejor. Entregué el dinero al centro local de salud mental, destinándolo al tratamiento de niños víctimas de abusos y violación. Estuvieron muy contentos de recibirlo.

Tomé vitaminas a paletadas, porque estaba un poco anémica. También bebí un montón de líquido e ingerí muchas proteínas.Y tomé tanto ajo como me apetecía, algo que Bill no había podido tolerar. Una noche que tomé pan de ajo para acompañar los espagueti boloñesa, incluso llegó a decirme que el olor emanaba de mis poros.

Dormí, dormí y dormí. Las noches que había seguido levantada después del turno de trabajo me habían dejado falta de descanso. Después de tres días me sentí físicamente como nueva. De hecho, me daba la impresión de ser un poquito más fuerte que antes.

Comencé a captar lo que sucedía a mi alrededor.

Lo primero que noté fue que los lugareños estaban muy hartos de los vampiros que anidaban en Monroe. Diane, Liam y Malcolm habían estado recorriendo los bares de la zona, en apariencia tratando de ponérselo difícil a los demás vampiros que quisieran integrarse. Se habían estado comportando de modo escandaloso y ofensivo. Los tres vampiros hacían que las travesuras de los estudiantes de la Luisiana Tech parecieran inocentes.

Ni siquiera parecían imaginarse que ellos mismos se estaban poniendo en peligro; la libertad de poder salir del ataúd se les había subido a la cabeza. El derecho legal a existir había hecho desaparecer todas sus restricciones, toda su prudencia y su cuidado. Malcolm pellizcó a una camarera en Bogaloosas. Diane bailó desnuda en Farmerville. Liam se lió con una menor en Shongaloo, y también con su madre. Tomó sangre de ambas y no se molestó en borrarle la memoria a ninguna de ellas.

Cierto jueves por la noche, Rene charlaba con Mike Spencer, el director de la funeraria, en Merlotte's y se callaron cuando yo me acerqué. Desde luego eso llamó mi atención, así que le leí la mente a Mike. Un grupo de hombres de la zona estaba planeando quemar a los vampiros de Monroe.

No supe qué hacer. Los tres, si bien no eran amigos de Bill, al menos sí eran una especie de correligionarios. Pero yo odiaba a Malcolm, Diane y Liam tanto como el que más. Por otro lado (siempre hay otro lado, ¿verdad?), iba contra mis principios enterarme de antemano de unos crímenes premeditados y sentarme de brazos cruzados.

Tal vez aquello no fuera más que una charla de borrachos. Para estar segura, me sumergí en las cabezas de la gente que tenía a mi alrededor. Para mi consternación, muchos de ellos pensaban en prender fuego al nido de los vampiros. Pero no pude localizar el origen de la idea. Parecía como si el veneno hubiera surgido de un cerebro y hubiera infectado a los demás.

No había ninguna prueba, ninguna en absoluto, de que Maudette, Dawn y mi abuela hubieran sido asesinadas por un vampiro. De hecho, los rumores apuntaban a que el informe del forense mostraba evidencias de lo contrario. Pero aquellos tres vampiros estaban comportándose de tal manera que la gente quería culparlos de algo, quería deshacerse de ellos. Y como tanto Maudette como Dawn habían sido mordidas por vampiros y frecuentaban ese tipo de bares... bueno, la gente había juntado de manera apresurada esos retales para convencerse a sí misma.

Bill volvió la séptima noche de estar separados. Apareció en su mesa de modo bastante repentino, y no estaba solo. Había un chico a su lado, que parecía tener unos quince años. También era un vampiro.

–Sookie, te presento a Harlen Ives, de Minneapolis –dijo Bill, como si se tratara de una presentación normal y corriente.

–Harlen–dije asintiendo–, encantada de conocerte.

–Sookie. –Él también inclinó la cabeza hacia mí.

–Harlen está de paso desde Minnesota a Nueva Orleáns explicó Bill, que parecía muy hablador.

–Estoy de vacaciones–dijo Harlen–. Llevo años queriendo visitar Nueva Orleáns. Es una especie de meca para nosotros, ya sabes.

–Ah... claro–dije, tratando de parecer enterada.

–Hay un teléfono al que llamar–informó Harlen–. Puedes alojarte con un auténtico residente o puedes alquilar un...

–¿Ataúd? –sugerí ingeniosa.

–Bueno, sí.

–¡Qué interesante! –dije, sonriendo con todas mis fuerzas–. ¿Qué puedo serviros? Me parece que Sam ha renovado las existencias de sangre, Bill, por si quieres. Es la A negativo condimentada, o también tenemos O positivo.

–Ah, A negativo, supongo–dijo Bill, después de mantener una conversación silenciosa con Harlen.

–¡Marchando! –Me apresuré hacia el refrigerador de detrás de la barra y saqué dos A negativos, les quité los tapones y las llevé en una bandeja. Sonreí todo el rato, como siempre hacía.

–¿Te encuentras bien, Sookie? –me preguntó Bill con voz más natural después de que colocara con brusquedad las bebidas delante de ellos.

–Claro que sí, Bill–dije alegremente. Me daban ganas de estamparle la botella en la cabeza. Así que Harlen. Una estancia de una noche. Sí, ya.

–Después Harlen quiere acercarse a visitar a Malcolm – dijo Bill cuando me acerqué a recoger las botellas vacías y preguntarles si querían otra.

–Estoy segura de que a Malcolm le encantará conocer a Harlen – respondí, tratando de que no se notara la mala leche con la que lo decía.

–Oh, conocer a Bill ha sido estupendo–dijo Harlen, esbozando una sonrisa con los colmillos. Así que sabía cómo devolver la pelota–. Pero Malcolm es una auténtica leyenda.

–Id con cuidado–le dije a Bill. Tenía intención de contarle el peligro en el que se habían metido los tres vampiros del nido, pero no creía que fuese aún el momento adecuado. Y no quería explicárselo con todo detalle, porque Harlen estaba allí delante, pestañeando con sus ojitos azules y su aspecto de sex symbol adolescente–. Ahora mismo nadie está muy contento con esos tres –añadí tras una pausa. No se podía considerar un verdadero aviso.

Bill se limitó a mirarme, extrañado, yo me giré para alejarme. Llegué a lamentar aquel momento, a lamentarlo amargamente.

Después de que Bill y Harlen se marcharan, el bar se llenó aún más con la clase de charla que había escuchado de Rene y Mike Spencer. Me daba la impresión de que alguien había estado avivando el fuego, echando carbón a la lumbre de la rabia contenida. Pero por más que me esforcé fui incapaz de descubrir de quién se trataba, aunque hice algunas escuchas al azar, tanto mentales como físicas. Jason también vino al bar y nos saludamos, pero poco más. No me había perdonado todavía por mi reacción ante la muerte del tío Bartlett.

Ya lo superaría. A1 menos no estaba pensando en quemar nada, excepto tal vez crear algo de calor en la cama de Liz Barrett. Liz, más joven que yo, tenía el pelo castaño, corto y ondulado, grandes ojos marrones y un inesperado aire de sensatez a su alrededor que me hacía pensar que Jason podía haber encontrado su media naranja. Me despedí de ellos después de que vaciaran su jarra de cerveza, y entonces me di cuenta de que el nivel de furia del bar se había disparado y de que los hombres estaban pensando seriamente en hacer algo.

Comencé a ponerme muy nerviosa.

Según avanzaba la noche, la actividad del bar se hizo más y más frenética. Menos mujeres, más hombres. Más gente que iba de mesa en mesa. Más alcohol. Los hombres se quedaban de pie en vez de sentarse. Era difícil de precisar, ya que en realidad no tenía lugar ninguna gran reunión. Era todo el boca a boca, entre susurros. Nadie saltaba encima de la barra y gritaba: "¿Qué decís, chicos? ¿Vamos a permitir que esos monstruos sigan entre nosotros? ¡A1 castillo!" o algo parecido. Simplemente, después de un rato todos comenzaron a salir para formar corrillos en el estacionamiento. Los contemplé por una de las ventanas y sacudí la cabeza. Aquello no era nada bueno.

Sam también se encontraba incómodo.

–¿Qué te parece? –le pregunté. Me di cuenta de que era la primera vez que le hablaba en toda la noche, sin contar los "pásame la pimienta" y los "dame otro margarita".

–Creo que tenemos una turba –respondió–. Pero no van a ir aún a Monroe. Los vampiros estarán despiertos y activos hasta el alba.

–¿Dónde está su casa, Sam?

–Por lo que tengo entendido, debe de estar a las afueras de Monroe, al oeste. En otras palabras, en nuestra dirección –me explicó–. Pero no estoy seguro.

Después de cerrar me fui a casa, casi con la esperanza de ver a Bill acechando en mi jardín para poderlo avisar de lo que se avecinaba. Pero no le vi, y no quise ir a su casa. Tras largas dudas, marqué su teléfono, pero solo obtuve la respuesta del contestador. Le dejé un mensaje. No tenía ni idea de bajo qué nombre aparecía en la guía telefónica el número del nido de los vampiros, si es que tenían teléfono.

Mientras me quitaba los zapatos y las joyas (¡todas de plata, chúpate esa, Bill!) pensé que debía preocuparme. Pero no me preocupé lo suficiente. Me metí en la cama y pronto me quedé dormida en la habitación que ahora era mía. La luz de la luna se colaba a través de las cortinas abiertas, dibujando extrañas sombras en el suelo. Pero solo las contemplé unos pocos minutos. Bill no me despertó aquella noche devolviéndome la llamada.

Pero al fin el teléfono sonó. Era muy pronto por la mañana, poco después de que saliera el sol.

–¿Qué? –pregunté adormilada, apretando el auricular contra mi oreja. Eché un vistazo al reloj. Eran las siete y media.

–Han quemado la casa de los vampiros –informó jason–. Espero que el tuyo no estuviera allí.

–¿Qué?–volví a preguntar, pero esta vez con pánico en la voz.

–Han quemado la casa de los vampiros de Monroe. Después del alba. Está en la calle Callista, al oeste de Archer.

Recordé que Bill me había dicho que podía llevar a Harlen allí. ¿Se habría quedado?

–No –dije con decisión.

–Sí.

–Tengo que salir –le respondí antes de colgar el teléfono.

La casa seguía consumiéndose bajo el resplandeciente sol. Volutas de humo se arremolinaban contra el cielo azul, y la madera quemada recordaba a la piel de un caimán. Había camiones de bomberos y coches de policía mal estacionados delante del edificio de dos pisos. Un grupo de curiosos se agolpaba detrás de la línea amarilla.

Restos de cuatro ataúdes descansaban uno junto a otro sobre la hierba consumida. También había una bolsa con un cadáver. Comencé a caminar hacia ellos, pero durante mucho tiempo no parecieron acercarse; era como uno de esos sueños en los que nunca puedes alcanzar tu destino.

Alguien me cogió del brazo y trató de detenerme. No recuerdo lo que dije, pero sí conservo la imagen de un rostro horrorizado. Me abrí paso con dificultad a través de los escombros, inhalando el olor a .quemado, a cosas carbonizadas y húmedas, un olor que no me abandonaría durante el resto de mi vida.

Alcancé el primer ataúd y miré dentro. Lo que quedaba de la tapa dejaba al descubierto el interior. El sol estaba asomándose por encima de las casas y en cualquier momento besaría los terribles restos que descansaban sobre el empapado revestimiento de seda blanca.

¿Era Bill? No había modo de saberlo. El cuerpo se desintegraba pedazo a pedazo delante de mis ojos. Pequeños fragmentos se descascarillaban y se los llevaba la brisa, o desaparecían con una pequeña voluta de humo cuando los rayos de sol comenzaban a tocar el cuerpo.

Cada ataúd contenía un horror similar.

Sam se encontraba a mi lado.

–¿Crees que esto es un asesinato, Sam?

Sacudió la cabeza.

–No sé qué decir, Sookie. Según la ley, matar a un vampiro es asesinato, aunque antes tendrán que demostrar que es un incendio provocado. Claro que no creo que eso sea muy difícilambos podíamos oler la gasolina. Había gente explorando la casa, subiéndose por todas partes y gritándose unos a otros. No me daba la impresión de que estuvieran llevando a cabo ninguna investigación seria de la escena del crimen.

–Pero ese cuerpo de ahí, Sookie–añadió Sam, señalando a la bolsa de cadáver de la hierba–, era un ser humano de verdad, y tendrán que investigarlo. No creo que ningún miembro de la turba llegara a darse cuenta de que podía haber una persona dentro, no se plantearon nada aparte de lo que estaban haciendo.

–¿Y por qué estás aquí, Sam?

–Por ti –dijo con sencillez.

–No sabré hasta la noche si Bill está aquí.

–Sí, lo comprendo.

–¿Qué debo hacer durante todo el día? ¿Cómo puedo esperar?

–Puede que con drogas –sugirió–. ¿Qué tal píldoras somníferas o algo así?

–No tengo nada de eso –respondí–, nunca he tenido problemas para dormir.

La conversación resultaba cada vez más extraña, pero no creo que pudiera haber hablado de ninguna otra cosa.

Se puso delante de mí un hombre corpulento, un agente local. Sudaba bajo el calor matutino y me miraba como si llevara horas levantado. Puede que hubiese estado en el turno de noche y hubiera tenido que acudir cuando se declaró el incendio. Cuando personas que yo conocía habían prendido el fuego.

–¿Conocía a estas personas, señorita?

–Sí, los conocía. Los había visto.

–¿Puede identificar los restos?

–¿Quién podría identificar esto?

Los cuerpos ya casi habían desaparecido por completo, sin rasgos. Se desintegraban. Me miró cansado.

–Sí, señora. Pero el humano.

–Miraré –dije antes de poder pensarlo. La costumbre de ayudar a los demás resultaba difícil de abandonar.

Como si comprendiera que estaba a punto de cambiar de idea, aquel hombre corpulento se arrodilló junto a la hierba crepitante y bajó la cremallera de la bolsa. El rostro cubierto de hollín que apareció era el de una chica que nunca había visto. Gracias a Dios.

–No la conozco –dije, y me fallaron las rodillas. Sam me cogió antes de que cayera al suelo, y tuve que apoyarme en él.

–Pobre chica –susurré–. Sam, no sé qué hacer.

Los agentes de la ley me robaron parte del tiempo aquel día. Querían descubrir todo lo que sabía de los vampiros que eran dueños de la casa, y se lo conté, aunque no era gran cosa. Malcolm, Diane, Liam. ¿De dónde venían, qué edad tenían, por qué se habían instalado en Monroe, quiénes eran sus abogados? ¿Cómo iba a saber nada de eso? Nunca antes había estado en su casa.

Cuando el interrogador, quienquiera que fuera, descubrió que los había conocido a través de Bill, quiso saber dónde estaba, cómo podía contactar con él.

–Puede que esté justo ahí –dije, señalando el cuarto ataúd–, no lo sabré hasta que caiga la noche. –Mi mano se alzó por voluntad propia para taparme la boca.

Justo en ese momento uno de los bomberos comenzó a reírse, y también su compañero.

–¡Vampiros fritos al estilo campero! –espetó con una risotada el más bajo al hombre que me interrogaba–. ¡Nos han servido unos cuantos vampiros fritos al estilo campero!

No le pareció tan gracioso cuando le di una patada. Sam me apartó y el hombre que había estado interrogándome sujetó al bombero. Grité como una banshee y hubiera ido a por él si Sam me lo hubiera permitido.

Pero no me lo permitió; me arrastró hasta el coche. Sus manos eran tan fuertes como bandas de acero. Se me pasó de repente por la cabeza lo asombrada que se habría quedado mi abuela de verme gritarle a un funcionario público, o de que atacara físicamente a alguien. Esa idea desinfló mi alocada hostilidad como una alfiler que pinchara un globo. Dejé que Sam me metiera en el asiento del copiloto, y cuando arrancó el coche y dio marcha atrás, permití que me llevara a casa en completo silencio.

Llegamos a mi hogar demasiado pronto, solo eran las diez de la mañana. Como estábamos con el horario de verano, me quedaban al menos otras diez horas para esperar.

Sam hizo algunas llamadas mientras yo estaba sentada en el sofá, mirando al frente. Cinco minutos después volvió a entrar en la sala de estar.

–Venga, Sookie–dijo con energía–, estas persianas están muy sucias.

–¿Qué?

–Las persianas. ¿Cómo has dejado que se pongan así?

–¿Cómo?

–Vamos a limpiar. Coge un cubo, algo de amoniaco y unos trapos. Ah, y prepara algo de café.

Con movimientos lentos y cautelosos, como si pudiera desecarme y deshacerme como los cadáveres del incendio, hice lo que me indicó. Cuando volví con el cubo y los trapos él ya había bajado las cortinas del salón.

–¿Dónde tienes la lavadora?

–Ahí detrás, pasada la cocina –respondí señalándoselo.

Sam se dirigió al cuarto de lavar con el volumen de cortinas desbordándole los brazos. La abuela las había lavado no hacía ni un mes, para la visita de Bill, pero no dije nada. Bajé una de las persianas, la cerré y comencé a lavarla. Cuando las persianas estuvieron limpias, sacamos brillo a las ventanas. Empezó a llover a media mañana, así que no pudimos limpiarlas por fuera. Sam cogió la mopa de palo largo para el polvo y despejó de telarañas los rincones altos del techo. Yo pasé los rodapiés. Él apartó el espejo que había encima de la repisa y quitó el polvo de las zonas a las que normalmente no podíamos llegar, y después, entre los dos limpiamos el espejo y volvimos a colgarlo. Cepillé la vieja chimenea de mármol hasta que no quedó en ella ni rastro de las ascuas del invierno. Encontré un biombo bonito, pintado de magnolias, y lo puse delante del hogar. Limpié la pantalla del televisor y le pedí a Sam que lo levantara para poder pasar el polvo de debajo. Coloqué todas las cintas en sus estuches y etiqueté las que había grabado. Saqué todos los cojines del sofá y recogí los restos que se habían acumulado debajo, y hasta encontré un dólar y cinco centavos en calderilla. Aspiré la alfombra y pasé la mopa del polvo a los suelos de madera.

Entonces nos trasladamos al comedor y limpiamos todo lo que se podía limpiar. Cuando la madera de la mesa y de las sillas quedó reluciente, Sam me preguntó desde cuándo no adecentábamos la plata de la abuela.

Yo nunca lo había hecho, así que abrimos el aparador y comprobamos que, en efecto, lo necesitaba. Así que a la cocina con todo. Encontramos el limpiador de plata y la limpiamos. Teníamos la radio encendida, pero acabé dándome cuenta de que Sam la apagaba en cuanto comenzaban a dar noticias.

Nos pasamos todo el día limpiando, y todo el día estuvo lloviendo. Sam solo me hablaba cuando teníamos que ponernos con la siguiente tarea. Trabajé muy duro. Y también él. Para cuando comenzó a anochecer, tenía la casa más limpia de la parroquia de Renard. Entonces Sam dijo:

–Me marcho, Sookie. Supongo que querrás estar sola.

–Sí –respondí–. Me gustaría agradecértelo algún día, pero aún no puedo. Hoy me has salvado.

Sentí sus labios en mi frente y un minuto después oí cómo se cerraba la puerta. Me senté a la mesa mientras la oscuridad comenzaba a invadir la cocina. Cuando ya casi no se veía nada, salí al porche; me llevé la linterna grande.

No me importó que aún estuviera lloviendo. Solo llevaba un vestido de tela vaquera sin mangas y un par de sandalias, lo que me había puesto esa mañana después de que Jason me llamara.

Permanecí bajo la cálida lluvia, con el pelo aplastado sobre la frente y el vestido apretándose húmedo a mi piel. Giré a la izquierda, hacia los bosques, y los crucé, al principio con lentitud y cuidado. La tranquilizadora

influencia de Sam acabó por evaporarse y me lancé a la carrera, raspándome las mejillas con las ramas y arañándome las piernas con arbustos espinosos. Emergí de los bosques y comencé a atravesar a toda prisa el cementerio, con el haz de luz de la linterna bamboleándose por delante de mí. Al principio pensé ir a la casa de más allá, la de los Compton, pero entonces me di cuenta de que Bill debía de estar por allí, en algún lugar de las doscientas cincuenta hectáreas de huesos y lápidas. Me erguí en el centro de la parte más vieja del camposanto, rodeada de estatuas y losas de aspecto sencillo, en compañía de los muertos.

–¡Bill Compton! ¡Sal ya! –grité. Me moví en círculos, mirando a mi alrededor en la casi completa oscuridad, a sabiendas de que incluso si yo no lograba verlo, él sí podría verme a mí. Si es que podía ver algo, si no era una de aquellas atrocidades desmenuzadas y ennegrecidas que presencié en el jardín delantero de aquella casa, a las afueras de Monroe.

No hubo respuesta. Ningún movimiento excepto la caída de la suave lluvia torrencial.

–¡Bill! ¡Bill! ¡Sal!

Sentí, más que oí, movimiento a mi derecha. Enfoqué el haz de la linterna en esa dirección: el suelo se retorcía. Mientras miraba, una mano pálida surgió de entre la tierra rojiza. La superficie comenzó a agitarse y partirse, y una criatura emergió de ella.

–¿Bill?

Avanzó hacia mí. Cubierto de manchas granates, con el pelo lleno de tierra, Bill dio un paso dubitativo en mi dirección. No logré correr hacia él.

–Sookie–dijo, muy cerca de mí–, ¿por qué estás aquí? Por una vez parecía desorientado e inseguro.

Tenía que contárselo, pero no pude abrir la boca.

–¿Cariño?

Me desplomé como una piedra. Quedé de repente de rodillas sobre el suelo empapado.

–¿Qué ha pasado mientras dormía? –Estaba arrodillado junto a mí, desnudo y con la lluvia recorriendo su piel.

–No llevas nada de ropa –murmuré.

–Se ensucia–dijo con sensatez–. Cuando voy a dormir en la tierra, me la quito.

–Oh, claro.

–Ahora cuéntame de qué se trata.

–Prométeme que no me odiarás.

–¿Qué has hecho?

–¡Oh, Dios mío, no he sido yo! Pero podría haberte advertido con más claridad, debería haberte agarrado y hacer que me escucharas. ¡Traté de llamarte, Bill!

–¿Qué ha ocurrido?

Puse una mano a cada lado de su cara, palpando su piel, dándome cuenta de todo lo que podía haber perdido, y de todo lo que aún podía perder.

–Están muertos, Bill, los vampiros de Monroe. Y alguien más que estaba con ellos.

–Harlen –dijo con tono inexpresivo–. Harlen se quedó anoche, Diane y él hicieron buenas migas.

Esperó a que continuara, sus ojos fijos sobre los míos.

–Hubo un incendio.

–Provocado.

–Sí.

Se agachó junto a mí bajo la lluvia, en la oscuridad, y no pude verle la cara. Aún sostenía la linterna en mi mano, pero se me habían ido todas las fuerzas del cuerpo. Pude sentir su rabia.

Pude sentir su crueldad.

Su hambre.

Nunca había sido un vampiro de modo tan absoluto. No había nada humano en él. Alzó el rostro hacia el cielo y aulló. La rabia que emanaba de él era tan intensa que pensé que podría matar a alguien. Y la persona más cercana era yo.

Justo cuando comprendí el peligro al que me enfrentaba, Bill me agarró por los antebrazos. Me arrastró hacia sí, poco a poco. No tenía sentido resistirse, de hecho me pareció que eso solo serviría para excitarlo aún más. Bill me sostuvo a dos centímetros de su cuerpo, casi podía oler su piel, y notaba su confusión interior. Podía paladear su rabia.

Dirigir esa energía en otra dirección podía salvarme la vida. Avancé esos dos centímetros, puse la boca sobre su pecho. Lamí la lluvia, froté mi rostro contra sus tetillas, me apreté contra él.

En un instante sus dientes rozaron mi hombro y su cuerpo, duro, rígido y listo, me empujó con tanta fuerza que me vi de repente boca arriba sobre el barro. Se deslizó directamente en mí, como si tratase de alcanzar el suelo a través de mi cuerpo. Chillé y él gruñó en respuesta, como si de verdad fuéramos seres de la tierra, primitivos trogloditas. Mis manos apretaron la piel de su espalda, y mis dedos sintieron la lluvia que nos golpeaba y la sangre bajo mis uñas, y su incansable movimiento. Pensé que iba a enterrarme en el barro, en mi tumba. Sus colmillos perforaron mi cuello.

De repente me corrí. Bill aulló mientras alcanzaba su propio orgasmo y se dejó caer sobre mí, con los colmillos desplegados y la lengua limpiándome las marcas que estos habían dejado.

Estaba convencida de que podría haberme matado sin quererlo siquiera.

Los músculos no me obedecían, y de todos modos no tenía claro qué quería hacer. Bill me sacó del agujero y me llevó a su casa, abriendo de un empujón la puerta y trasladándome de cabeza al amplio cuarto de baño. Allí me dejó con suavidad sobre la alfombra, que manché de barro, agua sucia y un pequeño reguero de sangre. Bill abrió el grifo del agua caliente del jacuzzi, y cuando estuvo lleno me metió dentro y después se metió él. Nos sentamos en los escalones y nuestras piernas flotaron sobre la cálida agua espumosa que pronto quedó teñida.

Los ojos de Bill miraban un punto a kilómetros de distancia.

–¿Todos muertos? –dijo con voz casi inaudible.

–Todos muertos, y también una chica humana –dije con tranquilidad.

–¿Qué has estado haciendo todo el día?

–Limpiar. Sam me ha hecho limpiar la casa.

–Sam–repitió Bill pensativo–. Dime, Sookie, ¿puedes leer la mente de Sam?

–No –reconocí, exhausta de repente.

Sumergí la cabeza y, cuando volvía respirar, vi que Bill había sacado el frasco de champú. Me enjabonó el pelo y lo aclaró. Y después me lo peinó como la primera vez que habíamos hecho el amor.

–Bill, lo siento por tus amigos –le dije, tan cansada que apenas pude lograr que me salieran las palabras–, y estoy tan contenta de que estés vivo... –Le pasé los brazos por el cuello y apreté mi cabeza contra su hombro. Era duro como una roca. Recuerdo que Bill me secó con una enorme toalla blanca, y creo que pensé en lo blandita que estaba la almohada y que después él se metió en la cama a mi lado y me rodeó con su brazo. Entonces me quedé dormida.

Me desperté a medias a altas horas de la madrugada, al oír que alguien se movía por el cuarto. Debía de haber estado soñando, quizá una pesadilla, porque me erguí con el corazón latiendo a toda velocidad.

–¿Bill?–pregunté, con miedo en la voz.

–¿Qué pasa? –respondió, y noté que la cama se inclinaba al sentarse él en el borde.

–¿Estás bien?

–Sí, solo estaba fuera, paseando.

–¿No hay nadie ahí fuera?

–No, cariño.

Escuché el sonido de la tela sobre la piel y pronto estuvo bajo las sábanas, junto a mí.

–Oh, Bill, tú podrías haber estado en uno de esos ataúdes –dije, aún con la angustia fresca en mi cabeza.

–Sookie, ¿has pensado que podías haber sido tú el cadáver de la bolsa? ¿Qué ocurriría si vienen aquí y queman esta casa al amanecer?

–¡Tienes que venir a mi casa! No la quemarían. Puedes estar a salvo conmigo–dije con fervor.

–Sookie, escúchame: por mi culpa puedes morir.

–¿Y qué perdería? –pregunté, con la voz teñida de pasión–. Desde que te conozco he sido feliz, ha sido la época más feliz de mi vida.

–Si muero, ve con Sam.

–¿Ya me estás pasando a otro?

–Nunca –dijo, y su suave voz era fría–. Nunca. –Sentí que me agarraba los hombros con las manos. Estaba a mi lado, muy cerca, y se acercó un poco más. Pude notar toda la extensión de su cuerpo.

–Escucha, Bill –le dije–. No soy culta, pero tampoco estúpida. Carezco de verdadera experiencia o de mundología, pero no creo que sea ingenua –confié en que no estuviera sonriendo amparado por la oscuridad–. Puedo lograr que te acepten. Puedo hacerlo.

–Si alguien puede eres tú–dijo–. Quiero volver a entrar en ti.

–¿Te refieres...? Oh, sí, ya veo a lo que te refieres. –Había cogido mi mano y la había guiado hasta su zona inferior–. A mí también me gustaría.

Y lo haría, si me fuera posible sobrevivir a ello después del embate al que me había sometido en el cementerio. Bill había estado tan furioso que

ahora me sentía molida, pero también notaba esa sensación de cálida humedad que me atravesaba, esa excitación incansable a la que Bill me había hecho adicta.

–Cariño –dije, acariciándole de un extremo a otro–, cariño. –Lo besé y su lengua penetró mi boca. Pasé mi propia lengua por sus colmillos–. ¿Podrías hacérmelo sin morder? –susurré.

–Claro. Es solo que cuando pruebo tu sangre es como una gran apoteosis.

–¿Será casi igual de bueno sin sangre?

–Nunca puede ser tan bueno, pero no quiero debilitarte.

–Si no te importa… –dije con timidez–. Me lleva unos cuantos días recuperarme.

–He estado siendo egoísta… eres tan buena.

–Si estoy fuerte, será aún mejor–sugerí.

–Muéstrame lo fuerte que eres–dijo, provocándome.

–Ponte boca arriba. No estoy muy segura de cómo se hace esto, pero sé que otras parejas lo hacen.

Me puse a horcajadas sobre él y noté que se le aceleraba la respiración. Me alegré de que la habitación estuviese a oscuras. Fuera todavía diluviaba, y el destello de un relámpago me mostró sus ojos resplandecientes. Me ajusté poco a poco hasta lo que, confié, debía de ser la posición correcta, y lo conduje a mi interior. Tenía mucha fe en mi instinto, y desde luego, no me traicionó.

8

Estábamos juntos de nuevo y mis dudas quedaron amortiguadas, al menos por un tiempo, gracias al miedo que sentí al pensar que podía haberlo perdido. Bill y yo nos adaptamos a una complicada rutina.

Cuando me tocaba trabajar de noche, iba a casa de Bill después determinar el turno y solía pasar allí el resto de la noche. Si trabajaba de día, era Bill el que se venía a mi casa después del ocaso y veíamos la tele, íbamos al cine o jugábamos al Scrabble. Me veía obligada a descansar una noche de cada tres, o en su defecto Bill tenía que evitar morderme esas noches; de lo contrario empezaba a sentirme débil y desganada. Y siempre estaba presente el peligro de que Bill se alimentara demasiado de mí. Estuve trasegando vitaminas y hierro hasta que Bill se quejó del sabor. Entonces reduje el hierro.

Mientras yo dormía, Bill se dedicaba a otras cosas. A veces leía, otras vagaba al amparo de la noche, y en ocasiones salía y arreglaba el jardín bajo la luz de las farolas. Tal vez tomara sangre de otra persona, pero al menos lo mantuvo en secreto y lo hizo lejos de Bon Temps, que era lo que yo le había pedido. He dicho que esta rutina resultaba complicada, porque me daba la impresión de que aguardábamos algo. El incendio del nido de Monroe había enfurecido a Bill, pero creo que también lo asustó. Debe de ser terrible sentirse tan poderoso despierto y tan indefenso dormido. Los dos nos

preguntábamos si la opinión pública contra los vampiros amainaría ahora que los más molestos de la zona habían muerto.

Aunque Bill no dijo nada explícito, supe, por el curso que tomaban nuestras conversaciones de vez en cuando, que también le preocupaba mi seguridad con el asesino de Dawn, Maudette y mi abuela aún suelto.

Si la gente de Bon Temps y las ciudades de los alrededores pensó que quemar a los vampiros de Monroe tranquilizaría sus conciencias respecto a los asesinatos, estaban equivocados. Los informes de las autopsias de las tres víctimas aclararon por último que cuando murieron no les faltaba nada de sangre. Además, las marcas de mordiscos en Maudette y Dawn no solo tenían pinta de ser antiguas, sino que se demostró que así era. La causa de las muertes fue el estrangulamiento. Maudette y Dawn habían mantenido relaciones sexuales antes de morir. Y después.

Arlene, Charlsie y yo teníamos cuidado, por ejemplo al salir al estacionamiento solas, y siempre vigilábamos que nuestras casas siguieran bien cerradas antes de entrar en ellas. Tratábamos de fijarnos en qué coches podían seguirnos por la carretera.

Pero es complicado mantener esas precauciones; es un enorme peso para los nervios, y no me cabe duda de que las tres volvimos pronto a retomar nuestra rutina descuidada. Puede que fuese más comprensible en el caso de Arlene o el de Charlsie, porque no vivían solas, como las dos primeras víctimas; Arlene vivía con sus hijos (y con Rene Lenier de tanto en tanto) y Charlsie con su marido, Ralph. Yo era la única que vivía sola.

Jason venía albar casi cada noche, y se aseguraba de charlar siempre conmigo. Me di cuenta de que trataba de reparar la brecha que había entre nosotros, y respondí todo lo que pude. Pero Jason también bebía más, y su cama tenía tantas usuarias como unos baños públicos, aunque parecía abrigar fuertes sentimientos por Liz Barrett. Colaboramos con meticulosidad hasta resolver el tema de las herencias de la abuela y del tío Bartlett, aunque en ese caso él tenía más que ver con el asunto que yo: el tío Bartlett había dejado a Jason todo salvo mi dinero.

Una noche en la que se había tomado una cerveza de más, Jason me contó que había tenido que volver otras dos veces a la central de policía, y que lo estaban volviendo loco. Al fin había hablado con Sid Matt Lancaster, y este le había aconsejado que no volviera a la comisaría si no era en su compañía.

–¿Cómo es que siguen molestándote?–le pregunté–. Tiene que haber algo que no me hayas contado. Andy Bellefleur no ha acosado a nadie más, y sabemos que ni Dawn ni Maudette eran demasiado melindrosas respecto a quién se llevaban a la cama.

Jason pareció avergonzado. Nunca había visto a mi atractivo hermano mayor tan sonrojado.

–Películas –murmuró.

Me incliné para asegurarme de que lo había oído bien.

–¿Películas?–dije, incrédula.

–Shhh –chistó, pareciendo muy culpable–. Hacíamos películas.

Supongo que me sentí tan avergonzada como Jason. Hermana y hermano no tienen por qué saberlo todo el uno del otro.

Librodot

–Y les diste una copia –sugerí con timidez, tratando de adivinar lo tonto que había llegado a ser. Él miró en otra dirección, con aquellos confusos ojos azules titilando románticamente con las lágrimas–. Bobo–dije–, incluso teniendo en cuenta que no podías saber cómo iba a salir a la luz, ¿qué hubiera sucedido cuando decidieras casarte? ¿Y si uno de tus antiguos amores le envía una copia de vuestro pequeño tango a tu futura esposa?

–Gracias por hacer leña del árbol caído, hermanita.

Respiré hondo.

–Vale, vale. Has dejado de hacer esos vídeos, ¿verdad?

Asintió con énfasis. No lo creí.

–Y se lo has contado a Sid Matt, ¿verdad?

Asintió con menos convicción.

–¿Y crees que es por eso que Andy va tanto tras de ti?

–Sí–confirmó Jason malhumorado.

–Entonces, si comprueban tu semen y no coincide con el que estaba dentro de Maudette y de Dawn, estás a salvo –en ese momento yo parecía tan furtiva como mi hermano. Nunca antes habíamos hablado de muestras de semen.

–Eso es lo que dice Sid Matt. Pero no me fío de esas cosas.

Mi hermano no confiaba en la evidencia científica más fiable que se podía presentar ante un tribunal. Estupendo.

–¿Crees que Andy va a falsificar los resultados?

–No, Andy es un buen tipo, solo está haciendo su trabajo. Pero es que no sé nada de todo eso del ADN.

–No seas tonto –dije, y me alejé para llevar otra jarra de cerveza a cuatro chavales de Ruston, estudiantes universitarios que disfrutaban de una noche loca lejos de su hogar. Solo quedaba la esperanza de que Sid Matt Lancaster fuera bueno convenciendo a la gente. Volví a hablar una vez más con Jason antes de que se marchara del bar.

–¿Podrías ayudarme? –me preguntó, poniéndome una cara que me costó reconocer. Yo estaba junto a su mesa, y su cita de aquella noche había ido al servicio. Mi hermano nunca antes me había pedido ayuda.

–¿Cómo?

–¿Podrías leer la mente de los hombres que vienen aquí y descubrir si uno de ellos lo hizo?

–Eso no es tan sencillo como parece, Jason–respondí con lentitud, pensándolo mientras lo decía–. Para empezar, ese hombre tendría que estar pensando en su crimen mientras estuviera aquí, en el momento exacto en que yo le escuchara. Y además, no siempre recibo pensamientos claros. Con alguna gente es como escuchar la radio, puedo oírlo todo, pero con otros solo recibo una serie de impresiones sin vocalizar; es como oír a alguien hablar en sueños, ¿comprendes? Oyes que están hablando, puedes saber si están tristes o contentos, pero no logras identificar las palabras exactas. Y encima, a veces puedo oír un pensamiento pero no logro identificar su origen si hay mucha gente en la sala.

Jason me miró con intensidad. Era la primera vez que hablábamos abiertamente de mi discapacidad.

–¿Cómo evitas volverte loca?–me preguntó, sacudiendo la cabeza asombrado. Estaba a punto de tratar de explicarle cómo mantengo mis

protecciones, pero en ese momento Liz Barrett volvió a la mesa, con pintalabios fresco y emperifollada. Contemplé como Jason recobraba su personaje de Don Juan como quien se envuelve en un pesado abrigo, y lamenté no haber podido hablar más con él cuando tenía su verdadera personalidad.

Aquella noche, mientras los empleados nos preparábamos para salir, Arlene me pidió que le hiciera de canguro la noche siguiente. Las dos teníamos el día libre, y ella quería ir a Shreveport con Rene para ver una peli y cenar después.

–¡Claro! –le dije–. Hace mucho que no me quedo con los niños.

De repente se le demudó el rostro y se giró un poco hacia mí. Abrió la boca pero se lo pensó dos veces antes de hablar, y entonces dijo:

–¿Estará… eh… estará Bill allí?

–Sí, tenemos planeado ver una película. Iba a pasarme mañana por la mañana por el videoclub, pero cogeré algo que puedan ver los críos.–De repente me di cuenta de lo que quería decir–. Espera. ¿Quieres decir que no quieres dejarme a los niños si Bill va a estar allí?–Noté que cerraba los ojos hasta dejar solo unas rendijas y que mi tono de voz caía hasta su registro de mayor furia.

–Sookie –dijo con expresión de impotencia–, cariño, te quiero mucho. Pero no puedes entenderlo, no eres madre. No puedo dejar a mis hijos con un vampiro. No puedo.

–¿Y no importa que yo también esté allí y que también quiera mucho a tus hijos? ¿Ni que Bill no haría daño a un niño ni en un millón de años?–Me colgué el bolso del hombro y salía grandes zancadas por la puerta trasera, dejando allí a Arlene con aspecto preocupado. ¡Se merecía sentirse mal, vaya que sí!

Para cuando llegué a la carretera rumbo a casa ya me encontraba algo más calmada, pero aún me irritaba. Me sentía preocupada por Jason, ofendida por Arlene y distante de modo casi permanente con Sam, que llevaba unos días actuando como si fuéramos simples conocidos. Pensé en ir a mi casa en vez de a la de Bill, y decidí que era buena idea.

Muestra de lo mucho que él se preocupaba por mí es que estuviera en mi puerta apenas quince minutos después de que me esperara frente a la suya.

–No has venido, y tampoco me has llamado –dijo en voz baja cuando abrí la puerta.

–Estoy de mal humor –respondí–, de muy malo.

Fue sabio y mantuvo las distancias.

–Siento haberte preocupado –dije tras un instante–, no volveré a hacerlo. –Me alejé de él en dirección a la cocina. Me siguió, o al menos supuse que lo hacía. Era tan silencioso que no podías estar segura hasta que mirabas.

Se recostó contra el marco de la puerta mientras yo permanecía en el centro del suelo de la cocina, preguntándome para qué había ido allí y notando que la oleada de furia me ahogaba. Empezaba a sentirme de nuevo harta de todo aquello. Tenía muchas ganas de tirar algo, de romper alguna cosa, pero no me habían educado para que ahora diera rienda suelta a

Librodot

impulsos destructivos como aquel. Lo contuve, cerrando con fuerza los párpados y apretando los puños.

–Voy a cavar un hoyo–dije, y salí por la puerta de atrás. Abrí la puerta del cobertizo, saqué la pala y me lancé a la parte posterior del jardín. Allí había una parcela de tierra en la que nunca había crecido nada, no sé por qué. Clavé la pala, empujé con el pie y saqué un buen trozo de tierra. Continué y el montón de tierra se hizo cada vez más alto, a la vez que más profundo el agujero.

–Tengo excelentes músculos en los brazos y los hombros dije, mientras descansaba apoyada en la pala y resollaba. Bill estaba sentado en una silla de jardín, mirando. No dijo ni una palabra.

Seguí cavando.

Al final, obtuve un agujero realmente hermoso.

–¿Vas a enterrar algo?–me preguntó cuando dedujo que había terminado.

–No. –Contemplé la cavidad en el suelo–. Voy a plantar un árbol.

–¿De qué tipo?

–Una encina –dije sin pensarlo.

–¿Y dónde vas a conseguir una?

–En el vivero. Iré esta semana.

–Tardan mucho en crecer.

–¿Y a ti que más te da eso? –estallé. Volví a dejar la pala en el cobertizo y me apoyé en él, agotada de repente. Bill hizo gesto de recogerme–. Soy una mujer adulta –ladré–. Puedo entrar en casa por mi propio pie.

–¿Te he hecho algo? –preguntó Bill. Había muy poco amor en su voz, y logró pararme en seco. Ya me había auto compadecido bastante.

–Mis disculpas –dije–, de nuevo.

–¿Qué te ha puesto tan furiosa?

No podía contarle lo de Arlene.

–Bill, ¿qué haces cuando te pones furioso?

–Hago pedazos un árbol. En ocasiones hiero a alguien.

Comparado con eso, cavar un agujero no parecía tan malo. Incluso podía considerarse constructivo. Pero todavía estaba tensa, solo que ahora se parecía más a un temblor sutil que a un aullido de alta frecuencia. Miré a mi alrededor incansable en busca de algo que hacer. Bill pareció interpretar correctamente los síntomas.

–Haz el amor –sugirió–. Haz el amor conmigo.

–No estoy del humor adecuado para el sexo.

–Deja que intente persuadirte.

Resultó que fue capaz.

Al menos sirvió para barrer el exceso de energía de la furia, pero aún quedó un residuo de tristeza que el sexo no podía curar. Arlene había herido mis sentimientos. Miré al vacío mientras Bill me hacía una trenza, un pasatiempo que en apariencia le resultaba relajante. De vez en cuando me sentía como si fuera su muñeca.

–Jason ha estado esta noche en el bar–le conté.

–¿Qué quería?

A veces Bill era demasiado listo interpretando a las personas.

–Apeló a mis poderes mentales. Quería que sondeara las mentes de los hombres que vienen al bar hasta encontrar al asesino.

–Salvo por unas cuantas decenas de defectos, no es tan mala idea.

–¿Tú crees?

–Tanto tu hermano como yo nos libraríamos de las sospechas si el asesino está entre rejas. Y tú estarías a salvo.

–Eso es verdad, pero no sé cómo abordarlo. Sería duro, doloroso y aburrido, tener que vadear toda esa información tratando de encontrar un pequeño detalle, un destello mental.

–No sería más doloroso ni duro que ser sospechoso de asesinato. Lo que ocurre es que te has acostumbrado a mantener tu don encerrado.

–¿Eso piensas?–Comencé a girarme para mirarle a la cara, pero él me retuvo para poder acabar la trenza. Nunca había considerado que mantenerme fuera de las cabezas de los demás pudiera ser egoísta, pero en este caso tal vez lo fuera. Tendría que invadir mucha privacidad.

–Un detective– murmuré, tratando de verme bajo un enfoque más atrayente que el de una simple entrometida.

–Sookie –dijo Bill, y algo en su voz me obligó a prestarle atención–, Eric me ha pedido que vuelva a llevarte a Shreveport.

Tardé un segundo en recordar quién era Eric.

–Ah, ¿el enorme vampiro vikingo?

–El vampiro muy anciano–precisó Bill.

–¿Quieres decir que te ha ordenado que me lleves?–No me gustaba nada cómo sonaba aquello. Yo estaba sentada en el borde de la cama, con Bill detrás de mí, y ahora sí que me giré para mirarle a la cara. Esta vez no me lo impidió. Lo observé, descubriendo algo en su expresión que me era desconocido–. Tienes que hacerlo– exclamé horrorizada. No podía imaginarme a nadie dándole una orden a Bill–. Pero cariño, no quiero ver a Eric.

Comprendí que eso no suponía ninguna diferencia.

–¿Quién se cree que es, el capo de los vampiros?–pregunté furiosa e incrédula–. ¿Te ha hecho una oferta que no has podido rechazar?

–Es mayor que yo. Y lo que es más importante, es más fuerte.

–Nadie es más fuerte que tú–afirmé con tenacidad.

–Ojalá eso fuese cierto.

–¿Así que es el jefe de la Región Vampírica Diez o algo así?

–Sí, algo así.

Bill siempre había sido muy discreto respecto a cómo organizaban los vampiros sus asuntos. Eso no había supuesto ningún problema para mí, hasta ese momento.

–¿Qué es lo que quiere? ¿Qué pasará si no voy?

Bill ignoró la primera pregunta.

–Enviará a alguien, a varios, para traerte.

–Otros vampiros.

–Sí. –Los ojos de Bill resultaban indescifrables y destacaban, castaños y profundos.

Traté de pensar detenidamente en ello. No estaba acostumbrada a que me dieran órdenes, ni a no tener ninguna elección. A mi corta mente le costó varios minutos evaluar la situación.

–Entonces, ¿te sentirías obligado a luchar contra ellos?

–Por supuesto. Eres mía.

Otra vez aquel "mía". Parecía que lo decía enserio. Me dieron ganas de gritar, pero supe que no serviría de nada.

–Supongo que tendré que ir –dije, tratando de no sonar molesta–. Esto es un chantaje en toda regla.

–Sookie, los vampiros no son como los humanos. Eric recurre al mejor método a su disposición para conseguir su objetivo, que es tenerte en Shreveport. No ha necesitado explicármelo, lo he comprendido.

–Bueno, yo también lo comprendo, pero lo odio. ¡Estoy entre la espada y la pared! Además, ¿qué es lo que quiere de mí? –Me vino a la cabeza la respuesta obvia, y miré a Bill aterrada–. ¡Oh, no, no haré eso!

–No tendrá sexo contigo ni te morderá, no sin matarme antes. –El reluciente rostro de Bill perdió todo vestigio de familiaridad y pasó a ser harto inhumano.

–Y él lo sabe–dije con timidez–, así que debe de haber otra razón para que me quiera en Shreveport.

–Sí –coincidió Bill–, pero no sé cuál.

–Bueno, si no tiene que ver con mis encantos físicos o la poco habitual exquisitez de mi sangre, debe de ser por mi… pequeña rareza.

–Tu don.

–Claro –dije, con el sarcasmo rezumando en mi voz–. Mi precioso don. –Toda la furia que pensé que me había quitado de encima regresó para aplastarme como un gorila de doscientos kilos. Y tenía un miedo mortal. Me pregunté cómo se sentiría Bill; me daba incluso pánico preguntárselo. En vez de eso pregunté:

–¿Cuándo?

–Mañana por la noche.

–Supongo que estos son los gajes de las relaciones no tradicionales.– Contemplé por encima de su hombro el dibujo del empapelado que escogió mi abuela diez años atrás. Me prometí que si salía viva de aquello volvería a empapelar la casa.

–Te amo–su voz no era más que un susurro. Aquello no era culpa de Bill.

–Yo también te amo –dije. Tuve que contenerme para no suplicarle, para no decirle "Por favor, no dejes que el vampiro malo me haga daño, no dejes que me viole". Si yo estaba entre la espada y la pared, Bill aún lo estaba más. No pude ni imaginarme el autocontrol que debía estar empleando. A no ser que de verdad estuviera tranquilo. ¿Podía un vampiro enfrentarse al dolor y a la indefensión sin sufrir ningún trastorno?

Estudié su rostro, los famosos rasgos pálidos y su blanco cutis, los oscuros arcos de sus cejas y la orgullosa línea de su nariz. Me fijé en que sus colmillos solo asomaban una pizca, y yo sabía que la rabia y la lujuria hacían que se desplegaran por completo.

–Esta noche –dijo–, Sookie… –me indicó con las manos que me tendiera junto a él.

–¿Qué?

–Esta noche creo que deberías beber de mí.

Puse cara de asco.

–¡Agg! ¿No necesitarás toda tu fuerza para mañana por la noche? No estoy herida.

–¿Cómo te has sentido desde que bebiste de mí? ¿Desde que puse mi sangre en tu interior?

Reflexioné.

–Bien –tuve que admitir.

–¿Has estado enferma?

–No, pero de todos modos casi nunca lo estoy.

–¿Has notado que tenías más energía?

–¡Solo cuando no me la estabas robando tú! –dije con amargura, pero noté que los labios se me curvaban formando una pequeña sonrisa.

–¿Eres más fuerte?

–Yo… sí, supongo que sí. –Me di cuenta por vez primera de lo extraordinario que había sido que trasladar yo sola un sillón nuevo la semana anterior.

–¿Te ha sido más fácil controlar tu poder?

–Sí. Eso sí lo he notado –lo había achacado a mi mayor relajación.

–Si ahora bebes de mí, mañana por la noche tendrás más recursos.

–Pero tú estarás más débil.

–Si no tomas mucho, me recuperaré durante el día mientras duerma. Y puede que encuentre a otra persona de la que beber mañana por la noche, antes de que salgamos para allá.

Mi rostro expresó mi dolor. Sospechar que lo hacía y saberlo eran dos cosas muy distintas.

–Sookie, es por nosotros. Nada de sexo con ninguna otra persona, te lo prometo.

–¿De veras crees que esto es necesario?

–Puede serlo. Al menos útil, y necesitamos toda la ayuda que podamos conseguir.

–Oh, está bien. ¿Cómo lo hacemos? –Solo conservaba recuerdos confusos de la noche de la paliza, por suerte.

Me miró con socarronería. Tuve la impresión de que le hacía gracia.

–¿No estás excitada, Sookie?

–¿Por beber tu sangre? Discúlpame, pero eso no me pone.

Sacudió la cabeza, como si no pudiera comprenderlo.

–Se me olvidaba–se limitó a decir–, se me olvida que no tiene por qué ser así. ¿Prefieres cuello, muñeca o ingle?

–Ingle no–dije rápidamente–. No sé, Bill, qué asco. Como tú prefieras.

–Cuello –decidió él–. Ponte encima de mí, Sookie.

–Eso es como el sexo.

–Es la manera más sencilla.

Así que me puse a horcajadas sobre él y descendí poco a poco. Daba una sensación curiosa; era una postura que solo usábamos para hacer el amor.

–Muerde, Sookie–susurró.

–¡No puedo hacerlo!–protesté.

–Muerde o tendré que usar un cuchillo.

–Mis dientes no son afilados como los tuyos.

–Son lo bastante afilados.

–Te haré daño.

Él rió en silencio, sentí que su pecho se movía debajo de mí.

–Maldita sea. –Tomé aliento y haciendo de tripas corazón le mordí el cuello. Me lancé a fondo porque no tenía sentido alargar aquello. El sabor metálico de la sangre me llenó la boca. Bill gruñó suavemente y sus manos acariciaron mi espalda y bajaron por ella. Sus dedos me encontraron.

Di un respingo de sorpresa.

–Bebe –dijo con voz entrecortada, y yo chupé con fuerza. Volvió a gemir, más alto, y sentí que se apretaba contra mí. Una pequeña oleada de locura me recorrió y me pegué a él como una lapa. Él me penetró y comenzó a moverse. Sus manos me aferraban las caderas. Bebí y tuve visiones; visiones sobre un fondo negro de formas blancas que emergían del suelo e iban a cazar, la excitación de la persecución a través de los bosques, la presa jadeando por delante y la excitación de su miedo. Cacería, las piernas a toda velocidad, escuchando el retumbar de la sangre a través de las venas del perseguido...

Bill hizo un ruido profundo con su pecho y se liberó en mi interior. Aparté la cabeza de su cuello y un torrente de placer me llevó hasta el océano.

Eso fue bastante exótico para una camarera telépata del norte de Luisiana.

9

Al anochecer del día siguiente me preparé para salir. Bill me había avisado de que iría a alimentarse antes de que partiéramos, y aunque la idea me entristecía, había de reconocer que tenía sentido. También había estado en lo cierto respecto a cómo me sentiría después de mi pequeño suplemento vitamínico informal de la noche anterior. Me encontraba genial: muy fuerte, muy alerta, muy astuta y, por extraño que suene, también muy guapa.

¿Qué me iba a poner para mi pequeña entrevista con el vampiro? No quería que pareciera que trataba de resultar sexy, pero tampoco tenía intención de hacerme pasar por una tonta del bote poniéndome un saco de arpillera sin forma. La respuesta parecía estar en los tejanos azules, como casi siempre. Me puse unas sandalias blancas y una camiseta de cuello amplio. No la había llevado desde que empecé a salir con Bill, porque dejaba ver las marcas de mordiscos, pero pensé que aquella noche no estaba de más reafirmar su "propiedad" sobre mí. Recordé que aquella vez un policía me comprobó el cuello, así que metí una bufanda en el bolso. Me lo pensé mejor y añadí un collar de plata. Me cepillé el pelo, que parecía bastante más rubio, y me lo dejé suelto sobre la espalda.

Justo cuando ya no podía quitarme de la cabeza la imagen de Bill junto a otra persona, llamó a la puerta. Abrí y nos quedamos mirándonos el uno al otro durante un minuto. Sus labios estaban menos pálidos de lo normal, así que lo había hecho. Me mordí los míos para no decir nada.

–Estás distinta.

–¿Crees que alguien más se dará cuenta? –confié en que no fuese así.

–No lo sé. –Me ofreció su mano y fuimos hacia su coche. Me abrió la portezuela y me rocé con él al entrar. Me quedé paralizada.

–¿Qué ocurre? –preguntó al darse cuenta de mi reacción.

–Nada –respondí, tratando de mantener un tono sereno. Me acomodé en el asiento del copiloto y miré fijamente al frente.

Me dije que era como ponerse furiosa con la vaca de la que se hubiera comido una hamburguesa. Pero de algún modo no me salía la sonrisa.

–Hueles diferente –dije cuando ya llevábamos varios minutos en la autopista. El coche prosiguió su marcha varios minutos más, sin que dijéramos palabra.

–Ahora sabes cómo me sentiré si Eric te toca –me respondió–. Pero será peor, porque Eric disfrutará tocándote, y yo no he disfrutado mucho de mi cena.

Me supuse que eso no era del todo cierto: a mí, por ejemplo, me gusta comer aunque no me sirvan mi comida favorita. Pero apreciaba la intención.

No hablamos mucho; los dos estábamos preocupados por lo que nos esperaba. Demasiado pronto estábamos otra vez estacionando junto al Fangtasía, pero esta vez por detrás. En cuanto Bill me abrió la puerta del coche tuve que contener un impulso de agarrarme al asiento y negarme a salir. Cuando logré obligarme a ello, sentí otro intenso deseo de esconderme detrás de Bill. Di una especie de jadeo, me cogí de su brazo y caminamos juntos hacia la puerta, como una pareja que acude a una fiesta que aguardaba con entusiasmo. Bill me estudió con aprobación. Me dieron ganas de ponerle mala cara.

Llamó a la puerta de metal con las letras de FANGTASIA grabadas en ella. Nos encontrábamos en un callejón de servicio y traslado de mercancías que recorría por detrás todas las tiendas de la pequeña galería comercial. Había otros coches allí estacionados, entre ellos el deportivo descapotable rojo de Eric. Todos los vehículos eran caros; no verás a un vampiro en un Ford Fiesta.

La llamada de Bill consistió en tres golpes rápidos y dos espaciados. La Llamada Secreta de los Vampiros, supuse. Tal vez llegara a aprender el Apretón de Manos Secreto.

Nos abrió aquella preciosa vampira rubia, la que había estado en la mesa con Eric la otra vez que fui al bar. Se apartó para permitirnos el paso, sin decir palabra.

Si Bill hubiese sido humano, se habría quejado de lo fuerte que le apretaba la mano.

La mujer nos precedió con más velocidad de la que podían seguir mis ojos, y echamos a andar detrás de ella. Bill, por supuesto, no se sorprendió en absoluto. Nos guió a través de un almacén con un parecido desconcertante al de Merlotte's, y luego hasta un estrecho pasillo. Cruzamos la puerta de la derecha.

Era una sala pequeña, y la presencia de Eric la dominaba. No es que Bill se arrodillara a besar su anillo, pero hizo una inclinación bastante pronunciada. Había otro vampiro en la habitación: Sombra Larga, el camarero. Estaba en buena forma, con una camiseta de tirantes y pantalones de deporte, ambas prendas de color verde oscuro.

–Bill, Sookie –nos saludó Eric–. Ya conocéis a Sombra Larga. Y, Sookie, recordarás a Pam–Pam era la rubia–. Y este es Bruce.

Bruce era humano, el humano más aterrado que jamás haya visto. Sentí simpatía por él. Era de mediana edad y barrigudo, con escaso pelo oscuro que se curvaba en ondulaciones fijas sobre su cuero cabelludo. Era de mejillas caídas y boca pequeña. Llevaba puesto un traje bonito, de color beige, con camisa blanca y corbata a rayas de colores marrón y azul marino. Sudaba mucho, y se sentaba en una sencilla silla rígida. Eric, por supuesto, estaba en el sillón del jefe. Pam y Sombra Larga se apoyaban contra la pared, cerca de Eric, junto a la puerta. Bill se colocó junto a ellos, pero cuando fui a ponerme a su lado, Eric volvió a hablar.

–Sookie, escucha a Bruce.

Me quedé mirando a Bruce un instante, esperando a que hablara, cuando al fin comprendí a qué se refería Eric.

–¿Qué estoy buscando exactamente? –pregunté, sabiendo que mi voz sonaba cortante.

–Alguien ha desfalcado unos sesenta mil dólares que eran nuestros –explicó Eric. Cielos, alguien tenía ganas de que lo mataran, pensé–. Y en vez de someter a todos nuestros empleados humanos a muerte o tortura, pensamos que quizá tú podrías mirar en sus mentes y decirnos quién ha sido.

Dijo "muerte o tortura" con tanta tranquilidad como otro diría "Bud u Old Milwaukee"[10]

–¿Y después qué harás?–pregunté. Eric pareció sorprendido. –El culpable nos devolverá el dinero –dijo con sencillez.

–¿Y entonces?

Entrecerró sus grandes ojos azules y clavó su mirada en mí.

–Bueno, si podemos lograr pruebas del delito, entregaremos al culpable a la policía –dijo con lentitud.

Mentira, mentira y tres veces mentira.

–Hagamos un trato, Eric–dije, sin molestarme en sonreír. La amabilidad no funcionaba con él, y no parecía dispuesto a saltarme encima. Todavía no. Sonrió condescendiente.

–¿De qué se trata, Sookie?

–Si de verdad entregas al culpable a la policía volveré a hacer esto para ti, siempre que quieras.

Eric arqueó una ceja.

–Sí, sé que es probable que vuelvas a necesitarlo. ¿Pero no sería mejor si accediera de manera voluntaria, si tuviéramos confianza el uno en el otro?–Empecé a sudar. No me podía creer que estuviera regateando con un vampiro.

Eric parecía estar pensando lo mismo. Y de repente estuve en su cabeza. Pensaba que podría obligarme a hacer lo que quisiera, siempre y en cualquier lugar, que para ello bastaba amenazar a Bill o a alguna persona a la que yo quisiera. Pero quería integrarse, seguir todo lo legal que pudiera, mantener sus relaciones humanas dentro de la honradez, o al menos todo lo honradas que pudieran ser en las relaciones entre humanos y vampiros. No quería matar a nadie si no era necesario.

[10] Dos marcas de cerveza corrientes, como decir "Mahou o Cruzcampo". N. del T

Fue como sumergirme de repente en un pozo de serpientes, de serpientes frías y letales. Solo fue un destello, un pedazo de su mente, por así decirlo, pero me mostró todo un nuevo mundo.

–Además –dije con rapidez, antes de que se diera cuenta de que había estado dentro de su cabeza–, ¿cómo estás tan seguro de que el ladrón es humano?

Pam y Sombra Larga se movieron de repente, pero Eric llenaba la sala con su presencia, y les indicó que se quedaran quietos.

–Esa es una idea interesante –dijo–. Pam y Sombra Larga son mis socios en el bar, y si ninguno de los humanos es culpable, supongo que tendremos que mirar hacia ellos.

–Solo era una idea–respondí con docilidad. Eric me miró con los glaciales ojos azules de un ser que apenas recuerda cómo era ser humano.

–Comienza ahora, con este hombre–ordenó.

Me arrodillé junto a la silla de Bruce, tratando de decidir cómo proceder. Nunca me había puesto a formalizar algo que básicamente correspondía al azar. Tocarlo ayudaría; el contacto directo facilita la transmisión, por así decirlo. Le cogí de la mano, pero descubrí que resultaba demasiado personal (y estaba demasiado sudada), así que le subí la manga de la chaqueta para sostenerle la muñeca. Miré dentro de sus pequeños ojos.

Yo no cogí el dinero; quién lo cogió, qué loco estúpido nos pondría a todos en un peligro como este, qué hará Lillian si me matan, y Bobby y Heather, porqué me metía trabajar con vampiros, es por pura avaricia, y ahora voy a pagarlo, Dios, nunca volveré a trabajar para estas criaturas de nuevo, cómo puede esta loca descubrir quién cogió el maldito dinero, por qué no me deja que me largue, qué es, debe de ser también una vampira, o una especie de demonio, sus ojos son muy extraños, debería haber descubierto antes que faltaba el dinero y averiguar quién se lo llevó antes de decirle nada a Eric…

–¿Has cogido tú el dinero?–dije, con aliento entrecortado, aunque estaba segura de que ya conocía la respuesta.

–No –gruñó Bruce. El sudor recorría su cara. Sus pensamientos, su reacción a la pregunta, confirmaron lo que ya había oído.

–¿Sabes quién lo hizo?

–Ojalá.

Me puse de pie y me giré hacia Eric sacudiendo la cabeza.

–No es él–dije.

Pam escoltó fuera al pobre Bruce y trajo al siguiente sospechoso. Se trataba de una camarera, vestida con delantal negro. Mostraba mucho escote y su pelo, harapiento y de color bermejo, le caía lacio por la espalda. Desde luego, trabajar en el Fangtasía tenía que ser un lujo para una colmillera, y las cicatrices que lucía aquella chica demostraban que disfrutaba de los incentivos laborales.

Tenía la suficiente seguridad en sí misma para sonreír a Eric y sentarse despreocupada y confiada en la silla de madera. Incluso cruzó las piernas a lo Sharon Stone (o eso creía ella). Se sorprendió de ver a un vampiro desconocido y a una mujer en la habitación, y yo no le agradé, aunque Bill hizo que se relamiera los labios.

Librodot

–Hola, dulzura–le dijo a Eric. Me quedó claro que no debía de tener nada de imaginación.

–Ginger, responde las preguntas de esta mujer–contestó Eric. Su voz era como un muro de piedra: lisa y sin fisuras.

Ginger pareció darse cuenta al fin de que era momento de ponerse serios. Cruzó los tobillos y se sentó con las manos encima de los muslos, poniendo cara circunspecta.

–Sí, amo –dijo. Me entraron ganas de vomitar.

Me hizo un gesto imperioso con la mano, como si dijera: "Adelante, compañera sirviente de los vampiros". Me incliné hacia su muñeca y ella me apartó la mano.

–No me toques –dijo, con una voz que era casi un siseo.

Fue una reacción tan exagerada que los vampiros se pusieron en tensión. Noté que el ambiente de la sala echaba chispas.

–Pam, sujeta a Ginger–ordenó Eric, y la vampira apareció silenciosa detrás de la silla de la chica, se inclinó y sujetó con las manos sus brazos por encima del codo. Quedó claro que Ginger se debatió un poco, porque agitó la cabeza, pero Pam sostuvo su torso con un abrazo que mantuvo el cuerpo de la chica inmóvil por completo. Mis dedos rodearon su muñeca.

–¿Has cogido tú el dinero?–pregunté, mirándola a sus ojos castaños, carentes de brillo.

Entonces gritó, con fuerza y durante un buen rato. Comenzó a maldecirme. Analicé el caos de su pequeño cerebro, era como tratar de caminar por un campo bombardeado.

–Sabe quién lo hizo–revelé a Eric. En ese momento Ginger se calló, aunque siguió sollozando–. No puede decir el nombre, le ha mordido. –Señalé las marcas del cuello de Ginger, como si se necesitara más demostración–. Es una especie de compulsión –informé después de intentarlo de nuevo–. Ni siquiera puede hacerse una imagen de él.

–Hipnosis –comentó Pam. Su proximidad a la asustada chica había hecho que le asomaran los colmillos–. Un vampiro fuerte.

–Traed a su mejor amiga –sugerí.

Para entonces Ginger temblaba como una hoja, y los pensamientos que tenía prohibidos pugnaban por salir de su confinamiento.

–¿Debe quedarse o irse? –me preguntó Pam.

–Que se vaya. Solo asustará a los demás.

Estaba tan metida en aquello, tan dedicada a usar abiertamente mi extraña habilidad, que no miré a Bill. Me dio la impresión de que si lo miraba me debilitaría. Pero sabía que estaba allí, que él y Sombra Larga no se habían movido desde que comenzara el interrogatorio.

Pam tiró de Ginger y se la llevó. No sé lo que hizo con la camarera, pero regresó con otra vestida con la misma clase de atuendo. El nombre de esta era Belinda, y era mayor y más lista. Belinda tenía gafas, pelo castaño, y el mohín de la boca más sexy que nunca haya visto.

–Belinda, ¿a qué vampiro ha estado viendo Ginger? – preguntó Eric con suavidad, una vez Belinda estuvo sentada y yo la había cogido de la muñeca. La camarera tuvo el sentido común de aceptar con tranquilidad el procedimiento, y la inteligencia necesaria para darse cuenta de que debía ser honesta.

–A cualquiera que quiera tenerla –dijo Belinda con franqueza.

Vi una imagen en la mente de Belinda, pero debía pensar en su nombre.

–¿Cuál de aquí?–pregunté de repente, y entonces obtuve el nombre. Mis ojos lo buscaron en la esquina antes de poder abrir la boca, y de repente Sombra Larga estuvo sobre mí, lanzándose por encima de la silla en la que se sentaba Belinda para aterrizar encima de mí, que estaba delante. Me derribó de espaldas sobre el escritorio de Eric, y solo al interponer los brazos evité que sus dientes se clavaran en mi garganta y la desgarraran. Me mordió salvajemente el antebrazo y grité, o al menos lo intenté, pero me quedaba tan poco aire después del impacto que se pareció más a un jadeo de asfixia.

Solo era consciente de la pesada figura que tenía encima y del dolor de mi brazo. Y de mi terror. Cuando me atacaron los Ratas, no temí que me fueran a matar hasta que casi fue demasiado tarde, pero en esta ocasión comprendí que, para evitar que su nombre saliera de mis labios, Sombra Larga estaba dispuesto a

matarme al instante. Cuando oí aquel terrible sonido y noté que su cuerpo se apretaba aún con más fuerza contra el mío, no tuve ni idea de lo que significaba. Pude ver sus ojos por encima de mi brazo. Eran amplios, castaños, enloquecidos, gélidos. De repente se desenfocaron y perdieron fuerza. Brotó sangre de su boca, sangre que me bañó el brazo; se me metió en la boca abierta y me dieron arcadas. Sus colmillos se aflojaron y su rostro cayó inerte. Comenzó a arrugarse; sus ojos se convirtieron en charcos gelatinosos. Manojos de su denso pelo negro cayeron sobre mi cara.

Yo estaba conmocionada, incapaz por completo de moverme. Unas manos me cogieron de los hombros y comenzaron a sacarme de debajo del cuerpo en descomposición. Empujé con los pies para salir más rápido.

El proceso no desprendió ningún olor, pero estaba la mugre, negra y dispersa, y el terrible horror y asco de contemplar a Sombra Larga deshacerse a increíble velocidad. Una estaca le asomaba de la espalda. Eric lo contemplaba, como todos, pero él sostenía un mazo en la mano. Bill estaba detrás de mí, era el que me había sacado de debajo del indio. Pam se encontraba junto a la puerta, sosteniendo con una mano el brazo de Belinda. La camarera parecía tan asustada como debía de estarlo yo.

Incluso la mugre comenzó a deshacerse en humo. Nos quedamos inmóviles hasta que la última voluta desapareció. En la alfombra quedó una especie de marca chamuscada.

–Tendrás que comprarte una alfombra–dije, sin venir en absoluto a cuento.

–Tienes sangre en la boca –mencionó Eric. Todos los vampiros tenían los colmillos desplegados en toda su longitud. Se habían excitado bastante.

–Ha sangrado encima mío.

–¿Se te ha colado algo por la garganta?

–Es probable. ¿Qué significa?

–Eso está por ver–dijo Pam. Su voz resultaba siniestra y ronca. Estudiaba a Belinda de una manera que a mí me hubiera puesto muy nerviosa, pero curiosamente ella parecía sentirse orgullosa de la atención–. Por lo general– añadió la vampira, con los ojos puestos sobre los sensuales

Librodot

labios de Belindasomos –nosotros los que bebemos de los humanos, no al revés.

Eric me contemplaba con interés, la misma clase de interés que tenía Pam por Belinda.

–¿Cómo ves ahora las cosas, Sookie? –preguntó, con una voz tan amable que nadie se creería que acababa de ejecutar a un viejo amigo.

¿Que cómo me parecían ahora las cosas? Más brillantes. Los sonidos resultaban más claros y podía oír mejor. Quería girarme y mirar a Bill, pero me daba miedo apartar los ojos de Eric.

–Bueno, supongo que Bill y yo tendremos que irnos ya – dije, como sino fuera posible otra cosa–. He hecho eso por ti, Eric, y ahora tenemos que irnos. Sin represalias contra Ginger, Belinda y Bruce, ¿de acuerdo? Era lo acordado. –Comencé a dirigirme hacia la puerta con una seguridad que estaba lejos de sentir–. Supongo que tendrás que ver cómo va el bar, ¿no? ¿Quién está preparando esta noche las bebidas?

–Tenemos un sustituto –dijo Eric distraído, sin que sus ojos se apartaran en ningún momento de mi cuello–. Hueles diferente, Sookie– murmuró dando un paso hacia nosotros.

–Bueno, no olvides que tenemos un trato, Eric–le recordé, con una sonrisa amplia y tensa y con un tono lleno de alegría–. Bill y yo nos vamos ya a casa, ¿verdad?

Me arriesgué a echar un vistazo atrás, hacia Bill: se me cayó el alma a los pies. Tenía los ojos muy abiertos, sin parpadear, y sus labios formaban una sonrisa silenciosa que dejaba a la vista sus colmillos extendidos. Sus pupilas estaban muy dilatadas. Contemplaba a Eric.

–Pam, deja paso libre –dije con suavidad pero firmeza. Cuando Pam se distrajo de su propia sed de sangre, evaluó la situación con un solo vistazo. Abrió de par en par la puerta del despacho y empujó a Belinda a través de ella. Luego se echó a un lado para hacernos salir.–Llama a Ginger–sugerí, y el sentido de mis palabras penetró la nube de deseo de Pam.

–Ginger–llamó con voz ronca. La rubia apareció corriendo desde otra puerta del pasillo–. Eric te desea–le explicó.

El rostro de Ginger se iluminó como si tuviera una cita con David Duchovny, y estuvo en la sala frotándose contra Eric casi con tanta velocidad como hubiera podido hacerlo un vampiro. Como si se hubiera despertado de un hechizo, Eric bajó la mirada hacia Ginger al tiempo que ella recorría su pecho con las manos. Mientras se inclinaba para besarla, me miró por encima de la chica.

–Volveré a verte –dijo, y yo tiré de Bill para salir de allí cuanto antes. Él no quería irse, era como empujar un tronco. Pero una vez nos encontramos ya en el pasillo, pareció ser más consciente de la necesidad de largarnos de allí, y corrimos fuera del Fangtasía hasta su coche.

Me miré. Estaba manchada de sangre y con la ropa arrugada, y tenía un olor raro. Qué asco. Me volví hacia Bill para compartir mi repugnancia, pero él me miraba de un modo inconfundible.

–No –dije enérgicamente–. Arranca este coche y salgamos de aquí antes de que suceda nada más, Bill Compton. Te lo digo así de claro. No estoy de humor.

Se inclinó por encima del asiento hacia mí, con las manos agarrándome antes de que pudiera decir nada más. Su boca estuvo sobre la mía, y en apenas un segundo comenzó a lamer la sangre de mi cara.

Estaba muy asustada, y también muy furiosa. Lo agarré de las orejas y alejé su cabeza de la mía recurriendo hasta al último gramo de fuerza que me quedaba en el cuerpo, que resultó ser más de lo que yo pensaba. Sus ojos seguían siendo como cavernas con fantasmas acechando en la profundidad.

–¡Bill! –grité. Lo sacudí–. ¡Quítatelo de encima!

Poco a poco su personalidad regresó a sus ojos. Se estremeció y soltó un suspiro, tras lo que me besó con suavidad en los labios.

–Vale, ¿podemos irnos ya a casa? –pregunté, avergonzada de que mi voz sonara tan temblorosa.

–Claro –dijo. Él tampoco pareció muy firme.

–¿Ha sido como cuando los tiburones huelen sangre? –le pregunté tras quince minutos al volante, ya casi fuera de Shreveport.

–Buena analogía.

No necesitaba disculparse: había hecho lo que la naturaleza le dictaba, al menos la naturaleza de los vampiros, y tampoco le preocupaba. Pero a mí sí que me hubiera gustado oír una disculpa.

–Entonces, ¿estoy metida en un lío? –pregunté por último. Eran las dos de la mañana y descubrí que el tema no me preocupaba tanto como debería.

–Eric te tomará la palabra –respondió Bill–. En cuanto a si te dejará en paz en sentido personal, no lo sé. Ojalá... –pero su voz se desvaneció. Era la primera vez que oía a Bill desear algo.

–Sesenta mil dólares no debe de ser mucho dinero para un vampiro –observé– Todos parecéis tener un montón de pasta.

–Los vampiros roban a sus víctimas, por supuesto –dijo Bill con tono práctico–. Al principio cogemos el dinero del cadáver. Después, cuando tenemos más experiencia, podemos ejercer el control necesario para persuadir a un humano para que nos dé dinero por su propia voluntad y después olvide que lo ha hecho. Algunos contratan administradores, otros se meten en el mercado inmobiliario y otros viven de los intereses de sus inversiones. Eric y Pam montaron juntos el bar. Eric aportó casi todo el dinero, y Pam el resto. Conocían a Sombra Larga desde hace cien años, y lo contrataron para que fuera el camarero. Él los ha traicionado.

–¿Y por qué iba a robarles?

–Debía de tener alguna aventura comercial para la que necesitara el capital–explicó Bill distraído–. Y estaba en una posición integrada; no podía limitarse a matar al director de un banco después de hipnotizarlo y persuadirlo para que le entregara el dinero. Así que lo cogió de Eric.

–Pero, ¿Eric no se lo habría prestado?

–Si Sombra Larga no hubiera sido demasiado orgulloso para pedirlo, sí –respondió Bill.

Hubo otro prolongado silencio. Por último dije:

–Siempre he pensado que los vampiros son más listos que los humanos, pero no es así, ¿eh?

–No siempre–reconoció.

Librodot

Cuando alcanzamos las afueras de Bon Temps, le pedí a Bill que me dejara en casa. Me miró de reojo, pero no dijo nada. Puede que, después de todo, los vampiros sí fueran más listos que los humanos.

10

Al día siguiente, mientras me preparaba para salir hacia el trabajo, me di cuenta de que estaba harta de vampiros para una buena temporada. Incluso de Bill. Ya me tocaba recordar que era humana.

El problema es que no podía pasar por alto que era una humana modificada.

No era nada serio. Después de la primera dosis de sangre de Bill, la noche que los Ratas me golpearon, me sentí sanada, saludable, fuerte. Pero no era una diferencia marcada. Puede que más… bueno, sexy.

Después del segundo trago de sangre me noté fuerte de verdad, y fui más valiente porque tenía más seguridad en mí misma. Tuve mas confianza en mi sexualidad y su poder. Estaba claro que había manejado mi discapacidad con más aplomo y aptitud que antes.

Entonces ingerí por accidente la sangre de Sombra Larga. A la mañana siguiente, cuando me miré en el espejo, tenía los dientes más blancos y afilados, el pelo más claro y vital, y los ojos más brillantes. Parecía la chica de un cartel para una buena higiene o de alguna campaña de salud, como tomar vitaminas o beber leche. El salvaje mordisco de mi brazo (la última señal de Sombra Larga sobre la tierra, reflexioné) no estaba curado del todo, pero andaba en camino.

En ese momento se me volcó el bolso al cogerlo, y las monedas rodaron por debajo del sofá. Levanté el extremo del sofá con una mano mientras con la otra recogía las monedas.

Guau.

Me enderecé y respiré hondo. Al menos el sol no me hacía daño a los ojos y no me entraban ganas de morder al primero que veía. Disfruté de la tostada del desayuno y no me apetecía la salsa de tomate. No me estaba convirtiendo en una vampira. ¿Tal vez fuera una especie de humana mejorada?

Desde luego, mi vida era mucho más sencilla cuando no salía con nadie.

Cuando llegué a Merlotte's todo estaba listo salvo las rodajas de limón y lima. Solemos servir la fruta tanto con los cócteles como con el té, así que cogí la madera para cortar y un cuchillo afilado. Mientras sacaba los limones del frigorífico grande me encontré con Lafayette, que estaba abrochándose el delantal.

–¿Te has aclarado el pelo, Sookie?

Negué con la cabeza. Bajo la cubierta del delantal blanco, Lafayette era una auténtica sinfonía de color. Llevaba una camiseta fucsia de tirantes finos, vaqueros de color púrpura oscuro, chancletas rojas y una sombra de ojos más o menos frambuesa.

–Pues parece más claro–dijo con escepticismo, arqueando sus cejas depiladas.

–He estado mucho al sol–le aseguré.

Dawn nunca se había llevado bien con Lafayette, tal vez porque era negro o tal vez porque era gay, no lo sé... Quizá por ambas cosas. Arlene y Charlsie se limitaban a aceptarlo, pero no se esforzaban por ser especialmente amables con él. Pero a mí siempre me había caído bien, porque debía de tener una vida dura y sin embargo la llevaba con entusiasmo y humor.

Miré la madera de cortar. Todos los limones estaban en cuartos, todas las limas en rodajas. Mi mano sostenía el cuchillo y estaba manchada de los jugos: lo había hecho sin darme cuenta. En unos treinta segundos. Cerré los ojos. Dios mío.

Cuando los volví a abrir, Lafayette pasaba la mirada de mi rostro a mis manos.

–Dime que no he visto eso, amiga –sugirió.

–No lo has visto –dije. Me sorprendió comprobar que mi voz resultaba serena y equilibrada–. Discúlpame, tengo que llevarme esto. –Puse la fruta en contenedores separados dentro de la nevera portátil que hay detrás de la barra, donde Sam guarda la cerveza. Cuando cerré la puerta descubrí que Sam estaba junto a mí, cruzado de brazos. No parecía muy contento.

–¿Estás bien? –preguntó. Sus brillantes ojos azules me analizaron de arriba abajo–. ¿Te has hecho algo en el pelo? – dijo, no muy convencido.

Reí. Me di cuenta de que mi protección mental se había activado sin dificultad, que no tenía por qué ser un proceso doloroso.

–He estado al sol –respondí.

–¿Qué te ha pasado en el brazo?

Me miré el antebrazo derecho. Había tapado el mordisco con un vendaje.

–Me mordió un perro.

–Le habrán sacrificado, ¿no?

–Por supuesto.

Miré a Sam, a no demasiada distancia, y me dio la impresión de que su áspero pelo rubio rojizo chasqueaba de energía. Me pareció como si pudiera oír el latido de su corazón. Pude sentir su inseguridad, su deseo. Mi cuerpo respondió al instante. Me concentré en sus finos labios, y el agradable olor de su loción para después del afeitado invadió mis pulmones. Se acercó unos centímetros. Pude notar el aire que entraba y salía de su pecho. Supe que su pene se ponía duro.

En ese momento Charlsie Tooten entró por la puerta delantera y la cerró de un portazo. Sam y yo nos alejamos el uno del otro. Gracias a Dios que estaba Charlsie, pensé. Rolliza, boba, bienintencionada y esforzada trabajadora, Charlsie era la empleada ideal. Casada con Ralph, su novio del instituto, que trabajaba en una de las plantas de procesado de pollos, tenía una hija en secundaria y otra ya casada. A Charlsie le encantaba trabajar en el bar, para poder salir y conocer gente, y tenía maña para tratar con los borrachos y sacarlos por la puerta sin pelear.

–¡Eh, hola a los dos! –nos saludó alegre. Su pelo, castaño oscuro (L'Oreal, según Lafayette), le caía teatralmente desde la coronilla con una

cascada de tirabuzones. Llevaba una blusa inmaculada y los bolsillos de los pantaloncitos abiertos, ya que había metido demasiadas cosas. Vestía calcetines completamente negros, bambas blancas y sus uñas postizas eran de una especie de rojo borgoña–. Esa hija mía está encinta. ¡Podéis llamarme abuela! –anunció, y desde luego, estaba contenta como unas castañuelas. Le di el abrazo de rigor y Sam le dio unas palmadas en el hombro. Los dos nos alegrábamos de verla.

–¿Para cuándo espera al bebé? –pregunté, y Charlsie empezó a soltarlo todo. No necesité decir ni palabra durante los siguientes cinco minutos. Entonces Arlene llegó hasta nosotros, con los granos del cuello cubiertos torpemente con maquillaje, y hubo que explicarlo todo de nuevo. En cierto momento mis ojos se encontraron con los de Sam, y tras un breve instante los dos apartamos a la vez la mirada.

Entonces comenzamos a atender a la gente que venía a comer, y el incidente quedó olvidado.

La mayoría de las personas no bebe mucho en el almuerzo; a lo sumo una cerveza o un vaso de vino, y una considerable proporción solo toma té helado o agua. La clientela de la hora de la comida se componía de personas que estaban cerca del bar cuando llegaba el momento, de otros que eran habituales y acudían como siempre, y de los alcohólicos del pueblo, para los que la copa del almuerzo era la tercera o la cuarta del día. Mientras comenzaba a apuntar los pedidos, me acordé del ruego de mi hermano.

Escuché durante todo el día, y fue agotador. Nunca me había pasado tantas horas escuchando, no había mantenido baja mi guardia durante tanto tiempo. Aunque puede que no fuera tan duro como antaño: tal vez ahora me sentía más distante de lo que oía. El sheriff Bud Dearborn se sentaba en una mesa con el alcalde, Sterling Norris, amigo de mi abuela. El Sr. Norris se levantó al verme y me dio una palmadita en el hombro, y recordé que era la primera vez que lo veía desde el funeral.

–¿Cómo te va, Sookie? –preguntó con voz amable. Él no parecía estar muy bien.

–Estupendamente, Sr. Norris. ¿Y a usted?

–Soy ya un anciano, Sookie–dijo con sonrisa indefinible. Ni siquiera esperó que yo le llevara la contraria–. Estos crímenes están acabando conmigo. No habíamos tenido un asesinato en Bon Temps desde que Darryl Mayhew disparó a Sue Mayhew. Y allí no hubo ningún misterio.

–Eso fue... ¿cuándo? ¿Hace seis años? –le pregunté al sheriff, solo para seguir cerca de ellos. El Sr. Norris se sentía tan triste de verme porque pensaba que mi hermano iba a ser arrestado por asesinato, por matar a Maudette Pickens, y consideraba que, según eso, era probable que también hubiese matado a la abuela. Agaché la cabeza para que no me vieran los ojos.

–Creo que sí. Veamos, recuerdo que nos arreglábamos para el recital de baile de Jean–Arme... Entonces fue... sí, estás en lo cierto, Sookie, hace seis años. –El sheriff asintió con aprobación–. ¿Ha estado Jason hoy por aquí? –preguntó de manera casual, como si se le acabara de pasar por la cabeza.

–No, no lo he visto –respondí. El sheriff me pidió un té helado y una hamburguesa, y estaba acordándose de cuando pilló a Jason con su Jean–Arme, haciéndolo como locos en el suelo de la camioneta de mi hermano.

Oh, cielos, estaba pensando que Jean–Anne tuvo suerte de que no la estrangulara. Y entonces tuvo un pensamiento nítido que me dejó helada: el sheriff Dearborn creía que "de todos modos, estas chicas son todas unas fracasadas". Pude interpretar el pensamiento en su contexto porque el sheriff resultó muy fácil de leer. Logré detectar los matices de su idea, estaba pensando: "Trabajos poco cualificados, sin estudios universitarios, jodiendo con vampiros... son deshechos de la sociedad".

Las palabras "herida" y "furiosa" no empiezan siquiera a describir cómo me sentía ante la valoración del sheriff.

Pasé de mesa en mesa de modo casi instintivo, yendo a buscar las bebidas y los bocadillos y recogiendo los restos, trabajando tan duro como siempre, con esa terrible sonrisa cruzándome la cara. Hablé con veinte personas que conocía, la mayoría de las cuales tenían pensamientos tan inocentes como los de un niño. Casi todos los clientes pensaban en su trabajo, en tareas que habían de hacer en casa, o en algún pequeño problema que necesitaran solucionar, como llamar al servicio técnico de Sears para que les arreglasen el lavavajillas o limpiar la casa para la reunión del fin de semana.

Arlene estaba aliviada porque le hubiera venido la regla y Charlsie estaba inmersa en reflexiones de color rosa sobre su contribución a la inmortalidad, su nieto. Rogaba fervientemente por un embarazo fácil y un parto sano para su hija. Lafayette pensaba que trabajar conmigo se estaba convirtiendo en algo espeluznante. El agente de policía Kevin Pryor se preguntaba qué estaría haciendo su compañera Kenya durante su día libre. Él estaba ayudando a su madre a limpiar el cobertizo de las herramientas y cada minuto le resultaba odioso.

Escuché muchos comentarios, tanto en voz alta como mentales, sobre mi pelo y mi cutis, y sobre el vendaje de mi brazo. Parecía resultar más deseable ante muchos hombres y una mujer. Algunos de los chicos que habían participado en la expedición para quemar a los vampiros pensaban que ya no tenían ninguna posibilidad conmigo, debido a mis simpatías vampíricas, y lamentaban aquel acto impulsivo. Me apunté en el cerebro sus nombres; no iba a olvidar que podían haber matado a mi Bill, incluso aunque en aquel momento el resto de la comunidad vampírica quedase bastante abajo en mi lista de favoritos.

Andy Bellefleur y su hermana Portia comían juntos, algo que hacían al menos una vez a la semana. Portia era la versión femenina de Andy: mediana estatura, complexión recia y quijada y boca de gesto decidido. La similitud entre hermano y hermana favorecía más a Andy que a Portia. Tenía entendido que era una abogada muy competente; tal vez se la hubiera recomendado a Jason cuando estaba buscando ayuda legal, de no haber sido mujer... Y me preocupaba más por la protección de Portia que por la de él.

Aquel día la abogada se sentía deprimida en su interior porque, aunque tenía buenos estudios y ganaba bastante dinero, nunca tenía una cita. Esa era su preocupación íntima.

Por su parte, Andy se sentía disgustado por mi prolongada relación con Bill Compton, fascinado por la mejoría de mi aspecto e intrigado por cómo tendrían sexo los vampiros. También lamentaba tener que arrestar a Jason

con toda probabilidad. Consideraba que las pruebas contra él no eran mucho más sólidas que las que había contra algunos otros hombres, pero Jason era el que parecía más asustado, lo que significaba que tenía algo que ocultar. Y además estaban los vídeos, en los que aparecía Jason manteniendo relaciones sexuales (y no precisamente al estilo tradicional) con Maudette y Dawn.

Me quedé mirándolo mientras procesaba sus pensamientos, lo que le hizo incomodarse. Él sí sabía de lo que era capaz.

–Sookie, ¿vas a traerme esa cerveza?–preguntó por último, mientras hacía un gesto con la mano en el aire para asegurarse de que le prestaba atención.

–Claro, Andy –respondí distraída, y saqué una de la nevera–. ¿Quieres más té, Portia?

–No, gracias, Sookie–dijo ella con educación, limpiándose los labios con un pañuelo de papel. Portia recordaba su época de instituto, donde hubiera vendido su alma por una cita con el guapísimo Jason Stackhouse. Se preguntaba qué habría hecho Jason ahora, si tendría algún pensamiento en la cabeza que pudiera interesarle. ¿Merecería aquel cuerpo el sacrificio de la compañía intelectual? Así que Portia no había visto las cintas, no sabía de su existencia. Andy estaba siendo un buen policía.

Traté de imaginarme a Portia con Jason, y no pude evitar sonreír. Sería toda una experiencia para ambos. Deseé, y no por primera vez, poder implantar ideas de igual modo que podía detectarlas.

Para cuando terminó mi turno, me había enterado de... nada. Excepto que los vídeos que había grabado mi hermano con tanta imprudencia contenían algo de bondage suave, lo que había llevado a Andy a pensar en las marcas de cuerdas en los cuellos de las víctimas.

Así que, en su conjunto, abrir mi mente para mi hermano había sido un ejercicio inútil. Todo lo que había oído solo servía para preocuparme más y no proporcionaba ninguna información adicional que pudiera ayudar a su causa.

Por la noche vendría gente distinta. Nunca había ido a Merlotte's por gusto, ¿debía ir aquella noche? ¿Qué pensaría Bill? Igual era mejor estar con él.

Me sentí sin amigos, no tenía a nadie con quien pudiera hablar de Bill, a nadie que lograra siquiera no quedarse medio asustado solo con verlo. ¿Cómo podía contarle a Arlene que estaba preocupada porque los colegas vampíricos de Bill eran aterradores y despiadados, y que uno de ellos me había mordido la noche pasada, había sangrado sobre mi boca y le habían atravesado con una estaca mientras lo tenía encima? No era la clase de problemas que Arlene estaba preparada para manejar.

No se me ocurrió nadie que lo estuviera. No pude recordar a ninguna chica que se citara con un vampiro y que no fuera una fanática indiscriminada, una colmillera que se liaría con cualquier chupasangres.

Para cuando terminó mi turno, mi aspecto físico mejorado ya no lograba darme confianza en mí misma. Me sentí como un bicho raro.

Paseé tranquila por mi hogar, me eché una pequeña siesta y regué las flores de la abuela. Hacia el anochecer comí algo tras calentarlo en el microondas. Vacilé hasta el último momento entre ir o no, y al final me puse

una camisa roja y unos pantalones blancos, algunas joyas y salí de vuelta hacia Merlotte's.

Era muy extraño entrar como cliente. Sam estaba al fondo, detrás de la barra, y arqueó las cejas al reparar en mi llegada. Aquella noche trabajaban tres camareras a las que solo conocía de vista, y por la ventanilla de los platos vi que otro cocinero se encargaba de las hamburguesas. Jason estaba en la barra. Por auténtico milagro el taburete contiguo estaba vacío, y me senté en él. Se giró hacia mí con el rostro preparado para una nueva mujer: la boca entreabierta y sonriente, los ojos resplandecientes y bien abiertos. Cuando vio que era yo, su expresión experimentó un cambio cómico.

–¿Qué demonios estás haciendo aquí, Sookie? –me preguntó con voz indignada.

–Vaya, y yo que creía que no te alegrarías de verme – subrayé. Cuando Sam se detuvo delante de mí, le pedí un bourbon con Coca Cola, sin mirarlo a la cara–. He hecho lo que me pediste, y por ahora nada –susurré a mi hermano–. He venido esta noche para sondear a algunas personas más.

–Gracias, Sookie –dijo tras una larga pausa–. Supongo que no me di cuenta de lo que te pedía. Eh, ¿te has hecho algo en el pelo?

Incluso me pagó la bebida cuando Sam me la sirvió. No teníamos mucho de qué hablar, lo que de hecho fue positivo, ya que trataba de escuchar a los demás clientes. Había unos pocos forasteros, y los sondeé primero para ver si podían ser posibles sospechosos. Tuve que reconocer, reluctante, que no parecía probable. Uno pensaba con intensidad en todo lo que echaba de menos a su esposa, y el trasfondo indicaba que le era fiel. Otro consideraba que era la primera vez que venía al bar y que la bebida parecía buena, y otro se limitaba a concentrarse en permanecer derecho y confiar en ser capaz de conducir de vuelta al motel.

Tomé otra copa.

Jason y yo habíamos estado intercambiando conjeturas sobre a cuánto ascenderían las tarifas de los abogados cuando se resolviera la herencia de la abuela. Echó una mirada a la puerta y dijo:

–Oh, oh.

–¿Qué ocurre? –pregunté, sin girarme todavía para ver lo que le había sorprendido.

–Hermanita, aquí está tu novio. Y no está solo.

Mi primera idea fue que Bill se había traído a uno de sus colegas vampiros, lo que hubiera sido triste y poco inteligente por su parte, pero al girarme me di cuenta de por qué Jason parecía tan enfadado. Bill estaba con una chica humana. Él la cogía del brazo y ella lo seguía como una furcia. El vampiro contemplaba a la clientela, y me quedó claro que estaba tratando de provocarme.

Me bajé del taburete, pero hubiera sido mejor no hacerlo. Estaba borracha. Casi nunca bebo, y si bien los dos bourbon con Coca Cola en pocos minutos no habían bastado para tumbarme, sí estaba un poco achispada.

La mirada de Bill se topó con la mía; vi que en realidad no esperaba encontrarme allí. No podía leer su mente como hice con la de Eric durante un terrible instante, pero sí podía interpretar su lenguaje corporal.

–¡Ey, vampiro Bill! –lo saludó Hoyt, el amigo de Jason. Bill inclinó la cabeza con educación en dirección a Hoyt, pero empezó a conducir a la chica (pequeña y morena) hacia donde yo estaba. No tenía ni idea de qué hacer.

–Hermanita, ¿de qué va este?–dijo Jason. Estaba poniéndose furioso–. Esa chica es una colmillera de Monroe, la conocí cuando aún le gustaban los humanos.

Seguía sin saber qué hacer. El dolor era terrible, pero mi orgullo seguía tratando de contenerlo. Se añadió una pizca de culpabilidad a aquella maraña de sentimientos: yo no estaba donde Bill me esperaba y no le había dejado ninguna nota. Pero también, por otro lado (el quinto o sexto lado), la noche anterior ya había sufrido bastantes sustos en la gala a petición real de Shreveport, y si había tenido que asistir a ese guateque fue solo por mi relación con él.

Mis impulsos contrapuestos me dejaron inmóvil. Me entraban ganas de lanzarme sobre ella y molerla a palos, pero no me habían educado para pelearme en los bares. También quería moler a palos a Bill, pero para el daño que iba a hacerle, lo mismo serviría darse de cabezazos contra la pared. Por otro lado, quería ponerme a llorar porque había herido mis sentimientos, pero eso mostraría mi debilidad. La mejor opción era no demostrar nada, porque Jason estaba a punto de lanzarse contra Bill, y el menor gesto por mi parte bastaría para disparar el gatillo. Demasiados problemas y demasiado alcohol.

Mientras repasaba todas esas opciones, Bill se acercó a mí abriéndose paso entre las mesas, con la chica detrás. Observé que en la sala imperaba el silencio; en vez de estudiar a los demás, ahora era yo la observada. Noté que se me llenaban los ojos de lágrimas mientras apretaba los puños. Genial, lo peor de las dos respuestas.

–Sookie–dijo Bill–, esto es lo que Eric ha dejado delante de mi casa.

Apenas logré entender lo que quería decir.

–¿Y? –respondí furiosa. Miré directamente a los ojos de la chica, que eran grandes y oscuros, y reflejaban su excitación. Mantuve los míos muy abiertos, sabiendo que si parpadeaba correrían las lágrimas.

–Como recompensa–añadió Bill. No comprendí bien cómo se sentía al respecto.

–¿Bebida gratis? –dije, sin creerme lo venenosas que sonaron mis palabras.

Jason me puso la mano en el hombro.

–Tranquila, muchacha –dijo, en voz tan baja y llena de inquina como la mía–. Él no merece la pena.

No sabía de qué no era digno Bill, pero estaba a punto de averiguarlo. Resultó casi estimulante no tener ni idea de lo que iba a hacer a continuación, tras toda una vida de autocontrol.

Bill me estudiaba con marcada atención. Bajo los fluorescentes de encima de la barra parecía pálido en grado sumo. No se había alimentado de ella, y tenía los colmillos retraídos.

–Vamos fuera a hablar–dijo.

–¿Con ella? –mi voz era casi un gruñido.

–No –dijo–, conmigo. Tengo que enviarla de vuelta.

La repulsión de su voz ejerció cierta influencia sobre mí, y lo seguí al exterior, manteniendo alta la cabeza y sin enfrentarme a ninguna mirada. Bill mantuvo su presa sobre el brazo de la chica, que casi se veía obligada a andar de puntillas para poder seguirlo. No me enteré de que Jason nos acompañaba hasta que me giré y lo vi detrás de mí, cuando ya salíamos al estacionamiento. Allí la gente entraba y salía, pero era algo más íntimo que el abarrotado bar.

–Hola –dijo la chica de manera informal–. Me llamo Desiree. Creo que te conozco de antes, Jason.

–¿Qué estás haciendo aquí, Desiree? –le preguntó Jason con voz tranquila. Uno casi podría pensar que estaba relajado.

–Eric me ha enviado aquí, a Bon Temps, como recompensa para Bill– dijo con coquetería, mirando a Bill por el rabillo del ojo–. Pero él no parece nada entusiasmado, y no sé por qué. Casi se puede decir que soy una cosecha especial.

–¿Eric? –preguntó jason dirigiéndose a mí.

–Un vampiro de Shreveport. El dueño de un bar, el mandamás.

–La ha dejado delante de mi puerta –me explicó Bill–, yo no la he pedido.

–¿Y qué vas a hacer al respecto?

–Enviarla de vuelta –dijo con impaciencia–. Tú y yo tenemos que hablar.

Tragué saliva y relajé los dedos.

–¿Necesita que la lleven de vuelta a Monroe? –preguntó Jason.

Bill pareció sorprenderse.

–Sí, ¿te ofreces para ello? Yo tengo que hablar con tu hermana.

–Claro –dijo Jason, todo simpatía. Comencé a desconfiar al instante.

–No puedo creer que me rechaces–dijo Desiree, mirando a Bill y poniendo morritos–. Nunca antes nadie me ha despreciado.

–Desde luego, estoy agradecido. Y no dudo que seas, como tú dices, una cosecha especial–dijo Bill con educación–. Pero dispongo de mi propia bodega.

La pequeña Desiree lo contempló sin entender durante un segundo, antes de que la comprensión iluminara poco a poco sus ojos castaños.

–¿Esta mujer es tuya? –preguntó, señalándome con la cabeza.

–Lo es.

Jason se agitó nervioso ante la sobria afirmación de Bill. Desiree me dedicó un buen repaso ocular.

–Tiene unos ojos curiosos –declaró al fin.

–Es mi hermana –avisó Jason.

–Oh, lo siento. Tú eres mucho más... normal. –Desiree sometió al mismo repaso a Jason y pareció más complacida con lo que veía–. Ey, ¿cuál era tu apellido?

Jason la cogió de la mano y comenzó a llevarla hacia su camioneta.

–Stackhouse–decía, teniendo ojos solo para ella, mientras se alejaban–. Puede que de camino a casa quieras contarme un poco a qué te dedicas...

Me giré hacia Bill, preguntándome cuáles serían los motivos de Jason para realizar aquel generoso acto, y me encontré con su mirada. Era como tropezarse con un muro de ladrillos.

–¿Así que quieres hablar? –pregunté con voz áspera.

–Aquí no, ven a casa conmigo.

Removí la gravilla con el zapato.

–No, a tu casa no.

–Entonces a la tuya.

–Tampoco.

Levantó sus arqueadas cejas.

–¿Entonces adónde?

Buena pregunta.

–Al estanque de mis padres. –Como Jason iba a llevar a casa a la Señorita Morena y Pequeña, no estaría allí.

–Te sigo–dijo con brevedad. Nos separamos para subirnos a nuestros respectivos coches.

La propiedad en la que había pasado mis primeros años de vida estaba situada al oeste de Bon Temps. Recorrí la familiar entrada de grava y estacioné junto a la casa, un modesto rancho que Jason conservaba bastante bien. Bill salió de su coche al tiempo que yo hacía lo propio del mío, y le indiqué que me siguiera. Rodeamos la casa y bajamos la pendiente a lo largo de un caminillo empedrado. En apenas un minuto estábamos junto al estanque artificial que mi padre colocó en el jardín trasero y pobló de peces, con la esperanza de pescar junto a su hijo en esas aguas durante muchos años.

Había una especie de patio que dominaba las aguas, y sobre una de las sillas metálicas encontramos una manta doblada. Sin ningún comentario, Bill la cogió y la sacudió, para extenderla después sobre la hierba de la ladera que descendía desde el patio. Me senté sobre ella no sin cierta renuencia, considerando que la manta no era segura por las mismas razones que reunirme con él en cualquier casa no era seguro. Cuando estaba cerca de Bill, solo pensaba en acercarme aún más a él.

Me abracé las rodillas y miré lejos, por encima de las aguas. Había una farola al otro lado del estanque, y podía verla reflejada sobre las serenas aguas. Bill se tumbó de espaldas junto a mí; sentí su mirada. Enlazó las manos sobre su pecho, manteniéndolas lejos de mí de forma manifiesta.

–Anoche te asustaste –dijo con tono neutro.

–¿Acaso tú no estabas un poco asustado? –pregunté, con más tranquilidad de la que me creía capaz.

–Por ti. Y un poco por mí mismo.

Me entraron ganas de tumbarme boca abajo, pero me preocupaba acercarme tanto a él. Cuando vi su piel resplandecer bajo la luz de la luna, ansié tocarlo.

–Me da miedo que Eric pueda controlar nuestras vidas mientras seamos pareja.

–¿Quieres que dejemos de serlo?

El dolor de mi pecho fue tan intenso que me puse la mano encima, apretando la zona sobre mi seno.

–¿Sookie? –Estaba arrodillado junto a mí, rodeándome con un brazo. No pude responderle, me faltaba el aliento–. ¿Me amas?

Asentí.

–Entonces, ¿por qué hablas de dejarme?

El dolor se abrió paso hasta llegar a mis ojos en forma de lágrimas.

–Me asustan mucho los otros vampiros y su forma de ser. ¿Qué será lo siguiente que me pida? Tratará de conseguir que haga algo más. Me dirá que de lo contrario te matará. O amenazará a Jason. Y puede cumplir sus amenazas.

La voz de Bill resultó tan suave como el sonido de un grillo sobre la hierba. Un mes atrás sin duda no hubiera podido oírla.

–No llores –me pidió–. Sookie, tengo que darte malas noticias.

No me extrañó. La única buena noticia que hubiera podido darme a esas alturas era que Eric había muerto.

–Eric se siente intrigado por ti –explicó–. Sabe que posees poderes mentales que la mayoría de los humanos no tienen, o que ignoran que poseen. Intuye que tu sangre resultará sabrosa y dulce –la voz de Bill enronqueció al decir eso, y me hizo temblar–. Y eres preciosa. Ahora eres incluso más preciosa. Él no se da cuenta de que ya has tomado nuestra sangre tres veces. –¿Sabías que Sombra Larga sangró sobre mí?

–Sí, lo vi.

–¿Hay algo mágico en lo de las tres veces?

Él rió, con esa lenta risa oxidada y retumbante.

–No. Pero cuanta más sangre de vampiro bebas, más deseable te volverás para los de nuestra especie, y de hecho, para todos. ¡Y Desiree piensa que es una exquisitez! Me pregunto qué vampiro le contó eso.

–Uno que quisiera meterse entre sus bragas –dije con sinceridad, provocando que él volviera a reír. Adoraba escuchar su risa–. Con todas estas frases de lo adorable que soy, ¿estás tratando de decirme que Eric me desea?

–Sí.

–¿Y qué le impide tomarme? Me contaste que es más fuerte que tú.

–La cortesía y la costumbre, ante todo.

No resoplé, pero me faltó poco.

–No desprecies eso. Nosotros, los vampiros, somos todos muy respetuosos con la costumbre. Tenemos que vivir juntos durante siglos.

–¿Algo más?

–No soy tan fuerte como Eric, pero no soy un vampiro reciente. Podría herirlo de gravedad en una pelea. E incluso podría ganar si tengo suerte.

–¿Algo más? –repetí.

–Tal vez–reconoció Bill con lentitud–: tú misma.

–¿Cómo es eso?

–Si puedes serle valiosa de otra manera, puede que te deje en paz. Si comprende que es lo que deseas en realidad.

–¡Pero no quiero serle valiosa! ¡No quiero volver a verlo nunca!

–Le prometiste que volverías a ayudarle–me recordó Bill. –Si entregaba el ladrón a la policía –dije–. ¿Y qué hizo Eric? ¡Lo atravesó con una estaca!

–Lo cual posiblemente te haya salvado la vida.

–Bueno, pero encontré a su ladrón.

–Sookie, no sabes mucho del mundo.

Lo miré sorprendida.

–Supongo que eso es cierto.

–Las cosas no resultan… justas. –Bill miró hacia la oscuridad–. Incluso yo mismo pienso a veces que ya no sé mucho. – Hubo otra pausa lúgubre–.

Solo en otra ocasión había visto que un vampiro le aplicara la estaca a otro; Eric está cruzando los límites de nuestra sociedad.

–Así que no es muy probable que preste demasiada atención a esa costumbre y cortesía de la que te jactabas hace nada. –Puede que Pam lo retenga en las viejas maneras.

–¿Qué es Pam para él?

–Él la creó. Es decir, la convirtió en vampiro, hace siglos. De vez en cuando ella regresa junto a él y lo ayuda con lo que sea que él esté haciendo en ese momento. Eric siempre ha sido una especie de pícaro, y cuanto más viejo se hace, más testarudo se vuelve. –Llamar testarudo a Eric era, en mi opinión, quedarse muy corto.

–Así que estamos andando en círculos –pregunté. Bill pareció pensárselo.

–Así es–confirmó, con un matiz de pesar en su voz–. A ti no te gusta asociarte con otros vampiros aparte de mí, y ya te he dicho que no nos queda elección.

–¿Qué ha pasado con todo este asunto de Desiree?

–Eric ha hecho que alguien la deje delante de mi puerta, con la esperanza de halagarme enviándome un bonito regalo. Además, si bebía de ella pondría en duda mi devoción hacia ti. Tal vez haya envenenado su sangre de alguna manera, de modo que me hubiera debilitado de tomarla, o tal vez no hubiera sido más que una grieta en mi armadura. –Se encogió de hombros–. ¿No considerarás que he tenido una cita?

–Sí. –Sentí que mi expresión se endurecía al pensar en Bill entrando en el bar con la chica.

–No estabas en casa, y tenía que localizarte –su tono no resultaba acusador, pero tampoco alegre.

–Trataba de ayudar a Jason escuchando a la gente. Y aún estaba triste por lo de anoche.

–¿Y ya nos hemos reconciliado?

–No, pero esto es todo lo bien que podemos estar – respondí–. Supongo que quisiese a quien quisiese, las cosas no irían siempre sobre ruedas. Pero no había contado con obstáculos tan drásticos. Imagino que no hay modo de que puedas llegar a superar en rango a Eric, ya que el criterio viene dado por la edad.

–No –explicó Bill–. Superarlo en rango, no… –y de repente pareció pensativo–. Aunque podría hacer algo en esa línea. No es algo que me guste, va en contra de mi naturaleza, pero estaríamos más seguros.

Lo dejé pensar.

–Sí –concluyó, poniendo fin a sus largas meditaciones. No se ofreció a explicármelo, y yo no le hice preguntas–. Te amo –añadió, como si eso fuera lo fundamental de cualquier curso de acción que estuviera considerando. Su rostro se inclinó sobre mí, luminoso y atractivo en la penumbra.

–Yo siento lo mismo por ti –le dije, poniendo las manos sobre su pecho para no caer en la tentación–, pero ahora mismo tenemos tantas cosas en contra… Nos ayudaría mucho si pudiéramos quitarnos a Eric de encima. Y otra cosa, tenemos que detener esta investigación de los asesinatos. Sería un segundo gran problema sobre nuestras espaldas. El asesino debe responder de las muertes de tus amigos y de las de Maudette y Dawn. –Hice una pausa

para respirar hondo–. Y de la muerte de mi abuela. –Parpadeé para contener las lágrimas; me había acostumbrado a que la abuela no estuviera en casa cuando regresaba, y me estaba adaptando a no hablar con ella ni compartir los problemas entre las dos, pero de vez en cuando me asaltaba un sentimiento de tristeza tan pronunciado que me dejaba sin aliento.

–¿Por qué crees que el mismo asesino es el responsable de que quemaran a los vampiros de Monroe?

–Creo que fue el asesino el que plantó la idea, ese espíritu de patrulla ciudadana, en los hombres que estaban en el bar aquella noche. Creo que fue él quien marchó de grupo en grupo, incitando a los chicos. He pasado aquí toda mi vida y nunca había visto que la gente de la zona actuara de ese modo. Tiene que haber una razón para que esta vez lo hicieran.

–¿Los agitó? ¿Fomentó la quema?

–Sí.

–¿Y escuchando no has descubierto nada?

–No –tuve que admitir de manera sombría–. Pero eso no quiere decir que mañana tampoco consiga nada.

–Eres una optimista, Sookie.

–Sí, lo soy. Debo serlo.

Le acaricié la mejilla, considerando hasta que punto había estado justificado mi optimismo desde que él entró en mi vida.

–Sigue escuchando, ya que crees que puede dar frutos–me dijo–. Por ahora yo probaré con otra cosa. Nos vemos mañana, por la noche en tu casa, ¿de acuerdo? Puede que... No, mejor te lo explico entonces.

–Vale –sentía curiosidad, pero era obvio que Bill aún no estaba dispuesto a contármelo.

De camino a casa, mientras seguía las luces de posición de su coche hasta llegar a la entrada, pensé lo aterradoras que hubieran resultado las últimas semanas si no hubiera contado con su presencia. Al avanzar con cuidado entre los árboles, deseé que Bill no hubiera decidido irse a su casa a realizar algunas llamadas de teléfono que consideraba necesarias. No se puede decir que las pocas noches que habíamos pasado separados hubiera estado retorciéndome de miedo, pero sí que me había sentido alterada y nerviosa. Cuando me quedaba sola en casa, pasaba un montón de tiempo asegurándome de que puertas y ventanas estuvieran bien cerradas, y no estaba acostumbrada a vivir así. Me sentí desalentada al pensar en la noche que me esperaba.

Antes de salir del coche, eché un vistazo al jardín. Me alegré de haber dejado encendidas las farolas antes de partir hacia el bar. Nada se movía. Lo habitual era que Tina viniese corriendo a mí en cuanto regresaba a casa, ansiosa por entrar y tomar algo de comida para gatos, pero aquella noche debía de estar cazando por los bosques.

Separé la llave de la casa del manojo del llavero. Salí corriendo desde el coche hasta la puerta delantera, introduje y giré la llave en tiempo récord, y cerré de un portazo tras de mí, echando el cerrojo. Aquel no era modo de vivir, pensé, sacudiendo la cabeza desesperada. Y justo cuando terminaba de pensarlo, algo impactó en la puerta con un golpe sordo. Solté un chillido antes de poder contenerme.

Corrí hacia el teléfono portátil, junto al sofá. Marqué el número de Bill mientras corría por todo el salón bajando las persianas. ¿Y si la línea estaba ocupada? ¡Me había dicho que se iba a casa precisamente para usar el teléfono!

Pero lo pillé mientras entraba por su puerta. Al descolgar el auricular parecía sin aliento.

–¿Sí? –dijo. Siempre ponía un tono desconfiado. –¡Bill –dije con dificultad–, hay alguien fuera!

Colgó el teléfono de inmediato. Eso era un vampiro de acción. Estuvo en mi casa en dos minutos. Yo vigilaba el jardín por una persiana apenas levantada, y lo vi acercándose al patio desde los árboles, moviéndose con una velocidad y un silencio que un humano nunca podría igualar. El alivio que sentí al verlo fue abrumador. Durante un segundo me sentí avergonzada por haber llamado a Bill para que me rescatara. Debería haberme encargado de la situación por mi misma. Y entonces pensé: ¿por qué? Cuando conoces a una criatura poco más o menos invencible que asegura adorarte, alguien tan difícil de matar que resulta casi inmortal, un ser de fuerza sobrenatural, es a él a quien debes llamar.

Bill examinó el jardín y los árboles, desplazándose con una elegancia confiada y silenciosa. Al final subió con agilidad los peldaños y se inclinó sobre algo que estaba en el porche delantero. El ángulo resultaba demasiado agudo y no pude ver de qué se trataba. Cuando se enderezó tenía algo entre las manos, y parecía por completo… inexpresivo. Eso era muy malo.

Me acerqué reluctante a la puerta delantera y descorrí el cerrojo. Aparté la contrapuerta de mosquitera.

Bill sostenía el cuerpo de mi gata.

–¿Tina? –dije con voz trémula y nada cariñosa–. ¿Está muerta?

Bill asintió con un pequeño gesto de la cabeza.

–Pero… ¿cómo?

–Estrangulada, creo.

Sentí que me desmoronaba. Bill tuvo que permanecer allí de pie, sosteniendo el cadáver, mientras yo lloraba.

–No he llegado a plantar aquella encina–dije cuando me hube calmado apenas–. Podemos ponerla en ese agujero.

Así que fuimos hasta el patio trasero, con el pobre Bill todavía sosteniendo a Tina y tratando de no parecer molesto por ello, y yo esforzándome por no hundirme de nuevo. Bill se arrodilló y colocó la pequeña masa de pelo negro en el fondo del hueco que excavé. Cogí la pala y comencé a rellenarlo, pero en cuanto vi los primeros fragmentos de tierra golpear el pelaje de Tina volví a sentirme destrozada. Sin decir palabra, Bill tomó la pala de mis manos. Yo me volví de espaldas y él terminó la terrible tarea.

–Vamos adentro –sugirió con amabilidad cuando hubo concluido.

Fuimos hasta la casa, para lo cual tuvimos que rodearla hasta llegar a la parte delantera, porque no había descorrido los cerrojos de detrás.

Bill me acarició y me reconfortó, aunque yo sabía que nunca le había gustado mucho Tina.

–Dios te bendiga, Bill–susurré. Lo abracé con fuerza, con un súbito ataque de miedo ante la idea de que también me lo quitaran a él. Cuando

logré que los sollozos se redujeran a hipidos lo miré, con la esperanza de no haberlo incomodado con mi oleada emocional.

Bill estaba furioso. Contemplaba la pared por encima de mi hombro y los ojos le brillaban. Era la cosa más aterradora que he visto en mi vida.

–¿Has encontrado algo en el patio?

–No. Solo rastros de su presencia: algunas huellas, un olor que aún se percibía en el aire. Nada que puedas llevar como prueba aun tribunal– añadió, como si me leyera el pensamiento.

–¿Te importaría quedarte conmigo hasta que tengas que... alejarte del sol?

–Por supuesto.–Me contempló. Comprendí que pensaba hacerlo de todas formas, tanto si yo quería como si no.

–Si todavía necesitas llamar por teléfono, hazlo desde aquí, no me importa –es decir, si entraban en mi contrato de línea.

–Tengo una tarjeta telefónica –me dijo, sorprendiéndome una vez más. Quién lo hubiera pensado.

Me lavé la cara y tomé un Tylenol antes de ponerme el camisón, más triste que nunca desde que murió la abuela, y en cierto sentido incluso más que entonces. Está claro que la muerte de una mascota no entra en la misma categoría que la de un miembro de la familia, me reprendí a mí misma, pero eso no lograba reducir mi desconsuelo. Hice todos los razonamientos que fui capaz y no llegué a ninguna conclusión, salvo el hecho de que había alimentado, acariciado y querido a Tina durante cuatro años, y que la echaría de menos.

11

Al día siguiente mis nervios estaban en carne viva. Cuando llegué al trabajo y le conté a Arlene lo que había sucedido, me dio un fuerte abrazo y dijo:

–¡Me gustaría matar al bastardo que le ha hecho eso a la pobre Tina! – De alguna manera eso me hizo sentir mucho mejor.

Charlsie se mostró igual de compasiva, aunque más preocupada por el susto que me había llevado yo que por el fallecimiento de mi gata. Sam parecía lúgubre. Sugirió que llamase al sheriff o a Andy Bellefleur y le contara lo que había sucedido. Al final me decidí por Bud Dearborn.

–Lo normal es que estas cosas sucedan en serie–murmuró Bud–. Pero nadie más ha informado de mascotas desaparecidas o muertas. Me temo que esto parece una especie de venganza personal, Sookie. A ese vampiro amigo tuyo, ¿le gustan los gatos?

Cerré los ojos y respiré hondo. Lo llamaba desde el teléfono del despacho de Sam, el cual estaba sentado al otro lado del escritorio preparando el siguiente pedido de licores.

–Bill estaba en su casa cuando quien fuera que mató a Tina la tiró en mi porche –dije, todo lo serena que pude–. Lo llamé justo después y contestó

al teléfono. –Sam alzó la mirada de manera burlona y yo hice girar los ojos para hacerle saber mi opinión sobre las sospechas del sheriff.

–Y te contó que la gata había sido estrangulada–prosiguió Bud en tono pesado.

–Sí.

–¿Tienes la ligadura?

–No, ni siquiera vi con qué lo habían hecho.

–¿Qué habéis hecho con el gatito?

–Lo enterramos.

–¿Fue eso idea tuya o del señor Compton?

–Mía. –¿Qué otra cosa podríamos haber hecho con Tina? –Puede que vayamos a desenterrarlo. Si tuviéramos la ligadura y el gato, quizá podríamos ver si el método de estrangulamiento coincide con el usado para matar a Dawn y Maudette –explicó con pereza.

–Lo siento. No se me ocurrió eso.

–Bueno, tampoco importa mucho sin la ligadura.

–De acuerdo, adiós. –Colgué, probablemente con algo más de fuerza de la que precisaba el aparato. Sam arqueó las cejas.

–Bud es un gilipollas –le dije.

–Bud no es mal policía –respondió Sam en voz baja–. Nadie de aquí está acostumbrado a asesinatos tan macabros.

–Tienes razón–reconocí tras unos instantes–. No he sido justa con él. Pero es que se empeñaba en repetir "ligadura" como si estuviera orgulloso de haber aprendido una palabra nueva. Lamento haberme enfadado con él.

–No tienes por qué ser siempre perfecta, Sookie.

–¿Quieres decir que de vez en cuando puedo joderlo todo y no ser ni compasiva ni tolerante? Gracias, jefe. –Le sonreí, notando el toque irónico de mis labios, y bajé del borde de su mesa, a la que me había subido para hacer la llamada. Me estiré. Hasta que me fijé en que los ojos de Sam se perdían en mi cuerpo no volví del todo a la realidad–. ¡Al trabajo de nuevo! –dije con brusquedad, y salí con rapidez del cuarto, tratando de asegurarme de no contonear lo mínimo las caderas.

–¿Te importaría quedarte con los niños un par de horas esta noche?–me preguntó Arlene con cierta timidez. Me acordé de la última vez que habíamos hablado de ese tema, y de la ofensa que me había causado su renuencia a dejar sus críos con un vampiro. En aquella ocasión no pensé como lo haría una madre; ahora Arlene trataba de disculparse.

–Estaré encantada. –Esperé a ver si Arlene mencionaba de nuevo a Bill, pero no lo hizo–. ¿Desde qué hora a qué hora?

–Bueno, Rene y yo vamos a ir al cine en Monroe–dijo–. ¿Digamos a las seis y media?

–Perfecto. ¿Ya habrán cenado?

–Oh, claro, les daré de comer antes. Les encantará ver a su tía Sookie.

–Lo estoy deseando.

–Gracias –dijo Arlene. Se detuvo, estuvo a punto de añadir algo más y después pareció pensárselo de nuevo–. Te veré a las seis y media.

Me marché a casa como a las cinco, y la mayor parte del camino tuve que conducir con el sol de cara, resplandeciente como si me mirara justo a mí. Me cambié y me puse un conjunto de manga corta azul y verde, de

punto; me cepillé el pelo y me lo recogí con un clip con forma de plátano; y por último tomé un bocadillo sentada sola, incómoda, en la mesa de la cocina. La casa parecía grande y vacía, y me alegré al ver que Rene aparecía con Coby y Lisa.

–Arlene tiene problemas con una de sus uñas postizas–me explicó, con aspecto de avergonzarse de tener que transmitir un problema tan femenino–. Y Cobyy Lisa estaban ansiosos por venir.

Me fijé en que Rene todavía llevaba las ropas de trabajo: botas recias, cuchillo, sombrero y todo lo demás. Arlene no iba a dejar que la llevara a ninguna parte hasta que se diera una ducha y se cambiara.

Coby tenía ocho años y Lisa cinco, y enseguida estuvieron colgando de mí como enormes pendientes. Rene se inclinó para darles un beso de despedida, y su afecto por los niños hizo que le diera un diez en mi valoración personal. Le sonreí con aprobación y cogí a los niños de la mano, para llevarlos a la cocina en busca de algo de helado.

–Volveremos a por ellos más o menos a las diez y media u once –dijo–, si te viene bien. –Se apoyó en el picaporte.

–Claro–accedí. Estuve a punto de ofrecerme para quedármelos hasta el día siguiente, como había hecho en ocasiones anteriores, pero entonces pensé en el cuerpo fláccido de Tina y decidí que era mejor que no se quedaran esa noche.

Hice correr a los críos hacia la cocina, y uno o dos minutos después oí la vieja camioneta de Rene traqueteando mientras se alejaba por el camino.

Cogí a Lisa en brazos.

–¡Casi ya no puedo levantarte, chiquilla, de lo grande que te estás haciendo! Y tú, Coby, ¿ya te afeitas? –Nos sentamos a la mesa durante más de treinta minutos mientras los niños comían helado y me ametrallaban con su lista de logros alcanzados desde la última vez que nos habíamos visto.

Entonces Lisa quiso leerme algo, así que traje un libro de colorear con los nombres de los colores y de los números impresos dentro, y me los leyó con cierto orgullo: Coby, por supuesto, tenía que demostrar que él podía leer mucho mejor, y después quisieron ver en la tele su programa favorito. Antes de darme cuenta, había anochecido.

–Mi amigo va a venir esta noche–les avisé–. Se llama Bill.

–Mamá nos ha contado que tienes un amigo especial–dijo Coby–. Espero que me guste. Será mejor que sea amable contigo.

–Oh, lo es–aseguré al niño, que se había estirado y sacaba pecho, dispuesto a defenderme si mi amigo especial no era lo suficientemente agradable según su baremo.

–¿Te envía flores? –preguntó Lisa con romanticismo.

–No, todavía no. Tal vez puedas insinuarle que me gustaría que lo hiciera.

–Oooh. Claro, lo haré.

–¿Ya te ha pedido que te cases con él?

–Bueno, no, pero yo tampoco se lo he pedido a él.

Como no podía ser de otro modo, Bill escogió ese momento para llamar a la puerta.

–Tengo compañía –le dije con una sonrisa al abrirle.

–Ya lo oigo –respondió. Le cogí de la mano y lo conduje hasta la cocina.

–Bill, este es Coby y esta jovencita es Lisa–dije con todo el protocolo.

–Estupendo, había estado deseando conoceros–respondió Bill, ante mi sorpresa–. Lisa y Coby, ¿os parece bien si hago compañía a vuestra tía Sookie?

Ellos lo miraron pensativos.

–En realidad no es nuestra tía –dijo Coby, tanteando la situación–. Solo es una buena amiga de nuestra mamá.

–¿Es cierto eso?

–Sí, y dice que no le envías flores –añadió Lisa. Al fin su vocecita resultaba cristalina. Me alegré mucho de que Lisa hubiera superado su pequeño problema con las erres. De verdad. Bill me miró de reojo y me encogí de hombros.

–Ellos me han preguntado–dije con impotencia.

–Umm–respondió pensativo–. Tendré que corregir mis modales, Lisa. Gracias por recordármelo. ¿Cuándo es el cumpleaños de la tía Sookie, lo sabéis?

Noté queme sonrojaba.

–Bill–dije cortante–, déjalo ya.

–¿Lo sabes, Coby? –le preguntó Bill al niño.

Coby sacudió la cabeza, pesaroso.

–Pero sí sé que es en verano, porque la última vez que mamá llevó a Sookie a comer a Shreveport por su cumpleaños, era verano. Estuvimos con Rene.

–Eres listo si recuerdas aquello, Coby–le dijo Bill.

–¡Soy más listo que eso! Adivina lo que aprendí el otro día en la escuela. –Coby empezó a hablar por los codos.

Lisa estudió a Bill con mucha atención todo el tiempo que Coby estuvo hablando, y cuando su hermano terminó, dijo:

–Estás muy blanco, Bill.

–Sí –dijo– Es mi cutis natural.

Los críos se miraron el uno al otro. Deduje que decidieron que "cutis natural" era una enfermedad y que no sería educado hacer más preguntas. De vez en cuando los niños muestran cierto tacto.

Bill, al principio un poco tenso, se encontró cada vez más cómodo según avanzaba la noche. A las nueve yo ya hubiera reconocido que estaba agotada, pero cuando Arlene y Rene vinieron a recogerlos a las once él todavía aguantaba el ritmo de los niños.

Presenté a Bill a mis amigos, y se dieron la mano de una manera del todo normal. En ese momento llegó otra visita.

Un hermoso vampiro de denso pelo negro, peinado con un difícil estilo ondulado, apareció de entre los árboles mientras Arlene subía a los críos al camión y Rene y Bill charlaban. Bill saludó de pasada al vampiro y este alzó la mano como respuesta, uniéndose a Bill y a Rene como si lo hubieran estado esperando.

Desde el columpio del porche delantero observé que Bill hacía las presentaciones, y que el vampiro y Rene se daban la mano. Rene estaba boquiabierto ante el recién llegado, y me pareció que le daba la impresión de reconocerlo. Bill dirigió una mirada significativa hacia Rene y sacudió la

cabeza, y la boca de Rene contuvo cualquier comentario que estuviera a punto de hacer.

El recién llegado era fornido, más alto que Bill, y llevaba puestos unos viejos tejanos y una camiseta que decía "Yo estuve en Graceland11". Sus pesadas botas estaban gastadas en los talones y llevaba una botella empapada de sangre sintética en una mano, a la que echaba un trago de vez en cuando. No es que tuviera mucho don de gentes.

Puede que me influyera la reacción de Rene, pero cuanto más miraba al vampiro, más familiar me parecía. Traté de oscurecerle mentalmente el tono de piel, añadirle algunas arrugas, imaginármelo más erguido e imbuir algo de vitalidad en su rostro.

¡Dios mío, era el chico de Memphis!

Rene se giró para marcharse y Bill condujo al recién llegado hasta mí. Cuando estaba a tres metros de distancia, el vampiro gritó:

–¡Ey, Bill me ha dicho que alguien ha matado a tu gato! – tenía un fuerte acento sureño.

Bill cerró los ojos durante un segundo y yo me limité a asentir sin decir palabra.

–Pues lo lamento mucho. Me gustan los gatos –dijo el vampiro alto, y quedó claro que no se refería a que le gustara acariciarles el pelaje. Recé porque los niños no se enteraran de aquello, pero el horrorizado rostro de Arlene apareció en la ventanilla del camión. Era probable que toda la buena voluntad que Bill había invertido con ellos acabara de irse por el desagüe.

Rene sacudió la cabeza detrás de los vampiros y se subió al asiento del conductor, diciéndonos adiós mientras encendía el motor. Asomó la cabeza por la ventanilla para echarle un último y largo vistazo al recién llegado. Debió de decirle algo a Arlene, porque ella volvió a aparecer en el cristal y nos contempló con ojos como platos. Vi que se quedaba boquiabierta de la impresión al estudiar con más atención a la criatura que se hallaba junto a Bill. Su cabeza desapareció en el interior del vehículo y oí un chillido mientras la camioneta se alejaba.

–Sookie–dijo Bill con tono de advertencia–, este es Bubba.

–Bubba–repetí, no muy segura de haberlo oído bien.

–Sí, Bubba–dijo con alegría el vampiro, irradiando buena voluntad con su temible sonrisa–, ese soy yo. Encantado de conocerte.

Le estreché la mano, obligándome a devolverle la sonrisa. Santo Dios Todopoderoso, nunca pensé que le estrecharía la mano a él. Pero desde luego había cambiado mucho, y a peor.

–Bubba, ¿te importaría esperarnos aquí en el porche? Permite que le explique nuestro acuerdo a Sookie.

–Por mí estupendo–dijo Bubba despreocupado. Se sentó en el columpio tan feliz y estúpido como un chorlito.

Pasamos al comedor, pero no sin que antes me diera cuenta de que gran parte de los ruidos nocturnos (de los insectos y las ranas) se habían extinguido al aparecer Bubba.

–Quería explicártelo antes de que Bubba llegara–me dijo Bill con un susurro–, pero no ha sido posible.

–¿Es quien creo que es? –pregunté.

[11] La mansión–museo de Elvis Presley en Memphis.

–Sí. Así que al menos se puede decir que algunas de las historias sobre sus apariciones son ciertas. Pero no lo llames por su nombre, ¡llámalo Bubba! Algo fue mal cuando hizo la transición de humano a vampiro, puede que fuera por todas las drogas de su sangre.

–Pero estuvo muerto de verdad, ¿no?

–No... no del todo. Uno de los nuestros era empleado en la funeraria y gran fan suyo, y pudo detectar el hálito de vida que le quedaba, así que lo resucitó del modo más rápido posible.

–¿Lo resucitó?

–Lo convirtió en vampiro–explicó Bill–. Pero fue un error. Por lo que me han contado mis amigos, nunca ha vuelto a ser el mismo. Es tan listo como una rama seca, así que para sobrevivir nos hace trabajitos a los demás. No podemos dejar que se le vea en público, ya comprendes.

Asentí con la boca abierta. Por supuesto que no.

–Guau –murmuré, asombrada ante la realeza que tenía en mi jardín.

–Así que recuerda lo estúpido y lo impulsivo que es... No te quedes a solas con él, y nunca le llames otra cosa que Bubba. Además le gustan las mascotas, como ya te ha contado, y la dieta a base de sangre de animalillos no lo ha hecho más digno de confianza. Ahora bien, en cuanto a por qué lo he traído aquí...

Me crucé de brazos, aguardando la explicación de Bill con cierto interés.

–Cariño, tengo que irme del pueblo durante un tiempo –explicó.

Era algo tan inesperado que me desconcertó por completo.

–¿Qué?... ¿Por qué? No, déjalo, no necesito saberlo. –Hice un gesto con las manos para alejar cualquier indicio de que Bill tuviera la obligación de contarme sus cosas.

–Te lo explicaré cuando vuelva–afirmó con seguridad.

–¿Y dónde encaja en esto tu amigo... Bubba? –pregunté, aunque tuve la desagradable impresión de que ya lo sabía.

–Bubba va a protegerte mientras estoy fuera–dijo Bill con rigidez.

Arqueé las cejas.

–De acuerdo –reconoció–. No es muy listo en... –Bill miró a su alrededor–nada– reconoció al fin–. Pero es fuerte y hará lo que yo le diga, y se asegurará de que nadie se cuela en tu casa.

–¿Se quedará en los bosques?

–Por supuesto –afirmó Bill con énfasis–. Ni siquiera debería venir a hablarte. Por las noches se limitará a permanecer en un lugar desde el que pueda ver la casa y vigilará hasta que amanezca.

Tendría que acordarme de cerrar las persianas. La idea de un vampiro lerdo curioseando por mis ventanas no resultaba atractiva.

–¿Realmente crees que esto es necesario?–pregunté impotente–. La verdad, no recuerdo que me lo consultaras.

Bill hizo un movimiento de hombros, su equivalente a respirar hondo.

–Cariño –dijo, exagerando el tono paciente de su voz–, intento con todas mis fuerzas acostumbrarme al modo en que las mujeres actuales queréis que os traten. Pero no me resulta natural, en especial si temo que estés en peligro. Estoy tratando de poder sentirme tranquilo cuando me marche.

Ojalá no tuviera que alejarme, y no quiero hacerlo, pero es lo que debo hacer, por nosotros dos.

Clavé la mirada en él.

–Te entiendo –dije por último–. No me gusta esto, pero paso miedo por las noches, y supongo... Bueno, de acuerdo. En el fondo no creo que importase un pimiento si consentía o no. Al fin y al cabo, ¿cómo iba a obligar a Bubba a marcharse si él no quería irse? El cuerpo de policía de nuestro pequeño pueblo no disponía del equipo necesario para enfrentarse a vampiros, y si se encontraban con este vampiro en particular, se limitarían a mirarlo alucinados con la boca abierta el tiempo suficiente para que él los despedazara. Apreciaba la preocupación de Bill, y supuse que al menos debía tener la educación de agradecérselo. Le di un pequeño abrazo.

–En fin, si tienes que irte, ten cuidado mientras estés fuera –dije, tratando no sonar melancólica–. ¿Tienes algún sitio donde quedarte?

–Sí. Estaré en Nueva Orleáns. Quedaba una habitación libre en el Blood, en el casco viejo.

Había leído un artículo sobre ese hotel, el primero del mundo destinado en exclusiva a vampiros. Garantizaba una seguridad completa, y hasta el momento así había sido. Además, estaba situado justo en medio del barrio francés. A1 anochecer era rodeado por los cuatro costados por colmilleros y turistas que esperaban a que los vampiros salieran.

Empecé a sentir envidia. Me esforcé por no tener el aspecto de un perrito triste que se queda detrás de la puerta cuando sus dueños se van de vacaciones, y volví a esbozar mi eterna sonrisa.

–Bueno, que lo pases bien –dije alegremente–. ¿Ya has hecho las maletas? Tardarás unas horas en llegar allí, y ya es bien entrada la noche.

–El coche está listo. –Comprendí al fin que había retrasado la partida para pasar más tiempo conmigo y con los hijos de Arlene–. Será mejor que me marche –vaciló, parecía estar buscando las palabras adecuadas. Entonces me entregó sus manos y yo las tomé. Tiró un poco, una leve presión, y yo cedí y lo abracé. Froté la cara contra su camisa y lo rodeé con los brazos, apretándolo hacia mí.

–Te echaré de menos –me dijo. Su voz no era más que un hálito de aire, pero lo oí. Me besó la coronilla y después se apartó de mí y se marchó por la puerta delantera. Lo escuché dar a Bubba algunas instrucciones de último momento y luego el chirrido del columpio al levantarse este.

No miré por la ventana hasta que el coche de Bill se alejó por el camino de entrada, y vi que Bubba se paseaba entre los árboles. Mientras me daba una ducha me dije que Bill debía de confiar mucho en Bubba, ya que me había dejado a su cargo. Pero seguía sin estar segura de a quién le tenía más miedo, si al asesino que perseguía Bubba, o al propio Bubba.

Al día siguiente, en el trabajo, Arlene me preguntó por qué había aparecido aquel vampiro por mi casa. No me sorprendió que sacara el tema a relucir.

–Verás, Bill tenía que irse del pueblo, y está preocupado, ya sabes... –Tenía la esperanza de poder dejarlo ahí, pero Charlsie se nos había acercado (no estábamos muy ocupadas; la Cámara de Comercio daba una comida y

una conferencia en el restaurante Fins & Hooves, y el grupo femenino de cocina y rezos estaba poniendo a punto sus patatas al horno en la enorme mansión de la anciana Señora Bellefleur).

–¿Quieres decir –dijo Charlsie con ojos resplandecientes–que tu hombre te ha conseguido un guardaespaldas personal?

Asentí reluctante. Era un modo de verlo.

–Es tan romántico –suspiró ella.

Sí, era un modo de verlo.

–¡Pero tienes que verlo –le contó Arlene tras retener la lengua todo lo que pudo–, es igualito a…!

–Oh, no, no digas eso cuando hables con él –la interrumpí–. No se parecen en absoluto–eso era cierto–, y no le gusta nada oír ese nombre.

–Oh–respondió Arlene con timidez, como si Bubba pudiera estar escuchándonos a plena luz del día.

–Me siento más segura con Bubba en el bosque–dije, lo que también era más o menos cierto.

–Ah, ¿no se queda en tu casa? –preguntó Charlsie. Estaba claro que se sentía un tanto defraudada.

–¡Dios, no! –dije, y de inmediato me disculpé ante Dios por pronunciar su nombre en vano. En los últimos tiempos tenía que hacerlo demasiado a menudo–. No, Bubba pasa las noches en el bosque, vigilando la casa.

–¿Era cierto aquello de los gatos? –Arlene parecía aprensiva.

–No era más que una broma. No tiene un gran sentido del humor, ¿verdad?–era una mentira descarada, estaba convencida de que Bubba disfrutaba con un aperitivo de sangre de gato.

Arlene sacudió la cabeza, poco convencida. Era momento de cambiar de tema.

–¿Os divertisteis Rene y tú en vuestra noche libre? – pregunté.

–Rene fue bueno anoche, ¿verdad? –dijo con las mejillas ruborizadas.

Era curioso que una mujer casada tantas veces aún pudiera sonrojarse.

–Dímelo tú –respondí. A Arlene le gustaban un poco los comentarios indecentes.

–¡Oh, no seas tonta! Me refiero a que fue muy educado con Bill, e incluso con ese Bubba.

–¿Y existe alguna razón por la que no debiera serlo?

–Tiene una especie de problema con los vampiros, Sookie. –Arlene sacudió la cabeza–. Ya lo sé, yo también –confesó cuando la miré con las cejas arqueadas–, pero en Rene de verdad llega a ser un prejuicio. Cindy salió con un vampiro un tiempo, y eso lo preocupó mucho.

–¿Y Cindy está bien? –sentía un gran interés por la salud de cualquiera que hubiera salido con un vampiro.

–No la he visto–admitió Arlene–, pero Rene va a visitarla cada dos semanas o así. Le va bien, ha vuelto al buen camino. Tiene un trabajo en la cafetería de un hospital.

Sam, que estaba en esos momentos detrás de la barra llenando el frigorífico con sangre embotellada, dijo:

–Tal vez Cindy quiera volver a casa. Lindsey Krause ha dejado el otro turno porque se traslada a Little Rock.

Desde luego, eso logró atraer nuestra atención. Merlotte's estaba empezando a sufrir una seria escasez de personal. Por algún motivo, durante el último par de meses los trabajos de servicios con baja calificación habían perdido su popularidad.

–¿Has entrevistado a alguien más? –preguntó Arlene.

–Tendría que repasar los archivos–dijo Sam con desaliento. Arlene y yo sabíamos que éramos las únicas camareras, mozas, meseras o como se quiera llamarnos, que Sam había mantenido fijas durante más de dos años. No, eso no era del todo cierto; también estaba Susanne Mitchell, del otro turno. Sam se pasaba mucho tiempo contratando y de vez en cuando despidiendo camareras eventuales–. Sookie, ¿te importaría echarle un vistazo a los archivos, para descartar a algunas que se hayan mudado o que ya tengan trabajo, o por si ves a alguien que me recomendarías de verdad? Eso me ahorraría algo de tiempo.

–Claro –dije. Recordaba que Arlene había hecho lo mismo un par de años atrás, cuando contrataron a Dawn. Nosotras teníamos más lazos con la comunidad que Sam, que nunca parecía apuntarse a nada. Sam llevaba ya seis años en Bon Temps, y jamás había conocido a nadie que pareciera saber algo de su vida anterior a la adquisición del bar.

Me senté junto a la mesa de Sam, con el grueso archivo de solicitudes. Tras unos pocos minutos comprendí que la tarea merecía la pena. Tenía tres montones: mudadas, empleadas en otra parte y buenas perspectivas. Entonces añadí la cuarta y la quinta pilas: una para la gente con la que no podía trabajar porque no la soportaba, y otra para los muertos. La primera demanda del quinto montón la había rellenado una chica que murió en un accidente de coche las navidades pasadas, y volví a sentir lástima por su familia cuando vi su nombre en la parte superior de la solicitud. La siguiente empezaba con "Maudette Pickens".

Maudette había solicitado trabajar con Sam tres meses antes de morir. Me imagino que ganarse la vida en el Grabbit Kwik era bastante aburrido. Cuando eché una ojeada a los campos que había rellenado y me fijé en lo penosa que eran su letra y su ortografía, volvió a darme pena. Traté de imaginarme cómo mi hermano podía haber pensado que tener relaciones sexuales con esa mujer (y grabarlas en vídeo) era un buen modo de pasar el tiempo, y me maravillé ante la extraña mentalidad de Jason. No lo había visto desde que se fue en coche con Desiree. Confié en que hubiera llegado a casa de una pieza; esa chica era todo un caso. Ojalá hubiera sentado la cabeza con Liz Barrett; ella tenía la tenacidad necesaria para meterlo en vereda.

Desde hacía un tiempo, siempre que pensaba en mi hermano era para preocuparme. ¡Tan solo con que no se hubiera llevado tan bien con Maudette y Dawn! Aparentemente, muchos hombres las habían conocido a las dos, tanto en el sentido habitual como carnal. Ambas habían sido mordidas por vampiros. A Dawn le gustaba el sexo duro, pero no sabía cuáles eran las tendencias de Maudette. Muchos hombres ponen gasolina y toman un café en el Grabbit Kwik, igual que muchos vienen a beber algo a nuestro bar. Pero solo el tonto de mi hermano había grabado en cinta sus relaciones con ellas.

Contemplé la enorme taza de plástico del escritorio de Sam, que había contenido té con hielo. En la cara externa de aquella taza verde estaba escrito, con color naranja neón: "El Gran Especial del Grabbit Kwik". Sam también las conocía a las dos. Dawn había trabajado para él, y Maudette había solicitado un trabajo allí.

A Sam no le gustaba que yo saliera con un vampiro. Puede que no le gustase nadie que saliese con uno.

Justo en ese momento Sam entró, y pegué un bote como si hubiera estado haciendo algo malo. Y según mis normas, lo estaba haciendo, pensar mal de un amigo es una cosa mala.

–¿Cuál es el montón de los buenos?–preguntó, aunque me dirigió una mirada extrañada.

Le entregué un pequeño fajo de unas diez solicitudes.

–Esta chica, Amy Burley–expliqué, señalando la de más arriba–, tiene experiencia, está de sustituta en el bar Good Times, y Charlsie trabajó con ella allí. Así que primero puedes consultarla a ella.

–Gracias, Sookie. Esto me ahorrará unos cuantos líos. –Asentí como contestación, aunque con cierta brusquedad.

–¿Te encuentras bien? –preguntó–. Hoy pareces algo distante.

Lo miré de cerca; parecía igual que siempre. Pero su mente me estaba vedada. ¿Cómo podía hacerlo? La única otra mente que se me cerraba por completo era la de Bill, debido a su naturaleza de vampiro. Pero desde luego, Sam no era un vampiro.

–Es solo que echo de menos a Bill–dije a propósito. ¿Me largaría un sermón sobre los peligros de salir con un vampiro?

–Es de día, no estaría muy cómodo aquí–respondió.

–Claro que no –dije envarada. Estuve a punto de añadir: "Está fuera del pueblo", pero me planteé si sería juicioso contar eso cuando tenía una sospecha interior, por pequeña que fuera, sobre mi jefe. Salí del despacho tan de repente que Sam se me quedó mirando asombrado.

Cuando vi que Arlene y Sam mantenían una larga conversación algo más tarde, ese mismo día, sus miradas de reojo me dejaron claro que el tema era yo. Sam regresó a su despacho con un aspecto más preocupado que nunca. Pero no cruzamos más palabras durante el resto del día.

Aquella noche fue duro marcharme a casa, porque sabía que estaría sola hasta el amanecer. Otras noches, a pesar de estar sola, me tranquilizaba saber que Bill estaba solo a un telefonazo de distancia. Pero ya no. Traté de consolarme con la idea de que estaría protegida una vez oscureciera y Bubba saliera del agujero en el que dormía, pero no lo conseguí.

Llamé a Jason, pero no estaba en casa. Llamé entonces a Merlotte's, pensando que podría estar allí, pero Terry Bellefleur me cogió el teléfono y me dijo que Jason no había aparecido.

Me pregunté qué estaría haciendo Sam aquella noche. ¿Por qué nunca parecía salir con nadie? Por lo que había podido observar numerosas veces, no era por falta de ofertas. Dawn se había mostrado especialmente activa en el empeño...

Aquella noche no lograba pensar en nada agradable.

Comencé a preguntarme si Bubba había sido el sicario al que había recurrido Bill para cargarse al tío Bartlett. Era extraño que Bill hubiera elegido a una criatura tan lerda para protegerme.

Todos los libros que cogía parecían de uno u otro modo inadecuados, y cada programa de televisión que traté de ver me pareció completamente ridículo. Intenté leer mi ejemplar de Time, y me indignó el impulso suicida que gobernaba tantas naciones. Arrojé la revista al otro lado de la habitación. Mi cabeza daba vueltas como una ardilla que tratase de escapar de su jaula. No lograba concentrarme en nada ni sentirme cómoda en ningún sitio.

Cuando sonó el teléfono me puse en pie de un brinco.

–¿Dígame?–contesté con voz áspera.

–Jason ya está aquí–dijo Terry Bellefleur–. Quiere invitarte a una copa.

Pensé con cierto desagrado en el rollo de tener que salir a por el coche, ahora que ya había oscurecido, y regresar después a una casa vacía, al menos a una casa que ojalá estuviera vacía. Pero me regañé a mí misma porque, al fin y al cabo, habría alguien vigilándola, alguien muy fuerte aunque careciera de cerebro.

–De acuerdo, estaré ahí en un minuto–respondí.

Terry se limitó a colgar. Era todo un parlanchín.

Me puse una falda vaquera y una camiseta amarilla y, mirando en todas direcciones, crucé el patio hasta llegar al coche. Dejé encendidas todas las luces de fuera. Abrí el coche y me metí dentro como un rayo. Una vez dentro, volví a echar el seguro. Aquella no era manera de vivir.

Aparqué casi de modo instintivo en el estacionamiento de empleados de Merlotte's. Había un perro escarbando en el contenedor, y le acaricié la cabeza antes de entrar. Teníamos que llamar a la perrera casi cada semana para que vinieran a llevarse unos cuantos animales perdidos o abandonados, muchos de ellos perras preñadas, lo que me ponía enferma.

Terry estaba detrás de la barra.

–Hola–dije, echando un vistazo a mi alrededor–. ¿Dónde está Jason?

–No está aquí –me respondió Terry–. No lo he visto en toda la noche. Ya te lo he contado por teléfono.

Lo miré boquiabierta.

–Pero después me has vuelto a llamar y me has dicho que ya había llegado.

–No, no lo he hecho.

Nos miramos con intensidad el uno al otro. Terry estaba teniendo una de sus noches malas, eso estaba claro. Su cabeza bullía por dentro con los suplicios de su servicio activo en el ejército y su lucha contra el alcohol y las drogas. Por fuera se veía que estaba rojo y sudoroso a pesar del aire acondicionado, y sus movimientos eran torpes y bruscos. Pobre Terry.

–¿De verdad no me has llamado? –pregunté, con un tono lo más neutral posible.

–Eso he dicho, ¿no? –su voz resultaba beligerante.

Mejor sería que ninguno de los clientes del bar le diera problemas a Terry aquella noche. Me retiré con una sonrisa reconciliadora. El perro seguía en la puerta de atrás. Gimoteó al verme.

–¿Tienes hambre, muchacho? –le dije.

Vino directo hacia mí, sin el temor que hubiera esperado de un perro perdido. Al adentrarnos más en la zona iluminada, comprobé que aquel perro había sido abandonado hacía poco, al menos por lo que se deducía de su lustroso pelaje. Era un collie, aunque no de pura raza. Pensé meterme en la cocina para preguntarle al cocinero de turno si teníamos algunas sobras para nuestro amigo, pero en ese momento tuve una idea mejor.

–Ya sé que el viejo y malo Bubba está cerca de casa, pero tal vez puedas entrar conmigo–dije, con esa voz infantil que uso con los animales cuando creo que nadie me escucha–. ¿Podrías hacer pipí fuera, para no ensuciar la casa? ¿Qué me dices?

Como si me hubiera entendido, el collie manchó la esquina del contenedor.

–¡Buen chico! ¿Quieres dar una vuelta? –Abrí la puerta del coche, confiando en que no ensuciara demasiado los asientos. El animal dudó–. Vamos, bonito, te daré algo bueno para comer cuando lleguemos a casa –el soborno no siempre es algo malo.

Tras un par de miradas más y un olfateo intenso de mis manos, el perro saltó al asiento de los pasajeros y se sentó mirando por la ventanilla como si él mismo se hubiera apuntado a esta aventura. Le dije que se lo agradecía y le rasqué las orejas. Partimos y quedó claro que el perro estaba acostumbrado a ir en coche.

–Ahora, muchachito, cuando lleguemos a casa–le dije con seriedad al collie–, vamos a ir directos a la puerta delantera, ¿está claro? Hay un ogro en los bosques al que le encantaría devorarte.

El perro respondió con un ladrido excitado.

–Bueno, no vamos a dejarle ninguna oportunidad–le dije para tranquilizarlo. Era agradable tener alguien a quien hablar. Era incluso bonito que no pudiera responderme, al menos por ahora. Y no tenía que mantener mi protección porque no era humano. Me relajé–. Démonos prisa.

–¡Guau! –mi compañero estuvo de acuerdo.

–Tengo que llamarte de alguna manera –dije–, ¿qué tal… Buffy?

El perro gruñó.

–Vale, ¿Robert?

Gemido.

–Tampoco te gusta ese. Umm.– Llegamos a la entrada de casa.

–Puede que ya tengas un nombre –pensé–. Deja que te mire el cuello. –Tras apagar el motor pasé los dedos a través de su grueso pescuezo. No llevaba siquiera un collar antipulgas–. Alguien te ha estado cuidando bastante mal, cariño –dije–. Pero eso se acabó. Seré una buena mamá.

Con esa última estupidez preparé la llave de la casa y abrí la puerta. Como una centella, el perro me adelantó y permaneció en el jardín, mirando a su alrededor, alerta. Olfateó el aire y surgió un gruñido de su garganta.

–Solo es el vampiro bueno, dulzura, el que está protegiendo la casa. Vamos dentro. –Engatusándolo sin parar, logré que entrara en el edificio. Cerré de inmediato la puerta detrás de nosotros.

El perro caminó sin hacer ruido alrededor del salón, olisqueando y mirándolo todo. Después de vigilarlo durante un minuto, para asegurarme de que no iba a morder nada ni levantar la pata, fui a la cocina para encontrarle algo de comer. Llené un cuenco grande de agua. Cogí otro de plástico en el que la abuela guardaba la lechuga y puse en él los restos de la comida para gatos de Tina y algo de carne para tacos. Me supuse que, si estabas muriéndote de hambre, algo así resultaría aceptable. Al fin el perro encontró el camino a la cocina y se dirigió a los cuencos. Olfateó la comida y alzó la cabeza para mirarme largo rato.

–Lo siento, no tengo comida para perros. Es lo mejor que he podido encontrar. Si quieres quedarte conmigo, te conseguiré algunos Kibbles'N Bits.

El perro me miró durante unos segundos más, y entonces agachó la cabeza hacia el cuenco. Comió un poco de carne, bebió y volvió a mirarme expectante.

–¿Puedo llamarte Rex?

Pequeño gruñido.

–¿Y qué tal Dean?–pregunté–. Dean es un nombre bonito. –Un chico agradable que me ayudó en una librería de Shreveport se llamaba Dean. Sus ojos se parecían a los de este collie, observadores e inteligentes. Y Dean era un tanto diferente. Nunca había conocido a un perro llamado Dean.

–Apuesto a que eres más listo que Bubba –dije pensativa,, y el perro soltó su corto y agudo ladrido–. Estupendo, vamos, Dean. Preparémonos para dormir–añadí, disfrutando de poder mantener una especie de conversación. El perro me siguió en silencio hasta el dormitorio, estudiando todo el mobiliario con suma atención. Me quité la falda y la camiseta, y las eché a un lado. Me bajé las braguitas y me desabroché el sujetador. El perro me contempló con gran atención mientras cogía un camisón limpio y me metía en el baño para ducharme. Cuando salí, limpia y relajada, Dean se sentaba junto a la puerta, con la cabeza echada a un lado.

–Para limpiarse, a la gente le gusta darse una ducha –le expliqué–. Ya sé que a los perros no, supongo que es algo humano. –Me cepillé los dientes y me puse el camisón–. ¿Estás listo para dormir, Dean?

Como respuesta, el perro saltó a la cama, se giró en círculos y se tumbó.

–¡Eh, espera un minuto! –Desde luego, yo misma me lo había buscado. A la abuela le hubiese dado un ataque si se enterase de que había un perro en su cama. Ella pensaba que los animales estaban muy bien siempre que no pasaran la noche en casa. Su regla era: humanos dentro, animales fuera. Bueno, ahora tenía un vampiro fuera y un collie en mi cama.

–¡Tú, abajo! –dije, señalando la alfombra.

El collie, con lentitud y cierta reluctancia, descendió del lecho. Me lanzó una mirada de reproche mientras se sentaba en la alfombra.

–¡Quédate ahí! –dije con firmeza antes de meterme en la cama. Me sentía muy cansada, y ahora que tenía al perro no estaba tan nerviosa, aunque no sabía qué ayuda podía esperar de él en caso de que se colara un intruso, ya que no me conocía lo suficiente como para serme fiel. Pero tenía que aceptar cualquier consuelo que pudiera encontrar, y comencé a abandonarme al sueño. Justo mientras me quedaba adormilada noté que la

cama se combaba bajo el peso del collie. Una lengua estrecha me pasó por la mejilla. El perro se acomodó cerca de mí. Me giré y lo acaricié. Era agradable tenerlo cerca.

Lo siguiente que recuerdo es que estaba amaneciendo. Fuera se oían los pájaros que volaban hacia el pueblo, gorjeando como locos. Era estupendo acurrucarse en la cama. Sentí la calidez del perro a través de mi camisón; debía de haber hecho calor por la noche y me había quitado la sábana de encima. Lo acaricié con torpeza la cabeza y comencé a rascarle el pelaje, pasando los dedos distraídamente a través de su grueso pelo. Se me acercó aún más, me olisqueó la cara y me rodeó con su brazo.

¿Con su brazo?

De un solo movimiento, salté de la cama y me puse a chillar. En mi cama, Sam se incorporó sobre los codos, de lado, y me miró con cierta curiosidad.

–¡Oh, oh dios mío! Sam, ¿cómo has llegado aquí? ¿Qué estás haciendo? ¿Dónde está Dean? –Me tapé la cara con las manos y me di la vuelta, pero ya había visto todo lo que había que ver de Sam.

–¡Guau! –dijo Sam con su garganta humana, y la verdad me cayó encima como un jarro de agua fría.

Me revolví para mirarlo, tan enfadada que pensé que me iban a saltar los fusibles.

–¡Anoche me viste desnudarme, maldito… maldito perro!

–Sookie–dijo con tono persuasivo–. Escúchame.

Otra idea me golpeó.

–Oh, Sam. Bill te matará. –Me senté en la butaca de la esquina, junto a la puerta del baño. Puse los codos sobre las rodillas y dejé caer la cabeza–. ¡Oh, no! No, no, no.

Él se arrodilló delante de mí. El áspero pelo dorado rojizo de su cabeza se repetía sobre su pecho y bajaba en una línea hasta su… volví a cerrar los ojos.

–Sookie, me preocupé cuando Arlene me contó que ibas a estar sola –comenzó a explicarme.

–¿No te habló de Bubba?

–¿Bubba?

–El vampiro que ha dejado Bill vigilando la casa.

–¡Ah, sí! Me contó que le recordaba a algún cantante.

–Bueno, pues se llama Bubba. Le gusta desangrar animales por diversión.

Tuve la satisfacción de verlo palidecer, aunque fuera entre los dedos de mis manos.

–Bueno, entonces ha sido toda una suerte que me dejaras entrar–dijo por último.

Al recordar de repente su aspecto la noche anterior, pregunté:

–¿Qué eres, Sam?

–Soy un cambiaformas. Pensé que ya era hora de que lo supieras.

–¿Y tenías que hacerlo de esa manera?

–En realidad–dijo avergonzado–tenía planeado despertarme y marcharme antes de que abrieras los ojos. Pero me he quedado dormido. Correr a cuatro patas es agotador.

–Creía que la gente solo podía transformarse en lobo.

–No, yo puedo cambiar a cualquier forma.

Resultaba tan interesante que dejé caer las manos y traté de mirarle solo la cara.

–¿Cada cuánto? –pregunté– ¿Puedes escoger?

–Me veo obligado cuando hay luna llena –me explicó–. En otras ocasiones puedo hacerlo a voluntad, aunque es más difícil y tardo más tiempo. Me convierto en cualquier animal que vea antes de cambiar, así que siempre tengo un libro sobre perros sobre mi mesita, abierto con una foto de un collie. Los collies son grandes, pero no resultan amenazadores.

–Así que, ¿podrías ser un pájaro?

–Sí, pero volar es muy duro. Además, siempre me da miedo acabar achicharrado en un tendido eléctrico o chocarme contra un cristal.

–¿Por qué? ¿Por qué querías que lo supiera?

–Parecías llevar bastante bien el hecho de que Bill fuese un vampiro, en realidad hasta lo disfrutabas. Así que pensé que merecía la pena intentarlo, a ver si podías asumir mi... condición.

–¡Pero lo que tú eres–dije de manera repentina, saliéndome por la tangente– no puede explicarse por un virus! ¡Quiero decir, tú cambias del todo!

No dijo nada. Se quedó mirándome, con sus ojos ahora azules pero igual de inteligentes y observadores.

–Ser un cambiaformas es decididamente sobrenatural. Si esto existe, otras cosas también pueden existir. Así que... –dije con lentitud y cautela–, Bill no tiene ningún virus. Ser un vampiro no puede explicarse mediante una alergia a la plata, o al ajo, o al sol... Eso solo es basura que esparcen los vampiros, propaganda, se podría llamar. Así pueden ser aceptados con más facilidad, como víctimas de una terrible enfermedad. Pero en realidad están... en realidad están...

Me precipité hacia el baño para vomitar. Por suerte logré llegar al inodoro.

–Sí –dijo Sam desde la puerta, con voz triste–. Lo siento mucho, Sookie. Pero no es que Bill tenga un virus. Está de verdad, de verdad muerto.

Me lavé la cara y me cepillé los dientes dos veces. Me senté en el borde de la cama, demasiado cansada como para ir más lejos. Sam se sentó a mi lado, me rodeó acogedor con su brazo y tras un instante me acurruqué a él, colocando la mejilla junto a su cuello.

–¿Sabes? Una vez estaba escuchando la NPR –dije, sin venir para nada a cuento–, estaban retransmitiendo un programa sobre criogenia, sobre cómo mucha gente está decidiendo congelarse solo la cabeza porque es mucho más barato que conservar todo el cuerpo.

–¿Eh?

–Adivina qué canción pusieron al final.

–¿Cuál, Sookie?

–Put Your Head on My Shoulder[12].

Sam hizo un ruido de asfixia y después se dobló de las carcajadas.

[12] Una famosa canción de Paul Anka: "Pon tu cabeza sobre mi hombro".

–Escucha, Sam–dije, cuando se tranquilizó–. Entiendo lo que me dices, pero necesito tratar esto con Bill. Lo amo, le soy fiel, y además él no está aquí para dar su punto de vista.

–Oh, el objetivo no era tratar de apartarte de Bill. Aunque eso sería estupendo –y Sam esbozó su poco habitual y maravillosa sonrisa. Parecía mucho más relajado conmigo ahora que compartía su secreto.

–Entonces, ¿cuál era el objetivo?

–Mantenerte con vida hasta que atrapen al asesino.

–¿Así que por eso has aparecido desnudo en mi cama? ¿Por mi protección?

Tuvo el detalle de parecer avergonzado.

–Bueno, reconozco que podría haberlo planeado mejor, pero pensé que necesitabas alguien a tu lado, ya que Arlene me había dicho que Bill estaba fuera del pueblo. Sabía que no me dejarías pasar aquí la noche como humano.

–¿Estarás tranquilo ahora que sabes que Bubba vigila la casa por las noches?

–Los vampiros son fuertes, y feroces –reconoció Sam–: Supongo que este Bubba le debe algo a Bill, o no le haría un favor. Los vampiros no se distinguen por hacerse favores unos a otros, su mundo está muy estratificado.

Debería haber prestado más atención a lo que me contaba Sam, pero pensé que era mejor no explicarle los orígenes de Bubba.

–Si tú y Bill existís, supongo que debe de haber un montón de seres ajenos a la naturaleza –dije, comprendiendo la cantidad de reflexiones que me aguardaban. Desde que conocía a Bill no había sentido tanta necesidad de acumular ideas para estudiarlas en el futuro, pero estar preparada nunca hace, daño–. Algún día tendrás que contármelo. ¿El yeti? ¿El monstruo del lago Ness? Yo siempre había creído en el monstruo del Lago Ness.

–Bueno, supongo que será mejor que me vuelva a casa–dijo Sam. Me miró esperanzado. Seguía desnudo.

–Sí, creo que será lo mejor. Pero... oh, maldición, tú... oh, diablos. –Corrí escaleras arriba en busca de algo de ropa. Me parecía recordar que Jason guardaba un par de cosas en un armario del piso superior, para un caso de emergencia.

Por suerte había un par de tejanos y una camisa informal en el primer dormitorio. Ya hacía calor allí arriba, debajo del tejado de estaño, porque el primer piso tenía un termostato independiente. Regresé al piso inferior, contenta de sentir el frescor del aire acondicionado.

–Aquí están –anuncié, entregando las prendas a Sam–. Espero que te sienten bien. –Me miró como si quisiera retomar nuestra conversación, pero yo ya era demasiado consciente de que iba cubierta solo con un fino camisón de nylon y de que él no estaba cubierto por nada en absoluto.

–Vamos con las ropas–dije con firmeza–. Y vístete en la sala de estar. –Lo obligué a salir y cerré la puerta detrás de él. Pensé que echar el pestillo resultaría insultante, así que no lo hice. Me vestí en un tiempo récord, con ropa interior limpia y la falda vaquera y la camiseta amarilla de la noche anterior. Me puse un poco de maquillaje, escogí unos pendientes y me cepillé el pelo para recogerlo en una coleta, sujetándola con cinta de goma amarilla.

Mi moral se recuperó al mirarme al espejo, pero mi nueva sonrisa se convirtió en un ceño fruncido cuando creí oír un camión aparcando delante de casa.

Salí del dormitorio como si me hubieran disparado con un cañón, confiando con todas mis fuerzas en que Sam ya se hubiera vestido y estuviera escondido. Había hecho algo mejor, había vuelto a convertirse en perro. Las ropas estaban tendidas en el suelo y yo las recogí y las lancé al armario del pasillo.

–¡Buen chico! –dije con entusiasmo mientras le rascaba entre las orejas. Dean respondió metiendo su frío hocico negro bajo mi falda–. Deja eso ya– exclamé, mirando a través de la ventana delantera–. Es Andy Bellefleur–le dije al perro.

Andy saltó de su Dodge Ram, se estiró durante un largo instante y se dirigió a mi puerta. La abrí, con Dean a mi lado. Contemplé al detective de manera burlona.

–Parece como si hubieras estado levantado toda la noche, Andy. ¿Puedo ofrecerte un café?

El perro se agitaba nervioso a mi alrededor.

–Eso estaría genial –dijo–, ¿puedo pasar?

–Claro. –Me eché a un lado y Dean gruñó.

–Veo que tienes un buen perro guardián. Vamos, muchacho, ven aquí.

Andy se agachó para ofrecer una mano al collie, al que yo no lograba ver como si fuera Sam. Dean olisqueó la mano de Andy, pero no la lamió. En vez de eso, se situó entre Andy y yo.

–Vamos a la cocina –dije. Y Andy se irguió y me siguió. Tuve el café listo en un santiamén, y puse algo de pan en la tostadora. Coger la nata, el azúcar, las cucharas y los tazones llevó unos minutos más, pero los aproveché para preguntarme qué hacía Andy allí. Tenía el rostro demacrado; parecía diez años mayor de su verdadera edad. No se trataba de ninguna visita de cortesía.

–Sookie, ¿estuviste aquí anoche? ¿No trabajaste?

–No, no me tocaba. Estuve aquí salvo por un rápido viaje a Merlotte's.

–¿Ha estado Bill aquí en algún momento?

–No, está en Nueva Orleáns. Se aloja en ese nuevo hotel del barrio francés, el que es solo para vampiros.

–Pareces segura de que está allí.

–Sí–noté que se me endurecía el rostro. Se aproximaban las malas noticias.

–He estado levantado toda la noche–dijo Andy.

–¿Sí?

–Acabo de venir de otra escena del crimen.

–Oh. –Me colé en su mente–: ¿Amy Burley?–Lo miré a los ojos tratando de asegurarme–. ¿Amy, la que trabajaba en el bar Good Times?

Era el primer nombre del montón de posibles camareras del día anterior, el nombre que le había aconsejado a Sam. Miré al perro. Estaba tumbado en el suelo con el hocico entre las patas, y parecía estar tan triste y sorprendido como yo. Gimió de pena.

Los ojos castaños de Andy me miraban con tanta fuerza que me estaban taladrando.

–¿Cómo lo sabes?

–Déjate de tonterías, Andy, sabes que puedo leer el pensamiento. Me siento fatal, pobre Amy. ¿Ha sido como las demás?

–Sí –respondió–. Sí, ha sido como las demás, pero las marcas de colmillos eran más recientes.

Pensé en la noche que Bill y yo tuvimos que ir a Shreveport para responder a la llamada de Eric. ¿Había sido Amy la que había dado sangre a Bill aquella noche? Ni siquiera fui capaz de calcular cuántos días habían pasado desde aquello, mi vida cotidiana se había visto alterada de cabo a rabo por todos los sucesos extraños y terribles de las semanas previas.

Me dejé caer sobre una silla de cocina de madera, sacudiendo la cabeza distraída durante algunos minutos, sorprendida por el giro que había dado mi vida. La de Amy Burley ya no daría más giros. Me sacudí de encima aquella extraña apatía, me levanté y serví el café.

–Bill no ha estado aquí desde anteanoche –dije.

–¿Y has pasado toda la noche aquí?

–Así es, mi perro puede confirmártelo –y sonreía Dean, que gimió al sentirse el centro de atención. Se acercó hasta colocar su peluda cabeza sobre mis rodillas mientras me tomaba el café. Le acaricié las orejas.

–¿Sabes algo de tu hermano?

–No, pero anoche recibí una curiosa llamada de teléfono, de alguien que me dijo que estaba en Merlotte's... –en cuanto las palabras abandonaron mi boca me di cuenta de que mi interlocutor debía de haber sido Sam, que me había atraído al bar para poder ponerse en situación de acompañarme a casa. Dean bostezó, un enorme bostezo de oreja a oreja que nos permitió ver todos sus blancos y afilados dientes.

Ojalá yo hubiera mantenido la boca cerrada. Pero ya lo había soltado, y tuve que explicárselo todo a Andy, que se escoraba apenas medio despierto sobre la silla de mi cocina, con su camisa escocesa arrugada y llena de manchas de café y sus caquis deformados por llevarlos demasiado tiempo puestos. Necesitaba una cama igual que un caballo necesita su establo.

–Tienes que descansar un poco –dije con amabilidad. Había algo triste en Andy Bellefleur, algo desalentador.

–Es por estos asesinatos –dijo, con voz insegura por el cansancio–, estas pobres mujeres. Y todas se parecían en tantos aspectos...

–¿Mujeres sin estudios, trabajadoras manuales empleadas en bares? ¿Que no les importaba tener un amante vampiro de cuando en cuando? –Él asintió, con los ojos cerrándosele por momentos–. En otras palabras, mujeres como yo.

Entonces abrió los ojos. Estaba horrorizado por su error.

–Sookie...

–Lo entiendo, Andy –dije–. En algunos aspectos todas somos parecidas, y si aceptas que el ataque contra mi abuela estaba dirigido a mí, bueno, entonces supongo que soy la única superviviente.

Me pregunté quién le quedaría por matar al asesino. ¿Era yo la única viva que encajaba con sus parámetros? Era la cosa más aterradora que había pensado en todo el día.

Andy casi estaba echando una cabezada encima de su taza.

–¿Por qué no vas a tumbarte en el otro dormitorio? –le sugerí cortés–. Tienes que dormir un poco. Me parece que no estás en condiciones de conducir.

–Es muy amable por tu parte –dijo Andy, arrastrando la voz. Parecía algo sorprendido, como si amabilidad no fuese algo que pudiera esperar de mí–. Pero tengo que ir a casa y ponerme el despertador. Tal vez pueda dormir tres horas.

–Te prometo que te despertaré–dije. No me hacía ilusión que se quedara durmiendo en mi casa, pero tampoco quería que tuviera un accidente de regreso a la suya. La anciana señora Bellefleur nunca me lo perdonaría, y probablemente Portia tampoco–. Ven, túmbate en este cuarto. –Lo conduje a mi viejo dormitorio. Mi cama individual estaba arreglada con pulcritud–. Tú solo túmbate encima de la cama y yo pondré el despertador. –Así lo hice, mientras él me observaba–. Ahora duerme un poco. Tengo que hacer un recado, pero volveré enseguida.

Andy no ofreció más resistencia, sino que se sentó con pesadez sobre la cama mientras yo cerraba la puerta. El perro había estado siguiéndome de cerca mientras me encargaba de Andy, y en ese momento le dije con un tono bastante distinto:

–Vas a vestirte ya mismo.

Andy sacó la cabeza por la puerta del dormitorio.

–Sookie, ¿con quién estás hablando?

–Con el perro –respondí al instante–. Siempre lleva su collar, y se lo pongo cada día.

–¿Y por qué se lo quitas?

–Tintinea por las noches y no me deja dormir. Ahora vete a la cama.

–De acuerdo. –Parecía satisfecho por mi explicación y volvió a cerrar la puerta.

Recogí las ropas de Jason del armario y las puse en el sofá delante del perro, y me senté dándole la espalda. Pero me di cuenta de que podía verlo en el espejo de encima de la repisa. El aire se desdibujó alrededor del collie, parecía hervir y vibrar lleno de energía, y entonces su forma comenzó a cambiar dentro de esa concentración eléctrica. Cuando se aclaró la neblina, era Sam el que estaba de rodillas en el suelo, en cueros. ¡Guau, qué culo! Tuve que obligarme a cerrar los ojos y decirme repetidas veces que no estaba siendo infiel a Bill. El culo de Bill, me dije con firmeza, era igual de bonito.

–Estoy listo–dijo la voz de Sam a mi espalda, tan cerca que pegué un salto. Me levanté con rapidez y me giré para mirarlo. Descubrí que tenía su rostro a apenas quince centímetros del mío–. Sookie –dijo esperanzado, poniendo una mano en mi hombro, frotándolo y acariciándolo.

Me puse furiosa porque la mitad de mi ser quería continuar por ese camino.

–Escúchame clarito, amigo. Podías haberme contado esto de ti en cualquier momento de los últimos años. ¿Desde cuánto hace que nos conocemos? Cuatro años… ¡o incluso más! Y aun así, Sam, a pesar de que te he visto casi a diario, has esperado a que Bill se sienta interesado por mí antes siquiera de… –incapaz de pensar cómo terminar la frase, sacudí las manos en el aire.

Sam se retiró, lo que fue un alivio.

–No he visto lo que tenía delante hasta que me he dado cuenta de que me lo podían quitar –dijo con voz serena.

No tenía nada que añadir a eso.

–Hora de irse a casa–le dije–. Y será mejor que te llevemos allí sin que nadie te vea. Lo digo en serio.

Ya era bastante arriesgado sin necesidad de que algún cotilla como Rene viera a Sam en mi coche a primera hora de la mañana y sacara las conclusiones equivocadas. Y se las transmitiera a Bill.

Así que partimos, con Sam agazapado en el asiento trasero. Estacioné con precaución detrás de Merlotte's. Había un camión allí; negro, con remolinos de colores rosa y celeste a los lados. El de Jason.

–Oh, oh–dije.

–¿Qué pasa? –la voz de Sam quedaba algo amortiguada por su postura.

–Déjame ir a echar un vistazo –anuncié, comenzando a sentirme nerviosa. ¿Por qué iba a aparcar Jason allí, en la zona de empleados? Y me parecía que había un bulto en el camión.

Abrí la puerta de mi coche, confiando en que el ruido alertara a la figura del camión. Esperé a atisbar algún movimiento, pero cuando nada sucedió comencé a atravesar la gravilla, lo más asustada que he estado nunca a la luz del día.

Cuando me acerqué a la ventanilla pude descubrir que el bulto del interior era Jason. Estaba desplomado detrás del volante. Podía ver que tenía la camisa manchada, la barbilla apoyada en el pecho, y que sus manos estaban caídas a ambos lados del asiento. Las marcas de su hermoso rostro formaban un largo arañazo rojo. Pude ver también una cinta de video sobre el salpicadero del camión, sin etiquetas.

–Sam–dije, lamentando el miedo que traslucía mi voz–. Por favor, ven.

Antes de lo que hubiera creído posible, Sam estaba a mi lado. Se me adelantó para abrir la puerta del camión. Como estábamos a comienzos del verano y el vehículo llevaba ahí en apariencia varias horas (había rocío en el capó) con las ventanillas subidas, el olor que emergió fue bastante fuerte, y se componía al menos de tres elementos: sangre, sexo y alcohol.

–¡Llama a una ambulancia! –dije con aprensión mientras Sam se inclinaba para tomarle el pulso a Jason. Me miró dubitativo.

–¿Estás segura de que eso es lo que quieres?

–¡Pues claro! ¡Está inconsciente!

–Espera, Sookie. Piensa en esto.

Puede que lo hubiera reconsiderado con solo un minuto más, pero en ese momento Arlene apareció en su destartalado Ford azul. Sam suspiró y se metió en la caravana para llamar.

Era tan ingenua... Eso es lo que me pasa por ser una ciudadana respetuosa con la ley durante casi todos los días de mi vida.

Acompañé a Jason al diminuto hospital local, ajena a que la policía examinaba con mucho cuidado su camión, ajena al coche patrulla que seguía a la ambulancia, aún confiada cuando el doctor de la sala de emergencias me envió a casa asegurándome que me llamaría cuando Jason recobrara la consciencia. El doctor me contó, observándome con curiosidad, que parecía que Jason estaba recuperándose de los efectos del alcohol o de las drogas. Pero Jason nunca había bebido tanto antes, y no consumía

drogas; la caída de nuestra prima Hadley a la vida callejera nos había impresionado profundamente a los dos. Le conté todo aquello al doctor, y él me escuchó y me echó de allí.

Sin saber qué pensar, fui a casa para descubrir que a Andy Bellefleur le había despertado su busca. Me había dejado una nota avisándome de ello, y nada más. Después me enteré de que había llegado al hospital cuando yo todavía estaba allí, y que por consideración hacia mí había esperado a que me fuera antes de esposar a Jason a la cama.

12

Sam vino con noticias alrededor de las once en punto.

–Van a arrestar a Jason tan pronto como recobre la consciencia, Sookie, y parece que eso será pronto. –Lo que Sam no me dijo es cómo había llegado a enterarse, y yo no le pregunté.

Clavé la mirada en él, con las lágrimas resbalándome por la cara. Cualquier otro día hubiera pensado en lo tonta que parezco cuando lloro, pero en aquel momento no estaba para preocuparme de mi aspecto. Se me acumulaba todo, el miedo por Jason, la pena por Amy Burley, la furia porque la policía cometiera un error tan estúpido, e impregnándolo todo, lo mucho que echaba de menos a Bill.

–Piensan que da la impresión de que Amy Burley se resistió. Creen que Jason se emborrachó después de matarla.

–Gracias, Sam, por avisarme. –Mi voz venía de muy lejos–. Será mejor que ahora vayas a trabajar.

Después de que Sam comprobara que necesitaba estar sola, llamé a información y conseguí el teléfono del Blood en el casco viejo de Nueva Orleáns. Marqué los dígitos, sintiendo que de alguna manera estaba haciendo algo malo, aunque no se me ocurría cómo o por qué.

–¡Blooooood... en el casco viejo –anunció de manera dramática una voz profunda–, su ataúd lejos de casa!

Vaya por Dios.

–Buenos días. Soy Sookie Stackhouse llamando desde Bon Temps–dije con educación–. Necesito dejar un mensaje para Bill Compton. Se aloja allí.

–¿Colmillo o humano?

–Eh... colmillo.

–Un momento, por favor. –Aquella voz profunda regresó a la línea unos instantes después–. ¿Cuál es el mensaje, madame?

Eso me hizo pensar.

–Por favor, dígale al Sr. Compton que... que mi hermano ha sido arrestado, y que me gustaría que pudiera regresar a casa tan pronto como solucione sus asuntos.

–Ya lo he apuntado–se coló el sonido de garabatear–. ¿Me puede repetir su nombre?

–Stackhouse. Sookie Stackhouse.

–Muy bien, señorita. Me aseguraré de que recibe su mensaje.

–Gracias.

Y esa fue la única acción que se me ocurrió adoptar, hasta que me di cuenta de que sería mucho más práctico llamar a Sid Matt Lancaster. Hizo lo posible por parecer horrorizado al enterarse de que Jason iba a ser detenido, y dijo que saldría disparado hacia el hospital en cuanto acabara en los tribunales por la tarde, y que me informaría de lo que se enterase.

Fui de nuevo al hospital para ver si me dejaban sentarme con Jason hasta que recuperara la consciencia. No me dejaban. No sabía si ya estaba consciente, y ellos no querían decírmelo. Vi a Andy Bellefleur al otro extremo del pasillo y se giró para alejarse. Maldito cobarde.

Me fui a casa porque no se me ocurría nada más que hacer. Recordé que, de todos modos, no me tocaba trabajar ese día, y eso resultó positivo aunque en aquellos momentos no me preocupaba demasiado. Pensé que no me estaba enfrentando a la situación tan bien como debería, que había sido mucho más fuerte cuando murió la abuela.

Pero aquello había sido una situación definida. Enterraríamos a la abuela, arrestarían a su asesino y la vida seguiría adelante. Pero si la policía de verdad creía que Jason había matado a la abuela, además de a las otras mujeres, entonces el mundo era un lugar tan malo y arriesgado que no quería tomar parte en él.

Mientras me sentaba y miraba a mi alrededor durante aquella larga, larga tarde, me di cuenta de que había sido justo esa misma ingenuidad la que había conducido al arresto de Jason. Si me hubiera limitado a meterlo en la caravana de Sam y limpiarlo un poco, a esconder la cinta hasta saber lo que contenía, y sobre todo no haber llamado a la ambulancia... Eso fue lo que estaba pensando Sam cuando me miró con tantas dudas. Sin embargo, la llegada de Arlene había limitado bastante mis opciones.

Pensé que el teléfono empezaría a sonar en cuanto la gente se enterara. Pero nadie llamó, no sabrían qué decirme.

Sid Matt Lancaster llegó alrededor de las cuatro y media. Sin ningún preámbulo, me dijo:

–Lo han detenido, por asesinato en primer grado.

Cerré los ojos y, cuando los abrí, Sid me contemplaba con expresión perspicaz en su afable rostro. Sus gafas clásicas de montura negra magnificaban sus confusos ojos castaños, y tanto su mandíbula como su afilada nariz le hacían parecerse a un sabueso.

–¿Qué dice él? –pregunté.

–Dice que anoche estuvo con Amy. –Suspiré–. Dice que se acostaron juntos y que ya había estado con ella antes. Afirma que no se habían visto en largo tiempo, que la última vez que estuvieron juntos Amy se puso muy celosa por las otras mujeres con las que él salía, realmente furiosa. Así que se sorprendió cuando se le acercó anoche en el Good Times. Jason dice que Amy actuó de modo extraño toda la noche, como si tuviera un plan que él no conocía. Recuerda haber mantenido relaciones sexuales con ella y que bebieron después, pero no se acuerda de nada más hasta que se despertó en el hospital.

–Le han tendido una trampa–dije con firmeza, pensando que sonaba igualito que un telefilme malo.

–Por supuesto. –Los ojos de Sid Matt eran tan firmes y seguros como si hubiera estado en casa de Amy Burley la noche anterior.

Qué diablos, puede que así fuera.

–Escuche, Sid Matt. –Me incliné y lo obligué a mirarme a los ojos–. Incluso si de algún modo pudiera creerme que Jason hubiera matado a Amy, Dawn y Maudette, nunca podría aceptar que alzara un solo dedo para hacerle daño a nuestra abuela.

–Muy bien, entonces. –Sid Matt se preparó para enfrentarse a mis impresiones de modo directo, todo su cuerpo así lo afirmaba–. Señorita Sookie, supongamos solo por un minuto que Jason ha tenido algún tipo de implicación en esas muertes. La policía podía pensar que tal vez su amigo Bill Compton mató a su abuela, ya que se interponía entre ustedes dos.

Traté de dar la impresión de considerar con seriedad esa estupidez.

–Bueno, Sid Matt, a mi abuela le gustaba Bill, y estaba contenta de que saliera con él.

Hasta que volvió a colocarse la cara de póquer, vi la incredulidad brillar en sus ojos de abogado. Él no estaría contento en absoluto de que su hija saliera con un vampiro; no podía imaginarse a ningún padre responsable que no estuviera horrorizado. Y lo que aún podía imaginarse menos es cómo podría tratar de convencer a un jurado de que mi abuela había estado contenta de que yo saliera con un chico que no estaba ni siquiera vivo, y que además era más de cien años mayor que yo.

Esos eran los pensamientos de Sid Matt.

–¿Conoce a Bill? –pregunté. Eso lo echó para atrás.

–No–admitió–. Ya sabe, señorita Sookie, no me va esto de los vampiros. Creo que es abrir una grieta en un muro que deberíamos mantener firme, un muro entre nosotros y los que se dicen infectados por el virus. Pienso que Dios quería que ese muro estuviera ahí, y al menos yo mantendré mi sección.

–El problema con eso, Sid Matt, es que yo misma fui creada a medias entre un lado y otro de ese muro–tras toda una vida de mantenerme callada sobre mi "don", descubrí que si era para ayudar a Jason, se lo pasaría por la cara a todo el mundo.

–Bien –dijo Sid Matt con valentía, ajustándose las gafas sobre el puente de su afilada nariz–, estoy seguro de que el Buen Dios le dio este problema del que he oído hablar por algún motivo. Tiene que aprender a usarlo para Su gloria.

Nadie lo había planteado antes de ese modo. Era una idea sobre la que tendría que meditar cuando tuviera tiempo.

–Me temo que nos hemos alejado del tema en cuestión, y sé que su tiempo es muy valioso. –Recompuse mis ideas–. Quiero que Jason salga bajo fianza. Lo único que lo relaciona con el asesinato de Amy son pruebas circunstanciales, ¿estoy en lo cierto?

–Ha admitido que estuvo con la víctima justo antes del asesinato, y la cinta de vídeo, según me ha sugerido con mucha claridad uno de los policías, muestra a su hermano manteniendo relaciones sexuales con la víctima. La hora y la fecha de la cinta indican que se rodó en las horas, quizá minutos, inmediatamente anteriores a la muerte.

Malditos fueran los peculiares gustos de Jason en el dormitorio.

–Jason nunca bebe mucho. Olía a licor en el camión, pero creo que se limitaron a echárselo por encima. Me da la impresión de que una prueba médica lo demostrará. Puede que Amy le metiera algún narcótico en la bebida que le preparó.

–¿Y por qué iba a hacer eso?

–Porque, como tantas mujeres, estaba loca por Jason, lo deseaba con pasión. Mi hermano es capaz de salir con casi cualquiera que le apetezca. No, eso es un eufemismo. –Sid Matt pareció sorprendido de que conociera esa palabra–. Es capaz de irse a la cama con casi cualquiera que le apetezca. La mayoría de los chicos pensaría que es una vida de ensueño. –El cansancio cayó sobre mí como una espesa niebla–. Ahora se sienta en una celda.

–¿Cree que otro hombre le ha preparado esto, que lo ha querido incriminar por el asesinato?

–Sí, lo creo. –Me incliné hacia delante, tratando de persuadir a aquel escéptico abogado por la fuerza de mi propia convicción–. Alguien que le tiene envidia, alguien que conoce su horario, que mata a estas mujeres cuando Jason está fuera del trabajo. Alguien que sabe que Jason había mantenido relaciones con estas chicas, y que conoce que le gusta grabarlo en cinta.

–Podría ser casi cualquiera –dijo su abogado con pragmatismo.

–Sí –reconocí con tristeza–. Incluso si Jason fuese lo bastante delicado como para no comentar con quién pasaba las noches, todo lo que tendría que hacer uno es ver con quién salía de un bar a la hora del cierre. Con ser observador, tal vez preguntarle por las cintas en una visita a su casa... –Mi hermano podía ser algo inmoral, pero no creía que hubiera enseñado aquellos vídeos a nadie más. Aun así, podía haberle contado a otros hombres que le gustaba grabar cintas–. Así que este hombre, quien quiera que sea, hace una especie de pacto con Amy, sabiendo que ella estaba loca por Jason. Puede que le dijera que iba a gastarle a Jason una broma pesada, o algo así.

–Su hermano no ha sido arrestado en ninguna ocasión anterior–observó Sid Matt.

–No. –Aunque en un par de veces había estado a punto, según afirmaba él mismo.

–No tiene antecedentes, es un miembro respetado de la comunidad, tiene un trabajo estable. Puede haber alguna posibilidad de que lo saque bajo fianza. Pero si huye, usted lo perderá todo.

Ni siquiera se me había ocurrido que Jason pudiera saltarse la fianza. No sabía nada de fianzas ni de cómo se preparaban, pero quería que Jason saliera de esa celda. De alguna manera, tener que estar en la cárcel hasta que se cumplieran los procesos legales anteriores al juicio... de algún modo, eso le haría parecer más culpable.

–Usted se enterará de todo lo necesario y me hará saber lo que tengo que hacer –afirmé–. Mientras tanto, ¿puedo ir a verlo?

–Él prefiere que no lo haga –dijo Sid Matt.

Eso me hizo mucho daño.

–¿Por qué?–pregunté, tratando con todas mis fuerzas de no volver a echarme a llorar.

–Está avergonzado–explicó el abogado.

La idea de que Jason pudiera sentir vergüenza resultaba fascinante.

–Entonces –dije, tratando de seguir adelante, cansada de repente de esta reunión tan poco satisfactoria–, ¿me llamará cuando de verdad pueda hacer algo?

Sid Matt asintió, y la mandíbula le tembló un ápice por el movimiento. Lo incomodaba. Sin duda se alegraba de poder alejarse de mí.

El abogado se perdió en la distancia en su camioneta, incrustándose un sombrero de vaquero en la cabeza cuando aún podía verlo.

Cuando oscureció del todo salí a ver qué tal se encontraba Bubba. Estaba sentado debajo de un roble de los pantanos, con las botellas de sangre alineadas a ambos lados de su cuerpo, las vacías a uno y las llenas al otro.

Yo llevaba una linterna, y aunque sabía que el vampiro estaba allí, siguió siendo bastante impactante verlo a la luz del haz. Sacudí la cabeza. Era cierto que algo había ido muy mal cuando Bubba "resucitó", no cabía duda al respecto. Me alegré mucho de no poder leerle los pensamientos; tenía los ojos enloquecidos por completo.

–Ey, monada –dijo, con un acento sureño tan denso como el almíbar–. ¿Qué tal te va? ¿Vienes a hacerme compañía?

–Solo quería asegurarme de que estuvieras cómodo–dije.

–Bueno, se me ocurren otros lugares en los que estaría más cómodo, pero como eres la chica de Bill, no voy a comentártelos.

–Estupendo –dije con firmeza.

–¿Hay algún gato por aquí? Estoy aburriéndome de manera soberana de esta cosa embotellada.

–No hay gatos. Seguro que Bill vuelve pronto y entonces podrás irte a casa.–Comencé a regresar hacia casa, sin sentirme lo bastante cómoda en presencia de Bubba para prolongar la conversación, si es que se la podía llamar así. Me pregunto qué pensamientos asaltarían a Bubba durante sus largas noches de vigilancia. ¿Recordaría su pasado?

–¿Y qué ha pasado con el perro? –me dijo desde lejos.

–Se fue a casa–respondí, girándome por encima del hombro.

–Qué pena –dijo Bubba para sí, tan bajo que casi no lo oí. Me preparé para meterme en la cama. Vi la televisión, tomé algo de helado, e incluso piqué un pastelito de postre. Aquella noche no parecía funcionar ninguna de las cosas que habitualmente me tranquilizan. Mi hermano estaba en la cárcel, mi novio en Nueva Orleáns, mi abuela muerta y alguien había asesinado a mi gato. Me sentí sola y me autocompadecí sin parar.

A veces no tienes más remedio que dejarte llevar.

Bill no me devolvió la llamada, y eso añadió leña a la hoguera de mi tristeza. Seguro que había encontrado alguna furcia complaciente en Nueva Orleáns, o alguna colmillera como las que rodeaban el Blood cada noche con la esperanza de conseguir una "cita" con un vampiro.

Si fuera de las que beben, me habría emborrachado. Si fuera una mujer fácil, habría llamado al adorable JB du Rone y me hubiera acostado con él. Pero no soy tan dramática ni tan drástica, así que me limité a comer helado y ver películas antiguas que echaban por la tele. Por una de esas curiosas coincidencias, ponían Amor en Hawai13.

[13] Una película de Elvis Presley. N. del T

Al final me fui a la cama alrededor de medianoche.

Un chillido al otro lado de la ventana de mi habitación me despertó. Me senté muy tiesa en el colchón. Oí golpetazos y ruidos sordos, y al final una voz que sin duda era la de Bubba, que gritaba:

–¡Vuelve aquí, mamonazo!

Cuando no se oyó nada durante un par de minutos, me puse un albornoz y abrí la puerta principal. El patio, iluminado por la farola, estaba vacío. Entonces atisbé movimiento a la izquierda, y cuando saqué la cabeza por la puerta vi a Bubba que se arrastraba cansino de vuelta a su escondrijo.

–¿Qué ha sucedido? –le pregunté en voz baja.

Bubba cambió de dirección y se acercó cabizbajo hacia el porche.

–Pues que algún hijoputa, si me permite, estaba rondando la casa–me explicó. Sus ojos castaños brillaban y se parecía más a su antiguo yo–. Lo he oído varios minutos antes de que llegara, y pensé que lo tenía, pero ha atajado a través de los árboles hasta la carretera, donde tenía estacionado un camión.

–¿Has podido verlo?

–No lo suficiente para poder describirlo–dijo Bubba con pesar–. Conducía una camioneta, pero ni siquiera puedo decirle de qué color era. Estaba oscuro.

–Aun así, me has salvado –respondí, confiando en que la sincera gratitud que sentía se revelara en mi voz. Experimenté una oleada de cariño por Bill, que se había encargado de mi protección. Incluso Bubba parecía más aceptable que antes–. Gracias, Bubba.

–Oh, no tiene importancia –dijo con garbo, y por un momento se irguió, echó un poco atrás la cabeza, y con esa sonrisa adormilada en su rostro... era él. Abrí la boca para pronunciar su nombre, pero recordé la advertencia de Bill y la cerré.

Jason salió bajo fianza al día siguiente.

Costó una fortuna. Firmé todo lo que me indicó Sid Matt, aunque la mayor parte de la garantía caía sobre la casa de Jason, su camión y su bote de pesca. Si lo hubieran arrestado antes una sola vez, aunque fuera por imprudencia al cruzar la calle, no creo que le hubieran permitido una fianza.

Yo estaba en los escalones del tribunal, con mi horrible y sobrio traje de color azul oscuro, bajo el calor de la mañana. El sudor me caía por la cara y se me colaba entre los labios de esa manera tan desagradable que hace que quieras lanzarte de cabeza a la ducha. Jason se detuvo frente a mí. No estaba segura de que dijera algo; parecía haber envejecido años. Al fin le habían tocado problemas serios, problemas muy graves que no desaparecerían o aflojarían su presa como la tristeza.

–No puedo hablarte de esto –dijo, en voz tan baja que apenas pude oírlo–. Sabes que no fui yo. Nunca he sido violento, aparte de una pelea o dos en algún estacionamiento por una mujer.

Le toqué el hombro, pero dejé caer la mano al ver que no reaccionaba.

–Nunca he pensado que fueras tú, y nunca lo haré. Lamento haber sido lo bastante tonta como para llamar ayer al 911. Si me hubiera dado cuenta

de que no era tu sangre, te hubiera llevado a la caravana de Sam para limpiarte y quemar la cinta. Pero me daba tanto miedo que fuera tu sangre...

Sentí que se me llenaban los ojos de lágrimas, pero no era momento de llorar, y lo retuve. Noté que se me endurecía el rostro. La mente de Jason era un caos, como una porqueriza mental. Allí se cocía una mezcla poco saludable de remordimientos, vergüenza porque sus costumbres sexuales salieran a la luz, culpa por no sentirse peor por la muerte de Amy, horror ante la idea de que cualquiera del pueblo pudiera creer que había matado a su propia abuela mientras esperaba a su hermana...

–Lo superaremos–dije, impotente.

–Lo superaremos –repitió él, tratando que su voz sonara firme y tranquila. Pero yo pensé que pasaría mucho, mucho tiempo antes de que la seguridad de Jason, esa certidumbre dorada que lo había hecho irresistible, regresara a su rostro, a su gesto y a su tono de voz. Tal vez nunca lo hiciera.

Nos separamos allí, en los juzgados. No teníamos nada más que decirnos.

Me senté todo el día en el bar, mirando a los hombres que entraban, leyéndoles la mente. Ninguno de ellos pensaba en cómo había matado a cuatro mujeres y había salido impune. A la hora de comer, Hoyt y Rene cruzaron la puerta pero se marcharon al verme. Era demasiado embarazoso para ellos, supongo.

Al final, Sam me obligó a marcharme. Dijo que resultaba tan siniestra que espantaba a cualquier cliente que pudiera proporcionarme información útil.

Me arrastré hacia la puerta y quedé bajo el deslumbrante sol. Estaba a punto de ponerse. Pensé en Bubba, en Bill, en todas esas criaturas que estaban surgiendo de su profundo sueño para caminar sobre la superficie de la Tierra.

Me paré en el Grabbit Kwik para comprar algo de leche para los cereales del desayuno. El nuevo dependiente era un chico con acné y una enorme nuez que me miró ansioso, como si yo fuera a constituir su idea mental de lo que a sus ojos era la hermana de un asesino. Supe que apenas podía esperar el momento en que yo saliera de la tienda para poder llamar por teléfono a su novia. Deseaba poder ver las marcas de colmillos de mi cuello, y se preguntaba si había algún modo de saber cómo se lo montaban los vampiros.

Esa era la clase de basura que tenía que escuchar día tras día. No importaba lo que me esforzara en pensar en otra cosa, en lo alta que mantuviera mi guardia ni lo extensa que fuese mi sonrisa, siempre se colaba.

Llegué a casa justo cuando anochecía.

Tras sacar la leche de la bolsa y quitarme el vestido, me puse unos pantalones cortos y una camiseta negra de Garth Brooks, y traté de pensar en algo que hacer durante la noche. No podía tranquilizarme lo bastante para leer, y de todos modos tenía que ir primero a la biblioteca para cambiar los libros, lo que en aquellas circunstancias sería un auténtico trauma. No había nada bueno en la televisión, al menos aquella noche. Se me ocurrió que podría volver a ver Braveheart; Mel Gibson con faldita escocesa siempre levanta la moral, pero era una película demasiado sangrienta para mi estado

Librodot

de ánimo. No podría soportar que le cortaran otra vez la garganta a aquella chica, incluso aunque ya sabía cuándo tocaba taparse los ojos.

Fui al baño para quitarme el maquillaje, que estaba empapado de sudor, cuando por encima del ruido del agua que corría me pareció oír un alarido en el exterior.

Cerré el grifo y me levanté, escuchando con tanta intensidad que casi pude sentir cómo se me desplegaba la antena. ¿Qué...? El agua que me mojaba el rostro caía hasta mi camiseta.

Ningún ruido, ningún ruido en absoluto. Me arrastré hasta la puerta delantera, porque era la más cercana al punto de vigilancia de Bubba entre los árboles.

Abrí la puerta un poquito. Grité:

–¿Bubba?

No hubo respuesta. Lo intenté otra vez.

Daba la impresión de que hasta los grillos y los sapos retenían el aliento. La noche era tan silenciosa que podía contener cualquier cosa. Algo merodeaba ahí fuera, en la oscuridad.

Traté de pensar, pero mi corazón palpitaba tan fuerte que interfería con el proceso.

Primero, llama a la policía.

Descubrí que esa no era una opción. El teléfono no daba línea. Así que podía esperar en casa a que llegaran los problemas, o podía lanzarme a los bosques. Era una decisión complicada. Me mordí el labio mientras iba por todas las habitaciones apagando las lámparas, tratando de trazar un curso de acción. La casa proporcionaba cierta protección: cerrojos, muros, rincones y grietas. Pero sabía que cualquier persona decidida podría entrar, y en ese caso estaría perdida.

Vale, ¿cómo podía salir al exterior sin que me vieran? Para empezar, apagué las luces de fuera. La puerta trasera estaba más cerca de los árboles, así que era la mejor elección. Conocía bastante bien los bosques, debería ser capaz de esconderme hasta que amaneciera. Y tal vez pudiera llegar hasta la casa de Bill; era casi seguro que su teléfono sí funcionase, y tenía copia de su llave.

O podría tratar de llegar a mi coche y arrancar. Pero eso me retenía en un punto en particular durante varios segundos. No, los bosques parecían la mejor opción.

Me guardé en uno de los bolsillos la llave de Bill y una navaja de mi abuelo, que la abuela guardaba en un cajón de la mesa del salón para abrir los paquetes. Embutí una linterna pequeña en el otro bolsillo. Además, la abuela guardaba un viejo rifle en el armario de los abrigos, junto a la puerta principal. Había pertenecido a mi padre cuando era pequeño, y ella lo había usado casi exclusivamente para disparar a las serpientes. Bueno, yo también tenía una serpiente a la que disparar. Odiaba el maldito rifle, odiaba la idea de tener que usarlo, pero parecía ser el momento adecuado.

No estaba allí.

No pude creer lo que veían mis ojos. Rebusqué por todo el armario.

¡El asesino había estado en mi casa!

Pero no había forzado ninguna puerta. Tenía que ser alguien a quien yo hubiera invitado. ¿Quién había estado allí? Traté de enumerarlos a todos

mientras me aproximaba a la puerta trasera, con las zapatillas bien atadas para que no pudiera pisarme los cordones en ningún momento. Me recogí el pelo en una coleta de modo descuidado, casi con una sola mano, para que no se me viniera a la cara, y lo sujeté con una cinta de goma. Pero todo el rato estuve pensando en el rifle robado.

¿Quién había estado en mi casa? Bill, Jason, Arlene, Rene, los niños, Andy Bellefleur, Sam, Sid Matt. Sin duda a todos los había dejado solos un minuto o dos, quizá lo suficiente para tirar el rifle fuera y recogerlo más tarde.

Entonces me acordé del día del funeral. Casi todas las personas a las que conocíamos habían estado entrando y saliendo de la casa cuando murió la abuela, y no podía recordar si había visto el rifle desde entonces. Pero hubiera sido complicado salir de una casa tan atestada de gente con un rifle en las manos, y sin llamar la atención. Y creo que si hubiera desaparecido entonces, a estas alturas ya hubiera notado su ausencia; de hecho estaba casi segura de ello. Tuve que dejar eso a un lado por el momento, y concentrarme en ser más lista que quien me estuviera aguardando allí fuera en la oscuridad.

Abrí la puerta trasera. Salí agachada, lo más baja que pude, y entorné con suavidad la puerta tras de mí. En vez de usar los escalones, alargué una pierna y la puse sobre el suelo mientras me agachaba sobre el porche. Apoyé mi peso sobre ella y retiré la otra pierna. Volví a agazaparme. Se parecía mucho a cuando jugaba al escondite con Jason entre los árboles, cuando éramos críos.

Recé para que ahora no fuera también Jason mi oponente.

Primero usé como cobertura la bañera llena de plantas que había puesto la abuela, y después me arrastré hasta su coche, mi segundo objetivo. Miré hacia el cielo; la luna resultaba enorme, y como la noche estaba despejada las estrellas adornaban el firmamento. El aire resultaba pesado con tanta humedad, y seguía haciendo calor. En pocos minutos mis manos quedaron empapadas de sudor.

Siguiente paso, del coche a la acacia.

Esta vez no fue tan silencioso.

Me tropecé con un tocón y me di de bruces contra el suelo. Me mordí los labios para no gritar. El dolor se extendió por mi pierna y por la cadera, y supe que los bordes del irregular tocón habían raspado mi muslo de manera considerable. ¿Por qué no lo habría arrancado antes? La abuela le pidió a Jason que lo hiciera, pero este nunca encontró el momento.

Escuché un movimiento, o más bien lo intuí. Dejando la precaución para otra ocasión, me incorporé y corrí hacia los árboles. Alguien irrumpió en la linde del bosque a mi derecha y se dirigió hacia mí. Pero yo sabía adónde iba, y con un salto que me sorprendió, me agarré a la rama inferior de nuestro árbol favorito de la infancia para trepar, y me impulsé hacia arriba. Si sobrevivía hasta el amanecer me quedarían los músculos hechos papilla, pero merecía la pena. Me equilibré sobre la rama, tratando de mantener una respiración suave, cuando lo que me pedía el cuerpo era gemir y quejarme como un perro que sueña.

Librodot

Ojalá aquello fuera un sueño. Pero resultaba innegable: Sookie Stackhouse, camarera y lectora de mentes, se sentaba sobre una rama de los bosques en medio de la noche, sin más armas que una navaja de bolsillo.

Movimientos debajo del árbol; un hombre avanzaba entre los bosques. De una de sus muñecas colgaba un cordel. Oh, Dios. Aunque la luna estaba casi llena, su cabeza se empeñó en permanecer a la sombra del árbol y no pude ver quién era. Pasó por debajo de mí sin verme.

Cuando desapareció de la vista, volvía respirar. Con tanta lentitud como me fue posible, bajé al suelo. Comencé a avanzar entre los árboles, hacia la carretera. Tardaría un rato, pero si lograba llegar a ella, tal vez pudiera hacer señales a alguien para que parara. Entonces pensé en los pocos coches que viajaban por allí. Quizá fuera mejor cruzar el cementerio hasta la casa de Bill. Pensé en el camposanto de noche, con el asesino buscándome, y me tembló todo el cuerpo.

Asustarse más no tenía sentido. Tenía que concentrarme en el momento actual. Vigilé dónde ponía cada pie, avanzando con mucha lentitud. Entre los arbustos, cualquier caída resultaría muy ruidosa y lo tendría encima en un instante.

Encontré el gato muerto unos diez metros al sudeste del árbol al que me había subido. Su garganta no era más que una herida goteante. Bajo el efecto blanqueador de la luz de la luna no pude deducir siquiera de qué color era su pelaje, pero las manchas oscuras alrededor de su pequeño cadáver tenían que ser de sangre. Tras metro y medio más de movimiento furtivo me topé con Bubba. Estaba inconsciente o muerto; con un vampiro resultaba difícil diferenciar ambos estados. Pero como no le atravesaba el corazón ninguna estaca y la cabeza seguía en su sitio, confié en que solo estuviera inconsciente. Me imaginé que alguien le había traído un gato envenenado. Alguien que sabía que Bubba me protegía y que había oído de su afición a desangrar gatos.

Oí un crujido detrás de mí. El chasquido de una ramita. Me deslicé hasta la sombra de un árbol grande. Estaba desquiciada, desquiciada y muy asustada, y me pregunté si moriría aquella noche.

Puede que no dispusiera del rifle, pero tenía un arma incorporada a mi cuerpo. Cerré los ojos y busqué con mi mente. Una maraña oscura, roja, negra. Odio.

Me estremecí. Pero era necesario, era mi única protección. Bajé hasta el último rastro de defensa.

En mi cabeza se vertieron imágenes que me enfermaron, que me aterraron. Dawn, pidiendo a alguien que la pegara, y después descubriendo que ese alguien tenía sus medias en las manos y las estiraba preparándose para rodear su cuello con ellas. Una imagen repentina de Maudette, desnuda y pidiendo piedad. Una mujer a la que nunca había visto, dándome la espalda, cubierta de moratones y verdugones. Después mi abuela, mi abuela, en nuestra cocina, furiosa y luchando por su vida.

Me sentí paralizada por la conmoción, el horror de todo aquello. ¿De quién eran esos pensamientos? Obtuve una imagen de los hijos de Arlene, jugando en el suelo de mi sala de estar. Me vi a mí misma, pero no me parecía a la persona que siempre me recibía en el espejo. Había enormes

agujeros en mi cuello, y resultaba lasciva. Una sonrisa impúdica adornaba mi rostro, y me acariciaba sugerente la parte interior del muslo.

Estaba en la mente de Rene Lenier. Así era como me veía él.

Rene estaba loco. Ahora sabía por qué nunca había podido leer con claridad sus pensamientos: los mantenía en un agujero secreto, un lugar de su cerebro oculto y separado de su yo consciente.

En ese momento veía una silueta detrás de un árbol y se preguntaba si se parecía a la de una mujer.

Me estaba viendo.

Salté y corrí hacia el oeste, hacia el cementerio. Ya no lograba escuchar sus pensamientos, porque mi cabeza estaba demasiado concentrada en correr y esquivar los obstáculos de árboles, arbustos, ramas caídas y hasta un pequeño barranco donde se había acumulado el agua de lluvia. Mis fuertes piernas me impulsaron, mis brazos siguieron el ritmo, y mi aliento se parecía a los silbidos de una gaita.

Salí del bosque y me encontré en el camposanto. La parte más antigua se encontraba más al norte, hacia la casa de Bill, y poseía los mejores lugares para ocultarse. Rodeé lápidas modernas, situadas casi a ras de suelo, nada buenas para esconderse. Salté por encima de la tumba de la abuela, con la tierra aún sin cubrir, ni losa. Su asesino me siguió. Me giré para ver lo cerca que se hallaba, como una tonta, y a la luz de la luna vi a la perfección su mata de pelo mientras se me acercaba.

Me adentré en la suave depresión que formaba el cementerio y comencé a subir por el otro lado. Cuando consideré que ya había las suficientes lápidas y estatuas de gran tamaño entre Rene y yo, me agaché detrás de una alta columna de granito coronada por una cruz. Permanecí muy quieta, apretándome contra la dura y fría piedra. Me puse una mano sobre la boca para amortiguar mis esforzados jadeos por meter aire en los pulmones. Me obligué a calmarme lo necesario para tratar de escuchar a Rene, pero sus pensamientos no eran lo bastante coherentes como para poder descifrarlos, salvo por la rabia que sentía. Entonces apareció un concepto claro.

–Tu hermana –grité–. ¿Todavía está viva Cindy, Rene?

–¡Zorra! –aulló. Y supe en ese instante que la primera mujer en morir había sido su hermana, esa a la que le gustaban los vampiros, la que supuestamente aún visitaba de vez en cuando, según Arlene. Rene había matado a Cindy, la camarera, mientras aún vestía su uniforme rosa y blanco de la cafetería del hospital. La estranguló con las cuerdas de su propio delantal. Y después de que muriera, mantuvo relaciones sexuales con ella. Rene pensó (hasta donde era capaz de razonar) que, ya que ella había caído tan bajo, no le importaría hacerlo con su propio hermano. Cualquiera que permitiese a un vampiro hacerle eso merecía morir. Después, avergonzado, había ocultado el cuerpo. Las otras no eran de su carne, no tenía nada de malo dejarlas a la vista.

Me vi absorbida al interior enfermo de Rene como una rama arrastrada por un remolino, y aquello hizo que me mareara. Cuando regresé a mi propia cabeza, lo tenía encima. Me golpeó en la cara con toda su fuerza, y esperó verme caer. El golpe me rompió la nariz y me hizo tanto daño que casi me desmayé, pero logré resistir. Le devolví el golpe, pero mi falta de experiencia

lo hizo ineficaz. Solo le impacté en las costillas, haciendo que gruñera, pero de inmediato contraatacó.

Su puño me rompió la clavícula. Pero no caí.

No sabía lo fuerte que era yo. Bajo la luz de la luna, vi que se sorprendió cuando le devolví los golpes, y di las gracias a toda la sangre vampírica que había ingerido. Pensé en mi valiente abuela y me lancé contra él, agarrándolo por las orejas y tratando de estampar su cabeza contra la columna de granito. Alzó las manos para sujetarme por los antebrazos, y trató de apartarme para que lo soltara. Al final lo consiguió, pero por su mirada supe que estaba asustado y más atento. Traté de darle un rodillazo, pero se me adelantó, girándose lo suficiente para esquivarme. Mientras estaba sin equilibrio me empujó, y golpeé el suelo con un impacto que hizo que me temblaran los dientes.

Se puso a horcajadas sobre mí. Pero había perdido el cordel en la lucha, y mientras sostenía mi cuello con una mano, tanteaba el suelo con la otra en busca de su herramienta preferida. Mi brazo derecho estaba inmovilizado, pero el izquierdo no, y luché y lo arañé. Él no podía hacerme nada, necesitaba buscar el cordel para estrangularme porque era parte de su ritual. Mientras le atacaba, mi mano se topó con un bulto familiar.

Rene, que aún llevaba puestas las ropas de trabajo, tenía su cuchillo en el cinturón. Abrí el cierre y saqué el cuchillo de su funda, y mientras él todavía pensaba "debería haberme quitado eso", lo clavé en la carne de su cintura, apuntando hacia arriba, y lo extraje.

Entonces gritó.

Se puso en pie, girando de lado la parte superior de su torso y tratando de contener con ambas manos la sangre que manaba de la herida.

Me arrastré hacia atrás y me levanté, tratando de poner distancia entre mi cuerpo y el de aquel hombre, que era tan monstruoso como Bill.

Rene gritó:

–¡Ah, Dios, mujer! ¿Qué me has hecho? ¡Oh, Dios, duele mucho!

Eso fue estupendo. Ahora me tenía miedo. Le aterraba que lo descubrieran, que se acabaran sus juegos, su venganza.

–¡Las chicas como tú merecen morir! –aulló–. ¡Puedo sentirte dentro de mi cabeza, bicho raro!

–¿Quién es aquíelbicho raro? –siseé–. ¡Muere, bastardo!

No sabía que me iba a salir eso. Estuve junto a la lápida, agazapada, sujetando aún el cuchillo empapado de sangre en mi mano, esperando a que volviera a lanzarse contra mí.

Se tambaleó en círculos, y yo lo vigilé con rostro pétreo. Cerré mi mente a él, a sus pensamientos de que la muerte lo llamaba. Me preparé para usar el cuchillo una segunda vez, pero él cayó al suelo. Cuando me aseguré de que no podía moverse, fui hacia la casa de Bill, pero sin correr. Me dije que era solo porque no podía de lo agotada que estaba, pero no estoy muy segura. No dejaba de ver a mi abuela, atrapada para siempre en los recuerdos de Rene, luchando para salvar la vida en su propia casa.

Saqué la llave de Bill del bolsillo, casi sorprendida de que aún siguiera ahí. De alguna manera logré tambalearme hasta el salón, en busca del teléfono. Toqué los botones con los dedos, tratando de imaginarme cuál era

el nueve y cuál el uno. Apreté los números lo suficiente para lograr que hicieran bip, y entonces, sin previo aviso, caí inconsciente.

Estaba en el hospital. Me rodeaba el olor a limpio de las sábanas hospitalarias.

Lo siguiente que supe es que me dolía todo.

Y había alguien en la sala conmigo. Logré abrir los ojos, no sin gran esfuerzo. Andy Bellefleur. Su rostro cuadrado estaba aún más agotado que la última vez que lo vi.

–¿Puedes oírme?–dijo.

Asentí con un movimiento mínimo, pero que envió una oleada de dolor a través de mi cabeza.

–Lo tenemos–dijo, y procedió a contarme algo más, pero volvía quedarme dormida.

Ya era de día cuando me desperté, y en esta ocasión parecía estar mucho más alerta. También había alguien en la sala.

–¿Quién está ahí?–dije, y mi voz surgió como un carraspeo dolorido.

Kevin se levantó de la silla de la esquina, apartando una revista de crucigramas y guardándosela en el bolsillo del uniforme.

–¿Dónde está Kenya? –susurré. Me sonrió inesperadamente.

–Ha estado aquí durante un par de horas –me explicó–. Volverá pronto. La he enviado a comer. –Su cuerpo y su rostro esbelto formaban un claro gesto de aprobación–. Eres una mujer dura.

–No me siento muy dura–logré responder.

–Te han herido –me dijo, como si yo no lo supiera ya.

–Rene.

–Lo encontramos en el cementerio–me contó Kevin–. Lo golpeaste bastante bien, pero seguía consciente y nos contó que había tratado de matarte.

–Bien.

–Le daba mucha pena no haber terminado la tarea. No puedo creerme que cantara de aquel modo, pero para cuando lo encontramos estaba herido y aterrado, nos contó que todo había sido culpa tuya porque no te limitabas a dejarte matar como las otras. Dijo que debía de estar en tus genes, porque tu abuela... – allí Kevin se interrumpió, consciente de que estaba en terreno incómodo.

–También se resistió–susurré.

En ese momento entró Kenya, enorme, impasible, sosteniendo un vaso de espuma de poliestireno lleno de humeante café.

–Está despierta –comentó Kevin, dirigiéndose a su compañera.

–Estupendo. –Kenya no parecía tan contenta de oírlo ¿Ha explicado lo que ocurrió? Tal vez debamos llamar a Andy.

–Sí, es lo que nos dijo que hiciéramos, pero solo lleva cuatro horas durmiendo.

–El hombre dijo que lo avisáramos.

Kevin se encogió de hombros y se dirigió al teléfono que había al lado de la cama. Me adormilé mientras le oía hablar, pero pude escucharlo

murmurar con Kenya mientras esperaban. Le estaba hablando de sus perros de caza. Kenya, imagino, atendía.

Llegó Andy, pude sentir sus pensamientos, el esquema de su cerebro. Su cuerpo se detuvo junto a mi cama. Abrí los ojos y vi que se inclinaba para estudiarme. Intercambiamos una larga mirada.

En el pasillo, se oyeron dos pares de pies con zuecos de enfermera.

–Rene todavía está vivo–dijo Andy de repente–. Y no para de largar.

Hice un levísimo movimiento de cabeza, con la intención de que pareciera que asentía.

–Dice que esto se remonta a su hermana, que salía con un vampiro. Obviamente la chica quedó tan baja a de sangre que Rene pensó que se convertiría en una vampira si no la detenía. Una noche, en el apartamento de ella, le lanzó un ultimátum. Ella le replicó, diciendo que no abandonaría a su amante. Mientras discutían ella se ponía el delantal para salir a trabajar, así que Rene se lo arrancó, la estranguló e... hizo otras cosas.

Andy parecía algo asqueado.

–Lo sé–susurré.

–Me da la impresión–prosiguió Andy– de que, de algún modo, decidió que podía justificar aquel horrible acto si se convencía de que todos los que estuvieran en la situación de su hermana merecían morir. De hecho, estos crímenes son muy similares a dos sucedidos en Shreveport y que no se han resuelto hasta hoy. Esperamos que Rene nos cuente algo al respecto mientras suelta su perorata. Si sobrevive.

Noté que mis labios se apretaban en horrorizada simpatía por esas otras pobres chicas.

–¿Puedes contarnos lo que te ha pasado?–preguntó Andy en voz baja–. Ve con lentitud, tómate tu tiempo y mantén la voz en el nivel de los susurros. Tienes la garganta bastante dañada.

Ya había deducido eso yo solita, muchas gracias. A base de murmullos, relaté los sucesos de la noche, y no me olvidé de nada. Andy había puesto en marcha un pequeño grabador después de preguntarme si no tenía objeciones. Lo colocó en la almohada cerca de mi boca, para no perderse nada de la historia, cuando indiqué que por mí no había problema.

–¿El señor Compton sigue fuera del pueblo? –me preguntó cuando hube terminado.

–Nueva Orleáns –susurré, apenas capaz de hablar.

–Buscaremos el rifle en la casa de Rene, ahora que sabemos que es tuyo. Será una prueba ratificatoria muy importante.

En ese instante entró en la habitación una mujer joven reluciente, vestida de blanco, que me miró y le dijo a Andy que tendría que volver en otro momento. Él asintió en dirección a mí, me dio una palmadita avergonzada en la mano, y se marchó. Mientras se iba, lanzó a la doctora una mirada de admiración. Era muy guapa, pero también llevaba un anillo de casada, así que Andy volvía a llegar demasiado tarde. Ella pensaba que él parecía demasiado serio y sombrío.

No quería escuchar aquellas cosas, pero no tenía las fuerzas suficientes para mantener a la gente fuera de mi cabeza.

–Señorita Stackhouse, ¿cómo se siente? –me preguntó la chica con voz demasiado alta. Era morena y delgada, con grandes ojos castaños y boca amplia.

–Fatal–susurré.

–Ya me lo imagino–dijo, asintiendo repetidas veces mientras me examinaba. Por algún motivo, no creí que pudiera imaginárselo. Seguro que nunca la había golpeado un asesino múltiple en un cementerio–. También ha perdido a su abuela, ¿no es así? –añadió con afecto. Asentí, apenas un milímetro–. Mi marido murió hace unos seis meses –explicó–. Sé lo que es el dolor. Es duro enfrentarse a ello, ¿verdad?

Vaya, vaya, vaya. Esbocé una pregunta con mi rostro.

–Tenía cáncer –me explicó. Traté de mostrar mis condolencias sin mover nada, lo que es casi imposible–. Bien añadió mientras se erguía, retomando sus maneras bruscas Señorita Stackhouse, su vida no corre peligro. Tiene una clavícula rota, y también dos costillas y la nariz.

¡La madre del cordero! No era de extrañar que me sintiera tan mal.

–Su cara y su cuello han sido golpeados con fuerza. Por supuesto, ya sabe que ha sufrido daños en la garganta.

Traté de imaginarme el aspecto que tendría. Menos mal que no había un espejo a mano.

–Y tiene gran cantidad de contusiones y cortes relativamente leves en brazos y piernas. –Sonrió–. Su estómago está bien, y también sus pies.

Jajaja, qué graciosa.

–Le he prescrito medicación contra el dolor, así que cuando comience a sentirse mal, solo tiene que llamar a la enfermera. Una visita asomó la cabeza por la puerta. La doctora se giró, tapándome la visión, y dijo:

–¿Sí?

–¿Es la habitación de Sookie?

–Sí, estaba terminando de examinarla. Puede pasar. –La doctora, cuyo apellido, según la placa, era Sonntag, me miró inquisitiva para obtener mi permiso, y yo logré pronunciar un leve: "Claro".

JB du Rone se acercó hasta mi cama, con un aspecto tan adorable como el modelo de la cubierta de una novela rosa. Su cabello leonado brillaba bajo las luces fluorescentes. Sus ojos eran del mismo color, y su camiseta sin mangas mostraba una definición muscular que parecía cincelada con un... bueno, con un cincel. Mientras él me miraba, la doctora Sonntag se lo comía con los ojos.

–Hola, Sookie, ¿te encuentras bien? –preguntó. Me pasó con suavidad un dedo por la mejilla y besó un punto de mi frente que había escapado a las magulladuras.

–Gracias –susurré–, me pondré bien. Te presento a mi doctora.

JB dirigió su mirada hacia la Dra. Sonntag, que prácticamente se moría por presentarse ella misma.

–Los doctores no eran tan guapos cuando venía a ponerme inyecciones– dijo JB con sinceridad y sencillez.

–¿No has estado en el médico desde que eras un niño? – preguntó la doctora, sorprendida.

–Nunca me pongo enfermo–le sonrió–. Soy fuerte como un buey.

Y también tenía su cerebro. Pero era probable que la Dra. Sonntag tuviera los sesos necesarios para los dos. Ya no podía imaginarse ningún motivo para seguir rondando por allí, pero mientras salía lanzó una mirada triste por encima del hombro. JB se inclinó hacia mí y dijo con amabilidad:

–¿Puedo traerte algo, Sookie? ¿Unas Nabs u otra cosa? La idea de tratar de comer galletas crujientes hizo que me vinieran lágrimas a los ojos.

–No, gracias –musité–. La doctora es viuda.

Con JB podías cambiar de tema sin que se le ocurriera preguntarse por qué lo hacías.

–Guau –dijo, impresionado–. Es inteligente y soltera. – Arqueé las cejas de manera significativa–. ¿Crees que debería pedirle salir? –JB parecía todo lo pensativo que era posible en él–. Eso sería una buena idea. Siempre que tú no quieras salir conmigo, Sookie –me dijo sonriente–. Tú siempre serás la primera para mí. Solo tienes que agitar el meñique y vendré corriendo.

Qué chico tan dulce. No me creí ni por un instante su devoción, pero sí que sabía cómo hacer que una mujer se sintiera bien, incluso si, como yo, estaba segura de que tenía un aspecto penoso. Y me dolía bastante. ¿Dónde estaban esas malditas pastillas para el dolor? Traté de sonreír a JB.

–Te duele–me dijo–. Llamaré a la enfermera.

Eso era estupendo. La distancia hasta el pequeño botón parecía hacerse cada vez mayor mientras trataba de mover el brazo.

Me besó una vez más antes de irse y dijo:

–Buscaré a esa doctora tuya, Sookie. Será mejor que le haga unas cuantas preguntas más sobre tu recuperación.

Después de que la enfermera inyectara alguna cosa en mi goteo intravenoso, me limité a esperar que desapareciera el dolor. La puerta se abrió de nuevo.

Era mi hermano. Permaneció junto a mi cama durante largo tiempo, estudiando mi cara. Al final dijo, con voz pesada:

–He hablado durante un minuto con la doctora antes de que se fuera a la cafetería con JB. Me ha contado todo lo que tienes. –Se alejó, dio un paseo por la habitación y volvió. Me contempló un rato más–. Tienes un aspecto horrible.

–Gracias –susurré.

–Ah, sí, tu garganta. Lo había olvidado.–Empezó a darme unas palmaditas, pero se lo pensó mejor.

–Escucha, hermanita, debo darte las gracias, pero me molesta que ocuparas mi lugar cuando llegó la hora de pelear. De haber podido, le habría dado una patada.

¡Que había ocupado su lugar, demonios!

–Te debo muchísimo, hermanita. He sido tan tonto, pensando que Rene era un buen amigo.

Traicionado. Se sentía traicionado.

Y entonces entró Arlene para acabar de poner las cosas interesantes.

Estaba hecha un desastre. Llevaba el pelo enredado en una maraña rojiza, iba sin maquillaje y había escogido la ropa al azar. Nunca había visto a Arlene sin el pelo rizado ni todo su brillante maquillaje encima.

Me miró desde arriba (oh, sería feliz cuando pudiera volver a incorporarme) y, durante un segundo, su rostro fue duro como el granito. Pero cuando de verdad me miró a la cara, empezó a derrumbarse.

–Estaba tan furiosa contigo, no podía creerlo. Pero ahora que te veo y compruebo lo que te ha hecho... Oh, Sookie, ¿podrás perdonarme algún día?

Maldición, no quería que estuviera allí. Traté de telegrafiárselo a Jason, y por una vez lo logré, porque puso un brazo alrededor de los hombros de Arlene y se la llevó. Antes de llegar a la puerta ella ya estaba llorando.

–No lo sabía –dijo, apenas coherente–. ¡No lo sabía!

–Diablos, yo tampoco–añadió Jason con firmeza.

Me eché una siestecita después de tratar de ingerir una deliciosa gelatina verde.

Mi gran ilusión por la tarde fue caminar hasta el baño, más o menos sola. También me senté en la silla durante diez minutos, tras los cuales estaba más que dispuesta a volver a la cama. Me miré en un espejo que había en la mesita con ruedas, y lamenté que estuviera ahí.

Tenía algo de fiebre, lo suficiente para parecer destemplada y con la piel dolorida. Mi cara era azul y gris, y mi nariz estaba inflada hasta el doble de su tamaño. Tenía el ojo derecho hinchado, casi cerrado del todo. Me encogí de hombros, e incluso eso me dolió. Mis piernas... oh, demonios, ni siquiera quise comprobarlo. Me tumbé con mucho cuidado y esperé a que aquel día terminara. Quizá en cuatro días me sintiera estupendamente. ¡Y el trabajo! ¿Cuándo podría volver a trabajar?

Me distrajo un leve toque en la puerta. Otra maldita visita. Bueno, al menos a esta no la conocía. Era una señora mayor con el pelo azul y gafas de montura roja que paseaba un carrito. Llevaba la bata amarilla que las voluntarias hospitalarias llamadas Damas de la Luz del Sol vestían cuando trabajaban. El carrito estaba lleno de flores para los pacientes de esa ala.

–¡Te traigo un cargamento de buenos deseos! –dijo la señora, alegre.

Sonreí, pero el efecto debió de ser deprimente, porque su alegría se tambaleó un poco.

–Estas son para ti –dijo, sacando una planta de interior decorada con un lazo rojo–. Aquí está la tarjeta, cariño. Veamos, estas también son para ti–ahora se trataba de un arreglo floral que contenía capullos de rosas, claveles rosas y gisófila blanca. También sacó su tarjeta. Inspeccionando el carrito, añadió–: ¡Vaya, eres una chica con suerte! Aquí hay algo más.

El centro del tercer presente floral era una extraña flor roja que nunca antes había visto, rodeada por una hueste de flores más comunes. Lo observé dubitativa. La Dama de la Luz del Sol me la presentó obediente junto a la tarjeta que colgaba del plástico.

Después de que se marchara de la habitación con una sonrisa, abrí los pequeños sobres. Observé con cierta ironía que me movía con más facilidad cuando estaba de mejor humor.

La planta de interior era de Sam y de "todos tus compañeros de trabajo en Merlotte's", según decía la carta, aunque la letra era solo la de Sam. Acaricié las brillantes hojas y me pregunté dónde la pondría cuando me la llevara a casa. El arreglo era de Sid Matt Lancaster y Elva Deene Lancaster. Pues vaya. El de la peculiar flor roja en el centro (en mi opinión, aquella flor parecía casi obscena, como las partes íntimas de una mujer) era sin duda el

Librodot

más interesante de los tres. Abrí la tarjeta con cierta curiosidad. Solo llevaba una firma: "Eric".

Eso era lo único que me faltaba. ¿Cómo demonios se había enterado de que estaba en el hospital? ¿Y por qué no tenía ninguna noticia de Bill?

Tras tomar una deliciosa gelatina roja de cena, me concentré en la televisión durante un par de horas, ya que no tenía nada que leer y, de todos modos, mis ojos no estaban para eso. Mis hematomas se hacían más coloridos a cada hora que pasaba y me sentía cansada hasta los huesos, a pesar de que solo había caminado una vez hasta el baño y dos alrededor de la habitación. Apagué la televisión y me tumbé de lado. Me quedé dormida, y el dolor que sentía por todo el cuerpo se filtró en mis sueños y me hizo tener pesadillas. En ellas corría, corría a través del cementerio, temiendo por mi vida, cayendo sobre las losas y a tumbas abiertas, donde me encontraba a toda la gente que sabía que estaba allí: mi padre y mi madre, mi abuela, Maudette Pickens, Dawn Green, incluso un amigo de la infancia que se mató en un accidente de caza. Yo tenía que buscar una lápida en particular; si la encontraba, me salvaría. Todos volverían a sus tumbas y me dejarían sola. Corrí de una a otra, poniendo la mano encima de ellas, con la esperanza de que cada una fuera la adecuada. Gimoteé.

–Cariño, estás a salvo–me llegó una voz familiar.

–Bill–murmuré. Me giré hacia una losa que aún no había tocado. Cuando puse mis dedos sobre ella se dibujaron las letras de "William Erasmus Compton". Como si me hubieran echado un jarro de agua fría, abrí los ojos y respiré hondo para gritar, pero la garganta me dolió intensamente. Tosí por el exceso de aire, y el dolor que sentí al hacerlo consiguió que me despertara del todo. Una mano recorrió mi mejilla, y sus fríos dedos resultaban muy agradables contra mi piel caliente. Traté de no lloriquear, pero un pequeño ruidito logró abrirse paso entre mis dientes.

–Vuélvete hacia la luz, querida–dijo Bill con voz amena y cotidiana.

Me había quedado dormida dando la espalda a la luz que había dejado encendida la enfermera, la del baño. Obediente, me dejé caer sobre la espalda y contemplé a mi vampiro.

Bill siseó.

–Lo mataré –dijo, con una férrea certeza que me asustó hasta la médula.

Había tensión suficiente en el cuarto como para enviar una flota de histéricos en busca de sus tranquilizantes.

–Hola, Bill –grazné–. Yo también me alegro de verte. ¿Dónde has estado tanto tiempo? Gracias por devolverme todas las llamadas.

Eso lo paró en seco. Parpadeó. Pude ver que hacía un esfuerzo por calmarse.

–Sookie–dijo–, no te he llamado porque quería contarte en persona lo que ha sucedido. –No pude interpretar la expresión de su rostro, pero si tuviera que arriesgarme hubiera dicho que parecía orgulloso de sí mismo.

Se detuvo e inspeccionó todas las zonas visibles de mi cuerpo.

–Esto no me duele–grazné servicial, alargándole la mano. La besó, cerniéndose sobre ella de un modo que envió un débil hormigueo por todo mi cuerpo. Y un débil hormigueo era más de lo que me sentía capaz de soportar.

–Dime lo que te han hecho –me ordenó.

–Entonces agáchate para que pueda susurrar. Hablar me duele.

Arrastró una silla hasta ponerla junto al lecho, bajó la barandilla de la cama y apoyó la barbilla sobre sus brazos. Su cara quedaba a unos diez centímetros de la mía.

–Tienes la nariz rota–observó.

Giré los ojos.

–Menos mal que lo has descubierto –susurré–. Se lo diré a la doctora en cuanto la vea.

Entrecerró los ojos.

–Deja de tratar de desviar mi atención.

–Vale. La nariz rota, dos costillas y una clavícula.

Pero Bill quería examinarme por completo y bajó la sábana. Mi vergüenza fue absoluta. Por supuesto, llevaba puesta una terrible bata de hospital (que ya era deprimente de por sí), no me habían bañado como era debido, mi rostro mostraba varios colores distintos y estaba despeinada.

–Quiero llevarte a casa –anunció, después de recorrerlo todo con sus manos y examinar con minuciosidad cada rasguño y cada corte. El Vampiro Médico. Le indiqué con la mano que se acercara.

–No –dije con un hálito. Señalé a la bolsa de goteo. La contempló con cierta suspicacia, aunque sin duda tenía que saber de qué se trataba.

–Puedo sacarla–afirmó.

Sacudí la cabeza con vehemencia.

–¿No quieres que me encargue de ti?

Resoplé exasperada, lo que dolió muchísimo. Hice un gesto de escribir con la mano, y Bill rebuscó en los cajones hasta que encontró un bloc. Curiosamente, él llevaba un bolígrafo encima. Le escribí: "Mañana me dejarán irme del hospital si no me sube la fiebre".

–¿Quién te va a llevar a casa? –me preguntó. Estaba de nuevo junto a la cama, mirándome desde arriba con franca desaprobación, como un profesor cuyo mejor alumno resultaba ser un lerdo crónico.

"Tendré que llamar a Jason o a Charlsie Tooten", escribí. De haber sido diferentes las cosas, hubiera apuntado de inmediato el nombre de Arlene.

–Estaré allí por la noche –dijo.

Miré hacia arriba, hacia su pálida cara. La córnea de sus ojos casi brillaba en la penumbra de la habitación.

–Te curaré –ofreció– Deja que te dé algo de sangre.

Recordé cómo se me había aclarado el pelo, y que era casi el doble de fuerte que antes. Sacudí la cabeza.

–¿Por qué no? –dijo, como si ofreciera un vaso de agua a un sediento y este lo rechazara. Pensé que quizá hubiese herido sus sentimientos.

Tomé su mano y la llevé hasta mis labios, besando con suavidad la palma. Apreté la mano contra mi mejilla más sana. "La gente nota que estoy cambiando", escribí un instante después, "Y yo también lo noto".

Inclinó la cabeza unos momentos, y después me miró triste.

"¿Sabes lo que ha ocurrido?", escribí.

–Bubba me ha contado parte–dijo, y su rostro adquirió una expresión temible al mencionar al vampiro medio obtuso–. Sam me ha explicado el resto, y he ido al departamento de policía para leer sus informes.

"¿Andy te ha dejado hacer eso?", garabateé.

–Nadie se ha enterado de que estaba allí–explicó despreocupado.

Traté de imaginármelo, y me dieron escalofríos. Le lancé una mirada desaprobadora.

"Cuéntame lo que ha pasado en Nueva Orleáns", escribí. Comenzaba a sentir modorra de nuevo.

–Tendrás que aprender algunas cosas sobre nosotros – dijo, dubitativo.

–¡Vaya, vaya, secretitos de los vampiros! –grazné.

Fue su turno de mirarme con desaprobación.

–Estamos algo organizados–me explicó–. Traté de pensar algún modo de mantenernos a salvo de Eric. –Al decir Bill eso, miré de forma involuntaria hacia la flor roja–. Sabía que si me hacía agente, como Eric, le sería mucho más difícil interferir en mi vida privada:

Puse expresión interesada, o al menos lo intenté.

–Así que asistí a la reunión regional –prosiguió–, y a pesar de que nunca me he implicado en política me presenté para un cargo. ¡Y gracias a un poco de cabildeo, he ganado!

Eso sí que era sorprendente. ¿Bill era un representante sindical? También me surgieron preguntas sobre eso del cabildeo. ¿Quería decir que Bill había matado a la oposición? ¿O que había comprado a los votantes una botella de A positivo por cabeza?

"¿En qué consiste tu trabajo?", escribí con lentitud, mientras me imaginaba a Bill sentado en una reunión. Trate de parecer orgullosa, que claramente era lo que él esperaba.

–Soy el investigador del Área Cinco –explicó–. Ya te contaré en qué consiste cuando estés en casa. No quiero cansarte ahora.

Asentí, sonriéndole contenta. Confié en que no se le pasara por la cabeza preguntarme quién me había enviado las flores. Me planteé si debía escribirle a Eric una nota de agradecimiento. ¿Por qué se me iban las ideas a detalles sin importancia? Debía de ser por los analgésicos.

Le hice un gesto a Bill para que se acercase más. Así lo hizo, y su cara descansó sobre la almohada, al lado de la mía.

–No mates a Rene –susurré.

Me miró con frialdad. Con hielo en los ojos.

–Puede que yo ya haya hecho el trabajo–le expliqué–. Está en cuidados intensivos. Pero aunque sobreviva, ya ha habido suficientes asesinatos. Deja que la ley se encargue, no quiero más cazas de brujas contra ti, quiero que vivamos en paz.

Se me hacía cada vez más difícil hablar. Tomé su mano entre las mías, la apoyé contra mi mejor mejilla. De repente, todo lo que le había echado de menos se concentró como un nudo en mi pecho, y relajé los brazos. Se sentó con cuidado al borde de la cama, e inclinándose sobre mí, con muchísimas precauciones, pasó sus brazos por debajo y me incorporó hacia sí, milímetro a milímetro, para que me diera tiempo a quejarme si me dolía.

–No lo mataré–dijo por último a mi oído.

–Cariño –musité, sabiendo que su agudo oído lo captaría–, te he echado de menos. –Escuché su rápido suspiro, y sus brazos me apretaron levemente, sus manos comenzaron a acariciarme con suavidad la espalda.

–Me pregunto–dijo–con qué velocidad podrás curarte sin mi ayuda.

–Oh, trataré de darme prisa –susurré–. Apuesto a que sorprenderé a la doctora.

Un collie trotó por el pasillo, se asomó por la puerta abierta, soltó un "grouff", y se alejó. Asombrado, Bill se giró para echar un vistazo al pasillo. Ah, claro, esa noche había luna llena, podía verla a través de la ventana. También vi algo más: un rostro blanco apareció de la oscuridad y flotó entre la luna y yo. Era una cara hermosa, rodeada de pelo dorado. Eric el Vampiro me sonrió y de manera gradual desapareció de la vista. Estaba volando.

–Pronto volveremos a la normalidad–dijo Bill, tumbándome de nuevo con delicadeza para poder apagar la luz del cuarto de baño. Su cuerpo brillaba en la oscuridad.

–Claro –susurré–, desde luego. De vuelta a la normalidad.

FIN